

CHITRA BANERJEE  
DIVAKARUNI

Autora de *La señora de las especias*  
y «experta cartógrafa del corazón» según la revista *People*.

*La*  
JOVEN  
*de las*  
ADELFAS

Lectulandia

Pese a ser huérfana de nacimiento, la salvaje y testaruda Korobi Roy ha disfrutado de una infancia privilegiada en una hermosa mansión en ruinas de Calcuta. Pero siempre le ha preocupado el silencio en torno a las circunstancias de la muerte de sus padres, y se aferra a su única herencia: la carta de amor que un día encontró escondida en un libro de su madre.

A medida que crece, Korobi sueña con que tarde o temprano encontrará un amor tan poderoso como el de sus progenitores. Sin embargo, cuando ese amor ya es una realidad, Korobi descubre un secreto devastador sobre su propio pasado que la lleva a emprender una valiente búsqueda de identidad por Estados Unidos, y al hacerlo se acerca a la decisión más difícil de su vida.

**Lectulandia**

Chitra Banerjee Divakaruni

# **La joven de las adelfas**

ePub r1.0

Titivillus 22.12.15

Título original: *Oleander Girl*  
Chitra Banerjee Divakaruni, 2013  
Traducción: Ana Becciu

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mis tres hombres:  
Murthy,  
Anand y  
Abhay.  
Y a mi abuelo,  
cuya vida inspiró esta historia*

*Ah, el amor es cosa complicada  
y nadie es lo bastante sabio  
para conocer todo lo que encierra,  
pues tendría que vivir pensando en el amor  
hasta que las estrellas se escaparan  
y las sombras se comieran la luna.  
Ah, penique, penique marrón,  
no se puede empezar tan pronto.*

«The Young Man's Song»,  
William Butler Yeats

# 1

Estoy nadando en una larga caverna submarina salpicada de luz azul, la caverna del amor, y Rajat me sigue de cerca. Echamos una carrera y de momento voy ganando, porque este es mi sueño. A veces no soy consciente de que estoy soñando, pero esta noche sí. Otras veces, estando despierta, me pregunto si estoy soñando. Pero esa es otra historia.

Sonrío y mi boca se llena de frescas burbujas plateadas. Los dedos de Rajat me rozan las corvas. Sé que si nado a un ritmo más lento me atrapará por la cintura y me atraerá para darme un beso malicioso. Al imaginarme ese beso me estremezco de placer. Pero ahora no, todavía no; esta persecución es muy divertida. Me alejo impulsándome con una buena patada y le lanzo agua encima. «¡Oye!», me grita indignado y yo me río. Hiende, pugnaz, el agua con su vigoroso estilo mariposa y se abalanza para cogerme del tobillo. Espero ese momento en que me agarrará con fuerza y una corriente eléctrica recorrerá mis venas al contacto de su mano con mi piel. Languidezco de placer solo de pensar en nuestro beso.

De repente surge una ola que se me viene encima. Me entra agua y arena en la boca, trato de escupirla pero me atraganto. ¿Adónde se ha ido Rajat justo cuando lo necesito? Boqueando, me revuelvo en el agua y despierto en mi cama con las piernas enredadas en las sábanas.

Mejor dicho, en la cama de mi madre. La cama en que yo dormía cuando volvía del internado a pasar las vacaciones en casa. La cama hecha con las mismas sábanas que ella usaba de niña.

A medida que mis ojos se adaptan a la oscuridad, noto que hay alguien en la habitación. Mi corazón se agita. Es imposible. Siempre cierro con llave la puerta antes de acostarme. Y la ventana está atrancada. Pero ahí está, en el sillón, en una esquina del cuarto: una forma femenina, inmóvil, oscura incluso en la penumbra reinante, y me está mirando.

—¿Madre? —musito. Un anhelo, tan antiguo e ilógico como muchas de las cosas que recuerdo, sustituye al miedo.

Es muy poco lo que sé de mi madre, solo que murió al darme a luz, hace dieciocho años, pocos meses después de que mi padre, un ambicioso estudiante de derecho, se matara en un accidente de coche. A lo mejor murió de pena. Nunca lo he sabido con certeza porque nadie me ha hablado de ellos. Mis abuelos se vieron obligados a dejar a un lado su propio dolor para cuidarme, y yo les estoy agradecida: lo han hecho bien. No obstante, desde que era niña y a lo largo de todos estos años, siempre he deseado que se me aparezca mi madre. En el internado, las niñas contaban en susurros historias así: padres muertos que se aparecían para salvar a sus hijos de una desgracia. Yo rezaba en secreto para que algo parecido me sucediera, pero, como mis oraciones no funcionaban, traté de ponerme yo en situación de desgracia creyendo que entonces sí que mi madre o mi padre aparecerían. Lo único que

conseguí fueron rasguños, esguinces, tos ferina y un tobillo fracturado. Mis aventuras me valieron detenciones, confiscación de mi dinero y una reputación de temeraria. Además, nuestra agobiada directora me reprendió varias veces, lo cual no me importó, pero al final recibí una llamada de larga distancia de mi abuelo, y eso sí me importó.

—Korobi —dijo mi abuelo con esa voz severa y áspera que yo adoraba de niña—, soy demasiado viejo para esto. Vamos a ver, ¿por qué una chica inteligente como tú querría hacer algo tan estúpido como caminar por el alféizar de la ventana del piso de arriba?

Viejo astuto. El muy granuja me conocía lo suficiente como para apelar a mis tres debilidades principales: la vanidad, la culpa y, la más importante, mi amor por él. Para mí, él era padre y madre a la vez. Pensar que yo lo había afligido o decepcionado me hizo llorar. Así acabaron mis intentos por obligar a mis padres a hacer una aparición.

Ahora, años después de haber blindado mi corazón y aceptado que mi madre se fue de mi vida para siempre, ella está aquí.

¿Cómo puedo estar segura de que es ella? Hay cosas que sabemos con la respiración, con las entrañas.

Además, tiene sentido que se aparezca justo ahora. Mañana voy a dar mi primer paso a la edad adulta: me comprometeré con Rajat y emprenderé el camino que me apartará de esta familia para conducirme a otra. ¿Habrá venido mi madre a despedirme, a darme su bendición? ¿Está preocupada? Parece irradiar una extraña tensión. Quizá no logra alcanzar su descanso definitivo porque no tiene la certeza de que soy amada. Creo que sé por qué.

Hace unos años, durante mis vacaciones, fui a la biblioteca de mi abuelo a buscar algo para leer. Estuve un rato revisando los libros hasta que por fin escogí uno, un viejo poemario cuyas páginas, sobadas por dedos fervorosos, eran muy delicadas. Al hojearlo, una fina hoja de papel azul cayó al suelo. Alguien había dejado en su interior una carta inconclusa. Mientras la leía, el corazón me latía tan fuerte que parecía desgarrarme el pecho.

Mi amor:

Pienso en ti a cada instante. No puedo creer que solo hayan transcurrido tres meses desde la última vez que te tuve en mis brazos, cuando me despedí de ti. Pensé que podría soportar esta separación, pero no es así. Ansío tus caricias cada día. Cada noche evoco la plenitud que sentía en tus brazos. Constantemente le hablo de ti al bebé que llevo en mi seno. No tengo dudas de que será una niña. Quiero asegurarme de que nuestra hija sepa que tu amor la envuelve, aun cuando estás tan imposiblemente lejos, en un mundo tan distinto...



Era hermosa y conmovedora, esta carta de mi madre a mi padre muerto. Los acercaba a mí, los convertía en seres reales, como nunca antes lo había conseguido yo con mis fantasías. No podía hablar de ello con mis abuelos, con ninguno de los dos, pero memoricé cada una de las palabras escritas en aquella hoja. La escondí en el fondo de mi baúl —mi precioso primer secreto— y me la llevé al internado. Las noches en que no podía dormir, la sujetaba en la mano y me decía que ojalá un día yo pudiera encontrar un amor como el de ellos.

—Madre, Rajat es un hombre maravilloso —digo y, dejándome llevar por la emoción, aparto las sábanas y me siento en la cama—. Me hubiera gustado mucho que lo hubieras conocido, y también mi padre. Entonces no tendrías la menor duda de que he elegido bien. Es inteligente, simpático y afectuoso, no solo conmigo sino también con mis abuelos. Lo amé desde el principio, el mismo día que lo conocí. Suena tonto, madre, ya sé, pero es cierto. Al principio no creí que fuéramos a entendernos. Rajat viene de una clase de familia muy diferente. Son tan ricos, tan modernos y tan elegantes que asusta un poco. Y ya conoces al abuelo, orgulloso de poder jactarse de nuestra prosapia y de nuestras viejas costumbres. Pero me asombró ver cómo congeniaron desde un principio. A lo mejor fue porque el abuelo percibió que Rajat me ama tal como soy y no desea que cambie. Y yo... yo me siento plena en sus brazos, madre, como tú lo escribiste en tu carta. ¡Lo quiero tanto, tanto, que podría morir por él!

Ella hace un leve movimiento brusco, como consternada por algo de lo que acabo de decir. Se vuelve hacia la ventana. ¿Ya se va? Ansiosa por retenerla un poco más, se me escapa algo que no le he confesado a nadie.

—La verdadera razón por la que lo amo no es porque sea guapo o encantador, sino porque detrás de todo eso percibo una tristeza profunda. Nadie más puede verla. Nadie más puede sanarla. Pero voy a averiguar qué es y a hacerlo feliz.

La confesión me ha dejado sin aliento, pero en la habitación el aire es incierto, incompleto. Mi madre sigue mirando por la ventana. ¿Por qué no me habla? ¿Dónde está ese beso de bendición que he deseado toda mi vida, fresco como una brisa perlada de rocío sobre mi frente?

Me asalta un pensamiento terrible: ¿ha venido, como los fantasmas de los cuentos, a advertirme de un desastre inminente?

Hago lo imposible por ponerme en pie, pero de repente noto el cuerpo muy pesado. Me acercaré a ella. Averiguaré qué es lo que no me dice.

Súbitamente, la ventana se llena de luz. Fuera veo un mar sobre el cual se pone el sol. ¿Será que he salido de un sueño para entrar en otro? Ella señala el mar y se inclina para contemplarlo con una nostalgia tan compungida que la tristeza me oprime el corazón. Lo entiendo.

No ha venido para saber de mí. Es probable que, como está muerta, ya supiera todo lo que le he dicho. No; ha aparecido justamente ahora para decirme algo.

Pero ¿qué?

—Madre, háblame.

Esta vez, cuando se vuelve hacia mí, observo que no tiene boca. Vuelve a señalar algo.

—¿Hay algo ahí fuera que quieres? ¿Algo más allá del mar?

Asiente con la cabeza. Su rostro resplandece porque al fin lo he entendido. Ahora me señala.

—¿Quieres que vaya a buscarlo?

Asiente nuevamente.

—¿Adónde debo ir? ¿Qué he de buscar?

Su cuerpo se estremece con esfuerzo, como si anhelara hablar. Empieza a disolverse. A través de su cuerpo evanescente atisbo las olas que rompen contra las rocas. Su silueta desdibujada irradia un dolor apremiante. Se ha ido y ahora estoy completamente despierta. Los primeros rayos de sol que entran en la habitación a través de las rejillas de la ventana me obligan a parpadear.

Necesito que alguien me ayude a interpretar este sueño. Haberlo tenido en este momento crucial de mi vida significa algo, estoy segura. No puedo acudir a mi abuelo. Cuando mi madre murió, rompió todas sus fotografías porque no soportaba mirarlas. Cuando yo tenía seis años, me dijo que nunca la mencionara. Era demasiado doloroso.

De noche, en la cama, sola con mi añoranza, me imaginaba la palabra «madre» plateada y cortante, como un cincel mellando el corazón de mi abuelo.

Tal vez pueda contarle mi sueño a la abuela. También ella se muestra reticente a hablar de mi madre, pero es comprensiva.

Los habitantes de la casa del número 26 de la calle Tarak Prasad Roy han estado ajetreados desde el amanecer con los preparativos del compromiso. La sirvienta ha molido las especias destinadas a la comida y ha picado una montaña de verduras. La cocinera, que bosteza, ha troceado el *rui* y lo ha puesto en un adobo de sal y cúrcuma. En el Durga Mandir, el templo de la familia establecido hace más de cien años, el viejo Bahadur le grita al chico jardinero que pase la fregona por el suelo de baldosas de mármol rajadas hasta dejarlo limpio como una patena. Sarojini se da prisa en preparar lámparas, lleva inciensos de alcanfor, sándalo en polvo, caléndulas, grandes fuentes de cobre, fruta, pasteles y dulces hechos con leche, granos de arroz, monedas de oro y coloridas imágenes que representan un panteón de dioses. ¿Se está olvidando de algo? Ella ama el templo, pero la pone nerviosa. Demasiados recuerdos acechan en sus nichos ennegrecidos por el hollín.

En un lado ha desenrollado las esteras para el sacerdote y para su esposo, Bimal Prasad Roy, abogado jubilado y orgulloso abuelo de la prometida; en el otro ha puesto cuatro sillas bajas. Las sillas, que han sido motivo de una discusión, son para los Bose, la familia del novio, porque, como son modernos y distinguidos, no tienen

costumbre de sentarse en el suelo con las piernas cruzadas. Bimal se opuso terminantemente a semejante tontería de gente occidentalizada.

—Hemos rezado en el suelo durante generaciones. ¿No pueden hacerlo por un día? ¿No pueden sacrificar un poco de su comodidad por la bendición de la diosa?

Pero Sarojini, quien, a lo largo de cincuenta y cinco años de vida conyugal, ha tenido oportunidades de sobra para perfeccionar sus dotes de persuasión, terminó por convencerlo.

Al volver a entrar en la casa, Sarojini se ve envuelta en un mar de confusión. El lechero está golpeando la puerta lateral; suena el teléfono; en la radio, el locutor anuncia la fecha: 27 de febrero de 2002; Cocinera regaña al gato atigrado del vecino por intentar birlarle un trozo de pescado. Bimal, en tono quejica, llama a Cocinera. ¿Dónde diablos está su té de la mañana? ¿Y sus galletas Parle-G? Cocinera responde (pero no lo bastante fuerte como para que él la oiga) que ella no tiene diez brazos como la diosa. El comentarista de radio Akashbani está hablando de la creciente tensión entre la India y Paquistán desde la prueba del misil Agni, pero de pronto lo interrumpe un boletín de noticias: en Gujarat, más de cincuenta personas perecieron en el incendio de un tren.

Hay tantos desastres en el mundo, piensa Sarojini mientras sube por la escalera al dormitorio de Korobi. Es una lástima que haya tenido que ocurrir uno justo hoy, el día de mayor felicidad para su familia en mucho tiempo. Entra en la habitación con el propósito de ayudar a su nieta a vestirse para la ceremonia.

Allí está la muchacha, perdiendo tiempo en el mirador, ¡y en camisón, el de tela fina, para que todo el mundo la mire boquiabierto! Sarojini está a punto de regañarla, pero, apoyada en la baranda, mirando las adelfas que a Anu le encantaban, Korobi se parece tanto a su difunta madre que las palabras se extinguen en la garganta de la anciana. No es su rostro ni su piel blanca —en eso Korobi se parece a Sarojini—, sino esa postura, ese ansia de mundo, tan problemática, esa sonrisa radiante cuando se vuelve y ve a su abuela.

En cualquier caso, Sarojini no sirve para regañar a nadie. Su marido Bimal siempre se quejó de que consentía a las niñas —primero a Anu y después a la pequeña Korobi—, y que eso no les hacía ningún favor. Sarojini admite que él tiene razón; es necesario endurecer a las niñas para que sean capaces de sobrevivir en un mundo cada vez más exigente con las mujeres, y Bimal, por supuesto, hace un buen trabajo. Pero, en un lugar recóndito de su ser, tenaz como ese pez que sobrevive en el fango, Sarojini sabe que ella también tiene razón. Ser querida un poco más de lo imprescindible fortalece a una muchacha de un modo diferente.

—Ven, Korobi, date prisa, que el agua del baño se enfría.

No es que Sarojini haya tenido muchas oportunidades de mimarla. Cuando la niña cumplió cinco años, Bimal hizo planes para enviarla a un internado situado en las montañas nevadas. Sarojini le rogó que dejara que la pequeña viviera en casa un tiempo más. Hasta lloró, algo que en ella era inusual y mortificante. Después de la

muerte de Anu se había prometido no mostrar sus penas ni su dolor.

—Mira lo que sucedió la última vez que te escuché —dijo Bimal.

La réplica se le quedó en la punta de la lengua: «¿Quién tiene la culpa de que mi hija haya muerto?» Se contuvo a duras penas. Si esas palabras hubieran sido pronunciadas, ella no habría podido seguir viviendo con Bimal, él no lo habría soportado. Pero ella no sabía ser de otra manera. Y además lo amaba. El sufrimiento de su marido le dolía. Sí, él sufría por la muerte de Anu, pero no hablaba de ello. Aún hoy se despierta en medio de la noche con un gemido y Sarojini, acostada a su lado, oye —a veces durante una hora— la cadencia insomne e irregular de su respiración.

Pero este no es momento para pensamientos mórbidos. De la cocina llegan los aromas de la comida: *khichuri* preparado con lentejas doradas y arroz *gopal bhog* traído de la aldea de sus antepasados, berenjenas salteadas, curry de coliflor cocinado con *ghee* puro y cardamomo. Sarojini tendrá que supervisar la fritura del pescado. La última vez, Cocinera, que se está haciendo vieja, quemó los filetes y luego se echó a llorar. Pero, antes que nada, Sarojini debe hacer que Korobi se vista. Esa niña está siempre soñando. ¿La oyes? Está cantando a voz en cuello en el baño, como si fuera un día festivo.

La anciana llama a la puerta del baño.

—Anda, date prisa, que hay mucho que hacer. Sari, cabello, maquillaje, joyas. La ceremonia de los granos de mostaza para conjurar el mal de ojo. Si no estás lista cuando lleguen los invitados de Rajat, a tu abuelo le dará un ataque.

Mientras Korobi estaba ausente, en el internado, Sarojini pasaba el año anhelando la llegada del receso invernal, cuando los carámbanos colgaban de los aleros de las viejas dependencias del colegio y los niños eran enviados a sus hogares en las llanuras. Pero, por alguna razón, cuando Korobi volvía a casa, ellas dos nunca lograban hacer juntas las cosas que Sarojini había planeado. Compartir con ella sus famosas recetas especiales y transmitirle los secretos que su propia madre le había transmitido a ella. Cada vez que trataba de enseñarle a Korobi a preparar *singaras* rellenas con coliflor o remeter bolitas de alcanfor en la ropa de lana para protegerla de las polillas, Bimal llamaba a la niña para jugar una partida de ajedrez o para que lo acompañara a la feria del libro. En medio de todo eso, una serie de profesores particulares invadía la casa con la misión de preparar a Korobi con vistas a las asignaturas del programa de estudios del curso siguiente para que la niña fuera la primera de su clase. La pequeña no se quejaba; adoraba a su abuelo y quería que estuviera orgulloso de ella.

Cuando Sarojini se atrevía a sugerir que Korobi necesitaba tiempo para ser una niña, Bimal respondía:

—¿Acaso quieres arruinarle el cerebro?

El único momento en que lograba tener a su nieta para ella sola era a la hora de

acostarse.

—Háblame de mamá —susurraba la niña en la oscuridad.

Ese ruego prohibido forjaba un vínculo entre ellas. Sarojini se tragaba el dolor que le atenazaba la garganta y le contaba alguna cosilla inofensiva: una escapada infantil, un color favorito, un poema no del todo recordado que a Anu le gustaba recitar.

—¿Por qué me llamó Korobi?

—Porque le gustaban mucho las adelfas, *shona*.

—¡Pero son venenosas! Tú me lo dijiste. ¿Por qué me llamó con el nombre de algo tan peligroso?

Sarojini no sabía contestar esa pregunta.

Ahora Korobi va a casarse y Sarojini se va a quedar sola, debatiéndose bajo el peso de cosas no dichas, cosas que nunca diría porque se lo había prometido a Bimal.

Ahuyenta ese pensamiento mientras desdobra el sari rosa, de seda dura, que había comprado muchos años atrás para Anu. Lo ajusta alrededor de la fina cintura de su nieta y de paso amonesta a la muchacha, que es incapaz de estar quieta. Comprueba que los pliegues estén derechos y quede a la vista el ribete bordado en oro. Satisfecha, Sarojini puede ahora empezar con las joyas, sus queridas joyas, las de su dote. Le pidió a Bimal que fuera a sacarlas de la caja de seguridad del banco; él obedeció a regañadientes, diciendo que era innecesario. Prende el disco de oro con forma de aurora solar en la trenza de Korobi y retrocede para observar cómo le queda. La muchacha tiene un cabello muy bonito, y no porque se lo cuide. Generalmente se lo deja suelto y es una mata de rizos enredados que le caen en cascada sobre la espalda. De dónde habrá sacado esos rizos, se pregunta Sarojini. En la familia todos tienen el pelo lacio y tieso.

El largo collar del que cuelga un diamante en forma de luna creciente; los pendientes, tan pesados que hay que sostenerlos con unas cadenitas sujetas al pelo de Korobi. El brazalete con forma de serpiente bicéfala se ajusta perfectamente al contorno de su brazo. Sarojini había tenido la esperanza de hacer esto mismo con Anuradha, el día de su boda. Pero Anu se había casado en América y Sarojini no había podido viajar hasta allá, ni planteárselo siquiera. Cada joya tenía su nombre: *mantasha*, *chandra chur*, *makar bala*. Hoy en día, mucha gente no los conocía. Sarojini había intentado enseñárselos a Korobi, pero a la niña no le interesó.

Rajat, en cambio, fue una sorpresa. La semana anterior vino a buscar a Korobi para dar un paseo en su nuevo BMW, pero acabó sentado en la cama de Sarojini durante media hora admirando las distintas piezas y escuchando atentamente su historia. «El disco perteneció a mi tía viuda, que se lo dejó en casa cuando se fugó. Mi padre le dio este collar a mi madre cuando nació mi hermano mayor. Mi bisabuelo, el jugador, le ganó el brazalete víbora a un terrateniente vecino jugando al *pasha*.»

Esa tarde, cuando Korobi regresó de su paseo, Sarojini le dijo:

—Tienes suerte de haber encontrado un esposo como él. Le interesa la historia y la tradición y no le importa pasar un rato con una vieja dama.

—Perdona, pero creí que quien tenía suerte era él.

Sarojini se echó a reír con su nieta. Aunque no lo decía, ella confiaba en que Rajat compensaría todas las tragedias que se habían ido acumulando en la vida de Korobi.

Asif Alí conduce el reluciente Mercedes por el laberinto de callejuelas de la parte vieja de Calcuta con consumada pericia, pero sus pasajeros, ocupados con la celebración del compromiso, no notan la suavidad con que evita los baches, las vacas y los mendigos, ni la destreza con que zigzaguea para que la familia Bose llegue a tiempo a su destino. Esto decepciona un poco a Asif. En los seis años que lleva trabajando como chófer para estos ricos insensibles, ha podido comprobar que para ellos los criados son invisibles. Hasta que cometen un error, claro está. Si Asif para de golpe y el coche pega una sacudida porque un peatón inconsciente se le ha cruzado de repente, entonces tendrá que oír a Memsaab.

No es que Asif se queje. Los Bose representan sin duda un progreso comparados con sus anteriores patronos. Por ejemplo, no son tacaños. (A Asif no deja de asombrarle lo ingeniosamente agarrados que pueden ser los ricos con su servidumbre.) Si Barasaab regresa de un viaje de negocios por la noche o Memsaab se queda hasta muy tarde en una fiesta, dos cosas que suceden con regularidad, él debe hacer horas extra. No obstante, aunque rezonguen un poco, nunca le deducen de su sueldo los días libres que pide cuando tocan las fiestas religiosas musulmanas, y le dan suculentas propinas cuando están satisfechos. Especialmente Rajat-saab, aunque, desde que se compró el BMW, Asif no lo ve mucho. Rajat le dio quinientas rupias la noche que se declaró a la señorita Korobi.

—¡Ha dicho que sí, Asif! ¡Qué te parece!

Incluso con la luz mortecina del interior del coche vio brillar los ojos de Rajat. A pesar de que Asif es cinco o seis años mayor, esa noche se sintió viejo.

—Felicidades, Saab. Deseo que los dos sean muy felices juntos.

Lo dijo sinceramente. Le agradaba Rajat, pues era siempre amable y considerado, incluso cuando llevó aquella vida desenfadada, antes de conocer a la señorita Korobi, cuando salía todas las noches, iba a las discotecas con sus amigos locos y aquella mujer, Sonia, la más loca de todos ellos. Pero Asif no lo culpaba. Si él tuviera esa fortuna, también haría unas cuantas locuras en lugar de pasar sus tardes libres jugando a *teen patti* con otros chóferes del edificio, viéndolos emborracharse con cerveza barata.

Pero, en esa familia, la preferida de Asif es la señorita Pia, a quien él lleva y trae del colegio cada día, y que le recuerda —aunque es ilógico por su parte pensar de esta manera, y quizá también presuntuoso— a su hermana menor.

Aunque nunca nadie lo sabrá, Pia es la razón por la cual él rechazó, el año pasado, la oferta de los hombres del jeque Rehman cuando vinieron a tentarlo con la promesa de un salario más alto y la oportunidad de conducir un Rolls Royce. Por un momento había titubeado; más que por el dinero, por el coche; y más que por el coche, por la reputación del jeque.

El jeque Rehman es una leyenda en la comunidad musulmana. Es conocido por contratar jóvenes musulmanes talentosos e interesarse realmente por su bienestar. Es generoso con las bonificaciones y las horas extraordinarias. Los aloja en las dependencias destinadas al personal, que son muy lujosas. Comen gratis deliciosos platos *halal* preparados en la cocina comunitaria situada en la parte trasera de la mansión del jeque. El año anterior, cuando unos muchachos le dijeron que deseaban visitar La Meca, pagó todos sus gastos y les concedió más días de vacaciones. Dicen que no se conoce ningún criado que haya abandonado voluntariamente su servicio, aunque sí ha habido varios despedidos, pues el jeque es una persona exigente.

Sin embargo, Asif pensó en cómo se pondría la señorita Pia si se enteraba que él se marchaba, y entonces les dijo que no.

La señorita Pia le había puesto un nombre secreto, que ella solo usaba cuando no había nadie delante: A.A. Es un nombre en clave. «A.A., ¿te apetece un Wrigley de menta?», «¿No puedes ir más deprisa, A.A.?», «Cuéntame otra vez quiénes viven en tu casa, en la aldea, A.A.», «Sube el volumen, A.A. ¡Más fuerte!». A ella le agrada la música americana estridente, que perfora los tímpanos. Es una música que a él lo desconcierta, pero ha decidido que también es su favorita. Cuando se hallan solos en el coche, la señorita Pia sostiene con la mano un micrófono imaginario, como una estrella de rock, y canta meneando los hombros. Asif la acompaña tarareando en voz baja.

Por ser invisible, Asif sabe cosas. Por ejemplo, la discusión que mantuvieron Rajat y sus padres después de la primera visita que hicieron a la señora Korobi y a sus abuelos. Memsaab preguntó si Korobi, que estaba cursando el primer año de la facultad, no era demasiado joven. Además, había estado toda su vida metida en ese colegio internado. Rajat alegó, porfiado, que ella era más madura que la mayoría de sus amigos. Y en eso Asif le dio la razón, aunque, por supuesto, se lo calló.

—¿No es demasiado pronto para meterte en esto cuando acabas de romper con Sonia?

—Esto no tiene nada que ver con Sonia —repuso Rajat con frialdad, pero Asif creyó detectar un ligero temblor en su voz.

A Barasaab, en cambio, le preocupaba que Korobi no tuviera muchas cosas en común con Rajat. Sus familias eran completamente distintas. Rajat insistió en que esas diferencias, precisamente, le parecían fascinantes. La cultura y la historia en las que vivía inmersa Korobi en aquella casona maravillosa; él aprendía muchas cosas cada vez que iba a verla a su casa.

—Su educación es algo único —admitió Memsaab—. Pero ¿será suficiente para

ti? No me gustaría que dentro de un par de años te aburras y seas infeliz...

—Mamá, si la conocieras mejor sabrías que nunca podría aburrirme con ella. Nunca he podido hablar con una mujer como con ella. Me entiende, a veces sin que tenga que explicarme. La quiero más de lo que nunca pensé que podría querer a alguien.

Entonces, Memsaab, suspirando, le dijo:

—En ese caso, hijo, te apoyaremos.

Llegan a casa de los Roy a la hora prevista, aunque nadie felicita a Asif por ello. Para el coche delante del número 26 de Tarak Prasad Roy Road, a la sombra de los tamarindos, se apea rápidamente y abre la portezuela con elegancia. La señorita Pia es la última en bajarse. Luce un sari largo de georgette azul oscuro que lleva prendido en el hombro con un broche. Solemne y formal, inclina la cabeza como una reina.

—Gracias, A.A. —susurra.

Pero no puede resistir su entusiasmo. Le sonrío y corre para adelantarse a sus padres, levantándose el sari hasta las rodillas y balanceando su nueva Kodak, que lleva agarrada por la correa. Ayer le explicó a Asif por qué esa cámara es especial.

—¡Acaba de salir, A.A.! Dada le pidió a uno de sus amigos, que viajó a América, que me trajera una. Mira, es digital. Puedes ver la foto cuando la estás tomando. Si no te gusta, la puedes borrar y vuelves a tomarla. Después del compromiso te sacaré una. De pie, apoyado en el coche. ¿Cómo lo ves?

—Sería muy bonito, señorita —dijo él, conmovido. A nadie nunca se le había ocurrido tomarle una foto.

La hermana de Asif tenía la misma edad que Pia el año en que él se marchó de su aldea. Ella había llorado cuando supo de su marcha. A pesar de la diferencia de edad, habían estado muy unidos. Asif la escuchaba con paciencia cuando ella discurría como una cotorra sobre cosas que solo interesaban a las niñas. Y cuando sus amiguitas no estaban presentes, él se dejaba persuadir y jugaba con ella a las piedras o al *ekka-duka*. Pocos años después la casaron con un hombre que vivía en Ghaziabad. Asif tuvo un disgusto cuando se lo dijeron. Pensó que ella no era lo bastante mayor para asumir los deberes de una esposa, pero ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. El matrimonio ya estaba arreglado. Después le pidió la dirección a su madre y le escribió varias veces enviándole, incluso, un poco de dinero, pero ella nunca le contestó. Probablemente su familia política se quedó con las rupias que él metía en el sobre y no le entregó las cartas. Quiso llamarla, pero los familiares no tenían teléfono. Pensó en pedirle a Bara-saab unos días libres para ir a verla, pero pasaron los días, como suele suceder con los días, y no lo hizo. Entonces, el año pasado, su madre le escribió diciéndole que su hermana había muerto de neumonía. Al leer la carta, con sus renglones torcidos y sus faltas de ortografía, Asif sintió que se le desgarraba el corazón de tristeza y culpa. Se acordó del aspecto de su hermana el día de su boda, doblada como una infeliz bajo el peso del velo nupcial. Se había muerto por negligencia, estaba seguro de ello, y él no había hecho nada para



ayudarla.

Se pone tenso cuando ve que Pia se tambalea caminando con sus tacones altos. «Alá, no permitas que se caiga», se oye musitar sorprendido.

Trato de estarme quieta y no impacientarme con la seda pesada que me pica, con la que mi abuela me está envolviendo, ni con las joyas aún más pesadas que está sujetando en distintas partes de mi cuerpo. No me agrada el aceite perfumado con el que me ha frotado el cabello antes de aprisionarlo en una trenza, ni el *bindi* grande que me ha pintado sobre la frente, como un tercer ojo asombrado. Pero advierto que todo esto la hace feliz. Quizá le recuerda al día de la boda de mi madre... mi madre, de cuya visita necesito hablar con mi abuela en cuanto encuentre el momento. Así pues, me armo de paciencia, toda la que puedo. De todos modos, esta tarde, antes de la fiesta de compromiso, me lavaré el pelo con champú para quitármelo. Y esta noche me pondré mi traje espectacular, el que tengo escondido en el fondo de mi *almirah* y que solo Rajat ha visto.

La recepción será en el Oberoi Grand, el hotel más lujoso de Calcuta. La madre de Rajat —quien prefiere que yo la llame mamá— me dijo que asistirán trescientos cincuenta invitados. El primer ministro en persona dijo que se pasaría un momento.

—Recuérdalo, querida, ¡serás el centro de la atención de todos!

Nunca me ha sucedido nada semejante. Como me crie en un colegio internado, mis fiestas de cumpleaños no eran nada del otro mundo; se hacían en el refectorio, había globos, un pastel grumoso hecho por la cocinera, unos minutos de canción de cumpleaños y algún que otro aplauso. La fiesta de esta noche me resulta un poco inquietante, pero sobre todo estimulante. Respiro hondo y enderezo los hombros, lista para ocupar mi lugar en el mundo como la prometida de Rajat Bose.

—¿Por qué te hinchas como una rana? —pregunta mi abuela—. ¿Cómo supones que puedo abrochar el *komarbandh* alrededor de tu cintura si te hinchas de esa manera?

Como se da por descontado que la fiesta se prolongará hasta altas horas de la noche, papá Bose ha reservado tres suites en el hotel, una para él y mamá, otra para Rajat, y la tercera para Pia y para mí. Pia es la hermana de Rajat, tiene once años y él la llama Dulce P. A mi abuelo esta idea no le gustó. Arrugó la nariz y empezó con eso de que las niñas de la familia Roy no pasan la noche fuera de casa. Pero papá Bose, bendito sea, dijo con la suavidad que lo caracteriza: «Bimal-babu, ¿acaso ahora Korobi no es también mi hija?» Sus palabras me llenaron de alegría. Tuve ganas de decirle: «Sí, lo soy. Y tú y mamá sois mis padres.»

Mi abuelo terminó por ladrarle su consentimiento a papá. Pero nunca se lo hubiera dado si supiera lo que Rajat tiene planeado hacer esta noche, que es introducirme con sigilo en su suite una vez que sus padres se hayan dormido. Ha hecho jurar a Dulce P. que guardará el secreto. No le ha costado mucho convencerla;

adora a su hermano. Cuando pienso en nosotros, solos los dos, con una privacidad que rara vez hemos podido tener, entrelazados en un diván de terciopelo azul —hasta ahí dejo que llegue mi imaginación culpable—, siento un cosquilleo en el estómago. Sí, estoy asustada, pero de una manera deliciosa. Noto un hormigueo en mis pechos y respiro con calma para que mi abuela no me pregunte: «¿Y ahora qué te pasa? ¿Estás mareada por el ayuno?»

Pero ni mis fantasías con Rajat impiden que deje de preocuparme por la aparición de mi madre. Tengo que decírselo a mi abuela. Ya casi hemos terminado.

Me ajusta una vez más el brazalete y ladea la cabeza para ver cómo luzco.

—¡Hermosa! —proclama.

Se pone de puntillas para darme un beso y luego, tras vacilar un poco, me da otro, como si me lo diera en nombre de otra persona.

Creo que ahora es un buen momento.

—Abu, ¿puedo preguntarte algo?

Pero justo nos llama Cocinera desde abajo, para avisarnos que Bimal-babu ya está vestido y nos espera en el vestíbulo, paseándose cual león enjaulado, no muy contento con que sigamos perdiendo el tiempo arriba.

—Vamos —dice mi abuela.

La cojo del brazo.

—Necesito hablar contigo.

—Ahora no, cariño. Ya conoces a tu abuelo, cómo se enfada cuando alguien se retrasa.

—¡Es muy importante!

Algo en mi tono la obliga a escudriñar mi cara con una aprensión que le nubla los ojos. Pero desde abajo nos llegan los roncros chillidos de Cocinera:

—¡Ay, Ma, ay niña Korobi! ¡El abuelo ya se ha marchado al Mandir muy enfadado! Más vale que os deis prisa, si no, ya sabéis lo que sucederá.

La abuela me pide que me adelante e intente apaciguar al abuelo. Ella se reunirá con nosotros lo más rápido que se lo permita su rodilla dañada. Me promete que hablará conmigo después de la ceremonia. Tengo que conformarme con eso.

Voy corriendo por el sendero de grava y alcanzo al abuelo. Deslizo mi mano en la suya, como he hecho desde que aprendí a caminar. No espero una reacción; nunca ha sido efusivo. Pero hoy me sorprende apretándome los dedos. El ceño fruncido se disuelve en una sonrisa. Por un instante me siento orgullosa sabiendo que soy la única capaz de operar en él esta magia. Me mira de arriba abajo y me da su aprobación con una leve inclinación de la cabeza. Para mí esto significa más que todos los piropos que me puedan dedicar los demás.

En el templo, estoy sentada en el suelo frío al lado de mi abuelo, bajo la severa benevolencia de la mirada de la diosa. Mi abuelo viste con un tradicional *dhoti* de seda. Por nada del mundo se pondría ropa moderna, ni siquiera en una ocasión tan especial como esta. Y yo lo admiro por eso, por ser siempre él mismo, sin jamás

hacer concesiones ni disculparse por ello. La espalda erguida, impaciente, su cabellera blanca resplandece. De vez en cuando intimida al religioso corrigiéndole el sánscrito, pero, entre los mantras, cuando para bendecirme posa la palma de su mano sobre mi cabeza, lo hace con extrema dulzura. Yo lo quiero como es, con sus fanfarronadas, sus exasperantes ideas prehistóricas, su ternura, que se esfuerza tanto en ocultar.

Frente a nosotros, papá y mamá, ignorantes de las disputas por la distribución de los asientos, están sentados con elegancia en las sillas de mimbre. Rajat, sin embargo, ha preferido el suelo. Desde el otro lado del abuelo, me lanza una rápida mirada pícaro. Las cosas íntimas, escandalosas, que me dice con los ojos arrebolan mi rostro con una ráfaga de calor. Un mechón díscolo le cae sobre la frente. Hago un tremendo esfuerzo para no pasar por encima de mi abuelo y ponérselo en su sitio. Cuando por fin toma mi mano para ponerme el anillo de diamante que escogimos juntos, el goce me hincha el pecho a tal punto que me resulta difícil respirar. Rajat ha hecho de mí una creyente en milagros. Si no, ¿cómo habríamos podido enamorarnos?

Tres meses atrás, yo había ido a la fiesta de cumpleaños de Mimi, mi amiga de la facultad; todo un milagro, aunque de menor importancia. Mi abuelo nunca me dejaba salir tan tarde, pero esa noche insistí. Mi abuela se puso de mi parte: «Necesita conocer gente joven», le dijo. Al final él transigió, malhumorado, con un gesto de la cabeza. Cuando llegué al apartamento, la fiesta estaba en su apogeo: media luz, música a tope, ensordecedora, sin presencia de adultos. Había mucha gente que yo no conocía, bebiendo algo de aspecto sospechoso y fumando algo que, a todas luces, no eran cigarrillos. Miré a las chicas enfundadas en rutilantes chalecos ceñidos y tejanos pegados al cuerpo y me sentí antediluviana con mi *kurta* de ribetes dorados. Iba a marcharme aduciendo cualquier excusa cuando Mimi dijo: «Vaya, por Dios, ¿es Rajat Bose el que está en la puerta? ¿No lo conoces? Sus padres son los dueños de esa galería de arte tan espléndida en Park Street. Acaba de romper con Sonia Gupta, cuyo papi es dueño de una fábrica Hyundai. ¡Mira por dónde, nunca pensé que vendría a mi fiesta!»

Hice un esfuerzo por distinguir entre la penumbra llena de humo y vi a Rajat. Junto a la puerta, a contraluz, me pareció que brillaba. Tenía una copa en la mano y una chaqueta de piel colgada al hombro. Estaba apoyado contra la pared, rodeado de varias personas que lo escuchaban con atención, saludando con la cabeza a los conocidos que se acercaban a rendirle pleitesía. Dejó que Mimi lo arrastrara al salón, donde bailó suelto, moviendo las caderas con gracia desdeñosa y sonriendo apenas a las chicas que se apiñaban a su alrededor. Semanas después me sorprendí cuando me confió que, al llegar y ver a toda esa gente arremolinada, también él había querido escaparse.

—Gracias a Dios no lo hice, Cara —añadió (ya me había puesto ese nombre especial), tocándome la cara como si necesitara memorizar mis facciones—. ¿Te alegra que me quedase?

Asentí con la cabeza. Quería decirle que había transformado mi vida, que había traído el tecnicolor a mi mundo sepia. Pero temí parecer estúpida.

—Estabas en un rincón, de pie, ¿te acuerdas? Había algo en tu actitud, en tu porte, que te diferenciaba de todas esas chicas que no paraban de dar vueltas. Como si pertenecieras a una era anterior. Me picó la curiosidad. Cuando te invité a bailar, me dijiste con naturalidad que no sabías bailar. Te admiré.

Se había ofrecido a enseñarme. Mientras todo el contingente femenino me miraba con envidia, él le pidió al *disc jockey* un tema lento. A continuación, me tomó entre sus brazos. Yo estaba nerviosa y me sentía rara. Para que pudiera relajarme, empezó a hacerme preguntas. Y lo hizo de tal manera que consiguió que le contara cosas mías que nunca le había dicho a nadie. Me pareció que mis respuestas le interesaban. Pasamos el resto de la noche conversando en el balcón.

¿Qué podía haberle atraído de mí? No creo que fuera mi vida, aburridamente convencional y exenta de aventuras.

—¿Bromeas? —me dijo Rajat después, cuando se lo pregunté—. La manera como te criaste, huérfana de nacimiento, oculta en un valle rodeado de montañas, y hoy, en esa hermosa casona antigua, protegida y cuidada por el ogro de tu abuelo... ¡si solo escucharte fue como entrar en un cuento de hadas!

—Mi abuelo no es un ogro —le contesté, riéndome—. Mi abuela y él me educaron con tanto esmero y cariño que nunca me he sentido huérfana.

Cuando llegó la hora de marcharnos de la fiesta, Rajat me pidió mi teléfono. No se lo di. Mi abuelo me había avisado hacía tiempo: las hijas de la familia Roy no tenían amiguitos. Rajat no insistió. Creo que tomó mi negativa como un reto. Dos días después, al volver de la facultad, me sorprendió verlo en casa, tomando el té con mi abuelo. Aún no comprendo por qué mi abuelo consintió que Rajat saliera conmigo. Ni por qué, al cabo de tres meses, cuando le pidió permiso para casarse conmigo, mi abuelo dijo que sí.

—Debe de haber sido mi encanto natural —dice Rajat, riéndose. Pero a veces también añade—: Creo que tu abuelo, que no es ningún tonto, percibió que yo haría cualquier cosa por hacerte feliz.

Pia, que se ha agachado para sentarse a mi lado, me da un beso en la mejilla, forzándome así a regresar al templo, donde la ceremonia ha terminado.

—¡El anillo es magnífico, Korobi-didi! ¡Ah, qué suerte tienes! Dada tiene muy buen gusto. ¿No es cierto, mamá?

—Sí, claro. —Nos contempla y el amor que se refleja en su rostro la torna aún más hermosa.

Papá y mamá me entregan su regalo: un conjunto hecho de diamantes de diseño exquisito —collar, pendientes y un par de brazaletes—, que hace juego con el anillo. Cuando en la joyería vi el precio en la etiqueta, me escandalicé y les supliqué que eligieran algo menos caro.

—¡No, querida, en absoluto! —exclamó mamá—. Te mereces cada una de las

rupias que vale esto. Además, todos los invitados a la recepción estarán esperando ver lo que la familia Bose le ha dado a su única nuera. —Sonrió para darme a entender que bromeaba—. ¿Me permites que me ocupe también de tu traje? Conozco la tienda ideal...

No se lo iba a permitir; al fin y al cabo, yo era la nieta de Bimal Roy. Mi ropa me la pagaría yo. Pero sus palabras me quedaron grabadas. En mi recorrido por las tiendas, tuve presente que yo era la única nuera de los Bose y compré un *kurti* granate, de hombros descubiertos, con pantalón pitillo adornado con lágrimas de cristal, el más caro y atrevido que he tenido en mi vida. A Rajat le encantó el conjunto y me regaló unos stiletos adornados con falsos diamantes a juego con el traje. Sin embargo, cuando llegué a casa me puse tan nerviosa que los escondí en el *almirah*, detrás de los saris de algodón. De vez en cuando me imaginaba, con una mezcla de horror y orgullo, la reacción de mi abuelo cuando me viera con esa ropa.

Aún no hemos terminado con los regalos. Papá nos entrega ceremoniosamente un sobre grande de pergamino. Sé lo que contiene: la escritura del piso que ellos nos han comprado como adelanto de nuestro regalo de bodas. El piso está en una torre de apartamentos junto al lago Rabindra Sarobar, en un barrio cerrado, el preferido de las modelos, los cantantes de *playback* y los nuevos millonarios, a escasos minutos de donde viven los Bose. Mamá dice que así estaremos cerca de ellos sin perder nuestra privacidad.

Cuando pienso en que voy a llevar mi propia casa y que tendré mis propios criados, me embriaga una sensación de irrealidad. ¡Es maravilloso imaginarme desempeñando las obligaciones de una persona adulta! Pero felizmente no tendré que preocuparme por eso durante al menos un año, pues dispongo de ese tiempo para estar con mis queridos abuelos. Luego celebraremos la boda. Va a ser el año más maravilloso, un año delicioso, de tierno noviazgo, de gozar viendo la envidia en los ojos de mis compañeras de facultad, de incursiones nocturnas en el mundo glamuroso de las discotecas y las fiestas a que Rajat ha prometido llevarme. Un año de diversión antes de asumir la seria cuestión de estar casados. Pienso aprovecharlo al máximo.

El piso todavía está en obras, pero he visto el de muestra. Parece el plató de una película. En su sala de cine y televisión, la pantalla del televisor ocupa una pared entera. Hay bidés relucientes en todos los lavabos. Es increíble. ¿Puede ser que exista algo más opuesto a esta casa vieja tan querida, con sus paredes de yeso manchadas por la humedad y sus tallos de higueras de Bengala que brotan entre las juntas de los ladrillos de la terraza? Cuando Rajat me lleva en su coche por las callejuelas tortuosas del norte de Calcuta a verificar el avance de las obras, me siento desorientada, como una viajera a través del tiempo.

Después de la ceremonia, ante la insistencia de Pia, el grupo se reúne en la galería que domina el jardín. Pia indica a cada uno donde sentarse: Bimal y Sarojini en el

centro, Rajat y Korobi a sus respectivos costados. (Chico-chica-chico-chica, ordena.) Detrás de ellos, de pie, el señor y la señora Bose. Pia es una fotógrafa detallista. Todos deben ladear sus cabezas como ella manda. Deben mirar en la lejanía con rostros bondadosos, como budas, o mirarse intensamente a los ojos. Les dice a los abuelos que se tomen de la mano. Su petición les causa sorpresa, pero lo hacen. Los criados, con el pretexto de traer sorbete de lima y castañas de cajú, osan introducirse en el marco, pues ¿cómo podría haber un retrato de familia sin ellos? Pia deja que se queden. Por delante de la cancela pasa un heladero. El tintín de la campanilla de su carrito formará parte de la fotografía, así como los aromas del almuerzo de celebración del compromiso: *khichuri* con coliflor, calabaza salteada (Cocinera es dada a repentinas improvisaciones disparatadas), arroz con leche con melaza de palmera y, sí, pescado frito quemado.

Pia se sentirá especialmente orgullosa de esta fotografía. Dirá a su padre que envíe copias por correo a todos sus parientes, incluso a los que nunca conocerá. A pesar de las protestas de su madre, colgará una ampliación en el salón familiar, junto al cuadro original de Jamini Roy. Una copia figurará en la primera hoja de su nuevo álbum de fotos, que Rajat le regaló junto con la cámara. La titulará *Felicidad*. Aun después de que acontezcan ciertos hechos y la señora Bose retire la foto de la pared, Pia guardará su copia. Por las tardes, a última hora, cuando su madre cree que ella está haciendo la tarea del colegio, sacará el álbum del fondo de su armario y pasará los dedos por la fotografía, por encima de las minúsculas sonrisas inocentes fijadas en los rostros de sus retratados.

Después de almorzar, los adultos descansan en la galería, debajo del ventilador. Mi abuela pasa con una fuente de cristal y les ofrece semillas de cardamomo blanqueadas, traídas especialmente del Bara Bazar, para refrescar el aliento. Pia desaparece en el fondo del jardín, donde la hierba está más alta, para tomar más fotos. Rajat y yo no tenemos, por ahora, otras obligaciones y somos libres de pasearnos por el camino de la entrada bordeado de adelfas.

—Cara —dice Rajat—, he esperado este momento para decirte una cosa que se me ocurrió hace un tiempo. Una idea fantástica para el negocio. Quiero que lo sepas tú antes que los demás.

Rajat trabaja para su padre: gestiona los pedidos, lleva la contabilidad, se ocupa de los clientes importantes. Es lo que ha estado haciendo estos dos últimos meses. Antes tenía otro empleo —desarrollo empresarial en una gran multinacional—, pero su padre lo llamó porque lo necesitaba.

—Quiero abrir una página web donde los clientes puedan ver toda nuestra gama de productos y comprarlos por internet. ¿Qué te parece?

No sé mucho de páginas web —estoy estudiando Historia—, pero me agrada que me confíe esta nueva idea suya. Que me observe, no sin cierta ansiedad, a la espera

de mi veredicto. Para mí significa mucho más que todas las palabras de amor que me haya dicho hasta hoy.

Busco su mano.

—Es una idea maravillosa.

Andamos un rato cogidos de la mano, entrelazados nuestros dedos, demasiado felices como para tener necesidad de hablar.

En la galería, los hombres hablan de política. En otro momento me habría interesado, pero en este preciso instante, caminando de la mano con Rajat, me siento demasiado colmada para preocuparme por eso ahora. Mi abuelo comenta que es positivo que el nombre de nuestra ciudad vuelva a ser Calcuta en lugar de esa versión anglicanizada que nos endilgaron los británicos. Pero papá señala que el cambio le está costando al estado millones de rupias, pues hay que modificar el nombre en todos los documentos.

—Es más importante ocuparse de los disturbios que se producen en la ciudad —últimamente ha habido muchos—. ¿Recuerda cuando, el mes pasado, los militantes atacaron el American Center?

—Ah, sí, esos musulmanes. Un grupo de violentos. ¿Se ha enterado de lo que sucedió hoy en el tren, en Gujarat? ¿Todos los peregrinos hindúes que quemaron vivos?

—Trágico —contesta papá—. Espero que no conduzca a más derramamiento de sangre.

Rajat, que no ha prestado atención a la conversación, me dice:

—Será un reto. La gente de aquí no está acostumbrada a comprar por internet. Tenemos que hacer una página atractiva y que resulte fácil navegar por ella. ¿Crees que podrías ayudarme? ¿Y si haces un curso de diseño gráfico?

—¡Claro!

Su propuesta me halaga. Imagino la página que voy a crear: vibrante, con imágenes intermitentes de obras de arte. Quiero hacer un buen trabajo para Rajat, así que, en cuanto pueda, me pondré a estudiar a fondo en qué consiste el negocio de los Bose. Iré a conocer la galería de Park Street, ya que mamá me ha invitado varias veces.

Un poco más allá, en la entrada, Pia está indicándole a Asif que se apoye contra el Mercedes para sacarle una foto.

—¿Su chófer no es musulmán? —oigo que pregunta mi abuelo—. Si yo fuera usted, no dejaría que llevara a mi familia a todas partes, y para colmo de noche.

Tiemblo. Puedo sentir el disgusto de papá, pero responde con amabilidad.

—Asif es de toda confianza.

—Cree que tengo prejuicios, ¿eh? Usted es muy joven, no ha visto lo que yo vi: los disturbios por la Partición, aquí mismo, en Calcuta; hombres despedazados en las calles, con *hansulis*...

—¡Por favor! —interviene mi abuela—. ¡No hablemos de esas cosas hoy, que

traen mala suerte!

El abuelo se enfada; no le agrada que lo interrumpen. Entonces papá se apresura a decir:

—Roy *moshai*, por favor, no deje de venir esta noche a la fiesta.

El abuelo niega con la cabeza.

—Ya se lo he dicho, Bose-babu, no apruebo eso de cantar, bailar y beber alcohol. Estarán mejor sin mí. Pero hay algo que deseo decirle antes de que se marche. Le he preguntado al religioso de nuestra familia cuál sería el día más auspicioso para la boda de los chicos... y hay uno perfecto, por la conjunción de las estrellas, dentro de tres meses. Me agradecería que se celebre en esa fecha.

Lo miro estupefacta. ¿Quiere que nos casemos dentro de tres meses? ¿Se ha vuelto loco? Es demasiado pronto y, además, ¡no nos ha consultado, ni a Rajat ni a mí! Miro a Rajat y compruebo que él también está atónito. Pero, más allá de su sorpresa, ¿está feliz o consternado? No puedo adivinarlo. Me parece que a lo mejor no conozco a mi novio tan bien como creía.

—¿Está seguro de que desea que la boda se celebre tan pronto? —pregunta papá—. Creí que habíamos decidido que Korobi primero debía cursar otro año completo en la facultad.

El abuelo parece cansado, se nota por su tono cuando dice:

—Bose-babu, soy un viejo. Quién sabe cuánto tiempo más estaré aquí. Antes de partir, deseo ver casada a mi única nieta. Estoy seguro de que, después de la boda, ustedes dejarán que Korobi siga con sus estudios, ¿no?

Quiero que papá se oponga, que afirme que esto es una locura, pero, por alguna razón que no alcanzo a entender, lo único que dice, con su habitual cortesía, es:

—Claro que sí, por supuesto.

Cuando mamá empieza a protestar diciendo que tres meses es muy poco, que no tendrá tiempo para organizar una boda como corresponde, papá apoya con suavidad una mano en su brazo.

—Deseo que lo anuncien esta noche, en la recepción —dice el abuelo.

—Como quiera, Bose-babu. Así se hará.

Los miro a todos, furiosa. ¿Piensan que pueden coger mi vida como si fuera una bola de masa y darle la forma que ellos quieran? Estoy a punto de decirlo, pero en ese momento Rajat me lleva detrás del frondoso ramaje de las adelfas y me abraza para darme un beso audaz que me deja sin aliento.

—Ha sido una bomba, ¿verdad? ¡Pero el abuelo tiene razón! Ahora que nos pertenecemos, ¿por qué habríamos de posponer nuestra felicidad?

Mi corazón se agita como un pájaro atrapado. Ante su obvia alegría, no sé cómo explicarle que, si bien lo amo, me disgusta que me empujen a hacer algo para lo cual aún no estoy preparada.

—Lo celebraremos en nuestra fiesta privada, esta noche, después de que se vayan los invitados —me susurra con la boca pegada a mi garganta. Y de pronto siento que



tampoco estoy preparada para eso.

En cuanto el Mercedes da marcha atrás y abandona nuestra entrada, yo me enfrento a mi abuelo.

—¿Cómo has podido decidir esto sin haberlo hablado antes conmigo?

—Es una fecha muy favorable. Eso es lo importante. Quiero estar seguro de que tendrás más suerte que tu madre con tu matrimonio.

—Pero, abuelo, seguro que habrá otras fechas auspiciosas más adelante. ¡Necesito más tiempo!

Niega con la cabeza y hace ademán de marcharse.

Lo cojo del brazo, poco dispuesta a rendirme, pero él, cansado, dice:

—Ahora no, Korobi.

Su piel se ha puesto amarillenta; sus ojos están llenos de capilares rojos. Se ladea un poco cuando entra en la casa. Me remuerde la conciencia y me trago la rabia. Lo dejaré descansar. Pero no permitiré que me meta prisas cuando se trata del acontecimiento más importante de mi vida.

Mi abuela parece preocupada.

—Mejor voy a buscar la medicina de tu abuelo para la acidez. Acuéstate, *shona*, y descansa un poco antes de la fiesta.

Recoge la fuente de cristal con las semillas de cardamomo. Dentro de un instante también ella desaparecerá tras él.

—¡Abuela, aguarda! ¡Tengo que decirte algo!

—Sé que estás sorprendida por la decisión de tu abuelo. Yo también. Quizá podamos discutirlo con él cuando se despierte.

Se lo digo de golpe, porque no encuentro otra forma de hacerlo.

—Anoche había alguien en mi cuarto. Y creo que era... mi madre.

Doy por descontado que se va a reír de mi estupidez y me dirá que vaya a acostarme, pero palidece y da un paso atrás. La fuente de cristal se le cae de las manos y se hace añicos en el suelo. Unas minúsculas bolitas plateadas saltan y se desparraman por la galería.

—¿Por qué crees eso? —musita.

—Fue lo que sentí.

Ni yo me lo creo, pero ella acepta mi respuesta. Le tiemblan las manos.

—¿Te dijo... algo?

Desconcertada, niego con la cabeza. Nunca imaginé que mi abuela, tan pragmática, pudiera creer en los fantasmas. Pero, aunque así fuera, ¿por qué la idea del espíritu de su hija muerta la perturba de esta manera? No, no deseo saberlo.

—Tal vez me lo imaginé.

—Sí, tal vez —dice mi abuela, sin convicción.

—Bien, me voy a acostar.

—Hazlo.

—Tú también descansa.

—Descuida.

Pero cuando me vuelvo, sigue allí, de pie, en medio de los vidrios rotos y las semillas de cardamomo desparramadas alrededor como una protección de lágrimas congeladas.

Estoy bailando el vals con Rajat en el salón de mármol blanco del hotel. La música es un río que nos arrastra. Serpentea entre nuestros cuerpos, musculoso como una serpiente. Rajat me estrecha con fuerza, apretando la palma contra la gasa de mi espalda. Menos mal, porque si no me iría flotando. Soy torpe bailando, pero él hace que me sienta elegante, desenfadada. Allá donde miro, solo veo admiración y aprobación en los rostros de los invitados. Junto al piano, las ventanas diáfanas, el bar de madera encerada, impecable, las urnas artesanales llenas de pimpollos, las mesas con incrustaciones de marfil cubiertas de regalos. Los invitados cuchichean entre ellos mientras alzan sus copas y sonríen. No estoy acostumbrada a que me miren así, pero me yergo y dejo que Rajat me lleve evolucionando por el salón. Mi largo cabello, que me he lavado con champú y rociado con laca y me he dejado suelto, ondea a mi espalda. Mis clavículas sobresalen como alas del atrevido escote de mi *kurti*. Mis hombros brillan. Hay sonrisas serradas como cuchillos; las percibo en mi nuca.

Hay, en particular, una chica esbelta, vestida de plateado, con un hermoso rostro pálido y una mirada intensa cargada de rímel. Nunca la he visto antes, pero inmediatamente sé quién es: Sonia. Mimi, que se puso furiosa cuando descubrió que Rajat salía conmigo, me habló de Sonia.

—Estaba loco por ella, y no me extraña. Es la chica más guapa que conozco, ¡y qué clase tiene! Se compra toda la ropa en el extranjero y es socia de los clubes más caros. Los vimos juntos en muchas fiestas y creo que los dos son perfectos. Apuesto a que lamenta haber roto con ella. —Me miró y sacudió la cabeza—. Has tenido suerte, lo pescaste de rebote.

Su ponzoña me sorprendió. Era la primera vez que alguien me odiaba por tener buena suerte. Me alejé con toda la dignidad de que fui capaz para que Mimi, que había sido mi más íntima amiga, no notara lo herida que me sentía. No solo por sus palabras, sino también por el silencio de Rajat. Durante el mes siguiente, esperé que él sacara el tema de Sonia, pero no dijo nada. Cuando le pregunté por sus antiguas novias, me besó con pasión y dijo que no eran importantes.

Rajat también se ha percatado de la presencia de Sonia, pues me estrecha aún más. Siento contra mi frente su mejilla caliente. Noto su pulso irregular. ¿Debo decir algo? ¿Es mejor fingir que no sé lo que pasa? Por suerte, no tengo que decidirme: cuando volvemos a girar, ella ya se ha ido. Pero no puedo darme el lujo de olvidarla.

La fiesta acaba de empezar y ya es un éxito. Han llegado muchas celebridades, que al parecer no tienen prisa en marcharse. Mamá está satisfecha, pero es demasiado elegante como para demostrarlo. En cuanto termina la música, me hace señas. Percibo su satisfacción en la yema de sus dedos mientras me acomoda el collar de diamantes. Me conduce hasta un hombre de barriga prominente, vestido con un traje a lo Nehru.

—Korobi, te presento al señor Bhattacharya. Ha sido el más generoso sostén de las galerías Barua & Bose.

Por su tono, entiendo que se trata de alguien importante. Me mantengo inmóvil mientras él sostiene mi mano en la suya, que es regordeta y demasiado larga.

—¡Qué muchacha más encantadora! ¡Casi tan hermosa como su suegra!

—¡Señor Bhattacharya! ¡Qué cosas dice! Pero mi enhorabuena también para usted, he oído que lo han designado candidato por el partido hindú Akhil Bharat para las próximas elecciones. Tenemos que celebrarlo.

Bhattacharya se encoge de hombros como disculpándose.

—Todavía no es oficial. No sería sensato celebrarlo prematuramente. Pero cuénteme más acerca de esta encantadora joven. ¿Es cierto que es la bisnieta del juez Tarak Prasad Roy, el mismo que tenía una calle con su nombre?

—Lo es.

—¡Excelente partido, señora Bose! Es muy importante establecer alianzas con las personas adecuadas.

Empiezo a sentirme como un perrito premiado, pero, impávida, sigo sonriendo.

—Con gente que conserva nuestra tradición del hinduismo sanatana —prosigue él con entusiasmo—. Eso mismo promueve mi partido. ¿No tienen los Roy un antiguo templo Durga en su propiedad? He oído decir que el propio Netaji lo ha visitado para obtener la bendición de la diosa en su lucha contra los británicos. Oh, ¿no ha venido el señor Roy? Me gustaría conocerlo. Organizará usted un encuentro, ¿verdad?

—Por supuesto, señor Bhattacharya. Lo haremos tan pronto como sea posible.

Siguieron conversando sobre asuntos de negocios, algo acerca de nuevas inversiones. La señora Bhattacharya, una mujer delgada de mirada penetrante, extiende la mano para tocar mi collar. Sus dedos son como pinzas.

—Hermoso, hermoso. ¿Dónde lo compró tu futura suegra?... Claro. Solo lo mejor para nuestra señora Bose. —Se acerca un poco más y me dice en tono conspirador—: La señora Bose debe de sentirse muy aliviada. Nuestro Rajat se estaba volviendo incontrolable; juntándose con malas compañías, bebiendo, jugando, ¡y quién sabe qué más! Mi marido pensaba hablar de ello con el señor Bose. Es un hombre importante, ¿sabes? Debe tener cuidado con quien se asocia. Yo, en tu lugar, lo vigilaría de cerca... ¡Oh, aquí viene tu amorcito! ¡Hola, querido Rajat! Estaba felicitando a tu prometida por su buena suerte.

La sonrisa de Rajat compite en amabilidad con la de la señora Bhattacharya, aunque sus miradas son frías.

—¡Buena suerte la mía!

Se intercambian más cumplidos y luego la señora Bhattacharya se escabulle en busca de un cebo más prometedor. Unos camareros de turbante nos rodean con bandejas de plata rebosantes de *shish kebabs* y *samosas* y delicias occidentales que no reconozco. Rajat llena un plato para mí, pero no me apetece; esa mujer horrible me ha quitado el apetito. Pasan más camareros con bebidas. Copas aflautadas y altas,

de champán y vino, que acaparan la luz que derraman las arañas. Vasos bajos de whisky que exudan ámbar. Nunca he bebido alcohol, a mi abuelo le daría un ataque. Consciente de ello, Rajat aleja a los camareros. Pero esta noche deseo beber algo.

Rajat me mira, primero sorprendido y luego divertido.

—Traiga a la señora una piña colada.

Me encanta su suave sabor dulce, el gusto a piña, tan distinto de lo que me hicieron creer mis amigas. Pido otra, y luego una tercera, pero Rajat me detiene.

—¡Calma, Cara! Es más potente de lo que parece. Prueba un poco de esta quiche.

Siento un agradable zumbido en la cabeza y le agradezco su preocupación. Podría seguir así con él todo el tiempo, con la gasa de mi espalda pegada a su palma solícita. La señora Bhattacharya es una vieja chismosa, celosa de nuestra felicidad. Y en cuanto a Sonia, ahora que estoy comprometida y tengo mis derechos, en cuanto estemos solos le pediré a Rajat que me cuente toda la historia.

Pero aún falta un rato, pues papá se encuentra en el estrado y nos llama. Se oye un aplauso, como mil diminutas explosiones. Subo los peldaños pensando que ojalá mis abuelos estuvieran conmigo en este momento tan especial. Y con el deseo me sobreviene una punzada de culpa.

Antes de marcharme a la recepción, había ido a desearles buenas noches. Me sentía feliz, ilusionada; en el espejo de mi habitación, el *kurti* con los hombros descubiertos, que relucía como la seda, me daba un aspecto distinguido y elegante, como nunca en mi vida. Decidí aguardar a mañana para volver a sacar el tema de la fecha de la boda. No deseaba que una discusión estropeará la noche, mi fiesta tan especial, tan mágica. Me esperaba un comentario áspero de parte de mi abuelo, pues él prefiere que yo use saris. Pero no me preocupaba demasiado. Sabía que estaba orgulloso de mí y esta noche yo lucía espléndida. Pero cuando subí a abrazarlo para despedirme, la furia que vi en su rostro me dejó muda.

—¿Piensas salir vestida así?

Mi abuela intervino, tratando de limitar los daños.

—¿Por qué dices eso? Es lo que lleva la gente joven hoy en día. *Shona*, pareces una adelfa con ese vestido rojo.

—¡No, no es cierto! —Los labios apretados de mi abuelo eran una raya blanca—. Parece una... una prostituta.

Quizá fueron los nervios acumulados durante el día, o las preguntas sin respuesta de la noche anterior. Quizá fue porque él acababa de arrebatarme la alegría que tenía con mi ropa nueva y en cierto modo me humillaba. De repente, también yo estaba furiosa.

—Lo único importante es lo que tú quieres, ¿verdad? ¿Piensas alguna vez en lo que podría hacer feliz a los demás? Como adelantar el día de la boda, ¿pensaste en preguntármelo antes de tomar semejante decisión? Iba a suplicarte que lo reconsideraras. Pero, ahora, la verdad es que me alegro. ¡Así podré alejarme de ti lo antes posible!

Mi reacción lo dejó estupefacto. Habíamos discutido en otras ocasiones, pero no de esta manera. Su rostro perdió el color, pero enseguida se ensombreció.

—¡Pues vete! Vete ahora mismo. Y ni se te ocurra volver. Tú no eres distinta de... —me gritó.

Mi abuela, con voz temblorosa, lo interrumpió:

—Bahadur nos está llamando. Es hora de ir al hotel. Baja —me dijo, empujándome hacia la puerta.

El recuerdo de esa pelea me quema la boca con un regusto amargo, aun cuando estoy de pie en el estrado junto a mi nueva familia, sonriendo a las cámaras. Ojalá no hubiera perdido los estribos. Mi abuelo solo quería protegerme, que yo hiciera lo que él consideraba correcto. Pero ahora me llevará una eternidad mimarlo para sacarlo de su mal humor. No es de los que perdonan fácilmente las transgresiones. No logro concentrarme en la alocución de papá, tampoco en la de Rajat, aunque cada tanto saltan de su boca palabras inesperadas, como chispas: «profundamente agradecido», «alma gemela». Debe de percibir mi tensión, porque mientras habla me aprieta la mano como para tranquilizarme y hacerme saber que no estoy sola. Si tengo que hacer frente a algo, sea lo que fuere, él lo enfrentará conmigo.

Cuando Rajat toma mi mano de esta forma, todos mis problemas se alejan. Creo que Mimi tenía razón en una sola cosa: realmente he tenido suerte.

Rajat termina su intervención anunciando que nos casaremos dentro de tres meses. El salón estalla en un aplauso y él se vuelve hacia mí y me dedica una reverencia. La mayoría de los hombres serían incapaces de un gesto así, pero Rajat lo hace como un rey.

La disputa con mi abuelo ha tenido un efecto positivo: ya no me angustia la idea de casarme tan pronto. Mi lugar está junto a Rajat y estoy lista para ocuparlo.

La señora Bose avanza por el vestíbulo, espléndida con su sari de brocado cosido por un gran modisto, saludando a sus invitados. Inclina la cabeza con gracia y les habla con una voz ronca y seductora que les hace sentir que su presencia es fundamental para el éxito de la velada. Ignoran que, en su cabeza, la elegante Jayashree Bose está muy lejos de aquí.

Está recordando su propia fiesta de compromiso, la que nunca tuvo. Su padre, dueño de una modesta tienda de artesanía, no podía costearla, y el padre del señor Bose, que era uno de los más afamados cirujanos de Calcuta y podía pagarse todas las fiestas que quisiera, estaba furioso con su hijo por haber elegido —mejor dicho, por haberse dejado atrapar— a una chica de clase muy inferior a la de ellos. «La calculadora hija de un tendero.» Si cierra los ojos, la señora Bose aún puede ver el rictus de disgusto que había torcido la bonita boca de su suegro cuando pronunció esas palabras.

Habían aguardado fuera de su despacho, pues su novio deseaba que ella lo

conociera, creyendo que, una vez que su padre la viera, cambiaría de opinión. No había sido una buena idea desafiarlo en su bastión: ni siquiera se detuvo mientras su hijo le hablaba. Se quitó de encima la mano de su hijo y escupió en la acera, tan cerca de los pies de la futura señora Bose que esta, espantada, dio un saltito hacia atrás. Ninguna de las palabras de amor y disculpa que el señor Bose le dijo después pudieron impedir que se sintiera mancillada.

De eso hace muchos años, pero la señora Bose no ha podido borrar de su memoria aquel escupitajo. Cada uno de los vestidos de alta costura que se ha comprado desde entonces, cada fiesta de gala que ha dado, cada lujoso piso al que se ha mudado, cada maniobra arriesgada que ha hecho para que su negocio suba un peldaño más por la resbalosa escalera del éxito, todo ha sido para demostrarle a ese hombre, aunque hace años que está muerto, lo que es capaz de lograr la hija de un tendero.

—¡Qué precioso todo, la decoración es magnífica, señora Bose! —La señora Ahuja, la gordinflona esposa de un magnate textil, interrumpe sus pensamientos agitando sus dedos adornados con esmeraldas—. No es de extrañar, usted tiene muy buen gusto. ¿Es cierto que ha diseñado el apartamento de la joven pareja? ¡Me encantaría visitarlo!

—Claro que sí, debe venir en cuanto esté listo. Pero esta noche el mérito no es mío. Mi decoradora se ha ocupado de todo —miente con modestia la señora Bose. Este último mes ha pasado muchas tardes encerrada con su decoradora, y, en más de una ocasión, la pobre mujer ha estado al borde de las lágrimas.

—¿Y no me daría...? —sugiere la señora Ahuja. En el ambiente en que ellas se mueven, los nombres de las decoradoras son un secreto, casi tanto como el de los cirujanos plásticos.

La señora Bose sonríe magnánima.

—Con mucho gusto le daré su número. Se acerca la boda de su sobrina, ¿verdad? Será la persona ideal para eso.

La señora Ahuja se deshace en agradecimientos mientras la anfitriona la conduce con habilidad hacia un grupo de señoras que están conversando y se despide de ella.

La señora Bose está avergonzada de su obsesión con probarse a sí misma su propia valía. Desearía poder superarlo, olvidarlo, pero también reconoce que sin esa obsesión no habría sacado a flote su negocio. La estimulaba pensar en aquellos primeros años agotadores, cuando se deslomaba trabajando en la tienda de su padre. Le sirvió para desarrollar ese sexto sentido que le permite saber cuáles son los artistas con futuro y tener el carisma necesario para camelarlos a fin de que firmen contratos de exclusividad con ella. Poco a poco, los Bose empezaron a vender arte bengalí, en la India primero y después a exportarlo a Europa y América. Adquirieron una reputación de seriedad y calidad. Basta con ver las propiedades que poseen ahora: la galería de Park Street, el depósito cerca de Sealdah, la operación de Nueva York. El lujoso ático en que viven ocupa el último piso de un edificio colindante al Rabindra

Sarobar. Desde la ventana de su dormitorio, la señora Bose contempla los lotos sobre el lago todas las mañanas y las largas canoas llenas de remeros.

Cuando su suegro se estaba muriendo, envió un mensaje. ¿Podía ver a su hijo por última vez? No mencionó a su nuera.

—No iré si tú no estás de acuerdo, Joyu —dijo el señor Bose.

La señora Bose, que no cree en el autoengaño, sabe que ella tiene muchos defectos. Es una buena negociante. Le importa mucho la reputación social. Se ofende enseguida, pero es lo bastante inteligente como para ocultarlo. Pocas veces olvida o perdona y rara vez confía. Pero ese día, viendo la arruga de dolor en el entrecejo de su marido, se sorprendió al descubrir algo nuevo en ella: por la felicidad de su familia estaba dispuesta a sacrificar su orgullo. Cogió a su esposo de la mano y lo condujo hasta la puerta.

—Ve, Shanto. No deseo que luego te arrepientas.

Por la felicidad de su familia. ¿No es por esto por lo que ella ofrece hoy esta espléndida fiesta, pese a ciertos problemas financieros que han surgido últimamente, para acoger a la chica que Rajat ha elegido por esposa?

En el fondo, tiene sus dudas con respecto a Korobi. No es que la chica le desagrade, es dulce, encantadora y muy natural. Pero es como si hubiera vivido en otro siglo. La señora Bose tendrá que poner mucho de su parte para formarla a fin de que se adapte al ambiente de ellos. Sonia, en cambio, piensa con cierto pesar, era tan cabezota y malcriada que a veces habría querido abofetearla, pero sabía comportarse como corresponde. Y conocía a toda la gente que había que conocer. En los pocos meses que salió con Rajat, llevó a la galería a varios amigos de sus padres, lo cual se tradujo en numerosas ventas importantes. Además, tenía carácter. Cuando Rajat y ella se peleaban, sabía defenderse muy bien. La señora Bose teme que Korobi vaya a arrugarse como papel de aluminio.

«Pero no vale la pena lamentarse por lo que pudo haber sido», piensa mientras sigue saludando a los invitados con su mejor sonrisa. Algo ocurrió entre Rajat y Sonia, algo de lo que él no ha querido hablar. Por eso atravesó un período de mal humor en el que corrió grandes riesgos. Una situación que aterró a la señora Bose y la llevó al colmo de la desesperación, y entonces, justo en ese momento, Rajat conoció a Korobi. ¿Con qué lo hechizó esta muchacha? En pocas semanas, Rajat dejó de ir todas las noches a las discotecas con sus amigotes juerguistas. Renunció a un empleo aparentemente estupendo, pero donde no tenía futuro, y empezó a trabajar en la empresa familiar. Y, lo más importante, era feliz otra vez. Solo por eso, la señora Bose está agradecida a Korobi.

El vals ha terminado; en pocos minutos, los invitados tomarán asiento y comenzarán los brindis. El gerente del hotel, el señor Ghosh, la está esperando a la entrada del salón comedor. Pero algo distrae a la señora Bose, algo que desaprueba y la mortifica: acaba de vislumbrar a Rajat empujando a Korobi, que se ríe, hacia la oscura privacidad de la terraza. Pero se sobrepone y felicita a Ghosh por las mesas,



puestas tal como ella deseaba, elegantes sin ser ostentosas: suntuosos manteles blancos, platos con ribete dorado, centros con orquídeas blancas que perfuman el salón con su tenue fragancia.

Entonces ve a Shikha, su secretaria personal, que ronda detrás del señor Ghosh, y siente un escalofrío de preocupación. Shikha, que ha estado con ella más de una década, no ronda sin tener motivos.

—Tiene una llamada, señora.

Coge el inalámbrico del hotel que Shikha, mordiéndose los labios, le alcanza. La señora Bose se pregunta si no será Sonia. La ha entrevisto al comienzo de la fiesta, en el salón de baile. Debió de haber dado una succulenta propina a los bedeles de la entrada. La señora Bose, furiosa por la audacia de la chica (pero también un poco impresionada), había estado a punto de ordenar al señor Ghosh que diera aviso a los guardias de seguridad, pero Sonia ya había desaparecido.

—¿Hola? ¿Sí? Llamo del Hospital Pantheon. Busco a la señorita Korobi Roy.

La comunicación es mala. Las palabras emergen entre un estruendo de estática. Abuelo. Infarto. Inconsciente. Debe venir enseguida.

La señora Bose cuelga y le da el aparato a Shikha. Mira angustiada el estrado colocado al frente del salón, una construcción espléndida de sedas y cuentas de cristal desde donde la familia hará los brindis. Pia ha estado practicando su discurso desde hace varios días, alzando con elegancia y alegría la copa aflautada de champán llena con zumo de manzana. El momento culminante de la noche, arruinado. Ay, ¿no podía el viejo concederle una hora más?

Shikha aguarda con el teléfono en la mano; sus ojos brillan mientras observa a la señora Bose. Esta intuye que Shikha sabe en lo que ella está pensando; la muchacha la comprende, incluso mejor que su esposo. Desde que ella la ayudó discretamente en cierta situación en la que se vio comprometida la hermana menor de Shikha, que es soltera, Shikha es para la señora Bose como un bulldog fiel. Se detiene un instante, pensando si pedirle a Shikha que le alcance el teléfono después de los brindis, de manera que ella pueda fingir que acaba de recibir la llamada del hospital. Su secretaria obedecerá, sin duda. Nadie sabrá nunca la verdad. Está tentada de hacerlo solo con pensar en la decepción de Pia si se cancela su brindis. Después de todo, el anciano ya está inconsciente. ¿Qué diferencia tendría para Korobi?

Pero no le puede hacer eso. La niña adora a ese viejo gruñón. Respira hondo, se recompone y, con pesar, toma su decisión.

—Informe al señor Bose sobre lo ocurrido. Dígale que debería pedir a los invitados que empiecen a cenar. Luego dígale a Asif que traiga el coche hasta la entrada lateral. Yo iré a buscar a Korobi.

Protesto mientras Rajat me arrastra hacia la seductora penumbra de la terraza.

—¡Déjame! Debemos volver con los invitados. ¿Qué van a pensar tus padres?

—Ha sido en defensa propia. ¿No has visto a todas las tías cercándonos como barracudas?

No puedo evitar reírme. Es una de las cosas que me gustan de él: me hace reír como nadie lo ha hecho en toda mi vida. Como si mi risa fuera una señal, Rajat empieza a besarme. Me entrego al placer de sus besos... no sé durante cuánto tiempo, no estoy segura. Esas imprudentes piñas coladas han alterado mi sentido del tiempo. Pero, poco a poco, empiezo a sentir algo diferente. Rajat está más agresivo; con su lengua separa mis labios expertamente y explora mi boca. Me acaricia el pecho y siento como si fuera conduciendo a toda velocidad por una carretera que de golpe desaparece de mi vista. Aun cuando mi cuerpo reacciona, estoy desconcertada. Algo ha cambiado entre nosotros.

Recuerdo el beso con que empezó nuestro noviazgo. Fue a las dos semanas de habernos conocido en casa de Mimi. Rajat había estado pensativo esa tarde, acaso por la llovizna que caía cual sedosa cortina. Paseábamos por los jardines Victoria Memorial, entre los rosales de rosas blancas. Como hacía mal tiempo, estábamos prácticamente solos.

—No debí traerte aquí —dijo—. Mira tu ropa, tu pelo, estás empapada.

Le dije que no importaba.

—Es lo que me gusta de ti. Eres muy fácil de complacer.

Y me besó.

Después, Mimi dijo que debió de haber estado pensando en Sonia, a quien no le gustaban los paseos al aire libre, ni con buen tiempo. ¡Cómo reprochárselo! Los sitios al aire libre estaban infestados de arañas, abejas y víboras, cualquiera lo sabía. Pero Mimi estaba equivocada. Rajat no podía estar pensando en otra mujer, no cuando me besó de aquella forma.

Apoyó sus labios sobre mi frente, justo debajo de la línea del nacimiento del cabello, un gesto muy dulce, tan alejado de la pasión como el fuego de una puesta de sol. Los dejó allí largo rato. Yo contenía la respiración. Podía verlo besándome así cuando fuéramos viejos. Fue la primera vez que fui capaz de imaginar un futuro para nosotros, distinto de lo que las demás chicas de la facultad cuchicheaban, evocando magníficos ajuares y lunas de miel de cine. Por esa visión me enamoré de él.

Este cambio, esta noche, ¿es porque falta muy poco para que estemos casados? ¿O es el hecho de haber visto a Sonia le ha provocado algo?

Respiro hondo y se lo pregunto.

—¿La del vestido plateado era Sonia?

No distingo la expresión de su rostro en la oscuridad. Se queda callado, tanto que supongo que me va a decir que no sabe de qué le hablo. Al final, exhala un largo suspiro.

—He hecho algunas estupideces en el pasado, Cara. Un día de estos te las contaré, pero no deseo arruinar esta velada. Todavía no puedo creer que nos pertenezcamos uno al otro. Que en pocas semanas estaremos casados. Esto significa

que tenemos que decidir adónde iremos de luna de miel. ¿Qué te apetecería? ¿La montaña? ¿Ciudades extranjeras con montones de tiendas para ir de compras? ¿Casinos y discotecas?

Intenta cambiar de tema. Lo dejo. Esta noche es única. Tampoco yo deseo arruinarla.

—¿Qué te parece el mar? Nunca he ido al mar. —¿Estoy pensando en mi sueño? No lo sé.

—De acuerdo. Podríamos volar a Goa. Hay unas playas estupendas y mucha vida nocturna. O a las Laquedivas, que son espectaculares. Y muy privadas.

Me besa la mano, sus labios se demoran sobre mi palma, luego coge mis dedos y se los mete en la boca y un temblor me atraviesa el cuerpo entero.

—No quiero nada que sea caro. Tu familia ya ha gastado mucho en esta recepción, y ahora la boda, que será antes de lo que pensábamos. Un par de días en algún lugar no lejos de aquí será perfecto.

Busco un nombre que oí mencionar una vez a Mimi y sus amigas, cuando hablaban de los fines de semana divertidos.

—¿Y si vamos a Digha? Queda a unas horas de Calcuta en coche, ¿verdad?

—¡Detesto ese lugar! Es hortera.

Su vehemencia me sorprende, pero también me mortifica. Mimi me había dicho que Digha le había parecido un sitio encantador. Por lo visto, debo aprender a evaluar las cosas más rigurosamente, ahora que estoy a punto de convertirme en una Bose.

—Dejaré que tú escojas —le digo. Y me premia con un abrazo.

—Elegiré el lugar perfecto para una luna de miel. Te encantará, Cara. Y te encantará esta noche, nuestra velada íntima después de la fiesta.

Siento sus labios calientes sobre mi hombro desnudo. Se aprieta contra mí. De repente tengo miedo de lo que pueda reservarme esta noche.

En la oscuridad, alguien carraspea anunciando su presencia. Sorprendida y turbada trato de apartar a Rajat, pero él me mantiene pegada a su costado.

Como me lo temía, es mamá. Adivino la rigidez de su cuerpo en la penumbra. No puedo culparla por estar enfadada. Pero pronuncia el nombre de Rajat en un tono muy bajo, como agobiada por un problema más grave.

—¿Qué sucede, mamá?

Nos lo cuenta. Cada una de sus palabras hace añicos mi mundo conocido.

Rajat aprieta los dientes mientras el Mercedes atraviesa raudamente la noche en dirección al hospital, dando sacudidas al pasar por encima de los baches, y eso porque él le ha recalado a Asif que la velocidad es más importante que la comodidad o el cuidado del coche. Desde la calle llegan franjas de luz seguidas de estrías de oscuridad. El rostro de Cara, que brilla por las lágrimas, se perfila en un ángulo, luego desaparece para volver a perfilarse otra vez en un bello dibujo hipnótico.

—¿Por qué hay tanto tráfico de noche si es muy tarde? —pregunta ella, apretando los puños, cuando se ven obligados a aminorar la marcha detrás de un camión cargado con fardos de algodón.

Rajat adivina que, en realidad, está preguntando otra cosa: «¿Por qué tiene que pasarnos a nosotros esto tan terrible?» No sabe qué responderle porque él también se pregunta lo mismo: «¿Por qué nos tiene que suceder esto justo hoy?» La congoja de ella colma el coche. Cuando él la mira, siente como si le estuvieran estrujando el pecho con un puño de hierro. Por primera vez en su vida se enfrenta a una de las tragedias del amor: no importa cuánto quieras sufrir en lugar de tu amada, no podrás arrancarle su dolor.

Un rato antes, cuando la ayudó a subir al coche, Cara dijo:

—Es por mi culpa. Discuté con él y le he ocasionado esto.

Él le respondió que no era verdad, que se equivocaba si pensaba eso, pero se quedó impresionado por la convicción que había en su voz. Fue en aquel momento cuando intentó pasar su brazo por el hombro de ella, para consolarla. Dos veces lo intentó y dos veces ella lo apartó con amabilidad. Fue esa amabilidad lo que lo derrotó. Si hubiera apartado su brazo bruscamente o le hubiera gritado que la dejara en paz, como habría hecho Sonia, él habría sabido arrimarla a su pecho y tranquilizarla.

Trata de imaginarse a Bimal Roy yacente en el hospital, agonizante; trata de sentir preocupación por su furioso dolor impotente. Sabe lo aterrada que debe de estar Sarojini, teniendo que asumir todo esto ella sola. Rajat siempre ha respetado al anciano testarudo por su irascible inteligencia. Y siente un sincero afecto por Sarojini. Pero hoy no puede estar sino rabioso, una rabia frustrante contra el universo, capaz de arruinarle el acontecimiento más feliz de su vida, y eso después de haber rezado en el templo, haber pedido perdón y prometido ser fiel a Cara.

El coche da una sacudida en un *stop* al llegar a un cruce. El repentino movimiento le provoca a Rajat un vahído. Casi no ha comido en todo el día. En el almuerzo del compromiso se limitó a desparramar la comida por el plato, pese a que le encantan los platos tradicionales que prepara Cocinera. Desde la mañana, Sonia le ha dejado cinco mensajes en el móvil; la rabia que le dio esa intrusión le cerró el estómago. ¿Por qué no podrá aceptar que su respuesta es no? En su último mensaje, decía: «Estás cometiendo un error del que te arrepentirás toda la vida.» Ahora lo asaltan pensamientos desbocados. El recuerdo de otras cosas que ella le había dicho con esa voz ronca que tiene... ¡cuánto le gustaba entonces! Y ¿era un mal presagio este infarto en medio de la fiesta de compromiso? ¡Se está poniendo supersticioso como un campesino! No debería haber bebido tanto. Pero lo impactó ver a Sonia en la fiesta, que se las hubiera arreglado para entrar.

El coche para de golpe otra vez. Un grupo de gente que se dirige a una fiesta, chavales vestidos con pantalones ceñidos y camisas de nailon de colores brillantes. Se han colocado en medio de la calle obligando a Asif a perder el semáforo en verde.

Cara, presa del pánico, emite un sonido con la garganta y Rajat se siente impotente.

—¡Muévete, Asif! —exclama con fastidio—. ¡Arranca de una vez! ¿No puedes esforzarte un poco?

La noticia del infarto debe de haber afectado también a Asif. Algo inusual en él, baja la ventanilla y les grita a los chavales. Ellos le responden con palabrotas. Uno de ellos da un puñetazo en el capó, otro aplasta su cigarrillo en la carrocería. Rajat teme que vayan a ensarzarse en una pelea nada conveniente. En Calcuta, gobernada por los comunistas, el peatón es el rey. La animosidad pública contra los coches —especialmente los caros de marcas extranjeras— aumenta cada día. Si hay pelea, los mirones tomarán partido por los chicos. Hace un mes, un conocido de Rajat tuvo un accidente. Se paró en un cruce muy concurrido y apenas si rozó a una transeúnte. Su *dupatta* se enganchó al retrovisor lateral y, cuando el vehículo avanzó, la *dupatta* se desprendió del hombro de la mujer. Ella lo acusó de acosarla. Una multitud se apiñó de inmediato, lo sacaron a rastras del coche y le propinaron una paliza.

Pero hoy hay suerte. Los tipos se distraen con los gritos de unos amigos que, desde la acera de enfrente, les instan a darse prisa. Se alejan, no sin antes dar un último puñetazo amenazador.

La voz de Rajat, con una mezcla de alivio y rabia, suena más dura que de costumbre.

—¡Has cometido una verdadera estupidez!

—Lo siento, Saab.

Por el retrovisor, Asif le lanza una mirada acusadora. Rajat sabe que le reprocha que le meta prisa y lo obligue a correr con el Mercedes, la ignominia de las huellas de los dedos de la chusma en la carrocería, el cigarrillo que habrían podido aplastar en la piel de Asif. ¿Por qué le importa tanto? No es su coche.

En el otro extremo del asiento, bien erguida, la novia de Rajat ya no llora, pero todavía tiene la cara húmeda. No permite que él le seque las lágrimas, ni acepta el pañuelo que le ofrece. Rajat quiere mostrar la ternura que siente por ella y solo por ella, esa ternura que es la mejor parte de él. Pero, a la luz colorida del neón que despide un cartel de publicidad, ella ya no es su Cara. Ha vuelto a ser Korobi, la enigmática desconocida que vio en una fiesta. ¿Tiene razón Sonia? ¿Ha cometido un error al apresurarse en atar su vida a la de esta muchacha? Trata de ahuyentar este pensamiento insidioso, que no cede. Se asusta tanto que tiene que abrir la ventanilla y aspirar el olor de la ciudad, una mezcla de olor a flores y frituras que llega de los puestos de comida en las aceras y a los tubos de escape de los autobuses en que viaja la gente colgada aún a estas horas. La ciudad, rancia y jubilosa, lo consuela. Mañana las cosas irán mejor. Mañana, las decisiones que ha tomado tendrán más sentido.

En el pasillo silencioso de la UCI las luces son tenues, amarillentas. Deben ponerse unas fundas de plástico azul en los zapatos y desinfectante en las manos. El olor le produce arcadas a Rajat. Grietas en el yeso, como venillas en los ojos de un borracho. Trata de poner toda su atención en la espalda de Cara cuando ella avanza

presurosa por el pasillo, pero su mente desobediente salta a la enorme cantidad de dinero que su madre ha despilfarrado para que esta fiesta en su honor sea perfecta. Un dinero que él no había querido que ella gastara, un dinero que no podían permitirse malgastar en estos momentos. Pero siempre le ha resultado complicado hablar con ella de cuestiones monetarias. Es muy quisquillosa con eso. Con las prisas no tuvo oportunidad de decirle a Pia a donde iba. Se acuerda del brindis que su hermana había ensayado con tanto esmero y siente una gran tristeza, esa tristeza que producen las cosas abortadas. Ve el rostro del anciano, la parte arrugada que deja libre la máscara de oxígeno. De sus brazos flácidos cuelgan tubos. ¡Con cuánta vivacidad discutía con papá hace apenas unas horas! Todos llegaremos a esto, incluso Korobi, que, perturbada, se inclina sobre su lecho.

Antes de entrar, le preguntó a Rajat si podía ponerse su chaqueta encima del *kurti*.

—Nunca debí comprarlo. Le di un disgusto cuando lo vio. Y ahora mira lo que ha pasado.

—¡No es tu culpa! —volvió a protestar él mientras le cubría los hombros con la chaqueta, pero ella le lanzó una mirada angustiada y se retiró a ese territorio interior que lo desconcertaba. Con Sonia no había existido este distanciamiento. Y precisamente esa falta de espacio era lo que lo había agotado.

Rajat se sienta en el banco de madera, al lado de Sarojini. Así, doblada como una coma, parece de pronto tan vieja que asusta. Sarojini apoya la cabeza en su pecho y llora un poco. Rajat le acaricia el pelo. Se siente agradecido pues al fin alguien lo necesita. ¡Ah, las mujeres de esta familia! Las quiere con un amor puro y desvalido.

—El abuelo se ha negado a autorizar que le hagan una angioplastia —explica Sarojini—. En cuanto las medicinas le hicieron efecto, lo suficiente para que pudiera hablar, les dijo que él era abogado y que los demandaría si le hacían algo en contra de su voluntad. ¡Me ha atormentado toda la vida con su testarudez! Ordenó a las enfermeras que se marcharan. «Os llamaré cuando crea que me estoy muriendo», así les dijo. Y a mí no dejaba de decirme: «Tengo que verla.» Pero yo no sabía cómo comunicarme con vosotros. No tenía tu número de móvil. Estaba tan asustada que me llevó un rato acordarme del nombre del hotel.

Inclinada sobre el lecho, con esa chaqueta que le queda demasiado grande, Korobi parece una niña jugando a disfrazarse. Acaricia los tobillos hinchados y morados del anciano. Bajo la luz azul y fría, está más hermosa que nunca, pero también más lejana.

—Abuelo, aquí estoy. Cuánto lo siento. ¿Te duele mucho?

Su voz, alta y temblorosa, es también la de una niña a punto de echarse a llorar. El anciano no contesta. Tiene los ojos cerrados y su pecho enjuto apenas se mueve. En la pantalla de la máquina, colocada a la izquierda de la cama, pasan ondas de color verde y amarillo. El aparato de terapia intravenosa administra el líquido por un tubo sujeto al brazo del anciano. Aunque parezca extraño, el goteo regular del fluido traslúcido resulta reconfortante. Mientras lo observa, Rajat siente que al fin hay algo

que funciona bien. Y no solamente aquí. En cada planta del hospital, en cada cuarto con la luz apagada donde hay un paciente que descansa, o en las habitaciones bien iluminadas para casos de urgencia, las máquinas, incansables, mucho más fiables que el frágil cuerpo humano, están haciendo su trabajo. Se deja llevar por el ritmo del goteo intravenoso al interior de un espacio anfibio entre el sueño y la duermevela, donde nada se exige de él.

Súbitamente, Sarojini da un grito que despierta a Rajat y lo sobresalta. Ve al anciano debatirse con la mascarilla de oxígeno, tratando de arrancársela. Sarojini se precipita al lecho.

—¡Basta, quédate quieto! *Hei Bhagaban* acabará conmigo.

Pulsa el botón para llamar a la enfermera y a gritos le pide ayuda a Rajat. Medio aturdido, él se acerca a la cama e inmoviliza las muñecas del anciano, que no tiene fuerza para oponerse, pero sus ojos suplican con tal furia que Rajat afloja la presa. El anciano necesita decirle a Korobi algo antes de morir, algo muy importante. Rajat sabe que no tiene derecho a impedirselo.

La mascarilla se ha caído y cuelga del tubo. El anciano, boqueando y ahogándose, hace un esfuerzo por incorporarse. Korobi se apresura a arrodillarse a su lado. Trata de alisar las arrugas de su frente.

—Por favor, abuelo, no te canses. Te dará otro infarto. Por favor, recuéstate. Me lo dirás luego, cuando estés más fuerte.

El anciano musita algo que Rajat no alcanza a oír.

Un relámpago de culpa destella en la mirada de Korobi.

—Oh, no, no digas eso. Soy yo quien lo siente. La ceremonia del compromiso te puso muy nervioso. Y yo, encima, te hice enfadar con mi ropa. Nunca más volveré a ponérmela. Te lo prometo. Y no quise decir lo que...

Pero el anciano sigue musitando. Es como si sus ojos ya no pudieran enfocar. Miran al vacío, por encima del hombro de Korobi, a la pared gris. Sus labios, rígidos, se abren y se cierran como los de una marioneta. Entonces, su mirada se queda fija en algo, obligando a Korobi a mirar, muy nerviosa, por encima del hombro. Cuando ella vuelve la cabeza hacia él, la cabeza del anciano se inclina hacia delante, como una flor a la que se le rompe el tallo. Dos enfermeras irrumpen en la habitación, seguidas por un médico. Intentan varios procedimientos de reanimación. Rajat observa la escena con horrorizada fascinación, pero todos saben que es demasiado tarde. Bimal Prasad Roy, abogado, cuyas palabras acerbas habían intimidado durante años a su familia, a sus clientes y a aquellos abogados lo bastante imprudentes como para enfrentarlo en los tribunales, ha renunciado al habla para siempre.

La muerte exige de los vivos ciertos homenajes y en ellos se zambulle Rajat con alivio. Recrimina al personal médico su negligencia; habla con el servicio fúnebre para que recojan el cuerpo al día siguiente; llama a su madre para informarle que esta noche se quedará con Korobi; y telefonea a casa de Sarojini para ordenar con dureza a Cocinera, que lloriquea, que tenga algo de comida preparada. En el coche, se sienta

entre las dos mujeres. Sarojini solloza tapándose la boca con la mano que estruja el ribete de su sari, hasta que, exhausta, apoya su cabeza en el hombro de Rajat y cierra los ojos. Korobi, erguida, va mirando por la ventanilla con expresión insumisa. Pero, después de permanecer parados una hora en un atasco a causa de obras en la carretera (¡a medianoche!), desfallece y se deja caer sobre él. Se ha dormido con la cabeza bajo la mejilla de Rajat, la boca entreabierta y una mano agarrada a la solapa de la chaqueta de su novio. Un súbito bache hace que golpee la cabeza contra la mejilla de él. Y que Rajat se muerda la lengua; puede sentir el sabor salado de la sangre. No le importa.

«Duerme, Cara. Yo te cuidaré.»



### 3

La quietud ha invadido la casa del número 26 de Tarak Prasad Roy Road, la quietud de un cuento de hadas en el que, por un hechizo de magia negra, todos los habitantes del reino están soñando despiertos. En los cincuenta y cinco años que Sarojini lleva viviendo aquí con Bimal, no recuerda haberse sentido tan perdida como ahora, ni siquiera después de la muerte de Anu. Los demás también parecen desorientados. Cocinera está en la cocina, de pie frente al *karahi*, contemplando el curry de patatas hasta que se requema. Bahadur ve al chico jardinero regando en exceso las adelfas, pero ¿dónde están las profusas maldiciones que solía echarle? Y Korobi, que no ha ido a la facultad desde esa noche fúnebre, se queda en la cama todo el día, hojeando esos libros con olor a humedad que saca de la biblioteca de su abuelo. La familia ha renunciado al desayuno, incluso a la sacrosanta taza de té de media mañana. Si Rajat, que visita a las dos mujeres todas las noches, no insistiera en cenar, esa comida también habría desaparecido.

Si no fuera por Rajat, ¿qué habría sido de ellas?, se pregunta Sarojini con gratitud. Todos los días, a última hora de la tarde, llega fresco como una brisa de mar. Organiza el menú para el día siguiente y le da a Bahadur las instrucciones acerca de las compras necesarias. Verifica si todas las facturas de servicios están pagadas y si Sarojini tiene suficiente de su medicina para la diabetes. Insiste en que las mujeres lo acompañen a dar un paseo por el jardín y termina por convencerlas. Y, sobre todo, no trata de llenar el silencio diciendo tonterías.

Los periódicos, que Bimal Roy escudriñaba cada mañana, se han apilado en la mesa del salón sin que nadie los haya leído aún. Los habitantes de la casa, cobijados en su dolor, nada saben acerca de los disturbios en Godhra y sus repercusiones, pues la violencia se ha propagado por toda la franja oeste del país. Pero, aunque se hubieran enterado, ¿habrían podido, estos hechos, pasar a través de este embotamiento? La tristeza de los demás parece remota comparada con la nuestra.

En medio de este letargo, la única que al parecer no descansa es Sarojini. Abre las habitaciones donde no ha entrado en años. Inspecciona a oscuras el interior de la fresca despensa que huele a melaza de dátiles, que tanto le gustaba a Bimal. Esta noche, una vez que se han dormido los demás moradores de la casa, va al dormitorio que ha compartido todos estos años con Bimal, saca del *almirah* la ropa de su esposo y busca debajo de los periódicos que forran los estantes.

Sarojini sabe, y por eso se siente culpable, que Rajat se enfadaría si se enterara de lo que ella está haciendo. Le ha pedido que se mantenga alejada de este cuarto, que duerma con Korobi. Por mucho que quiera a su nieta, a Sarojini este arreglo no le place. La muchacha tiene un sueño muy agitado, pateando las almohadas fuera de la cama y luego busca las de Sarojini, arrancándola de golpe de sus sueños inquietos. La anciana, una vez que se ha despertado, no puede volver a dormirse porque en esa habitación, sin los molestos ronquidos de Bimal, hay demasiado silencio.

Nada debajo del forro. Decepcionada, da media vuelta y descubre su propia imagen reflejada en el gran espejo ovalado, largo hasta el suelo. Le causa sorpresa. Ve a una mujer casi transparente de tan pálida. Un sari blanco sin los ribetes de colores brillantes que tanto le agradan. Frente limpia, sin el bermellón de su condición de mujer casada. Muñecas, orejas y cuello sin las alhajas, metidas ahora en un cajón hasta que alguien —pero ¿quién ahora que Bimal se ha ido?— se acuerde de llevarlas al banco. Por una vieja costumbre, la mujer reflejada en el espejo se acomoda unas pulseras fantasmas en el brazo, aunque enseguida mueve la cabeza riéndose, avergonzada de sí misma.

Si se queda frente al espejo lo suficiente y entorna los ojos hasta desenfocar la imagen de esa mujer, esta se desvanece. En su lugar, aparece Bimal. A veces está huesudo y se queja, como en los últimos meses, esperando a que ella le pele las naranjas del postre. Otras veces la mira de soslayo y su sonrisa de recién casado la deja sin aliento. Hoy viste un *kurta* color crema con un recargado estampado de cachemira. Al verlo, Sarojini se echa a temblar. Era el *kurta* que él llevaba la noche que murió su hija.

«¿Qué debo hacer ahora, Bimal? ¿Decírselo a Korobi?»

Busca una señal que la oriente. Pero el rostro de él está petrificado en la misma expresión de espanto que puso hace dieciocho años. La rabia por la pérdida en sus ojos.

La verdad es como una montaña de hierro que le oprime el pecho. No obstante, está dispuesta a soportarlo. Si al menos supiera qué es lo mejor para Korobi...

A pesar de que ese *kurta* era uno de sus preferidos, y muy caro, él lo había tirado a la basura después de aquella noche. No permitió siquiera que ella se lo diera a Bahadur.

«¡Dime algo! Durante toda mi vida te empeñaste en tomar tú solo todas las decisiones, hasta que yo me olvidé de pensar por mí misma. ¿Y ahora me dejas así?»

Los ojos se le llenan de lágrimas. Este ha sido siempre el problema de Sarojini: llora cada vez que se enfada. Cuando, después de pestañear para aclararse los ojos, vuelve a mirar, en el espejo está su propia imagen pálida, descolorida.

Una consecuencia inesperada de las visitas que todas las noches hace Rajat a la familia Roy es que Asif ha entablado amistad con Bahadur.

Al principio, Asif había mirado con cierto desdén al conserje nepalés. El anciano, medio dormido en la puerta, con su desgastado uniforme color caqui que desde hacía años no veía una plancha, pertenecía a esa generación obsoleta de criados cuya dedicación al servicio, propia de otras épocas, era su única identidad. Con una amplia sonrisa desdentada, se excedía en las reverencias que hacía a Rajat cuando Asif entraba por el camino de grava. Bahadur encarnaba todo lo que Asif detestaba del oficio de trabajar para los ricos, todo lo que él estaba resuelto a evitar. De manera que

su respuesta al efusivo saludo del anciano fue un seco gesto con la cabeza. Luego rechazó el *garam garam chai* con especias de Katmandú que este le ofreció, se puso las gafas de sol imitación Armani y fingió dormir. Por la ventanilla baja entraba el aroma del té, preparado con una generosa cantidad de leche y azúcar en un hornillo de queroseno encendido fuera de la conserjería. Una buena taza caliente habría mejorado la calidad de esas noches aburridas infestadas de mosquitos. Pero Asif no creía en eso de deber favores a la gente, a menos que fueran personas de su agrado.

Una noche, Bahadur golpeó el parabrisas disculpándose. ¿Le importaría a Asif mover el coche? Bahadur necesitaba sacar el vehículo de la familia para comprobar si funcionaba como era debido. Asif dio marcha atrás con el Mercedes, fulminando al viejo con la mirada para que notara bien su irritación. Pero cuando vio el coche que Bahadur sacó del garaje, no pudo dejar de apearse e ir a verlo.

—¡Es un Bentley! ¿Cuántos años tiene? Se ve que es antiguo.

Bahadur se rascó la cabeza. El coche ya estaba en la familia cuando habían contratado a Bahadur cuarenta y cuatro años atrás. Transcurrió mucho tiempo sin que tuviera que conducirlo, a pesar de que él tenía un permiso otorgado por la academia de conducción de Park Circus. Los Roy, que en aquella época eran más ricos, disponían de un chófer solo para el Bentley, un sij de aspecto militar a quien todos llamaban Sardarji. Llevaba al viejo Tarak-babu a donde necesitara ir. Si Bahadur no estaba de servicio en la puerta, se sentaba adelante con Sardarji y se apeaba de un salto para abrir la portezuela. Cuando Tarak-babu falleció, Bimal-babu confirmó que Sardarji seguiría siendo el único conductor del Bentley. Bahadur, relegado a tener que llevar de compras a Sarojini-ma en un aparatoso Ambassador, ya casi había perdido la esperanza de que un día le permitieran conducir el Bentley. Confesó que soñaba con ello por las noches: una sola vez, sentir una sola vez ese volante en sus manos, ese acelerador bajo su pie.

Y al final sucedió, pero no como a él le hubiera gustado. Cuando Anu-missybaba murió, Bimal-babu se volvió medio loco. Se apartó completamente de sus amigos y mandó a Sarojini-ma y a la niña Korobi a la casa de la aldea, acompañadas por Cocinera y Bahadur. Cuando regresaron, los demás criados, Sardarji inclusive, se habían marchado. A Bahadur le asignaron dos tareas: conserje y chófer. Pero la culpa (¿había él deseado que ocurriera esa tragedia?) le privó de disfrutar de su mejor posición. La primera vez que condujo el Bentley, para llevar a Sarojini y Korobi al médico, le temblaban tanto las manos que casi acaban en una zanja.

Asif no estaba interesado en esa excursión, que pertenecía al pasado, sino en el Bentley, que le encantaba. Nunca había visto un coche antiguo cuidado con tanto esmero. Cuando Bahadur observó el respeto con que Asif pasaba sus manos por el coche, le preguntó si le apetecía conducirlo. Un placer juvenil que no sentía hacía años embargó a Asif. Minutos después, ambos en la calle, Asif apretaba el acelerador con prudencia y Bahadur lo instaba a acelerar. El coche funcionaba con la suavidad de... Asif no podía siquiera imaginar con qué compararlo. Cuando regresaron, le

preguntó a Bahadur, con algo de timidez, si aún podía aceptar ese *chai* que una vez le había ofrecido. Se sentaron en el porche de la conserjería a beber té a pequeños sorbos abanicándose con viejos *Telegraph* y maldiciendo a los mosquitos.

Las noches siguientes compartieron la cena, el *dal* y los *chapatis* gruesos que cocinaba Bahadur, así como la comida más apetitosa que Sarojini le mandaba a Asif. Hablaron de sus respectivos hogares, que quedaban muy lejos, cerca de Katmandú y Agra, y se compadecieron de los caprichos del destino que los había traído allí; se hicieron mutuas descripciones de sus seres queridos, un hijo en el caso de Bahadur y una hermana muerta en el de Asif; fantasearon con el retorno junto a sus familias, ricos y gordos, aunque sabían que probablemente eso nunca sucedería; escucharon consternados en el pequeño transistor de Bahadur las noticias sobre las matanzas en Gujarat; comentaron, con cuidado de no ofender los sentimientos religiosos del otro, la tragedia y concluyeron que todo eso era una locura. Por último, y porque tarde o temprano, quieran o no quieran, es lo que siempre hacen los criados, hablaron de las personas que, en gran medida, eran los dueños de sus vidas.

Así fue como Asif supo que la familia Roy tenía problemas. El abogado de la familia se había encerrado una mañana entera con Sarojini para salir luego hecho un trapo, con el cabello lacio y fino pegado a la frente sudorosa. Sarojini-ma no dormía bien. A menudo, por la noche, muy tarde, entraba en el dormitorio de Bimal-babu. Cocinera dijo que, cuando estaba ahí dentro, le daba por hablar consigo misma. Tenían miedo de que Ma estuviera perdiendo la cabeza, pues entonces ¿qué les sucedería a ellos?

Asif también tenía noticias que dar: la familia Bose estaba afrontando sus propios retos. No hablaban de ello delante del personal de servicio, pero los criados siempre terminaban enterándose. La nueva galería norteamericana, que habían inaugurado hacía apenas un año en Nueva York y les había costado tanto dinero, atravesaba problemas financieros. Debía de ser algo importante, si no ¿por qué iba a devolver Rajat su adorado BMW al concesionario? Y Pushpa, la sirvienta de Memsaab, que era muy dulce con Asif, le contó que el teléfono sonaba a horas inusuales, muy temprano por la mañana o durante la cena. Si Pushpa lo cogía, en el acto oía un clic.

Esta noche, Asif dice:

—Creo que es Sonia, la ex novia de Rajat-saab.

—¿Cómo es?

—Rica. Demasiado flaca, aunque esta gente cree que eso es atractivo. Ropa comprada en el extranjero, enseñando las piernas y todo. Los ojos tan maquillados que parece una bruja, una de esas hechiceras. Cuando Rajat-saab salía con ella, se comportaba como si todo el tiempo estuviera medio borracho.

—He visto a una chica como esa ahí fuera, delante de la verja —dice Bahadur, y Asif, sorprendido, se endereza en la silla—. Conducía un pequeño coche plateado, extranjero.

—Un Porsche. Sí, es ella.

—Estuvo mirando la casa largo rato. Me levanté y fui a preguntarle en qué podía ayudarla. Pero me miró de un modo... Y se largó haciendo rugir el motor, tanto que asustó a todos los perros de la calle.

Mientras lleva a Rajat de regreso su casa, Asif piensa en si debe o no debe contarle lo de Sonia. Pero recuerda lo que le dijo la señorita Pia la primera vez que conoció a Korobi. «A.A., creo que Korobi-didi es una buena persona. Se le ve en la cara; le brilla.» Eso bastó para que Asif, que está convencido de que Pia también es muy luminosa, se pusiera inmediatamente de parte de Korobi. No, Asif no va a decir algo estúpido que pueda llevar a Rajat a pensar de nuevo en Sonia.

Rajat, en el asiento de atrás, cierra los ojos y suspira. Se ve cansado. Esto de ir cada día a levantarles el ánimo en esa casa le está pasando factura.

—Coge Strand Road.

Asif vacila.

—Saab, de noche nadie circula por la calle que bordea el río. He oído que sucedieron cosas graves la semana pasada. Un saab iba conduciendo su coche cuando dos automóviles aparecieron de frente y otros dos por detrás. Lo bloquearon y lo obligaron a parar. Rompieron las ventanillas y...

—Bobadas, A.A. No nos pasará nada.

Oír su nombre secreto en boca de Rajat sorprende gratamente a Asif. Está seguro de que la señorita Pia nunca lo ha llamado así delante de su familia; ella sabe que desaprobaban esa intimidad informal que implica el sobrenombre. ¿Rajat-saab tiene sus propias fuentes de información? ¿Se habrá enterado de algo más concerniente a Asif? La preocupación distrae al chófer, quien, gracias a su invisibilidad, hasta ese momento se creía invencible. Pisa el acelerador y gira para entrar en la ribera desierta del río, azotada por el viento nocturno.

Estoy en la cama, con el *Golden Treasury of English Songs and Lyrics*, que subí de la biblioteca del abuelo. El funeral fue hace tres semanas, pero me parece que él salió ayer de mi vida, como una bala, dejando un agujero sangrante. Oscilo entre el aturdimiento y el dolor; prefiero lo primero, pues es como tener la cabeza llena de algodón. Se me confunden las horas. ¿Cómo no va a ser así si él ya no está aquí para hacer que se respete un horario? A partir de ahora, ¿quién va llamar a la puerta de mi habitación para despertarme temprano a fin de que tenga tiempo de tomar un té con él antes de marcharme a la facultad? ¿Quién estará pendiente de mis exámenes y se henchirá de orgullo al saber que soy la mejor de la clase? ¿Quién me pedirá que juegue al ajedrez y luego tratará de ocultar su satisfacción cuando yo lo ponga en un aprieto? ¿Quién me pedirá que encienda la lámpara para sus devociones vespertinas y me siente a su lado en silencio? Privada de la fuerza de su energía, la casa entera se ha oscurecido. Percibo vagamente la presencia de la abuela y de Rajat, como polillas rondando en la penumbra. Sé que la abuela se está debatiendo con su propio dolor.

Pero no logro llegar hasta ella, no puedo salir de este pozo en que he caído.

Ahora entiendo cuál era la calamidad que venía a anunciarme el fantasma de mi madre.

Los libros de mi abuelo, sentir su peso entre mis manos, es mi único pequeño consuelo. Abro este y paso un dedo por su nombre escrito en la portadilla, siguiendo el trazo oblicuo de su pluma fuente. Ojalá pudiera hallar algo de él en estas páginas, como hace años encontré la carta de mi madre, pero no hay nada. Sin embargo, me consuela tenerlo en mis manos, como si lo estuviera tocando a él. Apoyo el libro contra una mejilla. Tiene un suave olor dulce, agreste, como el de las semillas de hinojo que a mi abuelo le gustaba masticar después de las comidas.

A este recuerdo siguen otros, que llegan como una ola que me arrastra a épocas más felices. ¡Cuánto más nítidos son en comparación con mi vida actual! Sentada en su regazo mientras me explicaba por qué los volcanes entran en erupción. Cogida de su mano de camino a un reestreno de *Sonrisas y lágrimas* mientras él me explicaba la historia que dio lugar a la película. El orgullo en sus ojos la primera vez que le gané una partida de ajedrez. En el aeropuerto, esperándome, agitando una barrita de chocolate con la cara sonriente, cuando yo volvía a casa del internado. Nunca lo había visto sonreír así a nadie, ni siquiera a la abuela.

Cierro los ojos y dejo que el libro se vuelva cada vez más pesado en mis manos. Ansío la llegada del bendito sueño, que venga de una vez y me lleve. Pero la voz de mi abuela penetra en mi capullo.

—Levántate, no está bien que duermas todo el día, enfermarás. Lávate la cara y cámbiate de ropa. Rajat no tardará en llegar.

Decidida a reanimarme, se niega a marcharse hasta que yo me eche agua en la cara y me ponga un *salwar kameez* limpio.

Rajat me está esperando abajo. Todos los días me pregunta lo mismo. Y yo no puedo sino darle siempre las mismas respuestas vagas. Estoy bien, todo está bien. Cuando me siento a la mesa para cenar, mirar la silla vacía del abuelo me lastima los ojos.

Su deseo era que lo incineraran a cielo abierto. Por eso acabamos yendo al antiguo crematorio de Keoratala, donde nos envolvió el olor a ácido sulfúrico de la carne cuando arde. Enmarcado por guirnaldas, el abuelo tenía una expresión dulce, parecía un santo, tan distinto de como él era, que me invadió una sensación de irrealidad... y hasta me indignó un poco. Como le habían puesto un trapo alrededor de la cara anudándoselo bajo la barbilla, parecía una vieja con dolor de muelas. El sacerdote hundió una vara en grasa y llamó a un hijo o nieto. Rajat dio un paso al frente, pero yo lo aparté de un codazo y, furiosa, pasé adelante. Sin embargo, no era tan fuerte como creía. Cuando el sacerdote encendió la vara y señaló la boca de mi abuelo pidiéndome que le prendiera fuego, no pude. Rajat tuvo que arrebatarme el palo llameante y dar comienzo a la ceremonia.

Fue terrible ver cómo ardía su cuerpo. Pero ahora, aquí a mi lado están Rajat y la

abuela tomando su cena y hablando de cuestiones diversas. En el depósito de los Bose ha habido tensiones entre los obreros hindúes y los musulmanes desde los disturbios religiosos de Gujarat. El jardín está lleno de babosas que han estado comiéndose las adelfas. La abuela se pregunta si no deberían llamar a un exterminador.

¡Babosas! Empujo la comida a los bordes de mi plato. Están hablando de babosas.

No puedo apartar los ojos de la silla de mi abuelo, de la vastedad de su vacío. Hace un rato, al bajar, pasé delante de su dormitorio y me di cuenta de que su ropa, que ha sido retirada del *almirah*, estaba amontonada sobre la cama. Esa pila desordenada me molestó. Él siempre fue muy meticuloso. ¿Por qué haría mi abuela algo así? La última vez que lo vi tal como era, estaba sentado en esa cama. Otra vez recuerdo la pelea, mis últimas, imperdonables palabras. ¿Por qué se disculpó en el hospital, justo antes de morir? ¿Por qué miró a la puerta en vez de mirarme a mí, como si hubiera alguien allí? ¿Era el fantasma de mi madre, que volvió para ayudarlo en su último viaje?

Una vez, con algo de culpa al ver apilados los periódicos que al abuelo le encantaba sentarse a leer de cabo a rabo, me puse a hojear uno. Las noticias me horrorizaron. Personas normales, gente como nosotros, se estaban matando unos a otros en las calles. Ahora que mi abuelo no estaba, el mundo se había vuelto loco. Tiré a la basura la pila de diarios.

Mi abuela dice:

—Korobi, *shona*, escucha a Rajat. Desea llevarte a dar un paseo en coche. —Mira mi plato—. Por lo visto no vas a seguir comiendo. En ese caso, id ahora mismo. No deseo que regreses tarde.

Siento el peso del resentimiento. ¿Por qué no me dejan en paz? Les digo que prefiero quedarme en casa.

—¡Debes salir! Necesitas tomar el aire.

—Si el aire es tan bueno —me oigo replicarle—, ¿por qué no vas tú con él?

—¡No hay motivos para que seas grosera con tu abuela!

El ladrido de Rajat me sobresalta. Nunca me ha hablado en ese tono. En cierto modo, se lo agradezco. Desde la muerte del abuelo, todos me tratan con algodones, y estoy harta. Estoy lista para pelear, pero no deseo hacerlo delante de la abuela.

Rajat despide a Asif y conduce él mismo en dirección al Victoria Memorial, a toda velocidad y con las ventanillas abiertas. El viento nocturno enreda mi pelo y los bucles me caen sobre la cara. Me arde la piel; me agrada este dolor limpio, inmediato, que me distrae del pesar confuso y desordenado que siento en mi interior.

Rajat se detiene a escasa distancia de la cúpula blanca iluminada, con su ángel negro, donde una noche muy distinta de esta me besó apasionadamente.

—Tenemos que hablar. —Su voz es medida. Trata de estar sereno, de ser razonable—. Estoy preocupado por ti. Entiendo que has sufrido un *shock* tremendo. Pero quedarte en la cama el día entero no es bueno. Ya van tres semanas, has perdido

muchas horas de clase. No puedes...

No lo dejo terminar. Le recuerdo que él todavía no ha tenido que ver morir a nadie de su familia. ¿Cómo puede entender cómo me siento? ¿Qué soy yo? ¿Una muñeca mecánica a la que puede darle cuerda y decirle: «Ya van tres semanas, basta de estar deprimida, ahora sonrío y baila»?

Él aprieta la mandíbula. Respira hondo, pero no contesta.

Algo se apodera de mí. Le digo que es un insensible. Un tirano que quiere controlar mi vida. Dentro del coche cerrado, mi voz rebota como lo harían las balas. Sigo diciéndole cosas por el estilo, a pesar de que nos hacen sentir peor a los dos.

Da una vuelta completa con el coche.

—No eres tú misma —dice—. Hablaremos cuando entres en razón.

Está molesto, lo veo en cómo conduce. Se salta un semáforo en rojo, felizmente sin consecuencias. En la verja, espera a que me baje y dice que no entrará en la casa.

—Ten presente que la abuela está sufriendo tanto como tú, si no más. —Su voz suena cansada.

Sus palabras son como una bofetada. Lo peor es que sé que es cierto. Siento una opresión en el pecho, como un absceso gigantesco. Ojalá se hubiera peleado conmigo. Una pelea habría reventado el absceso y todo el veneno habría salido.

Cuando Cocinera me abre la puerta, entro y cierro de un portazo. Oigo a la abuela que pregunta qué pasa. La empujo cuando paso a su lado y subo a mi cuarto, a mi *almirah*, donde está colgado el *kurti* de mi compromiso. Lo saco y rebusco en mi cajón.

—¿Qué haces? —pregunta a mis espaldas la abuela, casi sin aliento, pues ha subido la escalera a toda prisa—. ¿Te has vuelto loca?

Las tijeras se enganchan en la suave tela fina. Se niegan a cortar como yo querría. Tengo que agarrar el *kurti* con ambas manos y rasgarlo.

—¡Para, para! ¡Ay, tu hermoso vestido! ¿Qué mosca te ha picado? —pregunta afligida y asustada.

—El abuelo lo odiaba. Le dio el infarto por la discusión que tuvimos por culpa de este vestido.

—Eso es ridículo. Hacía tiempo que estaba enfermo.

Niego con la cabeza. No la creo.

—Se ha ido, Korobi. —Carraspea, pero sigue ronca—. Lo quisimos, pero se ha ido, y nosotras debemos seguir viviendo. ¿Te ha dicho Rajat que debes volver a la facultad?

Pero yo me he quedado anclada en lo que ha dicho antes, en el traicionero carácter irreversible del verbo que ha empleado: «quisimos».

—¿Es por eso que has empezado a retirar sus cosas? —le grito—. Lo vi cuando pasé por su dormitorio. Su ropa en las cajas. Sus libros fuera de las estanterías...

Una sombra de culpa asoma a su rostro.

—No es lo que crees. He estado buscando... oh, tú no lo entiendes.



—¡No, no lo entiendo! —Una suerte de frenesí se ha apoderado de mí. Ella se ha puesto pálida como un fantasma, pero no puedo parar—. ¿No tienes el menor respeto por la memoria del abuelo? ¿No te importa?

La abuela se aferra al barrote de la cama.

—Para ti es fácil decirlo —musita—. Toda mi vida me he preocupado solamente de lo que él quería. Le obedecí aun cuando mi conciencia me gritaba que no lo hiciera.

—El abuelo tenía grandes principios —digo fríamente—. No creo que te haya dicho nunca que hicieras algo en contra de tu conciencia.

—¡No, claro que tú no podrías creerlo! —No sabía que mi abuela fuera capaz de una risa tan amarga, tan áspera—. Siempre fuiste su consentida. No eras tú la que tenía que soportar su mal humor. No fuiste tú la que él arrastró al templo la noche que murió Anu, insistiendo en que la bebé nunca debía saber nada acerca de su padre. Me hizo prometer delante de la diosa que nunca te lo diría. Estaba resuelto a que crecieras creyendo que él estaba muerto.

Le cuesta respirar y apenas entiendo lo que dice. Sé que últimamente su azúcar en sangre es demasiado elevado. Jadea tanto que se me pasa la rabia; ahora estoy preocupada.

—¡Abuela, cálmate! Ven, siéntate a mi lado. Lamento mucho haber discutido contigo. ¿Has tomado tu medicina hoy? Te estás confundiendo. Mi padre murió unos meses antes que mi madre, ¿recuerdas?

—No, Korobi... te lo estoy diciendo... Era una mentira —dice lentamente, con toda claridad, mirándome a los ojos—. Tu querido abuelo te mintió y me obligó a mentirte. Tu padre está vivo. Se llama Rob. Sí, Rob. Y vive en América.

Sarojini está acostada en su lecho matrimonial, vasto como el desierto, con una toallita húmeda sobre la frente palpitante. Tal vez sean las dos de la madrugada, quizá las tres, no está segura; el reloj que está junto a la cama, al que Bimal daba cuerda todas las noches antes de dormirse, está parado. No deja de repasar mentalmente la disputa, la mirada de Korobi cuando la incredulidad dejó paso a la sorpresa al comprender la traición. Soltó un ruido como si se estuviera ahogando y abandonó precipitadamente la habitación, sin mirar atrás, pese a que ella le suplicó que no se marchara. Oyó el portazo de la puerta principal. Aterrada por lo que pudiera hacer, Sarojini envió a Cocinera tras ella. Se paseó por su dormitorio hasta que la mujer volvió y le informó que la niña Korobi estaba sentada en los escalones del templo. Y que no le contestó a Cocinera, pero tampoco le dijo que se marchara. Era como si no la viera. Tenía alrededor un enjambre de mosquitos, pero ni se daba cuenta. Al final, Cocinera encendió un par de espirales para ahuyentar los mosquitos, la cubrió con un chal, fue a despertar a Bahadur, que estaba dormido, y le pidió que la vigilara. Luego volvió a la casa a preguntar a Sarojini qué había sucedido. La anciana no quiso

mentirle a una mujer que había estado con ella durante tantos años, de manera que cerró los ojos y se negó a responder moviendo la cabeza. Al final Cocinera se marchó.

Ahora aprieta la toalla mojada, caliente y salada por las lágrimas que ya no la consuelan, contra los ojos que le duelen, y piensa que Bimal tenía razón. Por no cumplir su palabra, ha perdido a su nieta.

La cama está llena de recuerdos. De Bimal, de Anu. Pero ahora es de Korobi de quien se acuerda. Nació prematuramente y la mantuvieron en la incubadora del hospital varias semanas. Cuando por fin Sarojini la trajo a casa, era tan minúscula y frágil que asustaba, su piel parecía porcelana fina y se le transparentaban las venas azules. Sarojini tenía tanto miedo de que pudiera morir que mandó a Bimal al cuarto de invitados y puso al bebé en esta misma cama, rodeándolo con almohadas para sostenerlo. Controlaba su respiración cada hora, le daba leche con un gotero, se quedaba junto a ella como si temiera que en cualquier momento pudiera resbalar y caerse. Aún hoy, con los ojos cerrados y las manos ahuecadas, puede sentir la piel sedosa de la recién nacida. Eso la consuela y acaba por dormirse. Sueña.

Es la mañana del último día de vida de su hija. Sarojini, la que sueña, lo sabe y el desasosiego le oprime el corazón. En cambio, la Sarojini del sueño no lo sabe, pero también está triste porque va a despedirse. Anu ha pedido a su madre que le haga un masaje en la cabeza, el último antes de viajar mañana de regreso a América. Está sentada en esta misma cama, sosteniéndose su estómago dilatado, mientras Sarojini va a buscar el aceite de hibisco. El embarazo le ha sentado bien a Anu. Tiene mucho más cabello que antes y el cutis luminoso. Salvo las pocas veces que ha discutido con su padre, el resto del tiempo ha estado serena como una diosa.

—Ojalá pudieras quedarte hasta que llegue el bebé —dice, sin mucha esperanza, Sarojini. Sabe que la intención de su hija es que la criatura nazca en Estados Unidos, en presencia de ese misterioso Rob, el marido del que nunca habla. Es un deseo razonable.

Pero la Sarojini que sueña sabe que su deseo se hará realidad esa misma noche de manera trágica y pérfida. Este saberlo-pero-no-saberlo le produce una sensación extraña, como estar dividida en dos.

—Ay, mamá, por favor, no pensemos en estas cosas complicadas ahora. Deja que disfrute del masaje. Es como si fuera niña de nuevo; así es como quiero sentirme hoy.

Sarojini se echa un poco del oloroso aceite en la palma de una mano y fricciona el cuero cabelludo de su hija. Mientras lo hace, siente cómo, con un suspiro, se relaja contra ella ese cuerpo amado. Y otra vez piensa: ¡ojalá se quedara a vivir aquí para poder hacerle lo mismo a mi nieta cuando se haga mayor! Cierra los ojos e imagina a una niña hermosa... pero, mira, ¿acaso no se ha cumplido también ese deseo? Si fuera más sabia, piensa la Sarojini del futuro, nunca más volvería a desear algo. Pero el tonto corazón no sabe detenerse.

Anu se vuelve, ladea la cabeza y mira a Sarojini con una sonrisa en la que no hay

un ápice de rencor. Su madre la mira y recuerda que siempre le ha agradado esta cualidad de su hija: esta dulce prontitud para perdonar. Para confiar. Se pregunta si Anu estaría ahora viva si hubiera tenido un corazón un poco más duro.

—Tienes que contárselo todo a ella —dice Anu en el sueño.

—Hay muchas cosas que no sé. Tu padre me ocultó muchas cosas.

—Cuéntale lo que sepas. Imagina el resto. Yo llenaré los huecos.

—Pero será muy doloroso, Anu. Para mí y para Korobi.

—Ah, dolor —dice Anu con una sonrisa que parte el corazón—. Madre, ¿quién de nosotros se ha librado del dolor?

Ando tropezando por la maraña de zarzas que hay detrás de la casa, apartando las ramas de las enredaderas que cuelgan como víboras de los árboles añosos. Me tiendo bajo una vieja higuera de bengala, evito de milagro un hormiguero de hormigas coloradas y me aprieto los ojos con los nudillos. ¿Cómo pudo mi abuelo, a quien yo le entregué de niña mi corazón, que me enseñó que lo más importante era ser sinceros, cómo pudo haber perpetrado una mentira tan enorme, tan criminal? He pasado toda la noche paseándome por la galería del templo tratando de encontrar un sentido a la confesión de mi abuela. No podía ser verdad. Yo tenía la nota de mi madre en la que lloraba a su esposo muerto. Pero ¿cómo lo supe en realidad? ¿Podía ser que la hubiera leído mal durante todos estos años? ¿Y si «imposiblemente lejos» no significara que estaba muerto sino solo que se hallaba en América? Me dije que a lo mejor mi abuela tenía la cabeza un poco ida. Era una anciana y estaba bajo mucha presión. Pero, en el fondo, yo sabía que no mentía. No siempre es posible distinguir una mentira, pero el timbre de la verdad es inconfundible y yo lo había oído en su voz.

¿Cómo podré volver a confiar en alguien?

Oigo pisadas y me pongo tensa, pero es Cocinera que se acerca tropezando entre las zarzas, trayendo té y galletas.

—¡Te he buscado por todas partes! ¡Oh, mira esas hormigas horrendas! Si te pillan te hincharás como un globo. Y la comezón, ni te cuento, no te imaginas lo terrible que puede ser.

Se agacha y me alcanza la taza de té caliente y las galletas rellenas con crema, mis preferidas.

—Anda, bebe un poco de té, mi niña. El té siempre te hace sentir mejor. Y luego cuentas tus cuitas a tu vieja Cocinera.

Con lo alterada que estoy, no esperaba tener hambre, pero sí estoy hambrienta. Y conmovida por los esfuerzos de Cocinera. Quiero abrazarla, pero entonces recuerdo que ella está en nuestra familia desde que nací. ¿Participó también ella en este engaño? Cada vez que me veía, pensaría: «¡Pobre chica! ¡No sabe que su padre está vivo!»

Aparto la vista. Cocinera deja la comida sobre una pila de ladrillos y regresa a la casa. Entonces remojo las galletas, inocentes y deliciosas, en el té, para que se deshagan fácilmente en mi lengua. Sopla una brisa entre las hojas del *nim* y me trae su aroma puro y terapéutico. Una libélula, como de gasa reluciente, se posa sobre una zarza. Dos cuervos arman un nido en el hueco de una rama, sus movimientos son complejos, tienen la precisión de una danza. Sí, es terrible lo que hicieron mis abuelos. Me llevará mucho tiempo recuperarme de este golpe. Pero esto que supe anoche, ¿no es también una suerte de milagro? ¿Un padre muerto que vuelve a la vida? Y con él la posibilidad de conocer por fin a mi madre, esa silueta que brilla eternamente con una luz trémula al borde de mi mente, esas pocas palabras de amor garabateadas en una hoja.

Dieciocho años perdidos... no puedo perder más tiempo. De repente, la necesidad de averiguar todo lo relacionado con mis padres es como un dolor intenso en mis huesos, como una profunda deficiencia.

La encuentro en su dormitorio. Ha abierto las ventanas, de manera que el cuarto está lleno del aroma agreste, enigmático, de las adelfas.

—¡Cuéntamelo todo! —le exijo.

—Siéntate.

—Tu madre llegó cuando tu abuelo y yo ya éramos mayores, después de tres abortos espontáneos. El médico nos había advertido que no lo volviéramos a intentar, pero tu abuelo no soportaba la idea de que el apellido de la familia muriera con él. Cuando me quedé embarazada por cuarta vez, él se alegró muchísimo, pero también tuvo miedo de que algo malo fuera a suceder otra vez. Cuando llegó el momento del alumbramiento, insistió en estar presente en la sala de parto del hospital, algo que los hombres no hacían en esa época. Cuando Anu nació, la tomó de los brazos de la enfermera, antes incluso que yo. Quizá por eso se querían tanto el uno al otro y por eso después se lastimaron de una manera tan terrible. Tu abuelo crio a Anu como al hijo que nunca tuvo. Pero no podía olvidar que era una niña. Por tanto, sus dos pasiones principales, que Anu debía destacar en todo lo que hacía y que debía ser educada como correspondía a una hija de la familia Roy, acababan chocando. Cuando la eligieron para formar parte del equipo de su colegio que iba a participar en el debate nacional, pidió una semana de licencia en el juzgado para llevarla a Delhi, donde tenía lugar el certamen. Pero, en las reuniones con sus amigos, si ella estaba presente, él exigía que fuera respetuosa y permaneciera callada. Cuando ella expresaba sus opiniones —y, como tu abuelo, tenía opiniones firmes—, la sometía a un frío silencio. A Anu le importaba mucho su aprobación, de manera que aprendió a vivir una doble vida: enérgica y competitiva en el colegio y sumisa y muda en los demás sitios.

»Cuando estaba por finalizar sus estudios en la facultad, tu abuelo encontró un

buen partido para ella. No fue difícil. Era hermosa, inteligente y dulce, y, a causa de tu bisabuelo Tarak Roy, mucha gente tenía interés en emparentarse con nuestra familia. Tu abuelo tenía debilidad por el hijo de uno de sus colegas. Anu no dijo que no, pero pidió tiempo. Le anunció que había solicitado una beca norteamericana. Si tenía la suerte de que se la otorgaran, ¿la dejaría ir? Solo serían dos años.

»Tu abuelo estaba enfadado porque ella había tomado una decisión de esa importancia sin consultar con él, pero yo podía entender su anhelo de ver mundo antes de quedar atada a las obligaciones de una mujer casada. Por último, él accedió a esperar que llegaran los resultados. Se trataba de una beca por concurso; no esperábamos que se la dieran.

»Pero tu madre debió de haber sido más brillante de lo que suponíamos, o quizás un ave de mal agüero había volado por encima de su cabeza el día que despachó por correo la solicitud. Recibió la beca, todos los gastos pagados, para estudiar relaciones internacionales en la Universidad de California, en Berkeley. El rector de la facultad de Anu, encantado con la noticia, dio a conocer su éxito en la prensa. El teléfono no paraba de sonar con los amigos y parientes que llamaban para felicitar a tu abuelo. ¿Cómo podía negarse a dejarla ir después de eso? Aun así, siguió dudando hasta que ella aceptó acompañarlo a nuestro templo y jurar, delante de la diosa, que jamás se casaría sin su aprobación. Eso lo dejó tranquilo. Sabía que ella no haría esa promesa a la ligera.

»Anu se adaptó enseguida a la universidad y le iba muy bien en las clases. En Calcuta había llevado una vida recluida, prefería leer o escuchar música en su cuarto. En América se volvió más osada. Nos contaba en sus cartas acerca de las clases de danza folclórica y las obras de teatro que había visto en San Francisco. Visitó los bosques de secuoyas gigantes y vio ballenas migrantes. Decía que la gente de California era amable, cordial y muy interesante.

»“¿Cuándo estudia esta chica?”, protestaba tu abuelo. Pero Anu debió de haber encontrado tiempo para estudiar porque al final del primer semestre obtuvo la mejor nota en todas las materias.

»“Un año y medio más”, decía tu abuelo, suspirando. La echaba de menos más que yo. “Entonces regresará y toda esta insensatez habrá terminado”, refunfuñaba. “No olvides —le decía yo—, que después se casará y ya no será más nuestra.” Tu abuelo desechaba mis palabras con un gesto de la mano. “Siempre será nuestra —decía—, no importa en la casa de quién viva.”

»Una semana más tarde, acabábamos de sentarnos a la mesa para cenar cuando sonó el teléfono en su despacho. Fui allí y lo cogí. Ya sabes que a tu abuelo no le gustaba que lo molestaran a la hora de cenar. Era Anu.

»“¿Te encuentras bien?”, le pregunté preocupada, pues solo telefoneaba en ocasiones especiales; las llamadas eran muy caras. Dijo que estaba mejor que bien. Que estaba enamorada. Se me secó la boca. Sabía que eso a tu abuelo no le agradaría. “Es un hombre maravilloso —me dijo—, dulce e inteligente. No hubierais podido

encontrar una persona mejor para mí en toda la India. Se llama Rob.” “¿Es norteamericano?”, le pregunté horrorizada. Pero antes de que pudiera preguntarle algo más, tu abuelo me arrebató el auricular, le dijo que era muy bonito escuchar su voz y le preguntó el motivo de la llamada. A continuación, su expresión cambió. Me ordenó con un gesto que abandonara el despacho y cerrara la puerta.

»Me quedé en el pasillo, petrificada. Tras unos minutos él colgó, pero no salió. Cuando llamé a la puerta, me dijo que me acostara. A la mañana siguiente envió a Anu un telegrama en el que le ordenaba regresar a Calcuta inmediatamente. Si no obedecía, no volvería a hablar con él ni conmigo nunca más. La arrancaría de su corazón, como si nunca hubiera tenido una hija.

»Exigió que yo también jurara que no volvería a comunicarme con ella. Cuando protesté diciendo que no podía hacerle eso a mi única hija, me dijo que en ese caso me enviaría a vivir sola a la aldea de sus antepasados. “No quiero tener una esposa que, en una situación de extrema gravedad, no me apoye” me dijo.

»Le supliqué que reconsiderara su decisión, pero se mantuvo firme. Al final, cedí. No era lo bastante fuerte para oponerme a su voluntad. Y, pese a que se lo pregunté, se negó a decirme nada más sobre el hombre que Anu amaba.

»Después de aquello, no volví a tener noticias de ella. Tu abuelo abrió un apartado de correos y toda nuestra correspondencia fue a parar allí. Si me escribió alguna carta, y estoy segura de que escribió varias, al menos al principio, nunca me llegó. Cambió nuestro número de teléfono. Un mes después, volvió a casa hecho una furia. Sacó todas las fotografías de Anu de sus marcos y las quemó. Entonces comprendí que ella había elegido el amor y no el deber, que había elegido al americano y no a sus padres. ¿Podía yo culparla? Qué fue lo que ella sintió cuando hizo esa elección, no tengo la menor idea.

»Cada día, cuando tu abuelo estaba fuera trabajando, yo lloraba, segura de que no volvería a ver a Anu. Pero no se lo dije a él. Así me habían educado. Él tampoco decía nada si, cuando volvía a casa, notaba que yo tenía los ojos hinchados. Tal vez por la educación que había recibido.

»Habían transcurrido unos seis meses cuando un día tu abuelo regresó muy nervioso y perturbado. Anu había escrito para anunciar que esperaba un hijo. El embarazo no iba bien. Enfermaba a menudo y nos echaba mucho de menos. Preguntaba si podía venir a vernos, si se lo permitíamos.

»Todos los sentimientos que había reprimido durante tanto tiempo estallaron sin control: la alegría por la noticia, la angustia por la salud de Anu, la tristeza por haber tenido ella que suplicarnos que la dejáramos venir a su propia casa. Le dije a tu abuelo que era nuestra oportunidad para hacer las paces con Anu. Debíamos olvidarnos del pasado y acogerla en nuestro hogar. Estaba preparada para pelear con él como nunca antes. A irme, incluso, junto a Anu si él se negaba a dejarla venir. Pero tu abuelo me sorprendió. La llamó por teléfono al día siguiente y le dijo que podía venir a quedarse con nosotros el tiempo que quisiera. Su única condición fue que,

mientras estuviera aquí, debía venir sola y no hablar con nadie, ni siquiera conmigo, de su marido.

»Anu debió de habernos añorado más de lo que suponíamos. Aceptó las condiciones y dos semanas después, en el aeropuerto, se echó a mis brazos. Tenía la cara más delgada, más sombría, y unas arrugas de preocupación en el entrecejo que no tenía cuando se había marchado. Cuando me tocó con su vientre calculé que estaría de cinco meses por lo menos. Mientras la besaba, sentía tus pataditas. Esa noche comió una buena cena de arroz con pescado Ilish y, una vez que se hubo retirado a acostarse en su cama de cuando era niña, tu abuelo me dijo: “Nunca debimos dejarla partir.” Pero yo guardé silencio. Había sentido esa patadita y me había enamorado. Yo no podía desear que tú no nacieras.

»Los dos meses siguientes fueron los más felices de mi vida. Tu abuelo había dicho con toda claridad que no deseaba que Anu saliera de casa. Pensé que semejante limitación de sus movimientos la mosquearía, pero no pareció importarle. Durante esos meses, para acompañarla, tampoco yo salí de casa. Vivíamos suspendidas en un espacio mágico, en el cual el mundo exterior no podía entrar. Me seguía por toda la casa, contenta, hablando de su infancia, de episodios insignificantes ocurridos hacía mucho tiempo. Alguna que otra vez, empezaba a hablar y se interrumpía, y entonces una sombra cruzaba su rostro. Yo creía que estaba a punto de decir algo sobre Rob o su padre. Me moría de ganas de saber qué podía ser y, con dulzura, trataba de sonsacarla. Me hubiera gustado que ella rompiera esa promesa ridícula que tu abuelo le había arrancado, pero nunca lo hizo. Así era ella, una persona íntegra.

»Los problemas comenzaron al tercer mes de su llegada. Tu abuelo empezó a hacer averiguaciones en los hospitales, a pesar de que Anu le había dicho que deseaba tener su hijo en América. Todas las noches, a la hora de cenar, intentaba persuadirla de que se quedara, pero ella se mantenía callada, con un silencio cada vez más obstinado. El brillo saludable que había adquirido se había apagado. Comía menos. De noche la oía dar vueltas por su habitación. Finalmente nos dijo que ya había fijado la fecha de su partida. Sería tres días después. No podía demorarse más. La compañía aérea no aceptaba pasajeras en un estado de gestación muy avanzado.

»Entonces fue tu abuelo el que dejó de hablar. Y el que se puso a dar vueltas por el dormitorio impidiéndome dormir. Le dije que debíamos aceptar el deseo de Anu. Era una mujer adulta y casada. Se volvió hacia mí y, con una furia que me asustó, me ordenó que cerrara la boca.

»A la mañana siguiente, sin embargo, estaba más calmado. Se tomó el día libre y llevó a Anu de compras. A pesar de las protestas de ella, entró en la tienda Mallik y compró el ajuar completo para ti. Escogió las cosas más caras y suaves e hizo bordar la letra K enmarcada en flores en las toallas, porque Anu nos había contado los nombres que había elegido: Kartik si era niño y Korobi si era niña. Ella, por su parte, se mostró más cariñosa que nunca, nos abrazó y nos agradeció todo lo que habíamos hecho. “¡Agradecer a tus padres! —exclamó con rudeza tu abuelo—. ¡No hables

como una americana!” Pero igual la abrazó y yo agradecí que él hubiera aceptado lo que ya era inevitable.

»No obstante, la noche antes de su partida, mientras yo me encontraba en la cocina supervisando un menú especial para la cena, volvieron a discutir. Desde la cocina, y con el silbido de la olla a presión, no oí los detalles. Sé que hubo un grito y luego una serie de ruidos sordos. Cuando Cocinera y yo llegamos corriendo de la cocina, vimos a tu madre tirada al pie de la escalera, inconsciente, contigo doblada e indefensa en su seno. Tu abuelo se hallaba arriba, en el rellano, petrificado. Lo único que dijo como respuesta a mis angustiadas preguntas fue que ella había tropezado.

»Me llevó un año lograr que me dijera algo más, no en vano era abogado. Y entonces lo único que dijo fue que había subido a la habitación de ella a pedirle una vez más que cancelara el viaje. Ella se había negado y, como él volvió a insistir, ella se precipitó fuera de la habitación hecha una furia. Conjeturé que debió de haberle dicho otras cosas, quizás algo en contra de tu padre. Quizás había salido tras ella, sermoneándola. Y, en su prisa por escapar, ella lo había apartado y se había despeñado.

—Fue por su culpa que se cayó, ¿verdad? —Korobi musita las palabras que Sarojini no se ha atrevido a decirse durante todos estos años—. De no haber sido por su testarudez, por su incapacidad para aceptar un no, ella podría haber vivido. ¿Te dijo algo antes de morir? ¿Sobre mi padre, sobre mí?

Sarojini niega con la cabeza.

—Fuimos a toda prisa al hospital, pero nunca recobró el conocimiento. Cuando los médicos la operaron y te sacaron a ti, ella estaba muerta.

—¡Muerta! —repite Korobi—. ¿Así, de golpe?

Sarojini asiente secándose los ojos.

—Cuando después del funeral regresamos al hospital, tú estabas en cuidados intensivos, dentro de una incubadora, con una venda en los ojos y tubos adheridos a tu cuerpecito. Eras tan pequeñita que dabas miedo. No nos permitieron tocarte por temor a las infecciones. Yo te miraba y no podía parar de llorar. Tenía tanto miedo de que murieras tú también; entonces no tendríamos a nadie, nada que uniera a tu madre con nosotros. Esa noche tu abuelo me llevó a nuestro templo y me dijo que tu padre jamás debía saber que tú vivías. Si se enteraba, vendría a buscarte y te llevaría. «Envejeceremos en una casa vacía mientras ella se cría en otro país sin cultura ni valores», afirmó. «¿Es lo que quieres?» Dije que no moviendo la cabeza. Y él me pidió que jurara por la diosa que nunca me comunicaría con él ni te hablaría a ti de él.

»Tuve remordimientos, pero fue solo un momento. Yo no sentía afecto alguno por el extraño que nos había arrebatado a nuestra hija. Y estaba de acuerdo con tu abuelo: sería lo mejor para ti. Más tarde, cuando te hiciste mayor y empezaste a preguntar por tu madre y tu padre, tuve dudas, pero no podía decirte nada, no hasta que yo fuera la única guardiana de tu secreto.

Ambas mujeres están sentadas en silencio, reflexionando sobre esas palabras que



se oyen en la habitación, palabras que han estado esperando años para salir. ¿Qué emociones embargan a Korobi? Sarojini se lo pregunta. Trata de mirar el rostro de su nieta, pero esta mira hacia otro lado.

—Cuéntame ahora lo que sabes de mi padre.

La anciana mueve la cabeza con gesto de impotencia.

—Te he contado todo lo que sé. Es por eso que estaba revisando las cosas de tu abuelo. Pensé que podría haber una carta o fotografías. Tal vez una copia del acta de matrimonio. Pero si las tuvo, las destruyó hace mucho tiempo.

—Pero ¿mi padre no vino a la India a buscar a mi madre? ¿O a mí? ¡Estaban enamorados!

—No. Tu abuelo le envió un telegrama diciéndole que habíais muerto las dos.

—¿Eso le dijo a mi padre? —replica Korobi furiosa.

Sarojini parece avergonzada, como si hubiera sido ella la creadora de ese montaje.

—Le dijo que no viniera, que estábamos muy acongojados por la tragedia y hablar con él no haría más que aumentar nuestro sufrimiento. A modo de precaución, en cuanto el hospital te dio el alta, nos envió a ti y a mí a la casa de la aldea, con Cocinera y Bahadur, y él cerró esta casa y se marchó a vivir a un hotel. A sus amigos, incluso a sus criados, les hizo creer que tu padre (un tal Bhowmik, un brillante estudiante de derecho en América) había muerto en un accidente automovilístico unos meses antes. Anu, embarazada, había retornado a casa para que nosotros la consoláramos. Destrozada, se había encerrado en casa, sin querer ver a nadie y suplicándonos que no contáramos a nadie lo que había sucedido. No soportaba siquiera mencionar el nombre de su esposo. Y entonces, justo cuando se estaba sintiendo mejor, el destino también se la había llevado a ella.

»Durante tu primer año de vida, tú y yo vivimos en la aldea, en la derruida casa de nuestros antepasados. Cuando llovía, Cocinera tenía que colocar cubos bajo las goteras. Nunca salíamos de la casa. Bahadur hizo correr el rumor de que yo me estaba recuperando de una tuberculosis. Eso mantuvo alejados a los curiosos. Una vez al mes tu abuelo venía a vernos. Durante esas visitas te cargaba en brazos y te miraba todo el tiempo. Creo que, durante esa época, todo el amor reprimido que sentía por Anu te lo dio a ti.

Korobi aparta la cara. Sarojini sabe que esto es lo que más duele a su nieta. No se trata solo del engaño, sino que provenga del hombre en quien ella más había confiado.

—No espero que nos perdones por haberte engañado. Lo único que puedo decirte es que lo hicimos por amor... y por miedo. Habíamos tejido una historia en la que también nosotros quedamos atrapados. No sabíamos cómo deshacer toda esa maraña y soltarnos.

El día toca a su fin. Sarojini escudriña a Korobi en la penumbra del atardecer con la esperanza de ver una señal de perdón. Pero la dura expresión en su rostro sombrío

lo torna impenetrable. El silencio se expande entre ellas puntuado solamente por el reclamo de las aves que retornan a sus nidos. Sarojini piensa que este silencio durará siempre, hasta que ella se desintegre en polvo. Eso le gustaría: desintegrarse, ser desperdigada por el viento, no tener nunca que responder a la mirada de su nieta.

Abajo suena el teléfono.

Ni Sarojini ni Korobi se mueven. Cocinera sale de la cocina, protestando en voz alta, y lo coge.

—Es Rajat-babu —anuncia desde la escalera—. Llama para hablar con la niña. ¿Qué le digo?

Sarojini posa su mano en el brazo de su nieta.

—No hables con él ahora. No digas nada hasta que te hayas calmado. Sería mejor no contarle todo esto. No serviría de nada. Y podría acarrear muchos problemas.

Sarojini no consigue enumerar todas las cosas que transmite la inclinación tensa del cuello de Korobi: ira, tristeza, desilusión, repugnancia.

—¿Quieres que le oculte algo tan importante al hombre con quien voy a casarme? ¿Pretendes que perpetúe la mentira que tú y el abuelo fraguasteis?

Korobi se precipita fuera de la habitación, como si ya no soportara estar cerca de Sarojini. Casi como si deseara tropezar y caerse por esa misma escalera para reunirse con su madre, piensa Sarojini, conteniendo la respiración hasta que oye a su nieta coger el auricular y decir «hola».

Junto al río, bajo la luz amarillenta de la farola en la calle desierta, Rajat abraza a su sollozante novia y trata de consolarla. Pero no halla las palabras adecuadas. La asombrosa historia que ella acaba de contarle lo ha sobrecogido. Empieza a decir que puede imaginar por lo que ella está pasando, que le hayan mentido de esa forma, pero tartamudea y calla. La verdad es que no se lo puede imaginar. Le causa pena este fracaso de la empatía. Quizás es porque la historia lo ha pillado por sorpresa. No se esperaba algo semejante. Había telefoneado a la casa de la familia Roy para decir a Korobi que no podría verla esta noche. Necesitaba estar un rato con su familia, a quienes vergonzosamente había abandonado desde la muerte de Bimal Roy. Aun en el momento álgido de su pasión por Sonia siempre se las había ingeniado para encontrar tiempo para ellos. Su madre no se había quejado, no era su estilo. Pero anoche, cuando volvió a casa, encontró a Pia recostada en el sofá; se había dormido esperándolo. Cuando se despertó, se frotó los ojos quejumbrosa y dijo que en los últimos tiempos nunca lo veía. Arrepentido, le prometió que cenaría en casa esta noche, y hasta podrían jugar al Scrabble después. Se sorprendió al comprobar que se sentía feliz haciendo planes para pasar una velada relajada con su familia. Pero cuando había hablado con Korobi, la intensidad febril de su voz lo había dejado muy preocupado. Había venido, tal como se lo había pedido ella, tan pronto como le había sido posible.

—Lo lamento muchísimo... —se oye decir y piensa que incluso a él estas palabras le parecen inadecuadas, equívocas.

¿Qué es lo que lamenta exactamente? ¿Que su abuelo la haya traicionado, que quizás haya contribuido a la muerte de su madre? ¿Que le hayan mentido sobre su padre durante tantos años? Sí, claro. Pero ¿acaso no lamenta también que ahora ella descubra que tiene un padre? Todo hubiera sido mucho más sencillo si Rajat nada hubiera sabido acerca de este inesperado suegro, un extranjero envuelto en una conspiración de silencio. No puede evitar preguntarse qué razones pudo haber tenido Bimal Roy, un hombre astuto donde los hubiera, para eliminar completamente a ese Rob de la vida de Korobi.

—Es muy duro saber que mi abuelo fue tan inflexible con mi madre. Si al menos hubiera aceptado a mi padre, o no la hubiera presionado para que se quedara en la India, ella estaría viva. Y los dos, mi madre y mi padre, me habrían criado.

Rajat hace un ruidito para indicar que la entiende. «Si al menos» es un camino peligroso de recorrer. Pero no vale la pena decirle eso ahora a Korobi.

—Lo que más duele es saber que mis abuelos, a quienes quise más que a nadie, fueron capaces de engañarme de esta manera. Duele mucho.

Algo se retuerce dentro de Rajat. Involuntariamente, piensa en Sonia. Sabe bien, por propia experiencia, lo que Korobi está describiendo, esa sensación de que el suelo sólido se convierte de pronto en arenas movedizas.

—Además, me siento estúpida por ser tan crédula.

Rajat respira hondo. Ahora su misión es consolar a Korobi. Ella es su corazón, su aliento, la salida de su propio abismo.

—No puedes culparte por creer en ellos. No tenías motivos para pensar que podía tratarse de una mentira. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Bueno, he aprendido la lección. Nunca más volveré a confiar en alguien tan ciegamente.

El cansancio amargo que oye en su voz le preocupa.

—Cara, ten la seguridad de que en mí puedes confiar.

Ella alza un mentón indócil, su cuerpo se pone rígido, sus ojos se entornan con tal irritación que a él le cuesta reconocerlos. Se sorprende al comprobar que no la conoce tan bien como creía. Pero, entonces, ella da un profundo suspiro y se desmorona en sus brazos.

—Tienes razón. Tú eres el único en quien puedo confiar. Por eso tenía que contártelo. La abuela dijo que no debía, que esto podría afectar nuestra relación. Pero yo tenía que hacerlo. No puedo mentirle al hombre que amo.

Esa palabra, «amo», lo reconforta.

—Has hecho lo correcto.

—¿Tenía razón la abuela? ¿Ya no sientes lo mismo por mí después de lo que acabo de contarte?

—¡Nada de eso! ¡Qué tontería!

Pero una parte de él siente agobio. Una de las cosas que le habían atraído de Korobi era su prosapia, el lugar social que ocupaba su familia. Bengalíes hasta la médula, su bisabuelo juez, su abuelo abogado, su padre, un brillante estudiante de derecho desaparecido trágicamente en plena juventud... *Khandaani*, algo con peso, con influencia, algo que no puedes comprar para tenerlo. Tan distinta de Sonia, tanto como la seda hilada a mano de la tela sintética brillante. Había imaginado que su matrimonio con Korobi lo iniciaría en los misterios de ese estilo de vida.

Pero ella ya no es la misma persona que él había creído que era.

¿Puede leer sus pensamientos? Porque le está diciendo:

—Estoy muy confundida. Todas las cosas de las que tanto me enorgullecía, mi familia, mis tradiciones, son ciertas, pero solo la mitad. De la otra mitad de mí no sé nada. Salvo que todo este tiempo mi padre ha estado vivo, y en América.

A la luz de la farola, Rajat observa la expresión angustiada de su novia, el ligero temblor de sus labios, la trenza que se ha deshecho y los mechones que le caen sobre la cara. Durante el angustioso lapso de un segundo no siente nada. Entonces, afortunadamente, el amor regresa con fuerza, como el océano después de la bajamar. En sus ojos encuentra la verdadera razón por la que la ama y que nada puede ensombrecer: su franqueza, su natural entusiasmo y, ahora, su valor y honestidad ante lo inesperado. Esos ojos, en este momento, están hinchados de tanto llorar y empañados por la desconfianza. Se promete que les devolverá su brillo. Él, Rajat, será cumplidor al ciento por ciento. Vuelve a sentir ese deseo enorme de protegerla, que nunca ha experimentado con otra chica. La besa con gran alivio.

—Eres mi Cara de siempre y yo te adoro. Lo que has sabido hoy no afecta en lo más mínimo lo que siento por ti. No pienses más en ello. Nos casaremos dentro de un par de meses, tal como habíamos planeado. Todo esto se irá diluyendo con el tiempo.

Ella sacude la cabeza con impaciencia, como si no hubiera oído su declaración de amor.

—¡Rajat, tú no lo entiendes! No quiero que esto se diluya. Estoy conmovida y lastimada, sí, pero también ilusionada. ¿No lo ves? ¡Ahora tengo un padre! ¡Puedo conocer al hombre que tanto amó mi madre! Toda mi vida he anhelado entender a mis padres. Ahora el destino me ha dado esta oportunidad.

A Rajat no le agrada lo que acaba de escuchar, pero, antes de que pueda contestar, oye el golpe de la portezuela de un coche y se alarma. Tres hombres han bajado de un Ambassador, botellas de cerveza en mano. Ven a Rajat y Korobi, y uno de ellos dice algo. Los demás ríen. Se dirigen hacia la pareja.

—Cara, debemos irnos.

—Necesito encontrarlo, hablar con él. Necesito saber quién es. Y él podrá hablarme de mi madre, contarme cosas que solo él sabe. Mi madre enamorada. ¿No sería maravilloso, Rajat? Entonces sabré realmente quién soy. Pero ¿cómo lo encontraré? Ni siquiera conozco su apellido. Ni sé su nombre completo. Y América es un país muy grande.

Rajat oye las palabras, pero es más de lo que puede controlar ahora. La coge de la mano y la obliga a ir deprisa hasta el coche.

—¿Me ayudarás, Rajat?

Los hombres ya están muy cerca. Los puede ver, son del tipo *goonda*: llamativas camisas de nailon, gruesas cadenillas al cuello. Uno de ellos grita:

—¡Anda, *bhaiya*, ven a beber con nosotros! ¡Y tu amiga también!

Korobi no se entera.

—Hasta que lo encuentre, Rajat, no estoy segura de que pueda casarme.

La empuja al interior del coche y rodea el capó para sentarse al volante. Echa el cerrojo de las puertas por dentro y el hombre se mofa.

—¡Parece que el *bhaiya* se ha asustado! ¡Eh, *bhaiya*, solo queremos ser amigables!

Rajat se enerva. La ciudad se degrada a pasos agigantados, incluso esta hermosa ribera. Ojalá llevara un revólver encima, como algunos de sus amigos. Una visión pasa fugazmente por delante de sus ojos: está apuntando con su arma a la cara de ese hombre, viendo cómo se le descompone. Se dice mentalmente: «A ver quién está asustado ahora, mamarracho.»

Respira hondo. «No te metas en problemas, Rajat. Cara necesita tu apoyo en este momento. Además, papá y mamá ya tienen suficientes problemas: la galería en América, dificultades financieras aquí. Y ahora esta historia sobre el padre de Cara.» Necesita pensar en cómo contener esto, esta especie de fuga radioactiva. En cuanto a esta idea peregrina de que no puede casarse hasta que no encuentre al tal Rob, Rajat confía en que se le pase después de una buena noche de descanso.

—Debemos decírselo a tus padres. —Korobi le pone una mano en el brazo—. Ellos querrán saberlo. Son como mis padres ahora, pero comprenderán mi necesidad de encontrar a mi padre biológico antes de la boda... ¿Puedes decírselo tú? Todo esto es muy doloroso y no me siento capaz de volver a contarlo.

Rajat inclina la cabeza, un ademán que puede interpretarse como un sí o un no, y le da al contacto. Lo último que sus padres necesitan ahora es tener que lidiar con esta situación desconcertante. Intentará mantenerlos alejados de esto.

El coche ruge y arranca, con obediente prontitud, poniéndolos a salvo.

Estoy sentada en el borde de la silla, en la oficina del detective, con las manos entrelazadas, observando su expresión. El señor Sen no parece contento; se le arruga una ceja cuando me devuelve la fotografía que le di en nuestra última entrevista. Es una foto vieja y descolorida tomada con una Polaroid. En ella, dos mujeres jóvenes con tejanos y camisetas están frente a una torre alta y puntiaguda. Una sombra ha caído sobre el rostro de una mujer, de manera que sus rasgos no son muy nítidos, pero la otra puede distinguirse con claridad.

La noche que le conté a Rajat lo de mi padre, encontré la foto encima de mi cama

con una nota:

La encontré esta noche, rebuscando entre los papeles de tu abuelo. Yo me había aferrado a la idea de que él quería demasiado a Anu como para destruir todas sus fotografías. Nos envió esta foto unos meses después de haberse marchado a América.

Recuerdo algo más: una semana antes del accidente le pregunté a Anu dónde tenía pensado vivir cuando regresara a América. Se cuidó bien de mencionar a tu padre, pero me dijo que estaban pensando en trasladarse a la costa Este, porque allí había más oportunidades de trabajo.

Levanté la foto con dedos temblorosos. Estaba a punto de ver a mi madre, mi madre verdadera, y no esa lúgubre silueta sin boca de mi sueño. La reconocí enseguida: esas cejas serias y rectas eran las mismas que yo veía cuando me miraba en el espejo. Pero ella era ella y tenía una boca hermosa, resuelta y generosa. Sonreía a la cámara con tal vivacidad que tuve la certeza de que el fotógrafo era mi padre. Por cierto, cuando volví la foto había escritas estas atrevidas palabras: «A la encantadora Anu.» Mi corazón se puso a latir aceleradamente. Al otro lado del mundo, antes de que yo hubiera podido ser siquiera imaginada, mi padre le había dado a mi madre este papel. Quizá sus manos se habían rozado y ella había sonreído tímidamente. Debió de haber sido muy al comienzo, enseguida después de conocerse. Paso los dedos por el dorso de la foto, por el papel que ellos tocaron con sus dedos. Fue como tocarlos a ellos, algo que nunca pude hacer. Y, curiosamente, este gesto tornó posible a mi padre.

¿Cómo podía seguir enfadada con una abuela que me había hecho semejante regalo? Ahora, algo más calmada, podía entender lo imposible que debió de ser para ella sublevarse contra mi abuelo. Su voluntad, que yo siempre había interpretado como deseo de protegerme y ampararme, habría sido en este caso una avalancha que todo lo aplasta a su paso.

Fui al dormitorio. Mi abuela estaba sentada junto a la ventana con los postigos cerrados, a la luz melancólica de la luna que se filtraba por las tablillas. Me senté a su lado. No hablamos, pero apoyé mi cabeza en ella y sentí que algo empezaba a repararse, como cuando el extremo de un hueso fracturado encuentra a su igual bajo la piel. Sin embargo, lo extraño era que yo seguía furiosa con mi abuelo, aunque no dejaba de hacerme esta pregunta: ¿por qué, de todas las fotos de mi madre, había elegido guardar esta? ¿Acaso, en algún lugar recóndito de su mente, no se había atrevido a separarme totalmente de mi padre?

Ahora sabía lo que quería mi madre, la de mi sueño: que yo comprendiera que tenía un futuro al otro lado del océano, que allá había alguien esperándome, aunque él todavía no lo supiera.

La foto afianzó mi decisión de hallar a mi padre, el hombre que había compartido

las sonrisas de mi madre, la mitad no escrita de su tierna carta, la presencia detrás de la cámara. Pero no sabía cómo encarar su búsqueda.

Esa misma noche, llena de esperanza, pero inquieta también, me puse a buscar en internet. Escribí al azar algunas palabras escudriñando el infinito azul del ordenador con la esperanza de avistar por dónde comenzar. «Rob, Anu Roy, Universidad de California, Berkeley, relaciones internacionales, actas de matrimonio, costa Este», las fechas aproximadas de la estancia de mi madre en América. Pero, si bien el navegador arrojó un número enorme de entradas (¿en serio había, en ese período, sesenta y dos hombres en la universidad apodados Rob?), no fue capaz de darme una pista fiable. Iba a necesitar la ayuda de un profesional.

Esa noche dormí muy mal, con la foto bajo la almohada, y soñé que mis padres iban del brazo por un camino bordeado de adelfas: mi madre muy seria y el óvalo blanco, vacío, del rostro de mi padre. Cuando llegó la mañana, llamé a Rajat a su móvil.

—¿Me ayudarás a buscar un detective privado?

Debí de despertarlo, porque se despachó con lo primero que le pasó por la cabeza, sin la menor diplomacia. ¿Me había vuelto loca? ¿No recordaba que él anoche me había aconsejado que dejara que las cosas siguieran su curso? En cualquier caso, él no conocía esa clase de individuos. Las familias decentes no se relacionaban con ellos.

Mantuve la calma. Rajat había sido mi ancla la noche anterior y yo le agradecía su fortaleza. Pero no podía renunciar tan fácilmente a la posibilidad de encontrar a mi padre, ni siquiera por el hombre que amaba.

—Entonces lo buscaré yo.

—¿Cómo? —preguntó en un tono entre molesto y divertido, como si yo fuera una niña consentida.

—Le preguntaré a Mimi. Hace un mes me comentó que su prima había contratado a alguien para averiguar si su marido la estaba engañando...

Rajat refunfuñó.

—¡No, por Dios! ¡No se lo cuentes a Mimi! Lo sabrá toda Calcuta en menos de una semana y no es necesario que esto salga de nuestra familia. Lo entiendes, ¿verdad?

No respondí, y finalmente él suspiró y dijo:

—De acuerdo. Intentaré ver qué consigo.

Cuando Rajat se proponía algo, no perdía el tiempo. En un par de días encontró al señor Sen, le explicó mi situación, lo contrató y le entregó la fotografía. Por eso estamos aquí hoy, sentados uno al lado del otro, observando al señor Sen, que desliza la foto por encima de su escritorio de caoba lustrada y nos da su negativa moviendo la cabeza.

—Lo siento. Esa foto no ayuda mucho. La otra mujer supongo que era una amiga de su madre, su cara está demasiado borrosa. Y hay muy poca información sobre su

padre. Necesito, como mínimo, un apellido. He buscado en internet, incluso he hecho llamadas al exterior, pero ese nombre de pila es muy común. Ni siquiera sabemos si era estudiante en la universidad, y eso amplía el campo de investigación. He buscado actas de matrimonio a nombre de Anu Roy en vano. Es probable que se hubieran marchado a otro estado, o a otro país, tal vez a Canadá. Ciertas organizaciones religiosas privadas no cuelgan sus actas en la web. Son demasiadas posibilidades. Mi consejo es que se olvide del asunto. No malgaste más dinero, no pierda más tiempo. Por otra parte, en casos tan viejos como este, es muy posible que el hombre haya rehecho su vida y haya vuelto a casarse. Aun si usted lo encuentra, podría no resultarle grato. Es más, hasta podría negarse a recibirla.

Se me cae el alma a los pies. Pienso en hablarle de la nota de mi madre y de su espectral aparición, pero sé que no prueban gran cosa. Además, son secretos demasiado íntimos. Aún no estoy preparada para compartirlos, ni siquiera con Rajat.

Rajat asiente con la cabeza. El alivio le devuelve el color al semblante.

—¡Es exactamente lo que yo pienso! Cara, debes escuchar al señor Sen. Tiene años de experiencia en esta clase de asuntos.

Sé que Rajat tiene razón. Es imposible, por lo visto, encontrar a mi padre, pero no puedo renunciar. La testarudez se alza dentro de mí como un muro.

—¡No me importa cuán difícil pueda ser! Debo hacer todo lo posible por encontrarlo. ¡Cielo santo, es mi padre!

—En ese caso —dice Sen, compungido—, le recomendaría que lo haga con un detective que resida en Estados Unidos. Podría tener acceso a las actas antiguas que no estén colgadas en internet. Podría enviar a alguien a Berkeley a que hable con las personas que conocieron a su madre, que puedan recordar...

—¿Conoce a alguien de esas características? —lo interrumpo.

—De hecho, sí. Pero le costará bastante; tendrá que pagarle en dólares.

Me siento descorazonada. Sé que mi abuela ha estado preocupada por nuestra situación financiera, pero digo:

—¡No me importa!

Rajat me mira, pero no hace comentarios.

Sen busca en una caja grande, donde tiene fichas ordenadas alfabéticamente, y escribe los datos.

—Se llama Desai. Vive en Nueva York, no en California, como le habría convenido a usted.

Quizás es una señal. Le explico a Sen lo que me contó mi abuela acerca de los planes de mis padres de trasladarse a la costa Este. Sen no parece muy convencido, pero me informa que el señor Desai es bueno en su especialidad. Si bien no acepta clientes nuevos, Sen le pedirá que me ayude.

Apenas nos hemos sentado en el coche, Rajat me espeta:

—¡Ya lo has oído! Hasta el señor Sen te ha aconsejado que abandones. Tienes que terminar con esta obsesión.



Algo de la oscura rebelión que estoy sintiendo se refleja en mi cara, porque toma mi mano entre las suyas y añade con más calma:

—Cara, al menos aguarda a que estemos casados.

Trato de explicarle una vez más cómo me siento.

—Necesito entender el matrimonio de mis padres antes de entrar en el mío. Es preciso que me comunique con ese Desai, a ver si puede averiguar algo. Incluso... — la idea me sobreviene como un relámpago, una fría emoción me recorre la espalda, la comprensión de que esto es lo que quiso mi madre desde el principio— incluso estoy dispuesta a viajar a América.

No atiende a esto último que digo, como quien no hace caso de los desvaríos de un delirante.

—¿Quién sabe lo que descubrirás si sigues hurgando? Seguro que hubo una razón para que tu abuelo insistiera tanto en mantenerte alejada de tu padre. Cara, mis padres no pueden hacer frente a un escándalo justo antes de la boda...

Tengo el impulso de decirle: «No habrá escándalo alguno. ¡Mi madre eligió a un hombre bueno! ¡Ella lo amaba!», pero sus palabras me hacen recordar algo.

—¿Qué dijeron tus padres cuando se enteraron de la existencia de mi padre? Me sorprende que mamá no haya llamado. ¿Están muy afectados?

Rajat permanece callado; por fin, dice:

—No les he hablado de esto.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Están atravesando un momento difícil. Han perdido mucho dinero y están negociando un acuerdo importante que podría ayudarles a recuperarse. No quiero complicarles la vida justo ahora. ¿Y por qué tendrían que saberlo? Tú me lo has contado; yo soy tu futuro marido. No incumbe a nadie más.

Lo miro enfadada. No puedo creerlo.

—¿Pretendes que pase el resto de mi vida con mis suegros fingiendo que mi padre está muerto? ¿Que era indio? ¿Por qué? ¿Te avergüenzas de quién soy?

—Korobi, no pongas en mi boca palabras que no he dicho. Nunca dije eso. Pero ya sabes cuánto aprecian ellos a tu familia. Mamá ha hablado de ello con todas sus amigas. ¡No vayas a quitarles justamente eso!

Entiendo su argumento, pero no estoy de acuerdo.

—Cada vez que los mire a la cara, pensaré que me quieren solo porque los engañé. ¡No, Rajat! Ya he experimentado el daño que pueden hacer los secretos. Me niego a comenzar mi vida de casada con una espada suspendida sobre mi cabeza. Iré mañana a ver a tu madre y se lo diré yo misma.

—¡Por favor, no lo hagas! Tú te quitarás un peso de encima, pero a costa de la tranquilidad de ella.

Siento la ira que crece en mi interior, pero no deseo pelearme ahora. Necesito ahorrar mi energía para la búsqueda. Afortunadamente, ya hemos llegado a casa. Me apeo antes de decir algo que luego lamentaré.

A mis espaldas, Rajat dice:

—Haces demasiado hincapié en eso de ser honesta y abierta. ¿Crees que existe alguien en el mundo que no tenga un secreto?

No contesto. No me fío de mí. Sin embargo, mientras me dirijo a la puerta y la gravilla de la entrada cruje bajo mis zapatos, me pregunto qué secretos esconde mi prometido.

La Galería de Arte Barua & Bose está situada entre un restaurante famoso y un concesionario de automóviles importados, en uno de los edificios de mayor categoría de Calcuta. Antes de entrar, me detengo ante sus puertas de madera y cristal, enormes y deslumbrantes, a la vez impresionada e inquieta. Si bien mamá me ha invitado varias veces, esta es mi primera visita. Estaría muy emocionada si no fuera que estoy tan nerviosa. Rajat me ha hablado mucho de la galería. Me ha contado que mamá compró un local comercial en ruinas y lo remodeló ella sola, que ha impulsado la carrera de numerosos artistas, que hoy son los más importantes del país, y que en la lista de invitados a las inauguraciones figuran los nombres más prestigiosos de Calcuta. A veces me imagino trabajando con ella aquí cuando Rajat y yo estemos casados. En mis fantasías, mamá, que es lo más cercano a una madre que he tenido, me abraza y me dice que está orgullosa de mí.

El interior de la galería es elegante y sobrio, de paredes blancas y suelo de granito oscuro que dan vida a los cuadros. Me cuesta apartar los ojos de las pinturas:untuosas mujeres con rostros de animales, geometrías de los colores del arcoíris. Es un aspecto de mamá que no conocía, ecléctico e innovador. Una razón más para admirarla.

Una chica joven, sensual, vestida con un elegante sari, observa con recelo mi *salwar kameez* de algodón y se acerca a preguntar en qué puede ayudarme. Cuando le digo quién soy, abre los ojos con incredulidad. A continuación, me guía por un pasillo adornado con cuadros que parecen joyas, hasta un amplio despacho cuyas ventanas dan a un jardín interior, un lujo en pleno centro de la ciudad. El escritorio de mamá mira a un *krishnachura* cubierto de flores de un naranja encendido. Ataviada con un sari de magnífica seda estampada, que me hace sentir doblemente anticuada, está hablando por teléfono, elegante y seria, y anota algo mientras da instrucciones a una mujer con el pelo recogido en un riguroso moño. Me siento culpable por molestarla a esta hora.

Es evidente que se trata de un asunto urgente, pero, en cuanto me ve, pone fin a la conversación y me indica que me acerque.

—¿Cómo estás, querida? —me pregunta con una amable sonrisa mientras me acomoda un rizo que se me ha soltado. Si el carácter intempestivo de mi visita la sorprende, no lo demuestra—. Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi. Me alegro de que hayas decidido venir justamente hoy. Vamos a inaugurar una nueva exposición de paisajes urbanos.

Detesto interrumpir su entusiasmo, pero debo hacerlo.

—Mamá, tengo algo que decirte.

Me mira a los ojos.

—Shikha, déjanos solas, por favor —le dice a la otra mujer.

Ahora sé quién es la mujer del moño tan formal. La noche del compromiso nos

ayudó a abandonar el hotel a toda prisa y ordenó al chófer de los Bose que nos llevara al hospital.

—¿Y el almuerzo, señora? —pregunta, algo nerviosa—. No ha comido desde esta mañana y tiene reuniones toda la tarde. Permítame al menos que le traiga algo...

—No te preocupes, Shikha, estaré bien.

Shikha me mira disgustada y cierra la puerta sin hacer ruido.

De pronto, al encontrarme sola con mamá, me digo que tendría que haberle pedido a Rajat que me acompañara. ¿Y si se enfada cuando oiga lo que le tengo que contar? ¿Y si piensa que le han entregado una mercancía defectuosa? No se me había ocurrido que pudiera importarme tanto la aprobación de esta mujer, a la que ya considero mi nueva madre.

Dejo que las palabras salgan a borbotones de mi boca, y, cuando termino, ella duda un instante, pero enseguida me estrecha en sus brazos.

—¡Qué golpe, cariño! Debes de estar desolada.

Su compasión hace que se me llenen los ojos de lágrimas. La abrazo con fuerza. Huele a granadas. Es una suerte tener una suegra tan comprensiva. Me alegro de no haberme dejado convencer por Rajat cuando me aconsejó que le mintiera.

—¿Alguien más lo sabe?

Su pregunta me sorprende un poco, pero contesto:

—Solo mi abuela y Rajat.

Mamá deja escapar un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! Pues tendremos que mantenerlo en secreto.

La inquietud debe de haberse reflejado en mi rostro, porque añade:

—Por favor, no te inquietes. Esta noticia acerca de tu padre no altera nada entre nosotras. No voy a pretender que me alegro, pero no es culpa tuya. Habrá que adelantar la boda, quizás al mes que viene. No podemos arriesgarnos a que todo esto trascienda.

Me siento como si hubiera caído a un río que corre hacia una catarata. Mi asombro es tan grande que las preguntas se me atascan en la boca.

—Mamá, todavía no me puedo casar —logro decir por fin—. Primero debo encontrar a mi padre. Creo que puedo conseguirlo. He localizado a un detective en América y empezará a trabajar en el asunto en cuanto le envíe el primer pago. Será caro, pero me ha dicho que si viajo a América y me ocupo del trabajo de campo, siguiendo las pistas que él me indique, costará mucho menos. Así que estoy pensando en...

Coge mis manos entre las suyas.

—Comprendo lo perturbada que estás, cariño. En circunstancias normales, no te habría disuadido de hacer el viaje. Pero estamos en una situación difícil. ¿Sabes?, el señor Bhattacharya (lo conociste en la fiesta de compromiso) quiere tomar parte en la ceremonia de la boda. Está muy impresionado por tu linaje. Sospecho que a sus votantes también les parecerá muy bien que él preste su apoyo a la tradición hindú

sanatana y todas esas cosas. Me preguntó si podía hacerse algunas fotos en tu templo antes de la ceremonia, para usarlas como publicidad. Si se entera de que hay mezcla en tu linaje, que no eres hindú pura, tendría un gran disgusto. Y probablemente se desvincularía del asunto.

Siento algo áspero en mi garganta, algo que me impide tragar. Trato de controlar la voz, pero me tiembla y suena beligerante.

—¿Por qué? ¡No es un crimen tener un padre americano! ¿Tanta importancia tiene que el señor Bhattacharya tome parte en nuestra boda? Sé que es un buen amigo tuyo, pero, perdóname, mamá, esto no es prioritario para mí.

—Korobi, temo decirte que no es solo un amigo. Escucha, mi tesoro, esto que voy a decirte no es de conocimiento público, pero en este preciso momento estamos negociando con él para que sea el inversor principal en nuestra empresa. Existe la posibilidad de que, con una noticia como esta, se eche atrás. Los miembros de su partido son muy conservadores. No miran con buenos ojos las alianzas entre castas, de modo que ya puedes imaginarte lo que pensarían de alguien que se casa fuera de la fe hindú. Pronto habrá elecciones y él no puede permitirse perder su apoyo. Y nosotros tampoco podemos permitirnos perder el apoyo del señor Bhattacharya.

Trato de encontrar un sentido a todo esto, pero mi confusión debe de ser muy visible, pues mamá suelta un profundo suspiro y dice:

—En circunstancias normales no me importaría lo que pueda pensar Bhattacharya o cualquier otra persona; pero... —Titubea un instante—. Bueno, a ti te lo puedo decir, al fin y al cabo ya eres parte de la familia. Barua & Bose atraviesa una situación financiera muy delicada. Inmediatamente después del Once de Septiembre, nuestra galería de Nueva York fue asaltada y saqueada y muchos cuadros valiosos fueron destrozados.

La miro perpleja.

—¡Cuánto lo siento! —logro decir—. No tenía la menor idea.

—Hemos procurado mantenerlo en secreto. Si el público llegara a enterarse, nuestras ventas se verían afectadas. La gente no quiere tener nada que ver con víctimas de la mala suerte, nos considerarían unos apestados. En cualquier caso, obtuvimos algunos préstamos, mucho dinero, a fin de reabrir la galería. El mercado iba viento en popa en aquel momento y en Occidente había mucho interés en el arte de la India. En Sotheby's se subastaron cuadros a precios récord. Pero ahora perdemos dinero cada día. Estamos luchando con la compañía de seguros para recuperar una parte del valor de los cuadros. De hecho, era con el señor Mitra, nuestro gerente de Nueva York, con quien hablaba por teléfono hace un momento. Me estaba poniendo al corriente de las últimas novedades. Las cosas no se presentan bien. La compañía de seguros argumenta que el hecho se produjo durante una situación crítica que no está contemplada en nuestra póliza. Mientras tanto, las ventas han bajado a cero. La diferencia que significará la inversión del señor Bhattacharya en nuestro negocio será como la que existe entre la vida y la muerte. Por eso, cariño,

necesito que me ayudes.

Estoy atrapada. Es la primera vez que mamá me pide algo. Su situación es precaria, lo comprendo. Mi primer impulso es abrazarla y decirle que haré lo que me pide. Pero me acuerdo de mi madre, de mi verdadera madre, sueño o visión, y de su súplica muda cuando señaló, a través del océano, hacia mi padre.

Mamá se ha puesto a andar de un lado a otro por el despacho, contando con los dedos.

—Esto es lo que haremos. Celebraremos la boda lo antes posible, una discreta ceremonia en el templo de tu familia. Diremos que estamos cumpliendo con el último deseo de tu abuelo, pero que, a causa de su fallecimiento, nos vemos obligados a hacer algo sencillo. Bhattacharya estará encantado; está fascinado con vuestro templo. Si por algún motivo trascendiera la noticia sobre tu padre, tu abuela dirá que ella era la única que conocía el secreto. Como había prestado juramento ante la diosa, no podía divulgarlo. Ni el más devoto de los hindúes se atrevería a criticarla.

Me conmueve que mamá me haga confidencias. Y me halaga, tengo que admitirlo. No es una persona que se abra a los demás, su distinción se lo impide. Pero igualmente estoy preocupada. Una mujer como ella rara vez pide ayuda. Sospecho que es de las que se ofenden cuando alguien no accede a una petición suya. Deseo ayudar a mi futura familia, a estas personas maravillosas que son como padres para mí. Pero abandonar a mi verdadero padre sería como traicionar otra vez a mi madre, tan tremendamente perjudicada. Me siento confusa. Mamá me sonrío. Una parte de mí desea abrazarla, apoyarse en su fuerza y dejar que ella tome las decisiones. Entonces todo sería muy sencillo. Los Bose cuidan mucho a los suyos; ella me protegería, y también a mi abuela. Rajat estaría feliz con el adelanto de la boda. Recuerdo la firmeza de su mano contra mi espalda mientras bailábamos. Y es un recuerdo tan dulce que estoy a punto de aceptar.

Sin embargo, no puedo. Sería una cobardía que, por seguridad, renunciara a esta oportunidad de conocer al hombre que mi madre amó tan profundamente a pesar de que eso le partió el corazón en dos. Sería una traición a mí misma vivir fingiendo que soy lo que no soy.

Mamá sonrío, como anticipando mi decisión. Respiro hondo. Espero que no me odie por lo que voy a decirle.

—Lo siento, mamá. No puedo abandonar la búsqueda. Se lo debo a mi madre muerta. Si el señor Desai encuentra una pista, me marcharé a América. Pero tampoco deseo ponerte en un aprieto. Comprendo que mis orígenes puedan ocasionarte un problema serio. —Trago saliva y carraspeo; es muy duro tener que decir esto—. Si es tan importante para tu empresa, estoy dispuesta a liberar a Rajat del compromiso.

Mamá palidece.

—¿Qué dices? ¿No quieres casarte con Rajat?

—¡Claro que sí, mamá! Pero en este momento soy un estorbo para ti. De esta manera podrás decirle al señor Bhattacharya que has roto el compromiso porque has

descubierto que mi padre no es hindú. Eso lo complacerá mucho y querrá invertir en tu negocio. Una vez concretada la operación, dejaremos pasar un tiempo prudencial y Rajat y yo volveremos a...

Pero mamá no me está escuchando. Su mirada se ha vuelto fría, impenetrable.

—Rajat daría la vida por ti, ¿y tú estás dispuesta a menospreciar su amor de esta manera?

—¡No estoy menospreciando su amor! —exclamo, tratando de contener las lágrimas. Oh, ¿por qué no me comprende?—. ¿No lo ves? ¡Lo hago por él y por ti!

Por la ira contenida se le ensanchan las ventanas de la nariz. Y, como si yo no hubiera hablado, sentencia:

—Es mejor que hables de esta cuestión directamente con Rajat.

Pulsa el interfono que hay encima de su escritorio para anunciar que la visita ha terminado.

En silencio, gélida como un témpano, Shikha me acompaña a la puerta. Todo lo que he querido decir ha sido malinterpretado.

Son apenas las cuatro de la tarde, pero la señora Bose se ha marchado de la galería. Está sentada en un antiguo banco de mármol, justo enfrente de la tumba de Rose Aylmer, en el cementerio Park Circus. Intenta serenarse mientras espera a Rajat.

No podía concentrarse tras la visita de Korobi. Se forzó en atender a la persona que llegó después, un potencial comprador para un restaurante de lujo, pero estaba demasiado distraída y fue incapaz de argumentar con eficacia. Mortificada, se vio obligada a pretextar una indisposición y lo derivó a Shikha. Canceló el resto de sus compromisos —algo que jamás hacía— y llamó a Rajat para decirle que tenían que hablar.

—¿Ahora mismo? Madre, tengo mucho trabajo. Las facturas se han acumulado en las dos últimas semanas y...

—Es urgente. Nos vemos en el cementerio, donde tendremos privacidad —dijo, y colgó.

—Es esa chica la que le está causando problemas, ¿verdad? —le preguntó Shikha, frunciendo el ceño.

La señora Bose no le contestó. No tenía por qué hacerlo. Shikha siempre lo sabía todo.

Ha escogido el cementerio porque está situado a medio camino entre la galería y el depósito, y porque las historias de muertes prematuras grabadas en las lápidas ruinosas suelen ayudarla a relativizar sus problemas. Pero hoy no la ayudan, aun cuando ese banco, a la sombra de las palmeras y cerca del sendero flanqueado por mausoleos musgosos, es un lugar tranquilo y fresco. ¡Imposible seguir sentada! ¿Qué diablos sucede con Rajat? ¿Por qué tarda tanto? Se pone de pie y anda de un lado para otro asustando las palomas, que levantan el vuelo. Para cuando aparece su hijo,

disculpándose por la demora, que atribuye a los atascos, ella ya ha perdido la paciencia. Le lanza una diatriba, aunque sabe que no es justa.

—¿Por qué no me contaste lo del padre de Korobi? No era ella quien debía hacerlo.

Rajat suspira.

—Confiaba en que no te lo diría. No quería preocuparte con una cosa más, con todos los problemas que ahora tienes.

Ella lo perdona de inmediato, a pesar de que es él el responsable de algunos de esos problemas. Siempre ha sido así con su primogénito, criado en esa época muy dura, cuando ella apenas si tenía tiempo para dedicarle. Su abuela lo acostaba antes de que la señora Bose regresara a casa, pero, por muy despacio que ella entrara, él la oía y saltaba de la cama para frotar la carita contra su cuello y la impregnaba de su olor, una mezcla de leche, tierra y sudor. La reminiscencia de aquel beso, un bálsamo para su angustiado corazón de madre, le permitía seguir trabajando durante todo el día siguiente.

«Se ve cansado —piensa con remordimiento—. Últimamente trabaja demasiado.» Además de ocuparse de la desastrosa situación financiera, se ha ofrecido a hacerse cargo del funcionamiento del depósito mientras el señor Bose se encuentra de viaje. De un tiempo a esta parte, han ocurrido allí varios incidentes; no tienen demasiada importancia, es cierto, como las picaduras de hormigas, pero con el tiempo van haciendo mella en uno. Además, debe de sentirse culpable por las pérdidas en la galería de Nueva York. Fue él quien los había instado a abrirla. Y Korobi... ha sido una carga para él desde que murió su abuelo. La señora Bose ha tratado de comprender la tristeza de Korobi, de ser paciente durante las tres semanas en las que Rajat solo ha cenado en casa una noche. Pero hoy, en la galería, la muchacha la ha sacado de quicio.

«Tranquila, Joyu», le diría Shanto si estuviera aquí en vez de Bardhaman, verificando un pedido de tejidos atrasado. «Espera y verás, lo resolverán entre ellos dos.» La señora Bose se lo imagina. Podría decir: «Está bien, hijo. Nos arreglaremos.» Entonces madre e hijo pasearían juntos por los senderos cubiertos de hierba, leyendo en voz alta sus inscripciones funerarias favoritas, el poema que Walter Savage Landor escribió a su Rose prematuramente desaparecida. Comprarían helados de colores brillantes al heladero que está apostado junto a la verja, como cuando él era pequeño. Recordarían esa tarde solo por la forma en que las nubes se solapan como chales grises por encima de los pipales, y por aquel par de *shalijs* que les echaron la bronca desde lo alto de la tumba del hindú Stuart.

Pero una parte de ella no permitirá que ocurra, gracias a esa garra de bulldog que la ha llevado todos estos años a triunfar cuando todos esperaban que fracasara. Exaltada, describe con lujo de detalle la reunión de esa tarde: cómo ella, dejando de lado la conmoción que le había causado la noticia de Korobi, le había manifestado su comprensión; cómo le había confiado las dificultades por las que atravesaban en este



momento; cómo, a despecho de su orgullo, le había pedido ayuda. La chica, mirándola fijamente con sus grandes ojos, había dicho que prefería romper el compromiso a no ir a América.

—¿Eso dijo?

—Así es. Como si tú le importaras menos que ese extraño, quien muy bien podría no desear conocerla.

Rajat ha palidecido y la aflicción forma unas finas arrugas en las comisuras de sus labios. Se lo está tomando peor de lo que ella esperaba.

—Tal vez sea mejor —dice a modo de consuelo—. Os habéis conocido hace apenas unos meses. La ruptura te dolerá ahora, pero sanará pronto, y luego ambos seréis libres para...

—¡Pero yo no deseo ser libre sin ella! Ella es lo más preciado que tengo en la vida. ¿Y dices que no le importa? ¿Mi amor no le importa? —Al decir esto, se le quiebra la voz.

A su madre se le encoge el corazón. No soporta ver sufrir a su hijo, ni siquiera por el bien de Barua & Bose.

—A lo mejor no quiso decir eso. —Y le pasa un brazo por el hombro—. Ambas estábamos crispadas. Háblalo con ella mañana. Ven conmigo a casa. Pia debe de estar de vuelta del colegio. Pediremos una pizza y nos sentaremos a la mesa a conversar. Olvida tus problemas por un rato...

Rajat no acepta. Debe regresar a la oficina, dice con aspereza. Ha dejado pendientes varios asuntos urgentes. Pero, al menos, parece más tranquilo.

Caminan en silencio hacia la entrada y pasan por delante de los *gulmohur* de flores anaranjadas, que, irónicamente, están llenos de vida.

—Coge el coche si vas a volver tarde —dice la señora Bose—. Yo iré en taxi.

Desde el taxi telefona a Shikha para comunicarle que se vuelve a casa.

—No creo que esté en condiciones de trabajar hoy. ¿Puedes ocuparte tú?

—Muy bien, señora. Me encargaré de todo. Usted descanse. Convendría que se diera un baño de inmersión con las sales Yardley que el señor le regaló el día de San Valentín.

—Afortunadamente, cuento contigo, Shikha —dice con gratitud su patrona.

—No es nada, señora.

Pero, cuando la señora Bose está a punto de colgar, Shikha añade:

—La señorita Korobi nunca fue una persona adecuada para nuestra familia.

Sorprendida, la señora Bose se endereza en el asiento. Vaya, si es precisamente el pensamiento que ha estado dando vueltas por la zona oscura de su mente y que ella no ha querido admitir.

—Ya está bien, Shikha —dice, pero sin brusquedad.

—Perdón, señora. Es solo que me aflige verla tan mal.

La señora Bose, si bien se siente conmovida, no responde. No es apropiado discutir los problemas de la familia con los criados, por muy leales que sean. Pero las

palabras de Shikha le han suscitado una nueva reflexión. Por más que ella hubiera empezado a tomarle cariño a Korobi, haciéndola partícipe de las confidencias de la familia, es evidente que la muchacha no es tan digna de su confianza como ella había creído. Después de todo, tal vez no sea tan mala idea dejar que Korobi se marche a América. Si encuentra a su padre y decide quedarse a vivir allá, a la larga quizá sea lo mejor.

Despierto sobresaltada por un gran alboroto en plena noche. De mala gana emerjo de las capas viscosas del sueño, aún agotada por lo ocurrido durante el día, por la discusión que tuve con mi abuela a mi regreso de la galería.

—¿Qué le has dicho? ¿Que quieres romper tu compromiso y marcharte a América? ¿Estás loca? ¿No entiendes la suerte que tienes de que la señora Bose esté dispuesta a llevar a cabo el matrimonio aun después de saber lo de tu padre? Tendrías que haber aceptado su propuesta de adelantar la fecha de la boda.

Debí haberme mordido la lengua. La abuela estaba muy alterada. Y yo, asustada, le grité:

—¡Estoy harta de que la gente me trate como si me tuvieran lástima, que se comporten como si me hicieran un gran favor con esta boda! De todos modos, no estoy lista todavía.

—¿Que no estás lista? —La abuela se quedó boquiabierta, no sé si de la sorpresa o la indignación, y añadió—: ¡Hablas como si te hubiéramos obligado a comprometerte! Te recuerdo el día que llegaste a casa, resplandeciente, y nos suplicaste permiso para casarte con Rajat. ¿No nos dijiste acaso que estabas más segura de tu amor por él que de cualquier otra cosa en tu vida?

Traté de recordar lo que había sentido aquel día, pero la escena que vino a mi memoria era de un sepia borroso, lavado de emoción. Me dio pena la muchacha inocente que yo era entonces.

—Lamento causarte tanto dolor. Ya no estoy segura de nada. Salvo de que mi madre quiere que encuentre a mi padre. Ese era el significado de mi sueño, abuela, estoy segura.

Rajat no vino a cenar. Lo esperamos hasta que el curry se enfrió y los *ruti* quedaron resacos, y tampoco llamó.

El escándalo se oye ahora con más fuerza; alguien está gritando, implorando. La voz procede de la puerta principal. No quiero que la abuela se despierte; le ha costado mucho volver a dormirse. Me echo un chal encima del camisón.

Reconozco las voces de Bahadur y de Asif.

—Por favor, Rajat-saab, es muy tarde. Despertará a Ma.

—Saab, permítame llevarlo a casa. Puede hablar con Korobi-memsaab mañana.

—No. ¡Ahora! ¡Voy a hablar con ella ahora mismo! ¿Cómo se atreve a decir que quiere romper nuestro compromiso? ¡Y que yo no le importo!

La voz de Rajat es fuerte, no pronuncia bien las palabras. Golpea la puerta con ambos puños. Jamás lo he visto tan borracho. Horrorizada, bajo las escaleras a toda prisa. ¡Oh, Rajat! ¿Qué he hecho?

Cocinera, temblando de miedo al pie de la escalera, intenta retenerme, pero la aparto y quito el cerrojo de la puerta. Me laten las sienes, pero debo hablar con Rajat. Se lo debo. Me sobrecoge ver su rostro cubierto de manchas rojas y la mirada perdida. Tiene la ropa arrugada. Hago un esfuerzo y trato de cogerlo por el brazo levantado. Finjo una confianza que no siento y digo a Bahadur y Asif, que están desesperados, que yo me hago cargo de todo. Lo hago pasar y cierro la puerta. Rajat me sigue dócilmente. Pero cuando, aliviada, dejo escapar un suspiro, me coge por los hombros, me hinca las uñas en la carne y yo pego un grito, más por el susto que por lo que me ha dolido.

—¡Basta! ¡Me haces daño!

No me suelta.

—No más de lo que tú me has hecho daño a mí. ¿Por qué quieres romper nuestro compromiso? ¿Ya no me quieres? Yo confiaba en ti. Pensé que eras diferente de... de las otras.

Trato de soltarme, pero es más fuerte que yo.

—¿Qué pasa? ¿Has conocido a alguien? ¿Es eso?

A cada pregunta me zarandea de tal manera que mi cabeza se bambolea. A un lado, no sé dónde, oigo los gemidos aterrados de Cocinera. No conozco a este hombre, ¡no lo conozco! La desesperación, como una ola de lava roja, se levanta en mí.

«¡Socorro!», grito mentalmente. No sé a quién estoy llamando. Creo que a mi madre. Con ese pensamiento, el curso del tiempo se detiene. Ella tuvo que ser muy valiente para plantarle cara a Bimal Roy, un hombre temido por medio Calcuta. No se dejó intimidar por él, que quiso obligarla a renunciar al hombre que amaba. Pese a que le costó la vida. Yo soy su hija. Puedo controlar esto.

Dejo de forcejear.

—No puedo hablar contigo si no te tranquilizas —digo, haciendo un esfuerzo para hablar con claridad.

Mi voz debe de sonar diferente, porque Rajat me suelta y se desploma en el sofá. Le pido a Cocinera que traiga una toalla mojada y algo de comida. Le paso la toalla por la cara. Mis manos tiemblan aún.

—Come —le digo como si fuera un niño, y como un niño abre la boca obedientemente.

Me embarga la ternura mientras le doy en la boca las galletas Parle-G que ha traído Cocinera. Cuando hunde su rostro en la toalla, le froto la espalda. Puedo sentir los desplazamientos de las placas tectónicas de nuestra relación, unas después de otras.

—No hay nadie más —digo cuando Rajat levanta la cara—. Solo tú.

—Entonces, ¿por qué quieres librarte de mí?

—¡No quiero! Pero tampoco quiero acarrear un desastre financiero a tu familia. No quiero ser el motivo por el cual el señor Bhattacharya desista de invertir en Barua & Bose. Tu madre me dijo que su ayuda era esencial para ella en este momento.

Rajat me estrecha entre sus brazos.

—Bhattacharya puede irse al infierno. Pero no es solo mi madre, tampoco yo deseo que te marches. Te quiero, Korobi. ¡No me abandones, no te vayas a América!

Quiero decir «de acuerdo». Quiero decirlo tanto que me cuesta respirar. Pero no puedo. Si lo digo, nunca me sentiré plena, ni entre sus brazos ni en otra parte. Son demasiadas las preguntas sin respuesta como para desperdiciar esta oportunidad.

—Si puedo colaborar en la investigación desde aquí, ciertamente no me marcharé. Pero si Desai dice que debo estar en América, tendré que irme.

—Cara, me da miedo estar sin ti —dice con voz apenas audible.

—Volveré tan pronto como pueda. Te lo prometo.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo por cambiar mi vida —susurra contra mi cuello—, pero no soy muy hábil a la hora de controlar la tentación. ¿Y si vuelvo a las andadas? ¿Y si cometo una estupidez?

Una imagen cruza como un relámpago por mi mente: Sonia con su vestido plateado, en la fiesta de nuestro compromiso, su intensa mirada observándonos, más hermosa, más deslumbrante de lo que yo nunca seré. Tengo la boca seca. ¿Es ella la tentación en que Rajat está pensando?

—Confío en ti. —Lo miro a los ojos, quiero que sepa que lo digo en serio—. Solo te pido un poco de paciencia.

Nuestro beso es largo, apasionado, teñido de desesperación. Cuando se aparta, su voz es la de alguien sereno.

—Está bien, puedo pasar un mes sin ti. Si nos valemos de influencias, en tres semanas tendrás tus documentos de viaje. Eso dará a Desai tiempo para realizar el trabajo preliminar. Y después, en América, puedes dedicarte tú a investigar durante un mes más. Tienes que prometerme que, si no encuentras a tu padre en ese tiempo, regresarás. De esta forma, podremos casarnos en la fecha que fijó tu abuelo.

Me asaltan dudas. Un mes parece muy poco tiempo para encontrar a un padre desaparecido durante dieciocho años. Pero Rajat ha cedido, y yo también debo hacerlo.

—Muy bien.

En cierto sentido, es un alivio saber que, de una u otra forma, todo esto habrá terminado dentro de dos meses.

Asif Alí conduce el Mercedes por Nazrul Islam Road llevando a la familia al aeropuerto. Esta noche el coche va cargado hasta los topes: Rajat-saab sentado delante y la señorita Pia atrás, entre sus padres. Normalmente, cuando viajan todos

juntos, se oyen risas, pues no paran de contar chistes y burlarse unos de otros. Pero hoy reina el silencio. Y es porque se dirigen al aeropuerto a despedir a Korobimemsaab. Parte a América y ninguno de ellos está seguro de lo que sucederá después.

Aunque la familia procura no hablar de estas cosas delante de Asif, él sabe más de lo que ellos suponen. De hecho, es posible que sepa algunas cosas que ellos ignoran. Pushpa, la sirvienta de Madam, le ha contado, comiendo *samosas* y *chutney* en una *chai house*, que la situación financiera de los Bose está cada vez peor. Su única esperanza es ese político gordo, vestido con un *khadi*, que viene por las noches, tarde, a hablar sobre un posible acuerdo. Memsaab es muy cortés con él y le ofrece whisky importado, el que reservan para los invitados especiales. Saab y él han estado horas y horas revisando un montón de cuentas, pero todavía no ha mordido el anzuelo.

Y sí, las llamadas de Sonia no han cesado.

Asif se ha enterado por Bahadur de que la niña Korobi se marcha a Nueva York en busca de alguien, un tío rico, desaparecido hace mucho tiempo, que, supone Bahadur, puede ayudar a los Roy a solucionar sus problemas. Sarojini-ma debe de estar angustiada. Esta última semana no ha salido de casa ni siquiera para cortar las ramitas de adelfas para el templo. No se le puede culpar por estar inquieta, con todas esas bombas terroristas que estallan últimamente en América.

La noche de la borrachera, en el coche, mientras se dirigían a la mansión de los Roy, también a Rajat se le escaparon algunas cosas. Se había puesto a dar puñetazos al respaldo del asiento de delante, despotricando contra Korobimemsaab, diciendo que ella quería romper el compromiso. Después de diez años de vivir en la ciudad, ya nada sorprendía demasiado a Asif. Pero esto sí lo había sorprendido. Korobimemsaab no daba la impresión de ser una veleidosa. En la mansión, le había admirado la forma como ella había abierto la puerta, sola, sin miedo, y había tomado a Rajat de la mano. Debió de tratarse de un malentendido, pues cuando dos horas más tarde Rajat se marchó, estaba más tranquilo y, ¡bendito sea Alá!, sobrio. No era que Asif fuera uno de esos fundamentalistas que creen que el alcohol es la puerta de entrada al Yahannam. No obstante, cuando Asif vio a Rajat tan fuera de sí, volvió a considerar seriamente la propuesta que el hombre del jeque Rehman había vuelto a hacerle poco tiempo atrás.

«Un joven musulmán como tú, un hombre serio, con la reputación que tienes de ser discreto y leal, puede llegar mucho más lejos estando con su propia gente. La oferta que el jeque te hace ahora es mejor que la de la vez pasada. Pero puede que no vuelva a hacerte otra. No le agrada ser desairado.»

El mal humor de Memsaab, agudizado en este último mes, también ha contribuido a que Asif vuelva a considerar en cambiar de patrones. Sigue pensando en aquella tarde, cuando él la llevó en el coche al cementerio de Park Circus. Un camión cargado con muebles giró de repente hacia el carril por donde ellos circulaban pasando a escasos centímetros del coche. Asif tuvo que dar un volantazo y frenar de

golpe, esquivando de milagro a un ciclista.

Memsaab se había ido hacia delante, golpeándose la cabeza contra la ventanilla. No muy fuerte, pero no cesó de reprocharle su imprudencia durante todo el trayecto, a pesar de que él no había tenido la culpa.

—¡Espero que no conduzcas así cuando lleves a Pia en el coche! —remachó.

Ese comentario injusto lo había mosqueado. Como si él hubiera hecho alguna vez algo para poner en peligro a la señorita Pia. Si precisamente era por la niña que le costaba tanto dejar su empleo. Ella se lo contó todo y confió en él, pues sabía que guardaría el secreto.

—A.A., creo que Korobi-didi está por romper con Dada. ¿Cuál será la razón? Los dos son personas maravillosas. Yo estaba segura de que ella lo quería. Dada está muy triste estos días. Solía ser una persona muy amable, pero ahora reacciona de mala manera cada vez que le pregunto algo. Por supuesto, no me dice por qué. Todos piensan que soy demasiado pequeña para entender lo que sucede.

»¿El amor es esto, A.A.? Las personas se enamoran locamente y después, cuando se acaba, se sienten terriblemente mal. No sé si me gustaría que me pasase a mí.

»Mamá y papá estaban hablando de vender bonos. Cuando entré en la habitación, taparon los papeles y me preguntaron cómo me había ido en el colegio. ¡Como si yo fuera estúpida!

»Todos los de mi clase irán a Darjeeling en las vacaciones de verano, una semana. Verán el amanecer desde la Colina del Tigre, montarán a caballo y visitarán una plantación de té. Será divertidísimo. Pero todavía no se lo he dicho a mamá. Sé que no tenemos dinero para eso.

»Ayer estaba jugando al baloncesto en el patio del colegio y vi a Sonia en la calle. Ella me miraba desde la acera de enfrente. Reconocí su coche plateado. Dime, A.A., ¿por qué estaría ella allí? Yo no le caigo bien, no mucho, la verdad.

Pia era la única persona, a excepción de la hermana de Asif, que alguna vez le había preguntado su opinión, que escuchaba absorta sus titubeantes respuestas. Ojalá pudiera resolver todos los problemas de Pia. Últimamente, cuando ella viajaba en el coche, lo embargaba un deseo enorme de protegerla. Conducía con mayor precaución, por más que ella protestara diciéndole que se estaba poniendo tan pesado como los demás adultos que conocía. Cuando oyó que Sonia la estaba acosando, la bilis le subió a la garganta. Que Alá lo ayude, si esa mujer intenta hacerle daño a Pia, él... él embestiría con el Benz su cochecito con ella dentro hasta convertirlo en un montón de chatarra. Aun ahora, cuando se acuerda, aprieta las manos mientras conduce. Además, sabría dónde encontrarla, pues hace un par de días Sonia dejó una nota en su parabrisas con esa información.

La había hallado cuando regresó al coche después de almorzar: «Llámame y te recompensaré.»

Ojalá tuviera a alguien en quien confiar, como Pia lo tiene a él.

Memsaab se inclina hacia delante.

—Asif, ¿por qué vas tan despacio? No hay tráfico en la carretera. Acelera, ¿quieres? Ya tendríamos que haber llegado al aeropuerto. No nos quedará tiempo para conversar con Korobi antes de que pase a la zona restringida de seguridad.

—Sí, Memsaab.

Al día siguiente llamaré a Sonia. Es mejor saber lo que planea esta Jezabel; no conviene ignorar sus intrigas.

Cuando llego a los controles de seguridad, me vuelvo y los miro una última vez. Están juntos, en hilera, detrás de la barrera metálica: papá, Pia, mamá, Rajat, la abuela y Cocinera, quien, para sorpresa de todos, se puso histérica cuando vio a Bahadur cargar el equipaje en el coche y se empeñó en acompañarnos. Los miro hasta que me arden los ojos tratando de memorizar sus rostros. Tres personas destacan: mamá, Rajat y la abuela. Este mes, los tres me han sorprendido.

Después de haber mantenido una larga conversación telefónica con Desai y haber concluido que debía viajar a América, con voz entrecortada le comuniqué a mi abuela qué iba a hacer. Ahora que mi abuelo ya no estaba, yo era su única razón de existir. Me sentí culpable al pensar en ella deambulando sola por la enorme casa vacía.

Lloró un poco, pero cuando le pregunté si prefería que no fuera, me regañó disipando inmediatamente mi sentimiento de culpa.

—Claro que preferiría que te quedaras. Claro que estoy muerta de miedo por lo peligrosa que es América, especialmente en tu caso. No sabes cómo sobrevivir sola en el mundo, nunca has tenido que hacerlo. Pero entiendo lo importante que es para ti encontrar a tu padre, y, por lo tanto, no tengo derecho a impedírtelo. Creo que el espíritu de tu madre velará por ti y eso hace que me sienta mejor. ¡Y ni se te ocurra preocuparte por mí! ¿Crees que no puedo manejar esta casa yo sola durante un mes? ¿Qué soy? ¿Una vieja senil?

Cuando se dio cuenta de que la investigación iba a costar mucho dinero, sacó un cofre que contenía sus joyas de la dote y me lo entregó.

—Las venderemos. Pide a Rajat que te ayude, él conseguirá un buen precio.

—Pero, abuela... —dije agradecida y consternada a la vez—, ¡estas joyas han estado en la familia durante generaciones!

Se encogió de hombros.

—Bah, no son más que metal y piedras. La felicidad de una persona vale mucho más.

Antes de partir hacia el aeropuerto, me besó en la frente y dijo:

—Será una gran aventura. Míralo todo con mucha atención. Siente. Disfruta. Recuerda.

¡Una gran aventura! Inmersa en la gravedad de lo que estaba haciendo, afectada por la reticencia de Rajat y la desaprobación de mamá, no se me había ocurrido pensar en mi viaje como una aventura. Mi abuela estaba dándome permiso para verlo

de ese modo.

—Es muy fácil dejar que los días se te escurran entre las manos —prosiguió—. A veces me miro a mí misma y me pregunto cómo es que me convertí en esta Sarojini tan seria y responsable, tan diferente de la muchacha a la que le gustaba trepar a los guayabos en casa de sus padres y hacer bromas y reír sin motivo. No deseo que a ti te pase lo mismo.

Sentí una punzada de remordimiento. Eran tantas las cosas que yo ignoraba de mi abuela; distraída como había estado por el aura leonina de mi abuelo, nunca había reparado realmente en ello. Me prometí que, si regresaba, mi actitud cambiaría. Me asusté: «Si regresaba.» ¿De dónde había salido ese condicional?

Al lado de mi abuela está mamá saludando con alegría. Después de aquella desafortunada entrevista en la galería no había querido volver a verla. Me daba pánico su desaprobación y temía que me presionara para que renunciara al viaje. Pero, contra toda expectativa, se mostró muy simpática y agradable cuando, una semana después, vino a casa a intercambiar ideas sobre los preparativos para la boda. El matrimonio se celebraría al cabo de tres meses, dijo, para respetar la fecha elegida por el abuelo. Ello me daría tiempo suficiente para lo que yo necesitaba hacer. Cuando, balbuceando, me disculpé por haberla lastimado con mi propuesta de romper el compromiso, me dijo que lo entendía. Pidió una sola cosa: que mantuviéramos en secreto la razón de mi viaje. Tal vez convendría dejar caer, en lugares apropiados y con discreción, la insinuación de que yo viajaba para conocer a un pariente, de quien nada sabíamos desde hacía muchísimo tiempo porque había estado distanciado de mi abuelo durante décadas. Una versión que no estaría muy lejos de la verdad.

—¡Claro! —exclamé, agradecida de que fuera tan razonable, pero en el fondo este cambio mágico me desconcertaba. Entonces supuse que Rajat debió de haberle explicado mis motivos.

Antes de marcharse, me dijo que, cuando llegara a América, podría alojarme en casa de los Mitra, la pareja que estaba a cargo de la galería de Nueva York. Si yo lo deseaba, hablaría con ellos. Suspiré aliviada. Había estado preocupada por la cuestión del alojamiento. En Nueva York, cualquier sitio era carísimo, incluso esos cuartos que se alquilan por semanas y que Desai me había sugerido. Para demostrarle mi gratitud, acepté que me comprara un abrigo, aunque temía (con razón) que escogiera algo demasiado caro.

De vez en cuando pienso que esta mujer que estoy mirando, educada y amable, no es mi verdadera madre. La mujer cálida que había empezado a quererme como a una hija, que podía haberme regañado y mimado como hubiera hecho con Pia, que una sola vez me había pedido ayuda, como solo se le puede pedir a un familiar, se había alejado de mí después de nuestra discusión y había cerrado una puerta sin hacer el menor ruido. Pasaré mucho tiempo antes de que vuelva a abrirla.

Y, por último, Rajat. Me he abstenido de mirarlo antes porque quiero que sea el último, para que su rostro se fije en mis retinas como el resplandor de un relámpago.



Ha perdido peso este último mes. Así, demacrado y con cara de hambre, se le ve más guapo. Ahí está, rodeando a mi abuela con el brazo; me ha prometido que cuidará de ella en mi ausencia. Desde el compromiso no ha habido un solo día que no hayamos pasado varias horas juntos. Ahora estaremos lejos, cada uno en un extremo del mundo. ¡Muy lejos! ¿Cómo lograré soportarlo? ¿Y él? ¿Y esas tentaciones que había mencionado la noche de su borrachera?

Algo cambió entre nosotros esa noche, aunque no como yo esperaba. Sí, me permitió acceder un poco más a su vulnerabilidad. Me hablaba de sus problemas en la oficina y de cómo marchaban las negociaciones con Bhattacharya. Me confesó que se sentía culpable por el dinero que habían perdido en Nueva York, pues había sido él quien había animado a sus padres a abrir esa galería. A veces dejaba lo que estaba haciendo para coger mis manos y mirarme a la cara con avidez, como tratando de atesorar esos momentos en que estábamos juntos. Pero seguía sin hablar de su pasado. Cada vez que le preguntaba por Sonia, eludía mis preguntas y se centraba en los pormenores de mi viaje. Se aseguró de que yo lo tuviera todo, pasaporte, visado, billetes, exámenes médicos, cheques de viajero. Incluso giró dinero a Mitra para que comprara un teléfono móvil y lo tuviera listo para cuando yo llegara.

—Llámame todos los días, ¿de acuerdo? —me pidió la última noche, cuando lo acompañé hasta el coche. Me agarró como si se estuviera ahogando y solo yo pudiera salvarlo. Me asustó un poco darme cuenta de lo importante que yo era para él. Me embargó una gran ternura, lo abracé y le acaricié el pelo—. Prométeme que me serás fiel.

Me indignó que dudara de mí, pero me sobrepuse. No podía insistir en eso ahora que él se sentía tan vulnerable.

—Te lo prometo.

—Prométeme que regresarás al cabo de un mes y nos casaremos.

—Te lo prometo.

En el momento de decirlo recordé una historia que mi abuela me había contado una vez acerca de un país encantado. Las personas que iban a ese país se olvidaban de los seres queridos que habían dejado atrás. Y también de sí mismas. Nadie regresó de aquel país, aunque, como se hallaban bajo los efectos de un hechizo, ninguno fue desdichado. ¿Y si América resultaba un país encantado?

—¡Cara, un mes sin ti me parecerá una vida!

Callé. La cuestión del tiempo era terreno pantanoso. Por mi parte, un mes sin él también iba a ser una tortura. Lo veía extenderse delante de mí, solitario como una planicie helada en el confín del mundo. Pero ¿y si estaba a punto de encontrar a mi padre justo cuando finalizara el mes? ¿Sería capaz de perder esa oportunidad?

Rajat debió de notar mi vacilación. Añadió:

—En el mundo de hoy, si no puedes encontrar a alguien en un mes, es que nunca lo encontrarás. Es posible que un hombre con ese pasado no quiera que lo encuentren.

Cuando lo miro ahora, con el brazo libre en alto saludándome con solemnidad,

pienso en que la gente está llena de contradicciones. Rajat me quiere, no tengo la menor duda, y yo lo quiero. Pero aquí estoy, lastimándolo, y hasta poniendo en peligro nuestra relación con este viaje descabellado. Y aunque él ha hecho todo lo posible para que yo tenga éxito en mi búsqueda, sospecho que en el fondo preferiría que fracasara a fin de que todo volviese a ser como antes.

La pantalla titila. Es hora de que pase por los controles de seguridad. Cuando me vuelvo, detrás de la cabeza de Rajat veo dos óvalos de luz. ¿Es a causa de las lágrimas que humedecen mis ojos? Quiero creer que es mi madre. Y a su lado, el abuelo. ¿Están bendiciendo mi viaje o discutiendo por mi futuro, pues cada uno de ellos desea algo distinto para mí? Quiero seguir mirando, pero mis ojos no obedecen. Parpadean. Las luces desaparecen. Solo queda una pared encalada, descolorida por las filtraciones de la lluvia.

Me dirijo a la cabina destinada a las mujeres, donde una oficial de seguridad me cachea concienzudamente. Más allá, en la sala de espera, una galería de rostros indiferentes. Nadie me conoce. No conozco a nadie. Esta es ahora mi vida.

Salgo tambaleándome de la zona de aduanas del aeropuerto Kennedy. Estoy agotada y busco en la multitud apiñada delante un rostro que concuerde con la fotografía que llevo. El vuelo, en el que viajé arrinconada al lado de un hombre obeso cuyo cuerpo desbordaba en mi asiento y que roncaba como un oso, me resultó interminable. El aire reciclado me provocaba sequedad y dolor en los ojos. Incapaz de dormir, me había obsesionado con las cosas que podrían salir mal en América, y, por lo visto, la primera se ha vuelto realidad. Mitra, quien debía venir a recogerme, no está. Pasan los minutos. Media hora después, veo a mis compañeros de viaje que, felices, se reúnen con sus familiares y se marchan a sus diversos destinos. Me dejo llevar por el pánico y se me hace un nudo en la garganta. ¿Y si Mitra ha tenido un accidente? ¿Y si se ha muerto? Me esfuerzo por respirar despacio. Consigo monedas en una oficina de cambio y llamo a Mitra, primero a su casa y luego a su móvil. Nadie contesta. Deseos incontenibles de llamar a Rajat. Pero allá son las dos de la mañana. Me quito esta idea de la cabeza antes de que se transforme en obsesión. Rajat no puede ayudarme desde el otro lado del mundo y lo único que conseguiría es enloquecerlo de preocupación. No soy débil ni una miedica como para inquietarlo nada más poner un pie en América.

Por fin veo a Mitra, pero no lo habría reconocido si no fuera por el improvisado cartel que alza con una mano: un cartón con mi nombre garabateado. La foto que Rajat me dio, tomada en la India hace menos de un año, es la de un hombre guapo, aplomado, con una camisa de buena marca, los hombros erguidos y una sonrisa contagiosa. Esta persona, aunque conserve sus hermosos rasgos, tiene ojeras debajo de unos ojos que miran a todas partes. Lleva un traje seguramente muy caro, pero que ahora está hecho un guiñapo. El cabello le cae sin gracia sobre la frente. Se disculpa por su retraso, que atribuye al tráfico. Mientras lo sigo hasta la parada de taxis, me pregunto cómo es posible que la Bella América haya producido semejante cambio en este hombre.

Una vez en el coche, me animo. Cruzamos un puente sobre un misterioso río color acero. A lo lejos, unos edificios imponentes se recortan contra el cielo gris. El corazón se me ensancha cuando miro esos famosos rascacielos alzarse en el horizonte. Mi abuela tiene razón, será una aventura. Y por primera vez me siento preparada.

Deseo contárselo a alguien, pero Mitra, visiblemente preocupado, mira por la ventanilla con los labios apretados. Rompe el silencio solo cuando le pregunto al chófer, un hombre moreno con un acento irreconocible, de dónde es. En voz baja y en un bengalí rápido, Mitra me dice que en América es peligroso hacer preguntas a los extraños. Me sumo en el silencio hasta que pasamos delante de un templo Ganesh, ¡lo último que esperaba encontrar!

—¿Su apartamento queda cerca de aquí? —pregunto. Súbitamente añoro nuestro

templo, aunque rara vez iba sola.

—No muy lejos.

—Me agradecería visitar ese templo. ¿Ha estado allí?

—Frecuento poco este barrio; lo menos posible, de hecho.

Miro alrededor. ¿Por qué, entonces, vive aquí, entre estos modestos y cochambrosos restaurantes *halal* y tiendas de saris con las vitrinas atestadas de maniqués envueltos en gasas de colores chillones con lentejuelas, si la galería de los Bose queda a pocos pasos de Chelsea?

Cuando llegamos a destino, me ofrezco educadamente a pagar la carrera, una suma alarmante. En la India, el anfitrión se habría negado, pero Mitra se limita a apartar la mirada mientras yo entrego al taxista un montón de dólares, los míos, mis pocos y preciosos dólares, pues no obtuvimos tanto como esperábamos por las joyas de mi abuela. Estoy preocupada y molesta a la vez. Si él no pensaba pagar el taxi, debería haber escogido un medio de transporte más barato. Se lo diré la próxima vez.

Estoy perdiendo mis buenos modales indios; pienso en términos de supervivencia, como una inmigrante.

Su apartamento está en el primer piso de un edificio en cuya planta baja funciona un karaoke, con las ventanas tapadas con enormes afiches de Bollywood. Subimos por un mugriento hueco de escalera, pasamos junto a una mujer india que nos mira fijamente, pero no saluda a Mitra. Al parecer no es muy popular en el barrio. Abre la puerta, me presenta a su esposa, una joven embarazada que estaba esperándonos y apenas esboza una sonrisa. Me dice que debe marcharse, que lamenta las prisas, pero ya lleva mucho retraso. Se ha ido antes de que pueda preguntarle por el teléfono móvil que supuestamente debe entregarme o por mi visita a Desai, que espero hacer hoy.

Afortunadamente, la señora Mitra, de aspecto amable y no mucho mayor que yo, es más simpática. Se disculpa por lo pequeño y oscuro que es el apartamento, con la pintura desconchada en los rincones, y me ofrece té caliente con unos bocadillos muy condimentados, suplicándome que la llame por su nombre, Seema. Cuando le pregunto si puedo hacer una llamada a la India, me dice que lo lamenta, pero que desde su teléfono solo se pueden hacer llamadas locales. No, un correo electrónico tampoco, el portátil lo tiene Mitra en la oficina. Pero sí, puedo telefonar a Desai.

Desai me informa de que ha hecho progresos y que tiene una pista posible; me lo explicará cuando nos veamos. Cuando le digo que deseo verlo hoy mismo, me aconseja que aguarde a que Mitra pueda acompañarme, ya que su despacho no se encuentra en la mejor zona de la ciudad.

Decepcionada y un poco desconcertada, bebo mi té aguado y me pongo a caminar con impaciencia por el apartamento, que está atestado de muebles caros, al parecer destinados a decorar un espacio mayor. Seema suspira y coloca sus pies hinchados encima de una mesilla elegante baja y me bombardea a preguntas. ¿Qué hay de nuevo en Calcuta? ¿He visto las últimas películas? ¿Cuáles son mis preferidas? ¿Qué ropa

está de moda? ¿He traído algo especial? (tira con timidez de su bata, que ya le queda pequeña). Entre una y otra pregunta mira nerviosamente por la ventana, tapada con una tela muy fina que permite ver sin ser vista. Parece una persona dulce, aunque nerviosa, de manera que domino mi frustración por el tiempo que estoy perdiendo aquí cuando debería comenzar mi búsqueda, y le contesto del mejor modo posible.

¿Qué me ha traído a Nueva York?, pregunta al final.

Evito responder con una vaga referencia a un pariente desaparecido. Yo también tengo algunas preguntas que hacerle. ¿Qué les ha sucedido a los Mitra para que se encuentren en esta situación? ¿Están los Bose al corriente? Mamá, desde luego, no me lo dijo. No sé cómo formular la pregunta, pero no es necesario. Seema, que se muere por conversar, ingenuamente se ha puesto a contarme la historia de su vida.

Se conocieron dos años atrás en el centro de llamadas de Calcuta. Ella era una empleada nueva, recién llegada de una pequeña ciudad, y él el gerente más popular, famoso por las fiestas con pizza que organizaba cuando superaban su cuota de ventas. Era el típico hombre de mundo, que compraba su ropa en New Market, se cortaba el pelo en Park Street y su agua de colonia era siempre de marca extranjera. Viéndolo ahora resulta increíble, ¿verdad? Seema todavía no puede creer que él se enamorara de ella, una muchacha nacida en el suburbio. Cuando la señora Bose, que necesitaba un gerente para la nueva galería de arte en Estados Unidos, se acercó a Mitra y le prometió un empleo también para su esposa, si la tenía, él le pidió a Seema que se casaran.

Seema se sintió emocionada y aliviada al mismo tiempo. Había temido que Mitra solo estuviera jugando con ella. Además, se sentía feliz ante la perspectiva de vivir en América, de tener la oportunidad de andar por esas calles mágicas que había visto tantas veces en su pantalla, en el centro de llamadas.

Al principio todo había ido bien: una espléndida inauguración en el Mumtaz, comentarios positivos en los periódicos, varias ventas muy alentadoras. Alquilaron un apartamento encantador en el límite del Upper West Side, en un edificio con conserje en la puerta, como en las películas. Trabajaban bien juntos, ella se ocupaba de la contabilidad y la recepción y él de la comercialización y los clientes. Una vez cumplidas sus tareas, se zambullían en la excitante vida de Nueva York: restaurantes, teatros, museos, tiendas. Incluso andar por Central Park u observar a la gente en Times Square era una aventura. Empezaron a hacer amistades, aunque, por lo general, evitaban relacionarse con gente de la India. Mitra le recordaba que ellos no habían venido a América a vivir enclaustrados en un gueto. Seema estaba de acuerdo, aunque a veces le hubiera gustado tener amigos capaces de entender sus raptos de nostalgia, de enseñarle a sustituir fácilmente ciertos platos indios que añoraba por otros norteamericanos, de explicarle la mejor forma de sortear los peligros de América, de los que siempre oía hablar. Pero, en los primeros tiempos, ni ella ni Mitra consideraron que este país fuera un lugar peligroso. A menudo comentaban satisfechos que era más seguro que la India: no había rateros que te arrebataran la

cartera, ni ladrones que entraran a robar en tu apartamento, ni policía corrupta que se presentara en tu tienda para pedirte un dinerillo por mes.

Pero entonces ocurrió lo de las Torres Gemelas y todo cambió.

Cuando Seema menciona las Torres, su rostro se arruga como el de una anciana y mueve los labios como si de pronto le faltaran las palabras. Ese cambio tan abrupto me sorprende. Deseo saber qué sucedió, pero cojo su mano y le digo que no es necesario que hable de eso ahora.

—Se lo contaré mañana —logra decir al fin—. Si empiezo con eso, no podré dormir y no le hará bien al bebé.

Nos quedamos hasta tarde esperando a Mitra, pero no regresa, y al final, agotadas, nos vamos a la cama. Seema suspira y me cuenta que esto sucede a menudo últimamente. Desde que les destrozaron la galería, él trabaja muchísimo para compensar las pérdidas sufridas. Me conduce a una habitación minúscula con un colchón en el suelo. Hay cajas de cartón apiladas contra una pared. Algunas están llenas de comestibles procedentes de la India, almacenados en previsión de un futuro en el que los Mitra han dejado de confiar; en otras hay algunos adornos, para mi asombro, exquisitos: candelabros de cristal lo bastante grueso como para ser auténtico; una fuente japonesa pintada a mano y envuelta en servilletas de damasco. La habitación está helada; la ventana no cierra bien. Seema tapa la rendija con una manta, pero no creo que eso ayude mucho. Cuando se marcha, saco de mi maleta la carta de mi madre y su foto y me acurruco debajo de un edredón de raso, sorprendentemente bello. ¡Qué contradictorio es este apartamento! Los ruidos que suben del karaoke me llegan como ráfagas según los clientes entran y salen. Oigo canciones viejas de Bollywood que evocan la nostalgia del inmigrante por su patria. En la India nunca me interesó esta clase de música, pero ahora una añoranza indescriptible se apodera de todo mi ser. Antes de acostarme he hecho una llamada a cobro revertido a Calcuta y he hablado con la abuela, pero solo un minuto, porque es espantosamente caro. Por su tono parecía triste y preocupada. También he llamado al móvil de Rajat, pero no respondió. Estoy acostada en el colchón, deformado y lleno de bultos, apretando la carta y la foto como si fueran talismanes capaces de conducirme hasta mi padre. Estoy tan lejos de mis seres queridos como es posible estarlo en este planeta. La soledad cae sobre mí igual que la nieve sobre un campo desierto.

Una cucaracha se escabulle de una caja a otra. Me asusto. ¡No me imaginaba que pudiera haber semejantes bichos en la opulenta América! La cucaracha se frota las patas y me observa desde el borde de su fortaleza de cartón. Constituye un símbolo adecuado del final de este desconcertante primer día. Me tapo con el edredón hasta la cabeza y me cubro bien para impedir la entrada de visitantes indeseados. Ahogo una risa contra mis nudillos. Temo que si empiezo a reír no pueda parar.

Es una tarde hermosa, sopla una brisa suave y fresca, excepcional para Calcuta en abril, pero Asif está sudando. Su camisa planchada está hecha un guiñapo y se han formado manchas oscuras en los sobacos mientras espera en el portal de la mansión de la señorita Sonia. Está enfadado con la muchacha por hacerle esperar, pero también consigo mismo, pues, después de ver el palacio donde vive —ocho veces más grande que el piso de los Bose—, su cerebro ha empezado a llamarla señorita Sonia.

El portal es de hierro, macizo y negro, con una especie de blasón de la familia en relieve. Tiene una pequeña ventana a la altura de los ojos, que el guardia abrió para preguntar a Asif, con aspereza, qué deseaba. Cuando Asif le informó de que la señorita Sonia le había pedido que viniera, el hombre enarcó una ceja, incrédulo, y repuso que iba a averiguarlo. Asif tuvo el gran placer de decirle que no se molestara, que tenía el número del móvil de la señorita Sonia y que había hablado con ella. Pero ya habían transcurrido quince minutos y su placer se había evaporado, especialmente cuando el guardia volvió a abrir el ventanuco y dijo:

—¿Todavía está aquí?

«Cerde», pensó. Obligarlo a esperar fuera como un mendigo cuando era ella quien lo necesitaba a él. Por su culpa había perdido su tarde libre, la única en toda la semana. Podía haber ido al zoo, su lugar preferido. Ahora mismo podría haber estado sentado en un banco, frente al aviario, mascando crujientes *bhajias*, compradas al vendedor ambulante, observando las aves de brillante plumaje volar de rama en rama dentro de una jaula tan grande que les hace creer que son libres. Le recordaban a su hermana y a la señorita Pia por la forma como ladeaban sus cabezas para mirarlo con curiosidad. A menudo, sin darse cuenta, les sonreía. Desde allí habría ido al recinto de los elefantes, donde solía dar cacahuets a esos torpes y enormes animales, feliz de sentir el ruido del roce de sus trompas en la palma de su mano. Siempre se ponía de buen humor cuando los elefantes barritaban agradecidos tras dar cuenta de todos los cacahuets. Los animales eran superiores a la mayoría de los seres humanos. Los hombres volvían la cara cuando no tenían nada más para darles. Si Asif no hubiera abandonado la escuela en el sexto curso, habría escrito un *shayari* sobre el tema.

Asif decide que no va a perder más tiempo con Sonia. Que se vaya al infierno. Avanza a grandes zancadas por la calle abriéndose paso a empujones. Está por llegar a la parada del autobús cuando oye una bocina y sabe que tiene que ser la de ella, reconocible por encima de los demás ruidos de la calle, tentándolo como el canto de una sirena. En contra de su voluntad, se vuelve y mira.

La brisa que entra por la ventanilla abierta la ha despeinado un poco, lo justo para que le quede bonito. O quizás es porque hay cosas, como champú o geles, según ha visto por televisión, que ayudan a que ella luzca así. Tiene que admitir que es guapa. La expresión burlona en sus ojos le dice que ella también lo sabe. «Mira pero no

toques. No soy para los de tu clase.»

—Eres impaciente, ¿no? —le dice con toda tranquilidad. Le hace una seña de que suba al coche.

Le hubiera gustado volverle la espalda y seguir andando, pero hace lo que ella le dice. Tiene curiosidad por saber qué está planeando... y de ver un Porsche por dentro. Nunca volverá a tener otra oportunidad de sentarse en un coche como este. A los propietarios de los modelos extranjeros de dos asientos les gusta presumir conduciéndolos ellos mismos. La piel del interior es sedosa, como la de una princesa. Sonia va vestida con ropa de tenis: un top ceñido de color azul y una falda plisada, blanca y corta, que ostensiblemente deja al descubierto parte de los muslos y desata en su mente un alud de malos pensamientos. Él se esperaba ese atuendo, pero el perfume que se ha puesto le sorprende: su leve inocencia floral queda flotando en el aire fresco del coche. Parece algo que hubiera elegido la señorita Pia.

Sonia, con una mano en el volante, zigzaguea diestramente por entre el caótico tráfico de Calcuta. Para hacer tocar la bocina, usa el codo, un codo elegante que Asif se promete tocar en cuanto tenga ocasión. Memsaab, por supuesto, no se lo permitiría. Como si la estuviera oyendo: «Asif, ¿qué bicho te ha picado? ¿Quieres mandarnos a todos al hospital?»

Con la otra mano, Sonia saca un sobre cerrado de su bolso.

—Entrégaselo a Rajat-saab. Hoy. Asegúrate de que cuando se lo des esté solo.

Deja caer el sobre sobre su regazo y vuelve a meter la mano en el bolso. Esta vez saca algunos billetes y se los tiende para que los coja. Son tres billetes de mil rupias. El corazón le da un vuelco, como si el coche hubiera pasado por encima de un bache. Representa casi un mes de sueldo. ¿Esa cantidad de dinero no significa nada para la gente como Sonia? ¿Cuánto más tendrá en ese bolso? Una fantasía cruza su mente a una velocidad vertiginosa: «El tramo solitario de un camino, acaso junto al río. Se ladea, pasa el brazo por encima de ella y abre de golpe la portezuela; coge su bolso y la empuja fuera del coche. Maniobra con el volante hasta que se sienta en el asiento del conductor. Ah, la sensación de ese volante duro y reluciente bajo sus dedos. La aceleración suave como mantequilla. Es un país grande. Podría marcharse muy lejos, vender el coche, empezar una nueva vida. Había personas que compraban esa clase de cosas. Estaba seguro de que las encontraría. Entretanto, se serviría del dinero del bolso, cambiaría de nombre, se teñiría el pelo, se mantendría escondido como un animal salvaje. Nunca más volvería a trabajar para un rico cabrón.»

—¿Qué te pasa? —La voz de ella, ronca de tanto trasnochar en lugares inmorales, lo trae de golpe al presente—. ¡Coge el dinero!

Esa fantasía le sigue rondando cual humo de hachís, el que probó un día que los otros chóferes lo animaron a hacerlo, pero una sola vez, por lo avergonzado que se sintió después. En realidad, no puede cruzar esa neblina para formular una objeción. De manera que, pese a la advertencia que resuena en su interior, coge los billetes.

¿Qué contendrá ese sobre?



Ella sonríe. Es una sonrisa de satisfacción que deja ver sus dientes blancos y perfectos. Para el coche junto al bordillo y con un gesto le indica que se baje.

—Entr gase lo antes que puedas. Cr eme, si no lo haces me enterar . Y ni se te ocurra eng arme.

—Oh, no, señora, nunca, nunca.

Su tono de voz es servil, pero firme, leal, confiable. Ha resuelto abrir el sobre con vapor y leer el contenido de la carta. Luego decidirá qué hacer.

Es media tarde de mi segundo día. Estoy recostada en el sofá después de comer, agarrada por los tentáculos del sueño provocado por el *jet lag*. Cuando despertó, cerca de mediodía, comprobó consternada que Mitra no estaba. Seema me dijo que se había marchado al trabajo. Pero no le creo. A lo mejor anoche no volvió a su casa. Me dijo, también, que Rajat había llamado, pero como yo dormía profundamente, él le pidió que no me despertara. Me enfad  mucho con ella por no haberlo hecho. Me mor a por oír la voz de Rajat, por una palabra de amor. Pero ahora all  era de noche, demasiado tarde para llamarlo.

Estoy soñando con las Torres; Seema habl  de eso hace un rato. Yo había mirado la catástrofe por Indian TV, sentada al lado de mi abuelo en el salón de nuestra casa, en Calcuta. Me había puesto triste, pero no demasiado, pues se trataba de iconos de otro mundo, minúsculos y lejanos. Sin embargo, en Nueva York, su ausencia satura el aire que respiro. En mi sueño aparecen, más grandes, cada vez más grandes, incólumes y brillando en medio de un espléndido día de otoño. Las etéreas nubes plateadas se reflejan sobre los cristales de sus miles de ventanas. S  que estoy por presenciar su destrucción. Trato de despertar, pero, pese a que me revuelvo y gimo, no puedo.

El primer avión es delgado y elegante; una flecha rectilínea. Penetra en el edificio con suavidad, pausadamente. Solo una medusa de humo, densa espiral que lo cubre todo, revela que aquello no debía suceder. Cuando choca el segundo avión, los gritos son tan fuertes que no logro oír el estruendo. Los pisos se desmoronan, unos encima de otros, como un juego de dominó en vertical. Pedazos de edificios, cual cometas malignos, vuelan hacia mí. Prenden fuego a otros edificios.

Entonces, las personas empiezan a arrojarse al vacío. Horrorizada, trato de apartar la vista, pero no consigo salir de mi sueño. En torno a mí se amontona una ceniza blanca como nieve. Me impregna la boca, me deja ciega. Noto en mi lengua el sabor del odio de quienes han sido capaces de hacer algo tan terrible.

«Después —dijo Seema—, muchos comercios de asiáticos meridionales fueron boicoteados, especialmente aquellos con nombres musulmanes. Otros fueron atacados.» Una mañana, los Mitra llegaron al Mumtaz y encontraron el cristal de la ventana roto, los cuadros rajados, el suelo sucio de heces y orina, las paredes cubiertas de amenazas escritas en aterradoras letras rojas. El susto casi le provoca a

Seema un aborto. Y, peor aún, cuando Mitra fue a la policía a presentar la denuncia, no solo no cooperaron, sino que lo detuvieron durante dos días para interrogarlo. Seema se quedó sola en el apartamento, tan preocupada que casi se vuelve loca. No, no sabía adónde lo habían llevado ni qué le habían hecho exactamente. Cuando regresó, ojeroso, Mitra se negó a hablar de ello. Esos dos días hicieron que cambiase, se volvió más resentido y callado; él nunca había sido así. Fue entonces cuando ella empezó a tener miedo a los desconocidos. Cuando tuvieron que abandonar el apartamento de Upper West Side, porque ya no podían pagar ese alquiler, ella insistió en vivir donde vivían ahora, entre su propia gente.

Mi sueño cambia. En él, oigo la voz de Seema, que exclama en tono perentorio:

—¡Son las cuatro de la tarde! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no coges el teléfono cuando te llamo? Sabes que eso me enferma. Especialmente cuando te pasas la noche fuera.

—Ya te lo dije, estoy ocupado con un proyecto. No puedo permitir que alguien me moleste en medio de una transacción comercial.

—Nada que ver con la galería, imagino...

—¡No fastidies! Lo estoy haciendo por ti, lo sabes. ¿No me has suplicado que regresemos a la India a tener el bebé? ¿De dónde crees que sacaremos el dinero para eso? ¡Ya sabes que la señora Bose se ha negado a adelantarnos más, la muy cerda!

Sus palabras son como silbidos que reverberan en la pequeña habitación.

—Chist. La señora Korobi te oirá.

—¿Bromeas? El *jet lag* es como el cloroformo. Mírala, duerme como un lirón.

—¡Por favor, no te metas en cosas peligrosas! No quiero que te suceda nada malo.

Mitra ríe con amargura.

—Eres como la gata del proverbio, que quiere atrapar el pez pero sin tocar el agua. Todo tiene su precio. ¿Has averiguado por qué ha venido?

—Le pregunté. Pero lo único que me ha dicho es que busca a un pariente. No desea hablar de ello. ¡Lo siento! ¡No sirvo para estas cosas!

Parece como si Seema estuviera a punto de llorar.

Él suspira.

—No te preocupes. Ven, acércate. Deja que te frote la espalda. ¿Te duele? ¿Has vuelto a tener malestar de estómago?

Aún dormida, puedo sentirla acurrucada contra él. Me duele el cuerpo al recordarlo.

—¿Recuerdas que el bebé llevaba dos días sin moverse? Pues hoy ha vuelto a patear, ¡gracias a Dios!

—¿De veras? ¡Mira qué bien!

Adivino la sonrisa de Mitra.

En mi sueño, ellos se besan. Mitra se inclina sobre el vientre de Seema para susurrarle algo al bebé. Al cabo de un rato, ella le sirve el almuerzo. Él le dice que todo está buenísimo.

—La señora Korobi me ha ayudado.

—¡No la llames señora! —Mitra se ha enfadado otra vez—. No es tu jefa. Y no debiste aceptar su ayuda.

—¿Por qué no te cae bien?

—Porque es como ellos. Y porque la señora Bose prácticamente me ordenó que la hospedase. —Imita el acento aristocrático para decir—: «Mitra, la novia de Rajat, viaja a Nueva York. Me gustaría que viviera en tu casa.» Ni una sola vez dijo «por favor», y mucho menos «gracias».

—Pero, la señora Korobi... ella... no tiene la culpa. Y parece una persona amable. Ha preguntado por el bebé y por mi salud y me ha dicho que coma a las horas que corresponde. No te imaginas lo bonito que es tener a alguien con quien conversar.

—Espero que no le hayas contado nada importante.

—¿Qué puedo contarle? —dice Seema con irritación—. Como si yo supiera algo de lo que tú haces.

—No se puede confiar en los Bose. Cualquiera cosa que sepan, la usarán en nuestra contra. ¿Has olvidado cómo se comportó la señora Bose después del ataque a la galería, cuando la policía me retuvo? Como si todo hubiera sido por mi culpa. Después, cuando le pedí un adelanto porque tú estabas embarazada y no habíamos podido vender un solo cuadro, quiso saber qué había hecho yo con las comisiones que había cobrado. ¡Qué le importa eso a ella! ¡No es asunto suyo!

Seema intenta apaciguarlo, pero Mitra no le hace caso.

—¿Y cuando le dije que quería renunciar y regresar a la India a causa de tu depresión?

—Te dije que no podíamos marcharnos ahora, de lo contrario ellos tendrían que cerrar definitivamente la galería.

—¿Solo de eso te acuerdas? ¡Qué ingenua eres! Menos mal que me tienes a mí para que te cuide. Dijo que era preciso que te tranquilizaras. Y añadió que si yo dejaba mi puesto ahora, ella se encargaría de que nadie en Calcuta volviera a darme trabajo. Y, para que lo sepas, ha enviado a esa chica para que nos espíe.

—Está bien —dice Seema, como avergonzada—, no le contaré nada más.

—Aquí hay gato encerrado. Este Desai, a cuya oficina se supone que debo acompañarla, es un detective privado. Korobi debe de estar buscando a alguien importante. De otro modo, no habría viajado desde el extremo opuesto del mundo con un presupuesto tan limitado; vi cómo contaba uno por uno sus dólares. Ignoro qué oculta, pero lo cierto es que los Bose no quieren que se sepa. Si logro averiguarlo, tal vez consiga sacarles algo de dinero y una buena referencia. Esto, añadido a la negociación en la que estoy trabajando, será suficiente para que regresemos a Calcuta y salgamos a flote otra vez. Los Bose nos deben esto y mucho más, aunque solo sea por el trauma que hemos sufrido por su culpa.

Seema susurra algo que no alcanzo a oír y Mitra le contesta con vehemencia:

—¡Oh, pagarán! Y si no lo hacen me encargaré de destruir la reputación de esa familia, de la que están tan orgullosos. Los hundiré en el lodo.

Su voz es tan cruel que hasta dormida me da miedo.

—Ve a despertarla. La llevaré a ver a ese detective ahora mismo.

Cuando el hervidor empieza a silbar, Asif apaga el hornillo y sostiene el sobre a la altura del vapor que sale del pico, tal como había visto hacer en una película de espías. En ella, el héroe despegaba la solapa con un solo movimiento suave. Este sobre, en cambio, se moja y se niega a cooperar. Debería esperar a que el papel se seque, pero está desesperado por leer lo que hay dentro. Tira de la solapa y esta se rompe. Asif maldice. Tendrá que comprar otro sobre tan elegante como este. No llevará escrito el nombre de Rajat, pero eso sería algo perfectamente concebible. Al fin y al cabo, se trata de una carta secreta. Solo tendrá que entregársela a Rajat con la expresión inmutable del chófer profesional.

La única hoja que hay en su interior está cubierta de palabras en inglés. Le lleva mucho tiempo descifrar esa letra inclinada y un vocabulario con el que no está familiarizado.

Rajat:

Necesito verte, aunque sea por última vez. Necesito sentarme contigo y que hablemos. Cometí algunos errores, lo admito. Te lastimé. Y deseo pedirte disculpas, algo que nunca he hecho por ningún otro hombre. Para que tengas una idea de lo que siento por ti.

Antes de que hagas una bola con esta carta y la tires a la basura —¿sabes?, te conozco y conozco tu carácter, porque el mío es igual—, quiero que te acuerdes de todas las cosas buenas que hubo entre nosotros. ¿Recuerdas cuando la compañía te envió a Delhi? ¿Cuando aparecí sin avisarte y soborné al empleado para que me dejará entrar en tu habitación, y estaba desnuda bajo las sábanas esperándote cuando regresaste después de pronunciar ese desastroso discurso publicitario? ¡Qué mágicos fueron esos tres días! ¡Aquellas horas entre una y otra reunión, y las noches, envueltos en las sábanas...! Apenas dormimos. Tú tenías miedo de no estar a la altura, pero yo te asesoré y todo salió bien. ¿Recuerdas que me dijiste que yo era tu amuleto de la buena suerte?

Pero el sexo no era lo único que convertía nuestra relación en algo especial. Podíamos hablar entre nosotros, expresar nuestra ira y nuestra frustración por el mundo, e incluso por nuestras respectivas familias. Podíamos mostrarnos el uno al otro nuestro lado oscuro y saber que seríamos entendidos. Me contaste cosas que, me dijiste, nunca habías contado a nadie. ¿Puedes hacer lo mismo con esa insulsa cara bonita con la que estás ahora? ¿Cuánto tardarás en cansarte de representar para ella el papel del marido virtuoso?

Yo también puedo ayudarte, y mucho mejor que ella. Estoy al corriente de los problemas financieros de tu familia, de la quiebra de la galería de Nueva York. Mi padre me daría en el acto el dinero que necesitas, si le digo que es para el hombre que amo.

Entiéndelo, no trato de sobornarte. Solo deseo verte una vez más. Después, haz lo que quieras.

Llámame si tienes el valor de enfrentarte a quien tú eres realmente.

Sonia

Asif, agotado y a la vez escandalizado, se echa en su viejo colchón. Ha tenido que deletrear algunas palabras y deducir el significado de otras, pero entiende lo esencial de la carta. Está sorprendido de que Sonia le entregara a él una carta con tantos detalles íntimos. Debe de haber pensado que es analfabeto, al menos en inglés. O, sencillamente, ni se le ha pasado por la cabeza que un simple criado pueda atreverse a abrir su carta. Le arden los ojos, como si él también hubiera pasado noches enteras sin dormir teniendo sexo. Al leer esa parte notó que se le ponía dura. Quería escupir a Sonia por ser una puta. Quería arrancarle la ropa. Estaba asqueado de ella y de sí mismo. Pero, luego, en la última parte, la forma en que aceptaba los defectos de Rajat —y los propios—, sin darles la menor importancia y sin fingir, como haría la mayoría de la gente, una virtud que ella no poseía... En eso era valiente. Podía entender el atractivo de estar con semejante mujer. Ser aceptado, no a pesar de tus vicios, sino precisamente por ellos. Eso tenía que ser un gran alivio.

Además, parece querer realmente a Rajat, y eso Asif tampoco se lo esperaba. Le molesta. Se sentía mucho más cómodo con la idea que se había hecho de Sonia: la hija mimada de un millonario que solo pensaba en sí misma y en su propio placer. Luego está el dinero. Si ella podía pedírselo a su padre (y Sonia no era de las que hacen promesas que no pueden cumplir), todo cambiaría para los Bose. La señorita Pia no tendría que renunciar a las cosas que merecía. Si le apetecía, podría viajar a Darjeeling todos los años. Y Asif es el único —el único en este momento— que tiene la posibilidad de brindárselo.

Entonces se acuerda de las veces en que Pia acompañó a Sonia y Rajat a alguna parte. Se sentaba silenciosa en el coche mientras Sonia charlaba alegremente agitando las manos y apretándose contra Rajat para besarlo. Sonia nunca fue mezquina con Pia. Asif tenía que admitirlo. Pero si Korobi colmaba de afecto a Pia, Sonia solo la toleraba, nada más. ¿Podía Asif condenar a Pia a una situación así toda la vida?

A Asif le da vueltas la cabeza por lo tarde que se ha hecho y porque se ha pasado un largo rato mirando esa carta. Justo cuando cree saber lo que va a hacer, vuelve a sentirse confuso. Se dirige al estante donde guarda el Corán que su hermana metió en su bolso cuando él se marchó de casa. Coge el libro de tapas gastadas y lo apoya contra su frente, con la esperanza de recibir un consejo. Pero el libro no da respuesta

alguna. En cambio, en su mente aparece una imagen: él en el suelo, con la cara cubierta de sangre, las costillas rotas, los dientes partidos. En esta ciudad despiadada, una mujer con dinero no tiene la menor dificultad en contratar a unos sicarios para que le den una paliza a alguien. Sí, podría ser el estilo de Sonia, si alguien se niega a hacer lo que ella quiere.

La decisión prudente sería llevar la carta a Rajat. Y que se arreglen entre ellos. ¿Por qué tendría que ponerse él en peligro por contrariar el capricho de una chica rica y consentida?

Piensa en todo esto. Luego dobla la carta y la mete dentro del Corán. Antes de volver a colocar el libro en el estante, lo besa para que le traiga suerte. Porque la necesitará.

Rajat está sentado en su despacho, en el último piso del depósito de Barua & Bose, dándose un masaje en la cabeza, que está a punto de estallarle de dolor, y maldiciendo la noche pasada. Su mesa —de caoba, hermosamente tallada, escogida por su madre— está cubierta de las notificaciones y facturas que se han amontonado a lo largo de este mes. Requieren su inmediata atención, pero le cuesta concentrarse, a pesar de la cantidad de tazas de té que ya se ha bebido y de las aspirinas que ha tomado, más de las aconsejables. Y lo peor de todo es que no ha podido hablar con Korobi desde su partida.

Anoche telefoneó al apartamento de Mitra, antes de salir. La esposa de este le dijo que la señora Korobi seguía durmiendo. Era de mañana, muy temprano, en América, y la señora no había dormido bien la noche anterior. La mujer de Mitra la había oído caminar por la habitación, pasada ya la medianoche. Con el embarazo, ella tampoco dormía bien. Le dolía la espalda todo el tiempo.

Rajat, muy molesto, pensó que la esposa de Mitra hablaba demasiado. La interrumpió para decirle que dejaría que Korobi siguiera durmiendo, pero que debía llamarlo por teléfono lo antes posible.

—Por supuesto, se lo diré —había respondido efusivamente la mujer de Mitra.

—¿Dónde está Mitra? He tratado varias veces de localizarlo en su móvil, pero no contesta.

—Ha ido a trabajar —dijo la esposa de Mitra, que era precisamente lo que Rajat había esperado que dijera, salvo que hubo algo en su voz que lo dejó preocupado. Retrospectivamente, pensó que Mitra se había comportado de una manera extraña la última vez que hablaron, respondiendo con monosílabos cuando Rajat le pidió que cuidara bien a Cara.

—Dígale que me llame —le pidió a la esposa de Mitra con tono perentorio—. Y dígale que lleve a Korobi a ver al detective cuanto antes.

Ahora Rajat piensa que mejor hubiera sido mostrarse menos magnánimo. Si hubiera oído la voz de Cara, fresca como un bálsamo sobre una piel quemada, quizás todo hubiese sido distinto.

La noche anterior, mientras se encontraba aún en el despacho tratando de ponerse al día con el trabajo, Khushwant le había llamado por teléfono. Era su cumpleaños, cumplía veintinueve, dentro de un año tendría treinta y sería un carcamal, ¡Dios mío, qué deprimente! Un grupo de amigos se iba a reunir en el Pink Elephant, esa discoteca nueva, cerca del hipódromo, para ayudarlo a superar la tragedia. ¡Rajat también debía ir!

Rajat le deseó un feliz cumpleaños y se excusó diciendo que estaba cansado y debía verificar unos pedidos que tendrían que haber salido el día anterior a Kanpur.

—No puedo creer lo pelma que te has vuelto. —La voz de Khushwant sonaba indignada—. Eras el tipo más descarado del mundo, incluso el año pasado, en mi

cumpleaños. Acuérdate lo bien que lo pasamos en el Taj, contigo y con Sonia, que se puso a bailar encima de nuestra mesa. ¡Arruinó el tablero de aquella mesa con sus tacones! Y cuando el gerente vino a quejarse, ella le arrojó un montón de rupias, las suficientes como para comprar dos mesas. ¡Esa chica tenía clase! Nunca entendí por qué rompisteis. ¡Y los porros que nos fumamos después en mi piso! La gente quedó tan hecha polvo que no pudieron volver a su casa. ¡Esa sí que fue una fiesta, a mi modesto entender! Y, ahora, hay que ver lo que tengo que oír. Hablas como un cuarentón y padre de dos hijos. Me hace pensar que tu compromiso ha sido una mala influencia. Esa chica, Korobi, es guapa y está muy bien, pero es demasiado seria. Y su familia, parece que tiene un templo en su casa, ¿no? ¡Es de locos! Me lo pensaría dos veces antes de emparentarme con esa mierda.

—¡No te permito que hables así de Korobi, Khush, ya basta!

—¡Bueno, bueno, lo siento! ¿Me perdonas? En cualquier caso, ¿no se ha marchado a América o algo parecido?

A Rajat le sorprendió que Khushwant se hubiera enterado del viaje de Korobi pese a todos los esfuerzos que él había hecho para mantenerlo en secreto. Así era Calcuta. Se preguntó quién más —ya está bien, tenía que ser honesto consigo mismo —... quería saber si Sonia se había enterado. Quería saber si ella se decidiría a hacer algo ahora que él se encontraba solo.

Apartó ese pensamiento. Sonia era como una infección en su sangre, que volvía para atacarlo justo cuando él creía que ya estaba curado.

—Apuesto a que se lo está pasando estupendamente por allá —le estaba diciendo Khushwant—. ¿Por qué, entonces, no les dedicas un poco de tiempo a tus viejos amigos? Todos se quejan de que no te ven desde hace meses.

Rajat sintió que iba a claudicar. También él echaba de menos a sus amigos y esa manera de divertirse locamente, como adolescentes, bebiendo sin medida, mirando a las chicas y riéndose a carcajadas de sus chistes pueriles, con el ritmo de la música metido en el cuerpo todo el tiempo.

—Tengo cosas que hacer —dijo sin mucha convicción.

—¿Qué ventaja tiene trabajar para tus padres si no puedes escaquearte de vez en cuando? No van a despedirte, ¿verdad? Solo tendrás que aguantar que te echen una bronca. Vamos, mi viejo me grita cada semana.

Rajat quería decirle que sus padres nunca le gritarían. De hecho, si su madre supiera que Khushwant lo había invitado, le diría que fuera. «Has tenido demasiadas preocupaciones, hijo. Necesitas un descanso.» Por eso mismo debía estar seguro de hacer lo correcto.

Pero Khushwant siguió machacando:

—Ven a pasar un rato, a beber un par de cervezas. Y luego te vuelves a trabajar, ¡te lo prometo! Ni tienes que vestirte de manera especial. Esta noche solo seremos chicos. Las chicas requieren demasiado mantenimiento.

Después de oír eso, hubiera sido una descortesía rechazar la invitación de



Khushwant.

—De acuerdo —dijo Rajat—. Pero solo una hora.

No había sido así, sin embargo.

Rajat marca el número del móvil de Mitra y vuelve a responder el buzón de voz. ¿No estará Mitra evitando hablar con él? La resaca vuelve a Rajat paranoico. Ya es de noche en Nueva York. ¿Dónde demonios está Korobi? Resiste las ganas que tiene de volver a marcar ese número, como lo habría hecho Sonia, y dejar un mensaje hiriente. En su lugar, marca el número de la casa de Mitra y habla con la esposa de este. Parece asustada. Un ruido de fondo, como una voz de hombre, aparece abruptamente.

—Salieron juntos —dice—. Cuando la señora Korobi regrese le diré que lo llame de inmediato. Gracias, gracias.

Y corta comunicación antes de que él pueda preguntarle algo más.

La música lo golpeó, como una ráfaga de aire caliente, en cuanto puso un pie dentro del Pink Elephant. Sus oídos, habituados a la tranquilidad que predominaba en el 26 de Tarak Prasad Roy Road, donde había pasado tantas noches, se habían desacostumbrado a esa clase de estruendo. Rayos de luz, verdes y rojos, recorrían alternativamente el recinto y se apagaban de repente, dando lugar a un instante de oscuridad donde solo brillaban diminutas luciérnagas rosadas que se movían de modo errático. Tardó varios minutos en ubicar a sus amigos, seis, que estaban apiñados a una mesa, al otro lado de la pista de baile. Se abrió paso, arrepentido de estar allí, entre las parejas que bailaban lánguidamente; pasó por delante de un *disc jockey* desmelenado que gesticulaba detrás de una pared de cristal, como un personaje de ciencia ficción; se cruzó con camareras con faldas minúsculas y pendientes de color rosa que oscilaban y brillaban en la oscuridad. Bajo los destellos de la luz estroboscópica, puntuados de oscuridad, vio a sus amigos, que aún no habían advertido su presencia, y la escena le devolvió una imagen cruel: una boca estúpidamente abierta, una mano que gesticulaba ostentando un Rolex, labios que sonreían mostrando unos dientes que había costado mucho dinero enderezar. Los retoños de unos padres que se habían deslomado por llegar a poseer mansiones y millones, mientras que estos niños de ahora ni saben cómo se llaman. Él también era uno de ellos. ¿O no?

Entonces lo vieron y lo saludaron con efusión, poniéndose de pie como si él fuera una estrella de Bollywood. Lo envolvieron en abrazos que olían a Johnnie Walker, esa fragancia reconfortante. ¡En cuantas estupideces había estado pensando! Saltaba a la vista que ellos lo querían. Eran su gente, entendían el reto de languidecer a la sombra de los titanes. No debería haberse apartado de ellos tanto tiempo.

No obstante, no podía dejar de olvidar la imagen de aquel escritorio, con tantos papeles apilados —sus obligaciones— esperándolo.

—Solo una cerveza, en honor de tu cumpleaños —le dijo a Khushwant.

Jaikishan —Jay, para abreviar— empujó una fuente con brochetas de gambas. Rajat, súbitamente hambriento, se sirvió una. Necesitaba este respiro; hundirse en

esta camaradería como quien se echa sobre cojines de terciopelo. Se marcharía después de ese trago, cogería un taxi y regresaría al despacho, llamaría a su madre y le diría que dormiría allí esa noche. Ella protestaría diciéndole que se estaba arruinando la salud, pero en el fondo estaría orgullosa de él, porque trabajaba duro para reflotar las finanzas de la familia. ¡Qué bien se sentiría mañana, con el escritorio despejado, los pedidos despachados, las facturas pagadas! Quizá incluso pudiera empezar a planificar la página web de Barua & Bose y sorprender a Korobi mostrándole a su regreso un diseño preliminar.

Las brochetas de gambas eran excelentes. Lo mismo la cerveza, tan fría que la botella despedía vapor cada vez que se la llevaba a los labios.

Entonces la vio entrar, vestida con una minifalda plateada y tacones altos, también plateados. Se quedó sorprendido al ver cuánto le había crecido el cabello. Se había puesto algo que brillaba en el pelo y que, con el movimiento, le iluminaba la piel de la cara, como si fuera de raso. La cerveza le supo agria de repente. La dejó sobre la mesa y tocó el hombro de Khushwant, señalando con el dedo.

—¡Mierda! Te lo juro, yo no le dije nada. Ni hablé con ella.

Khushwant decía la verdad. Rajat lo notó porque se puso nervioso y no articuló bien sus palabras. Pero Rajat no podía creer que fuera mera coincidencia.

—Me parece que tiene cosas más importantes que hacer —dijo Khushwant, señalando a Sonia.

Un hombre había entrado detrás de ella, un americano, decidió Rajat al ver su ropa, cara aunque informal. Era alto y rubio, con esa irritante expresión de persona confiada, típicamente norteamericana. El hombre ladeó la cabeza para decir algo y ella se echó el cabello hacia atrás, rio y le brillaron los ojos muy maquillados. No era un tipo para ella. «En una semana lo dejaría tirado.»

Rajat pidió otra cerveza. Rechazó las *pakor*s con queso *paneer* que le ofrecieron. Estaban sentados a una mesa ubicada en un rincón, las cabezas muy juntas, hablando en voz baja. ¿Qué le decía ese rubio tonto que a ella pudiera parecerle tan interesante?

Khushwant debió de advertir algo en su expresión, porque lo cogió del hombro y le dijo:

—No hagas caso. No vale la pena meterse en problemas.

Khushwant tenía razón. Rajat se volvió hacia sus amigos, alzó la botella y la vació de un trago. Jay les estaba contando un chiste. Sus chistes eran tan estúpidos que todos se tronchaban de risa. Pero, al cabo de unos minutos, Rajat no pudo contenerse y volvió a mirar a Sonia y al americano. Estaban bailando. Ella meneaba su cuerpo de esa manera desenvuelta que Rajat conocía tan bien. La mitad del salón la estaba mirando. Rajat cerró los ojos, trató de evocar el rostro de Korobi, pero sus rasgos no paraban de moverse. Sonia dio unos golpecitos en la cabina del *disc jockey* y le dijo algo; la música adoptó el ritmo suave y lento. Ahora estaba en los brazos del americano. Si se percató de la presencia de Rajat, no dio muestras de ello. Rajat

tendió la mano y cogió uno de los vasos que había sobre la mesa. El whisky bajó suavemente por su garganta e hizo que se sintiera mejor.

Algo más tarde, después de bailar unas piezas más, Sonia se marchó con el americano. ¿Adónde había ido? Rajat apostaría cualquier cosa a que no era a su casa. ¿A otra discoteca? ¿A uno de los hoteles de lujo donde la conocían tan bien que le dejaban ocupar una habitación, aunque las mujeres de buena familia no hicieran esas cosas?

No se acordaba mucho de lo ocurrido después de eso, salvo que los chistes dejaron de ser graciosos. En un momento dado, Khushwant lo metió en un taxi y le dio su dirección al chófer. Afortunadamente, todos dormían cuando él llegó a casa y pudo subir tropezando hasta su cama sin tener que contestar preguntas.

Aquí está ahora, con una jaqueca de mil demonios que le parte el cerebro, maldiciéndose por lo estúpido que fue al permitir que una mujer, que le importa un bledo, lo exasperase de esa manera.

Tuvimos que coger un taxi, a pesar de que yo no quería, pero Mitra me advirtió que si íbamos en autobús nos demoraríamos mucho y para cuando llegáramos la oficina de Desai estaría cerrada. Otro puñado de mis preciosos dólares perdido.

Ahora, Mitra y yo, en una calle tan estrecha como las callejuelas de la parte vieja de Calcuta, tratamos de abrirnos paso entre la basura que hay tirada en el suelo y las personas envueltas en mantas acurrucadas en los portales. El viento helado del atardecer arrastra los periódicos abandonados y me hace tiritar a pesar de mi abrigo. La expresión de asco en el rostro de Mitra es un reflejo de mis propios recelos. ¿Qué clase de detective tendría su despacho en un barrio como este?

En el taxi, Mitra trató de ser amable conmigo y me preguntó por mi vida en Calcuta. Pero yo ya no confiaba en él y respondí con cautela. Cuando le pregunté por mi teléfono móvil, me dijo que se estaba ocupando de ello, pero, a causa de las restricciones de seguridad, resultaba difícil obtener uno para un turista. ¿Estaba tratando de impedir que yo hablara libremente con Rajat? Una cosa era segura: tenía que depender menos de él. Al día siguiente, me prometí, compraría un plano de Nueva York, le pediría a Desai que me informara acerca de los autobuses que debía tomar y aprendería a moverme sola.

Delante de mí, un hombre, con la cabeza afeitada y tatuajes en el cuello, empuja un carrito de metal oxidado, lleno de bolsas de plástico. Trato de no mirarlo, pero estoy desconcertada. Tal vez se da cuenta de que me fijo en él. De pronto, gira y avanza pesadamente hacia mí, mascullando, con la mano extendida. Tiene las uñas azuladas y mugrientas. Parece como si tuviera las cejas quemadas. En Calcuta yo habría sabido cómo hacer caso omiso de un mendigo y, llegado el caso, habría dejado caer unas monedas en una palma extendida. Aquí no sé qué hacer. Busco a Mitra, pero se ha adelantado y dobla en la esquina del edificio. No tengo más remedio que

hacer frente al hombre, que ya casi se me viene encima.

Oigo palpar mi corazón, enderezo los hombros y grito:

—¡Aléjese! ¡Deje de acosarme!

Para que entienda lo que digo, bato las palmas. El ruido resuena en la calle, inquietante como un disparo.

El hombre no se marcha, pero al menos deja de avanzar. Eso solo ya supone una victoria. Corro para alcanzar a Mitra, trastabillando con mis inadecuadas sandalias de Calcuta. Me mira con satisfacción. ¿Me ha estado observando para saber si soy capaz de afrontar una situación peligrosa? ¿Esperaba que me echase a llorar? Me alegro de haberlo decepcionado.

El edificio de Desai, otrora de hermoso estilo victoriano, ha sido dividido en apartamentos. En el pasillo, poco iluminado por una bombilla cubierta de grasa, nos envuelve un olor a comida rancia. Detrás de las puertas se arremolinan extraños sonidos: golpes, una mujer que llora, música de flauta. Prescindimos del ascensor, demasiado viejo para fiarnos de él, y subimos tres pisos por la escalera. La oficina de Desai está en el extremo del pasillo, protegida por una puerta de ballesta. Al acercarnos, oigo voces de hombres discutiendo. Una de ellas tiene un marcado acento indio y suena enfadada. La otra es norteamericana y desafiante. Cuando Mitra llama a la puerta, se produce un silencio. Un minuto después, un hombre de unos sesenta años, con un traje pasado de moda, nos abre la puerta. Tiene el pelo lacio y largo hasta los hombros y lo lleva peinado de una forma que me recuerda las películas bíblicas. Respira hondo varias veces tratando de serenarse. Detrás de él, un hombre joven, vestido con tejanos y una chaqueta de piel, está de lo más tranquilo reclinado en una silla giratoria. Tiene un pendiente en la oreja y el pelo corto, con un corte muy moderno. Es muy guapo y se comporta como si lo supiera. Me mira con franca curiosidad. Desai recobra la calma y nos saluda. Nos presenta al muchacho.

Es su sobrino, y a ratos lo ayuda en el despacho. Burlón, me hace una reverencia y me ofrece su silla. El ordenador que Desai tiene sobre el escritorio es un modelo reciente, increíblemente elegante. Por cierto, toda la oficina está llena de aparatos ultramodernos que yo no había visto nunca. Me siento un poco mejor. Es evidente que Desai se toma su trabajo en serio.

En ese momento, Mitra coge una silla, se sienta a mi lado y se pone a escudriñar la pantalla del ordenador, al parecer muy interesado.

El señor Desai, acaso para compensar su anterior descortesía, va directo al grano.

—Como usted sabe, nos vemos imposibilitados de actuar debido a nuestra falta de información sobre el tema. No obstante, he dado con un par de pistas prometedoras. —Señala la pantalla del ordenador.

Se me acelera el pulso. En la pantalla azul, esas líneas y líneas de texto tornan muy real la perspectiva de encontrar a mi padre. De repente tengo miedo. Pero necesito que Mitra salga de la estancia.

—Tenemos también algunas posibles fuentes, que hemos de interrogar por

teléfono. Aquí interviene usted. Pero antes necesito que me proporcione algo más de información acerca de su madre...

Mitra permanece quieto y atento. Yo, alarmada, digo sin pensar:

—Por favor, ¿no podemos conversar sobre esto en privado?

Mi tono ha sido involuntariamente perentorio. Todos me miran. A continuación, el señor Desai hace una seña con la barbilla a su sobrino, que, irónico, enarca una ceja y sale por una puerta lateral que comunica con otra habitación. Mitra se pone de pie con un movimiento brusco y, ofendido, empuja su silla hacia atrás, con tal fuerza que casi la tira al suelo.

—Habremos terminado en una hora, más o menos —dice el señor Desai con tono conciliador—. Puede aguardar en la habitación contigua; Vic le traerá...

—Me marchó, puesto que la señorita Roy evidentemente no desea mi presencia. Quiero que sepa que tengo otras responsabilidades.

No me esperaba esa actitud drástica. Lo observo mientras se dirige a la puerta con paso airado.

—¡Aguarde un momento! —exclama Desai—. Ella no puede volver sola de noche al barrio donde usted vive. Usted conoce esta zona.

Semejante posibilidad me preocupa, pero no voy a suplicar a Mitra que se quede.

—Me las arreglaré —digo con más seguridad de la que siento—. Por favor, vaya y ocúpese de sus asuntos.

Cuando Mitra se marcha, Desai aprieta los labios reprimiendo un silbido.

—Se lo ha tomado como algo personal, evidentemente. Esperemos que lo supere.

—No era mi intención ser descortés con el señor Mitra o con su sobrino, pero este asunto es confidencial. La familia de mi prometido tiene especial interés en mantenerlo en...

Desai levanta las manos para atajar mis disculpas.

—Tiene usted todo el derecho a la privacidad en una cuestión tan delicada como esta. La culpa es mía por no haber tomado los recaudos necesarios. Pero cuando Mitra llamó para saber cómo llegar hasta aquí, me dio a entender que era un amigo de la familia y que estaba al corriente de todo. En cuanto a mi sobrino, no debe preocuparse por él. Este granuja tiene la piel curtida, ¡más de lo que le convendría! Le pediré que la lleve de vuelta en coche, de manera que tampoco se preocupe por eso.

Esta pequeña muestra de generosidad —la primera desde mi llegada a este país— me lleva peligrosamente al borde de las lágrimas. Pero el señor Desai es discreto, y también amable. Se pone a revolver papeles en el archivador hasta que yo, ya sobrepuesta, estoy en condiciones de seguir con nuestro asunto.

Alguien llama insistentemente a la puerta de Rajat, golpeándola con fuerza. El ruido le retumba en el cráneo como una taladradora. La puerta se abre, aunque él no

haya dado su permiso. Mira con odio al intruso. Es Subroto, el capataz. Rajat está a punto de increparlo cuando se da cuenta de que el hombre está muy alterado. Rajat nunca lo ha visto así, con la camisa fuera del pantalón y las manos temblorosas.

—¡Babu, venga, deprisa! Ha estallado una pelea en la planta de embalaje.

Es la primera vez que Rajat tiene que hacer frente a un problema de esta naturaleza. Su trabajo consiste en llevar la contabilidad y tratar con los clientes. Es su padre quien trata con los obreros. Pero en este momento se halla en Medinipur, en una aldea remota. Rajat, seguido por Subroto, se dirige a toda prisa al sector de embalaje tratando en vano de recordar si su padre había mencionado alguna vez peleas en el depósito. Ve las mesas de embalaje patas arriba y fragmentos de loza y astillas de madera esparcidos por el suelo. No hay nadie en sus puestos de trabajo y ve mucha gente apiñada en el centro del recinto. Algunos advierten su presencia y un grito atraviesa la multitud.

—¡Rajat-babu está aquí! ¡Babu está aquí!

Los rostros se vuelven hacia él, rostros de hombres lo bastante mayores para ser su padre, arrugados y cansados pero llenos de inocente esperanza, como si él fuera su salvador. No saben que no tiene la menor idea de lo que hay que hacer en una situación como esa. Siente vértigo, de puro pánico. Pero es consciente de que lo primero que debe hacer es ocuparse de la pelea, que, a juzgar por los gritos y los golpes que oye, es feroz. Se abre camino entre la multitud, que, como las aguas del mar Rojo, se aparta para dejarlo pasar, de manera que en instantes —demasiado pronto— se encuentra en el epicentro y, horrorizado, siente la sangre en el suelo que se le pega a la suela de los zapatos.

Afortunadamente para Rajat, el segundo de Subroto, Abinash, el fornido subcapataz, tiene la situación prácticamente controlada. Siguiendo sus órdenes, los obreros han separado a los tres hombres, que deben de haber sido los culpables de todo aquello. Se gritan insultos a la cara, todos están sangrando mucho, le parece a Rajat, que no tiene mayor experiencia; uno tiene una herida en la cabeza, otro un corte en un brazo. Al tercero parece que le han roto la nariz. Rajat conoce esas caras, aunque ignora sus nombres. No recuerda haber tenido problemas con ellos anteriormente. O con los demás. Los obreros de los Bose están bien pagados, ganan un salario superior a la media; tienen té y bocadillos gratis en la cantina; cada año sus familias reciben ropa nueva de regalo. Entonces, ¿por qué ocurre esto?

Rajat traga la bilis que sube hasta su boca y le dice a Subroto que llame a una ambulancia. Le grita a otro que vaya en busca de un botiquín. Pero, como nadie recuerda dónde se guarda, Rajat debe pedirle a Abinash que corte en tiras una de esas colchas bordadas traídas de Assam y que valen tanto dinero. El chico que sirve el té corre a buscar un hervidor con agua caliente. De esta manera consiguen restañar y vendar las heridas de los contendientes. Mientras aguardan la llegada de la ambulancia, Rajat trata de reconstruir, a partir de un coro de voces que se contradicen unas a otras, lo que ha ocurrido.

La planta de embalaje disponía de una radio, que normalmente estaba sintonizada para escuchar las alegres canciones de Bollywood. A los hombres les gustaba escucharlas, y cantarlas, mientras trabajaban. Subroto supervisaba la radio y cambiaba de emisora cuando era necesario. Pero hoy se había ido al lavabo y en ese momento la música fue interrumpida por un boletín de noticias. Justo cuando las autoridades pensaban que los enfrentamientos entre hindúes y musulmanes, en Gujarat, estaban controlados, otro foco de disturbios se había producido en Ahmedabad. El locutor describió algunas de las atrocidades cometidas. Uno de los heridos, un hindú ya mayor, había dicho que, desde la Partición, los musulmanes no dejaban de causar problemas. El hombre que trabajaba a su lado, un musulmán, se había opuesto con firmeza a sus palabras y le había recordado que los hindúes habían incendiado Gulburg unas semanas atrás. Los ánimos se fueron caldeando, se oyeron los primeros gritos y empezaron a saltar palabras como chispas hasta que cayó la última, como una bomba incendiaria: Godhra. Entonces, los hombres, entre ellos algunos que habían trabajado codo con codo durante décadas, empezaron a empujarse y a propinarse puñetazos. Un musulmán empujó a un hindú, que cayó hacia atrás golpeándose la cabeza contra el cemento. La visión de la sangre enloqueció a los hindúes. Varios se arrojaron sobre el musulmán, gritándole y pegándole hasta que le partieron la nariz y lo derribaron, haciendo caso omiso de los capataces, quienes les ordenaban que dejaran de pelearse. Lo que sucedió después no estaba claro, pero en un momento dado uno de los musulmanes había cogido un cúter y había atacado al hindú abriéndole un tajo en el brazo.

Justo cuando se oye la estridente sirena de la ambulancia que anuncia su llegada, suena el móvil de Rajat. Es una llamada a cobro revertido de Korobi. ¡En el peor momento! Le dice susurrando que la llamará en cuanto pueda. Sí, sabe que es tarde en Estados Unidos, y, sí, comprende que ella no desea que la llame, para no molestar a los Mitra. Pero él está en medio de una emergencia. No, no está herido, pero ahora no puede hablar. Apaga el teléfono; está enfadado y asustado, se siente mezquino. Su jaqueca ha empeorado. Tendrá que tomar otra aspirina cuando regrese a su despacho.

Se llevan a los heridos a las urgencias de una clínica. Rajat tiene ahora que tomar algunas decisiones difíciles. Ciertos individuos deben ser castigados, otros reconfortados. Una cantidad significativa de objetos inventariados ha quedado destruida, entre ellos algunas valiosas estatuas de terracota, y habrá que sancionar a las personas implicadas. Esto último debe hacerse como corresponde, para que los obreros vean que él es estricto, pero que también es justo. Sin embargo, ¿cómo encontrar este delicado equilibrio? Rajat no lo sabe. Entonces, les dice a los hombres que pueden marcharse a comer y pide a los capataces que se presenten en su oficina dentro de media hora. Mientras, trata de comunicarse con su padre. Pero el señor Bose debe de estar en una aldea sin cobertura, pues no contesta. Rajat no quiere llamar a su madre, quien se pondrá loca de inquietud y le hará millones de preguntas. Aunque es, por lo general, una persona que sabe mantener la calma, le entra el pánico

en cuanto cree que sus hijos corren peligro. Podría insistir en venir y él, ahora, no puede ocuparse de ella. No tiene salida. Tendrá que asumir el papel de jefe.

Cuando Subroto y Abinash llegan al despacho, Rajat les dice que eso no debe volver a ocurrir, nunca más. Con ese fin, deberán introducir cambios en la planta. Los hindúes y los musulmanes trabajarán separados, en sectores diferentes, y se les asignarán tareas distintas. Abinash asiente, pero Subroto duda. Advierte que ellos se verán obligados a reorganizar todo el sector de trabajo y a cambiar de sitio máquinas y terminales. Será complicado. No solo perderán días, que implican trabajo y dinero, sino que, además, a los hombres no les va a gustar. Se han habituado a realizar determinadas tareas. Cada uno tiene su especialidad: desembalar, limpiar, pulir, retocar la pintura, cargar. Se resistirán a aprender técnicas nuevas. No soportarán trabajar con personas nuevas. Algunos hace años que comparten tareas con los mismos compañeros de equipo. Subroto está seguro de que el incidente de hoy es un caso aislado. La dirección no debe reaccionar de manera exagerada. Abinash y él velarán para que esto no vuelva a ocurrir. Controlarán mejor el tema de la radio, quizá podrían instalar un reproductor de CD con canciones de películas. Subroto tiene una sugerencia que hacer: tal vez Rajat-babu pueda contratar a otro supervisor, ¿uno musulmán esta vez? Conocen a uno, Faizal, un buen hombre, pueden hablar con él.

Rajat niega con la cabeza. No puede dejar de pensar en la sangre en el suelo, ese rojo irreal en sus zapatos, pegajoso y resbaladizo al mismo tiempo. Le da náuseas otra vez.

—No deseo correr riesgos. Separad a los hombres. Además, quiero que me deis una lista de todos los involucrados en la pelea. Los multaréis con el equivalente de un día de salario. En cuanto al hombre que le hizo un tajo en el brazo a su compañero, despedirlo.

Subroto y Abinash intercambian miradas inquietas.

—Babu —dice Abinash—, es difícil determinar quién participó en la pelea y quién no. Aquello fue un lío descomunal. Y el hombre que usó el cúter, Alauddin Miah, hace mucho tiempo que trabaja con nosotros. Ocupa un cargo importante en el sindicato y tiene mucha influencia entre los obreros musulmanes. Podríamos tener problemas si lo despedimos.

—Es un buen empleado —añade Subroto—. Nunca antes había hecho algo así. Estaban golpeando a su sobrino, le habían partido la nariz, quizá fue por eso por lo que reaccionó con tanta violencia.

—Cualquiera que sea el motivo —dice Rajat—, atacó a un hombre con un arma y podría haberlo matado. ¿Os podéis imaginar el problema que tendríamos ahora si un hombre hubiera sido asesinado en nuestro edificio, en particular un hindú? —Piensa en la frágil relación de sus padres con el señor Bhattacharya y se estremece—. ¿Cómo podemos permitir que suceda algo así y no castigarlo con severidad?

—Por favor, ¿por qué no lo consulta primero con Barababu?

Rajat suspira con frustración.



—No hay modo de localizarlo. No podemos retrasar excesivamente nuestra decisión, de lo contrario se interpretaría como un signo de debilidad de la dirección.

—¿No podría esperar hasta la semana que viene? Para entonces su padre ya habrá regresado. Puede hablar con los hombres. Fue él quien contrató a la mayoría de ellos. Estoy seguro de que lo escucharán.

La cabeza le duele mucho más que antes, es como si le cortaran el cerebro con una sierra. A pesar de que él, Rajat, también querría que su padre se ocupara de todo este lío que le ha caído encima, de repente se cabrea.

—Barababu me dejó al mando. ¿Estáis diciendo que no soy capaz de manejar este asunto? ¿Que no sé hablar con los hombres?

—No, Rajat-babu —tartamudean los capataces al unísono.

—¡Entonces, haced lo que os digo!

Cuando la puerta se cierra tras ellos, Rajat se quita los zapatos —no los soporta más—, se dirige al pequeño aseo contiguo a su despacho y se echa agua en la cara. ¡Cómo le gustaría volver a casa y acostarse! Tiene que demostrar —quizá más a él mismo que a los demás— que es capaz de asumir la dirección. Piensa en intentar llamar una vez más al número de su padre, pero después de echar un vistazo al reloj —es más de medianoche en Nueva York—, telefonea a casa de los Mitra.

Korobi coge el teléfono a la primera, ¡gracias a Dios! Debe de haber estado sentada junto al aparato, esperando su llamada. Se la imagina pasándose los dedos por esos rizos rebeldes que él adora, muerta de cansancio, pero obligándose a permanecer despierta porque no puede dejar pasar un día más sin hablar con él. La ira se aleja de Rajat. En su lugar aparecen el miedo y la soledad, y, aunque no se lo había propuesto, empieza a contarle a Cara todo lo sucedido en el depósito.

—¡Oh, Rajat, qué peso tan horrible para ti!

Se relaja un poco. La compasión de Cara es como una brisa de aire fresco que entra en el túnel de una mina. Pero, entonces, ella añade:

—Espero que puedas comunicarte enseguida con papá y pedirle consejo.

¿También ella duda de su capacidad? Advierte con irritación que la voz de Cara, lejana y apagada, no refleja tanta aflicción como él quisiera. ¿Y eso? ¿Ha sido un bostezo? Sus mundos ya se han escindido, ella está en un país donde es de noche mientras que en el de él es de día, y ambos son incapaces de medir verdaderamente el sufrimiento del otro. Le recuerda un cuento espeluznante que le contaron en su infancia: un príncipe y una princesa se hallaban cautivos en un palacio encantado. La maldición consistía en que cada vez que uno de ellos despertaba, el otro seguía dormido. Aunque se enamoraron mirándose, no podían expresar sus sentimientos ni comprender lo que el otro estaba padeciendo. Gracias a un par de genios casamenteros, la historia tuvo un final feliz. Pero ¿dónde están los genios que recorrerán la distancia polvorienta que se abre entre Rajat y Cara?

Muy a mi pesar, siento que me estoy durmiendo mientras escucho a Rajat. Sacudo la cabeza, me pellizco un brazo, ahogo un bostezo con la esperanza de que Rajat no lo haya notado. Estoy preocupada por los conflictos en el depósito, preocupada por Rajat, no quiero que se equivoque peligrosamente, pero nunca he experimentado esta lasitud, que se apodera de mí como un maleficio. Quizá mi cuerpo esté deseando escapar, de la única forma que conoce, de este país donde no soy querida.

Ahora, en un tono áspero, impaciente, me pregunta:

—¿Ha encontrado algo ese detective?

—¡Sí! —respondo con repentino entusiasmo, pero trato de no levantar la voz. Los Mitra están dormidos, que es precisamente lo que quiero—. El señor Desai ha reducido nuestra investigación a treinta personas con el mismo nombre de pila, que estudiaban o trabajaban en la universidad en la misma época que mi madre.

—¡Treinta! —exclama furibundo—. ¡Será imposible investigarlos a todos!

—Sí. Tendremos que seleccionarlos cuidadosamente. Voy a telefonar y a ubicar a los que fueron profesores de mi madre, o a una secretaria o un jefe de estudios que pudieran conducirnos hasta mi padre, o al menos a quienes pudieron ser amigos de mi madre.

—¡Más fuerte! Apenas te oigo.

—No quiero despertar a los Mitra. También estamos trabajando con la foto... Si no fuera tan borrosa...

—No parece que dispongas de nada concreto —masculla Rajat con dureza.

—¡No lo hago tan mal! —digo, más a mí que a él—. El señor Desai ya ha escogido a uno para que yo le haga una visita. Es un hombre que estudió en Berkeley y tenía una novia de la India, pero más tarde se casó con otra. Vive relativamente cerca de Nueva York, en Boston. ¿Recuerdas que mi madre había mencionado planes para irse a vivir a la costa Este?

—¡Boston no queda cerca!

Me decepciona que no se sienta feliz por mí.

—Es arquitecto. Iré a verlo en cuanto podamos concertar una cita.

—¿No crees que antes de desplazarte hasta Boston deberías llamarlo y hacerle algunas preguntas?

—El señor Desai no lo cree conveniente. Con frecuencia las personas no contestan preguntas sobre cuestiones delicadas por teléfono. Porque han construido una nueva vida y no desean confesar los vínculos que tenían en el pasado, o porque temen que alguien pueda presentar una demanda de reconocimiento de paternidad o hacerles chantaje. Si la persona desconfía, es casi imposible lograr que acepte conversar contigo cara a cara. Y es precisamente al hablar cara a cara con alguien cuando puedes saber si está mintiendo.

Al cabo de un breve silencio, Rajat dice:

—No siempre es así, ni siquiera en el caso de personas con más experiencia que tú.

—Vic me acompañará. Asegura que es un buen detector de mentiras.

—¿Vic? —pregunta Rajat con la voz tensa—. ¿Quién es ese?

—Es el sobrino del señor Desai y su ayudante. El señor Desai le ha dicho que me lleve en su coche a Boston y me traiga de regreso. Me trajo aquí anoche.

—¿Por qué no lo hizo Mitra?

La sospecha que percibo en la voz de Rajat me molesta. Me digo a mí misma que ha tenido un día estresante.

—Mitra tuvo que marcharse. Por eso Vic me acompañó en su coche.

—¡Vic! ¿Qué nombre es ese para un indio?

—¡No lo sé! —Esta vez no puedo reprimir un suspiro de exasperación—. ¿Por qué te interesa tanto?

Tras una pausa, Rajat afirma enérgicamente:

—¡No me interesa! Me preocupa porque veo que confías demasiado en la gente.

—¡No es verdad! —replico.

—Mitra no debió dejarte sola en esa oficina. Y ¿por qué aún no te ha dado el móvil para que puedas hablar conmigo desde tu habitación? Tendría que ser él, quizás, el que vaya contigo a Boston.

Reprimo un escalofrío.

—No puede —susurro—. Recuerda que tu madre no quiere que se entere de estas cosas. Por otra parte, se ha comportado de una forma... Me crea problemas. Te llamaré mañana desde el despacho de Desai y te lo explicaré.

—¿Estás bien, Cara? —Rajat parece sinceramente preocupado—. ¿Mitra te trata mal?

Justo ahora, con todos los problemas que tiene, vengo yo a traerle otra preocupación.

—Estoy bien, de verdad.

Tras otra pausa, increíblemente larga, Rajat dice:

—¿De qué te servirá saber si el hombre de Boston miente, si es tu padre, pero no desea admitirlo?

También yo me he formulado esa pregunta. No tengo la respuesta, pero, aun así, contesto:

—Entonces sabré que no debo seguir buscando. Y que debo regresar a Calcuta.

Rajat está esperando a que Korobi le diga que lo quiere, pero solo le dice que está agotada y cuelga. Se hace el silencio, y él se sienta y se agarra la cabeza con las manos. Le preocupa la idea de que un desconocido la lleve en coche a Boston. Ha comentado que Mitra le ha estado creando problemas. ¿Qué significa eso? Rajat deberá hablar con él, poner las cosas en claro. Dijo que si su padre le mentía, regresaría a la India.

¿Por qué no dijo «regresaré a tu lado»?

Sin embargo, lo que más le molesta, y que se le ha clavado dentro como una espina envenenada, es ese comentario: «Al hablar cara a cara con alguien puedes saber si está mintiendo.» Porque él, con Sonia, no lo había sabido, a pesar de que la gente se lo había advertido. Ella lo miraba a los ojos, pasaba la yema de los dedos por su pecho desnudo y juraba que lo amaba. Y él se lo había creído.

Oye ruidos que llegan de abajo: están limpiando la sala, cambiando de lugar las mesas de trabajo. Oye quejas. Tiene que bajar de inmediato y dar una explicación a los hombres. Debe hacerles comprender que los cambios son en beneficio de ellos. Debe asegurarles que la familia Bose los protegerá siempre. Pero las palabras que necesita para llevar a cabo esta inmensa tarea se han evaporado de su mente.

Alguien llama a la puerta. ¿Pero es que no lo van a dejar en paz?

—¿Quién es?

Nadie contesta. Se le acelera el pulso. ¿Será uno de los obreros, un pariente del hombre despedido, que viene a vengarse?

—¿Quién es? —grita—. ¿Quién?

La puerta se abre apenas. Es el chico de los recados. Temeroso, sostiene una bandeja con una taza de té y un plato con galletas dulces.

Rajat exhala todo el aire contenido.

—¡Santo Dios! Entra, no te morderé.

El chico avanza titubeante. Cuando apoya la bandeja sobre la mesa, le tiemblan tanto las manos que un poco de té se vuelca en el platillo.

—Lo siento, Babu.

Nervioso, el chico limpia la bandeja.

—¿Quién te ha dicho que me lo traigas?

El chico retrocede hacia la puerta.

—Nadie. Usted no ha comido, por eso he pensado...

Se le apaga la voz.

—No te marches. —Rajat bebe un sorbo. ¡Excelente té! Muerde una galleta y se da cuenta de que tiene hambre.

El chico mira comer a Rajat y una gran sonrisa, que deja ver sus dientes torcidos, aparece en su rostro. Es delgado y fuerte, lleva puestos unos *shorts* descoloridos y una camisa de algodón a la que le faltan dos botones.

—Me alegro de que le guste, Babu. —Abre la puerta para marcharse.

—Aguarda, permíteme pagártelo.

Rajat saca su cartera.

—¡Oh, no Babu, para usted es gratis! ¡Usted es el dueño!

Rajat le extiende un billete de veinte rupias.

—Esto, entonces, es para ti. Por ser tan considerado.

El chico, nervioso, desplaza el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No, Babu, yo solo he querido hacer algo por usted.

Vaya con este muchacho que llega como una brisa fresca en medio de una pesadilla sofocante.

—¿Cómo te llamas?

—Munna.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce. O es lo que cree mi madre.

Insistiendo un poco, Rajat se entera de que Munna vive en las chabolas que están junto a la estación Sealdah. Su padre murió hace unos años. Su madre y dos hermanas trabajan como sirvientas. Munna fue a la escuela hasta el cuarto curso. Después tuvo que ponerse a trabajar. Es capaz de leer un poco.

Rajat piensa en Pia, que tiene la misma edad que este chico, en la fortuna que la protege de las desgracias.

—¿Qué es lo que más te apetece comer?

Munna se entusiasma. Como si Rajat hubiera tocado su tema preferido.

—Los *mughlai parathas* de la tienda de la esquina. Kesto los fríe hasta que quedan bien crujientes. El pan es muy blandito y, si se lo pides, dentro les pone huevo, chile verde y cebolla. Te da incluso salsa de tomate picante. Si lo desea, puedo ir corriendo a comprarle uno.

—¿Cuánto cuesta?

—Cuatro rupias cada uno.

Rajat saca un billete de cien rupias.

—Cuando hoy salgas del trabajo, quiero que compres *parathas* para toda tu familia. Y dulces. Diles que es un regalo que les hago. Mañana me contarás si les ha gustado.

El chico protesta, pero no mucho esta vez. Rajat pone un billete en su mano. ¡Qué ojos tan grandes y brillantes tiene! ¿Cuándo ha sido la última vez que Rajat vio a alguien tan feliz?

Cuando el chico se ha ido, Rajat se acaba el té y las galletas. Se pone de pie y piensa que a partir de ahora podrá manejar la situación.

Desai, Vic y yo estamos en el despacho diseñando estrategias, un insólito entusiasta triunvirato, muy ilusionados los tres porque Vic y yo vamos a conocer a Rob Evanston, el arquitecto de Boston. Dentro de unos minutos, Vic llamará a su oficina para confirmar la cita de Evanston con el señor Vic Pandey y su esposa. Viajaremos a Boston por la mañana y regresaremos por la noche. Nadie ajeno a este despacho, salvo Rajat, lo sabrá. Entonces, tal vez, y digo solo tal vez, mi búsqueda habrá concluido.

Ahora Vic forma parte del equipo. Cuando Desai le pidió que me llevara a Boston en su coche, respondió: «Solo si me contáis de qué va.» El modo en que lo dijo fue un alivio, pues ahora podemos hablar abiertamente delante de él. Es amable, pero sin que se note. La primera noche se dio cuenta perfectamente de cuál era la situación en casa de Mitra y se ofreció a llevarme en coche cuando lo necesitara. Le di las gracias, pero no deseaba comprometerme. Finalmente llegamos a un compromiso: yo iría en metro a la oficina durante el día y él me traería de vuelta en coche por la noche.

Estoy agradecida por este encuentro previsto para mañana, ya que nada de lo que hemos intentado hasta ahora ha dado resultado. He llamado infinidad de veces a la universidad desde el despacho de Desai, tratando de encontrar a las personas que conocían a mi madre. Muchos se han jubilado o marchado a otra parte. Otros desconfían o están ocupados. Algunos directamente me cuelgan. La mayoría de los que están dispuestos a hablar no recuerdan a Anu Roy, pues, obviamente, son tantos los estudiantes extranjeros que han pasado por Relaciones Internacionales en los últimos veinte años... Unos pocos la recuerdan como alguien cortés e inteligente, pero reservada. Lamentaron su muerte. Ninguno recuerda haberla visto con chicos. Nadie sabe dónde vivía. En Servicios Estudiantiles tienen a Anu Roy en el ordenador como una antigua estudiante, pero hace mucho tiempo que no se registran nuevos datos. Vic tampoco tuvo éxito con las actas de matrimonio. Ni nadie ha respondido a los anuncios que Desai ha puesto en los periódicos indoamericanos solicitando a quienes conocieron a Anu Roy que se den a conocer y prometiendo una recompensa. Las huellas que mi madre pudo haber dejado tras ella han sido eficazmente ocultadas por el polvo del tiempo. Voy a necesitar un milagro para encontrar a mi padre.

A veces, para distraerme de mis problemas, observo a Vic, que cuando no sale a investigar trabaja en la misma habitación que yo. Me parece alguien fascinante. Se desenvuelve con aparente facilidad en el laberinto que es América. Me contó que el restaurante que tiene con un par de amigos está a punto de quebrar; que Desai es el único pariente con el que se habla. ¿Qué le permite desprenderse tan fácilmente de dificultades que a mí me habrían hundido?

Uno de mis problemas es mi situación en casa de los Mitra. La noche de mi poca satisfactoria conversación telefónica con Rajat, después de haber colgado reparé en que la puerta del dormitorio de Mitra estaba entreabierta. Me pareció ver una sombra

detrás, en la oscuridad. Estuve segura de que no era Seema. Furiosa y asustada, me fui a mi cuarto a toda prisa, preguntándome cuánto había escuchado y cuánto había revelado yo. ¿Por qué me estaba espiando? Ya en mi habitación, empujé las cajas más grandes contra la puerta, formando una barricada, sin importarme si Mitra escuchaba los ruidos.

Desde entonces evitamos cualquier contacto, pero su fastidio cada vez que me ve impregna todo el apartamento como el olor a comida quemada. Llega tarde por las noches y se queda encerrado en el dormitorio, desde donde a veces me llega el resonar confuso de su voz hablando por teléfono. Aún no me ha dado mi móvil. Cuando le planteo el tema, dice que se está ocupando de ello. Emplea expresiones como «patria», «seguridad» y «Ley Patriótica». No le creo. Me gustaría decírselo en la cara y marcharme furiosa de aquí. Pero ¿adónde iría? No tengo dinero. Además, pienso en la pobre Seema, que me sigue por toda la casa como un perrito extraviado.

—¿Ya te vas? —me pregunta cada mañana con voz lastimera—. Hoy trata de volver pronto. Estoy preparando algo especial para la cena.

Ahora, por fin, hay un destello en la oscuridad. Repasamos el plan una vez más. Vic y yo fingiremos ser una pareja de recién casados ricos que desean construir una casa. Necesitamos un arquitecto, por eso hemos solicitado una entrevista con Evanston.

—No olvides que debes actuar como la hija de un hombre rico que ahora es la esposa de un hombre rico —me recomienda Desai—. De ese modo, Evanston se mostrará dispuesto a contestar tus preguntas, incluso las que puedan ser algo indiscretas sobre su pasado. Le darás la impresión de que estás acostumbrada a despilfarrar el dinero.

A Vic le dice:

—¡A ti eso no te costará nada! ¿Qué coche conduces ahora? ¿Ese BMW que te llevará directamente al hospicio?

Vic lo mira ofendido. Me río; me encanta cuando bromean. Pero también siento un poco de celos. Yo nunca he tenido una relación como esa con nadie de mi familia. En un lugar de mi mente coloco una pequeña esperanza, como una vela sobre un altar: que mi padre sea una persona con sentido del humor.

—Deja que hable ella —le indica a Vic—. Tú observa a Evanston, estate atento cuando ella pronuncie el nombre de su madre.

—¿Y si no reacciona? —pregunto.

—Ante una cuestión así cualquiera reacciona —explica Desai—. Tú solo tienes que saber leer su reacción. —Coge a Vic por la manga de la chaqueta—. Tú ven conmigo. Voy a preparar yo el almuerzo para todos (la receta de *pau bhaji* de tu madre) antes de vuestra aventura bostoniana, y necesito a alguien para picar las cebollas.

Vic protesta, pero deja que su tío se lo lleve.

Me quedo mirándolos con una sonrisa hasta que se marchan por la puerta lateral.

Últimamente me descubro pensando en Vic en los momentos más inesperados, quizá porque es un enigma. La primera noche, cuando se disponía a acompañarme a casa de Mitra, Desai lo apartó. «Cuidado —oí que le decía en voz baja—. Límitate al plano profesional.» ¿Qué quiso decir? Pero no voy a pensar en eso ahora. Ya es hora de llamar a Rajat.

El día que descubrí que Mitra me espiaba, le pregunté a Desai si podía usar su teléfono. «Pagaré la llamada, por supuesto», añadí algo incómoda. En la India yo nunca había pedido favores. Los había exigido, como hace la gente con las personas a las que los une la sangre y el amor, sin darme cuenta de lo afortunada que era.

No sé qué fue lo que Desai vio en mi rostro, pero aceptó sin preguntar el motivo. Me dijo que incluiría el importe en mi factura, aunque sospecho que no lo va a hacer. ¡Qué raro es el mundo! Nunca sabes quién va a ser tu amigo y a quién vas a odiar.

Deseo hablar con mi abuela, sola en esa casa tan grande ahora que mi abuelo y yo no estamos. Pero es demasiado tarde, ya pasa de la medianoche en la India. No quiero despertarla, seguramente está durmiendo.

Rajat, afortunadamente, no es alguien que se acueste temprano. Espero encontrarlo en su dormitorio, si no mamá querrá hablar conmigo. La última vez, cuando reconocí que aún no habíamos descubierto nada, el zumbido de su silenciado «te lo dije» me llegó a través de la línea.

El teléfono suena repetidas veces, lo cual me sorprende. Rajat siempre lo coge cuando ve que es una llamada de América. ¿Estará con sus amigos, en un lugar bullicioso? Eso espero: necesita alegrarse un poco. Ha estado con el ánimo por los suelos a causa de los conflictos en el depósito. El teléfono suena y suena —un sonido lejano, inútil—, y, cuando me dispongo a dejarle un mensaje, él, con voz pastosa de sueño, atiende:

—¿Sí? ¿Sonia?

El pasillo, débilmente iluminado, se extiende más allá de su vista. Anda por ahí arrastrando los pies. Se encuentra muy cansado estos días. Es injusto que en el sueño —porque eso es lo que es y él lo sabe— tenga que estar tan agotado como cuando está despierto. Reconoce el pasillo, distorsionado como si lo estuviera mirando por un objetivo ojo de pez: está en el depósito. El lugar está cerrado. Y él se halla solo.

No, Rajat. Observa las sombras en la pared que se mueven hacia ti: un grupo de obreros. Apartan la vista cuando pasan, mascullan algo a modo de respuesta a tu saludo. Es lo que han estado haciendo toda la semana. Se ha cruzado con corrillos de gente que, durante la pausa de descanso, habla en susurros vehementes, airados. Evitan mirarlo. Antes del incidente, se empujaban para acercarse y ofrecerle *salaams* o decirle: «*Namaskar*, Babu, ¿se encuentra bien hoy?» ¿Por qué se niegan a entender que si él ha impuesto esos cambios es porque desea evitar que se hagan daño unos a otros? En lugar de eso, se enfadan con Abinash, dicen que las nuevas tareas son



difíciles de aprender.

¿Qué son estas sombras trémulas que avanzan por el suelo hacia él? El grupo que antes pasó por su lado en el pasillo regresa. Las sombras lo alcanzan, los dedos tiran de su camisa. ¡Qué impertinencia! ¿Acaso no es él Rajat Bose, su patrón? Empapado de sudor, agita el puño, se topa con carne. ¡No se atrevan a tocarme! Pero ¿no va a dejar de sonar este teléfono? ¿Nunca me va a dejar en paz? Se despierta con el nombre de Sonia en los labios.

—Soy yo, Korobi —dice con un hilo de voz alterada.

—Perdona, tenía una pesadilla.

—¿Con Sonia?

Siente la tentación de decir que sí y ser absuelto. Una mujer celosa, encima de todos los problemas que tiene, es demasiado. Pero se abstiene. Su relación con Cara es lo más puro que hay en su vida.

—Soñaba con el depósito.

—Lo siento —dice ella, inmediatamente arrepentida—. Cuéntamelo todo.

—He estado con esto todo el día. No deseo volver a lo mismo.

—Pero, cariño, necesito saberlo. Me siento tan desconectada de ti...

Algo de lo que dice le molesta, pero ella tiene razón. Suspira y le hace un breve resumen, saltándose las partes más dolorosas: que, cuando vio los ojos asustados de su madre al contarle lo ocurrido, comprendió que había cometido un error, y que su padre, preocupado, ha interrumpido su viaje y regresa mañana de Medinipur con solo una parte de la mercancía que había ido a comprar; que cada día hay más obreros que están de baja por enfermedad y el depósito no para de perder dinero. Tiene la impresión de que debe cambiar su actitud, pero ¿cómo hacerlo sin que parezca débil? Con esfuerzo, se obliga a concentrarse en la voz de Korobi, ese frágil lazo que aún existe entre ambos.

—Háblame de ti.

—Mañana voy a Boston, a conocer al arquitecto.

—¿Con ese Vic?

—¿De qué otra forma podría ir?

Se abstiene de decir «que no vaya a intentar algo contigo» y pregunta:

—¿Por qué llamas tan tarde?

—Llamo del despacho de Desai. Acabamos de revisar los planes para mañana.

—¿Mitra aún no te ha dado ese móvil? ¡Lo llamaré mañana y le cantaré las cuarenta!

—¡Por favor, no lo hagas! Se enfadará más y yo pagaré los platos rotos. Volveré a hablar con él...

—Cara, no puedes dejar que la gente te trate mal. Pensarán que eres débil y la próxima vez te tratarán peor.

Se queda callada. Él puede sentir su desacuerdo, que vibra como el calor a través del éter. Entonces, añade:

—Está bien, le daré dos días más.

—¿Has averiguado por qué los Mitra van tan cortos de dinero? El otro día, Seema se quejaba de que él no le da suficiente para las compras de la comida.

—No lo entiendo. Mamá les ha enviado pagos suplementarios. Y sé que también dinero para sus gastos. Además, le pagué el teléfono por adelantado. Algo raro está sucediendo.

—Trataré de averiguarlo a mi regreso de Boston. Quizá pueda pedirle a Vic que me lleve a ver la galería.

Rajat hace una mueca. ¡Otra vez Vic!

—Llámame desde Boston tan pronto como hayas terminado tu entrevista con el arquitecto. No importa si es tarde. Tal vez yo debería llamar a Desai. Pedirle que le recomiende a su sobrino que cuide de ti.

—¡No, por favor! Sería insultante. No tienes que preocuparte. Ahora debo colgar. ¡Te quiero!

A continuación, él se sienta con el móvil en la mano, sin el menor vestigio de sueño. Su declaración, al final, sonó apresurada y superficial. Ahora recuerda lo que antes le había molestado. «Cariño», le había dicho, una palabra que nunca había empleado antes. Hace pocos días que ha llegado, ¿y ya emplea esa palabra afectuosa tan típicamente americana?

No consigue descansar. La ropa de cama le pesa como una lona. Deambula por el salón, saca un bloc, empieza a bosquejar la página web. Aquí, en el centro, pondrá el *slide show* (la presentación de fotografías); aquí, en la parte superior, el nombre en estilo caligráfico. Los comentarios de clientes satisfechos aparecerán al pie de la página y se deslizarán hacia arriba. La gente podrá clicar en la barra lateral para leer la historia de la galería y los pintores famosos que su madre ha lanzado.

No sabe en qué momento salió de su dormitorio. No la oyó. Sus movimientos son los de una persona mucho más joven. No se sobresalta cuando siente que la mano de ella se posa, fresca, en su nuca. La conoce bien desde las noches febriles de su infancia.

—¿Qué pasa, hijo? ¿No puedes dormir?

Piensa un instante antes de contarle sus cuitas. Su congoja por los problemas que él, con la mejor de las intenciones, les ha creado en el depósito. El comportamiento indescifrable de Mitra. La actitud de Cara, a la que siente como si se alejara de él atraída por otra órbita, más magnética. Pero todo es tan apacible aquí, con la luz de la lámpara concentrada en el bloc que tiene sobre las rodillas iluminando el diseño de la página web.

—¿Tienes unos minutos, mamá?

—¿Para ti? ¡Qué pregunta!

—Entonces te enseñaré lo que he proyectado. Está empezando a cobrar forma. Los clientes pueden clicar aquí para hacer sus pedidos por internet. Aquí pueden chatear con un representante. Y aquí pueden ir a «Sobre nosotros», donde voy a

colgar tu foto y tu biografía.

Su madre trae unos vasos altos con agua fresca. Se sienta a su lado y apoya la cabeza en el hombro de él. Recuerda que ella hacía eso cuando él era niño y escuchaba los cuentos que ella le contaba. Por entonces la cabeza apenas le llegaba a la mitad del brazo de su mamá.

—Se ve estupendo, hijo. Sé que lograrás que se convierta en un gran éxito.

El amor que siente por ella es tranquilizador, simple, verdadero, en el que no caben ni la desconfianza ni la irritación. ¿Por qué no puede sentir lo mismo por Korobi?

Ha sido un mal día. Por la tarde llega un extracto del banco. La cuenta tiene menos dinero del que Sarojini había supuesto y aún no ha pagado todas las facturas relacionadas con el viaje de Korobi a América. Junto con el extracto le han enviado una nota recordándole que pronto deberá abonar los impuestos inmobiliarios. El cartero se marcha y enseguida —demasiado pronto como para que sea una coincidencia— Bahadur anuncia la llegada de una inesperada visita. Está aguardando fuera. Sarojini sale al patio y se encuentra con un hombre bajo y sudoroso, vestido con un traje de poliéster blanco, que examina la casa y escribe en un grueso cuaderno negro. De vez en cuando se seca el cuello con un pañuelo a cuadros.

Se presenta como el señor Saxena, de la inmobiliaria Saxena e Hijos, y está interesado en comprar la propiedad de los Roy. Piensa levantar un bloque de apartamentos y le dará a Sarojini uno en propiedad, en la planta que ella prefiera. Además, le pagará por adelantado una suma considerable de dinero. La idea de vender la casa que ha pertenecido a los Roy durante generaciones repugna a la anciana y se le encoge el corazón.

—O sea, ¿desea comprar esta casa para demolerla? —pregunta.

Saxena asiente con la cabeza mirándola con ojos perspicaces. Le dice que no tiene que preocuparse por el templo. No lo tocarán. Él es un buen hindú y, afortunadamente, el templo se encuentra en un extremo del terreno que no entra en los planos que él ha trazado. Le muestra los problemas que ella, que jamás se había ocupado de ese tipo de cosas, no conocía: faltan ladrillos en el parapeto del tejado; hay grietas en los cimientos, que afloran a la superficie como si debajo hubiera raíces; allí donde el estuco se ha caído las paredes están muy deterioradas por la humedad. Una mujer sola, entrada en años, sin ingresos o conocimientos, se vería en dificultades para reparar todo esto.

Tiene razón, Sarojini no puede negarlo. Disimula el temor que siente y acepta la tarjeta que él le da, pero le dice que no está interesada en vender en este momento. No obstante, lo tendrá en cuenta si las cosas cambian.

El hombre la mira de tal modo que Sarojini se pregunta si él conoce su situación financiera y qué cosas más habrá averiguado.

—Piense en la oferta, señora —dice antes de marcharse—. Nuestra empresa hará con usted un trato justo, no como otros que podrían timarla.

Sarojini pasa el día entero preocupada, pensando en cómo conseguir el dinero para los impuestos y las reparaciones. ¿En serio tendrá que vender la casa donde ha vivido desde que era novia y adolescente? Si los muertos supieran y sintieran lo que sucede en el mundo de los vivos —y ella cree que sí lo saben—, ¡qué apenado estaría Bimal! Amaba esta casa vieja como si fuera su segundo cuerpo. Korobi también la ama... y Rajat. Si ella no puede conservar la mansión, les fallaría a los tres.

Al atardecer, cuando la luz herida titila y el mundo parece desplomarse sobre sí mismo, Sarojini está agotada y nerviosa. Hace caso omiso de Cocinera, quien le suplica que coma algo, y se retira a acostarse. Es un error. La cama le recuerda a Korobi, que se metió en ella la noche antes de marcharse y en silencio la envolvió en sus brazos. Sarojini está molesta por sentir tan profundamente la ausencia de su nieta. Se repite que en unas semanas más la muchacha estará de regreso, pero su cuerpo se niega a entenderlo. Siente su interior dilatado con tantas pérdidas. No en vano no tiene espacio para la comida. Se está empezando a sentir como cuando Anu se marchó, con ese agujero enorme, como si su corazón se hubiera ido a América con su hija. Hace una semana que no habla con Korobi, por culpa de la diferencia horaria y porque su nieta no tiene teléfono propio y vive en un lugar donde no puede hablar libremente. Aunque Sarojini tiene noticias de ella por Rajat, no basta para aplacar su ansiedad y su anhelo de oír la voz de la joven. Ahora, tendida en su cama de matrimonio vacía, vasta como el océano e igual de inestable, cavila sobre las vueltas inesperadas que ha dado su vida. Quién hubiera pensado que tras aquella hermosa mañana del compromiso, llena del canto de los pájaros y la brisa que mecía las adelfas, en menos de dos meses su pequeño grupo familiar se desparramaría de esta manera.

Detrás de ese pensamiento, pisándole los talones, llega otro, uno que ha estado rechazando desde el día que Korobi le habló de su viaje. ¿Y si cuando acabe este mes Korobi no regresa? ¿Si opta por quedarse con su padre una vez que lo encuentre? El miedo la embarga. La ropa de cama serpentea en torno a ella sofocándola. Siente su corazón como una granada a punto de estallar. Del negro torbellino de su mente sale otra idea: ¿Será tan terrible morir? ¿Ir adonde Bimal y Anu, ahora reconciliados, están aguardándola? Ladea la cabeza hacia la silla donde su marido solía sentarse y piensa que ve su silueta, esperando con más paciencia de la que alguna vez tuvo en vida.

Abre las manos y siente que su vida se empieza a escurrir entre ellas. Es un movimiento sencillo, como una sogá de seda que le extraen. Pero cuando la sogá casi acaba de salir, queda cogida por un nudo. «No puedo abandonar a Korobi, no hasta que se case y tenga alguien con quien compartir su dolor.» Y otro nudo: «Tengo que saber quién fue el hombre que Anu amó.» Y por último: «Bimal murió queriendo ser perdonado. Debo conseguir que obtenga ese perdón.» Tantea la mesilla de noche con

dedos frenéticos en busca de las tabletas de glucosa. Aquí están por fin. Se mete dos bajo la lengua y cierra con fuerza los ojos. Enseguida respira mejor, más tranquila. Temblorosa, se sienta en la cama y enciende la lámpara de la mesilla, encuentra el paquete de galletas que guarda en el cajón y come cuatro masticándolas muy despacio. Bebe el vaso de agua y se duerme profundamente.

Cuando despierta por la mañana no está segura de si realmente estuvo al borde de la muerte o solo fue una alucinación. En cualquier caso, algo en ella ha cambiado. Siente que, por algún motivo, le ha sido concedida una prórroga. Con renovada determinación, vuelve a verificar los gastos mensuales. Revisa los talonarios de Bimal, poniendo empeño en descifrar sus garabatos. Telefonea a su abogado y luego al banco para que la informen con respecto a la pensión de Bimal. Es una suma considerable. Entonces ¿por qué tienen ellos tan poco dinero? Toma nota de lo que le explican en un bloc. Si recorta los gastos, suprimiendo todo lo que no crea indispensable, ¿podrá conservar la casa?

Para llevar a cabo su misión, recluta a Bahadur y Cocinera. Esta decreta que solo preparará un *dal* y un plato de verduras para las comidas. Un poco de arroz y algunos *chapatis*. No más té de Daarjeling, que es caro. Beberán té negro común. Recorre toda la casa, como un policía en una batida, apagando las luces y los ventiladores en las habitaciones vacías. Bahadur amenaza al chico jardinero con funestas consecuencias si llega a verlo regando las plantas un minuto más de lo necesario. Contrata a un frutero de la zona para que se ocupe de cosechar los frutos de los jambolanes del jardín trasero; tienen muchos y cada año sus deliciosos frutos de color púrpura se pudren en el suelo.

Luego se dedica a hacer un inventario de las reliquias familiares susceptibles de ser vendidas: los antiguos muebles de caoba, hechos a mano, de los dormitorios que no se utilizan; las pesadas fuentes de cobre que se usaban en los banquetes en la época del abuelo de Bimal. Empieza con la porcelana y la platería; su suegra tenía debilidad por los costosos servicios de té británicos, muchos de los cuales nunca se han usado. Está admirando una taza rosa con ribete de oro, tan fina que la luz se transparenta a través de la porcelana, cuando suena el teléfono. Se da prisa por llegar hasta el aparato y, con el corazón palpitante de esperanza, atiende. Es ella, por fin, su nieta; se le atropellan las palabras como en la época en que estaba en el internado y llamaba una vez por mes. Sarojini trata de contener sus repentinas lágrimas.

—¡Abuela, lo siento, no he podido llamar antes! Tengo mucho que contarte, pero no tenía teléfono. ¡Te echo de menos! ¿Estás bien, ahí sola?

—Estoy bien. Rajat me llama cada día y viene a verme las veces que puede. Es un joven muy especial. Y me cuenta todas tus novedades.

—Ahora que dispongo de teléfono propio te llamaré todos los días, te lo prometo. Sarojini se estremece.

—No prometas, *shona*. Las promesas siempre traen problemas. Cuéntame lo que has hecho hoy, así por una vez podré yo sorprender a Rajat contándole las novedades.

Escucha, sobre todo por oír la voz de su nieta, mezcla de cascada y arcoíris, que comió en la cocina de Desai, sorprendentemente espaciosa y ventilada, con violetas africanas en el alféizar, porque eran las flores preferidas de su difunta esposa. Por eso, a pesar de que el barrio se ha puesto muy mal, nunca se mudó, porque fue donde ellos comenzaron su vida de casados. Y luego Vic, el sobrino de Desai, la llevó a hacer turismo para calmarla, porque estaba muy nerviosa. «Muy amable de su parte, ¿no te parece, abuela?» Está nerviosa pues mañana viajará a Boston a conocer al arquitecto que tal vez sea su padre. ¿Y si ella no le agrada?

—¿Que tú no le agrades? —se burla Sarojini—. ¡Imposible!

—¡No eres imparcial! Por otro lado, ¿y si él no me agrada?

Sarojini no sabe responder a esa pregunta.

—Vic me llevó a la cima del edificio Empire State. ¡Siempre quise ir allí! ¿Sabes?, abuela, nunca en mi vida he hecho turismo.

Sarojini va a protestar, pero se da cuenta de que es cierto. En Calcuta, la niña solo vio las atracciones —el Shaheed Minar, el puente Howrah— situadas a lo largo de las carreteras por las que ella viajaba por otros motivos, no por turismo. Nadie puede ser turista en la ciudad donde ha nacido. Trata de visualizar los espacios por donde viaja su nieta, el aroma de los platos nuevos, el exacto color púrpura de las flores, la ciudad que, desde lo alto del Empire State, se extiende a sus pies en todas direcciones. Allá donde mires, brotan rascacielos que albergan vidas e historias inimaginables. A la izquierda, el río; más lejos, el comienzo de un océano. Delante, el torrente verde de Central Park, hermoso y peligroso. El viento frío y estimulante que azota el cabello de su nieta y se lo echa en la cara. Se alegra de que Korobi conozca mundo, por ese momento de respiro en medio de un campo minado de incertidumbres. ¿Por qué, entonces, ese pinchazo, como una espina clavada bajo su piel?

Percibe una nota distinta en la voz de Korobi, una vacilación.

—Vic y yo fingiremos que somos una pareja de recién casados que busca un arquitecto para que les construya su casa. Así hemos podido conseguir una cita con él.

Sarojini está sorprendida.

—¿Rajat está al tanto de esta... esta simulación?

Se produce un silencio.

—No se lo he dicho, se enfadaría. Últimamente se enfada por cualquier cosa, aunque la cuestión no tenga la menor importancia. No quería pelearme con él justo antes de mi viaje a Boston. Me molesta tener que ocultarle un detalle inocente como este al hombre con quien pienso vivir toda la vida. Pero no se lo cuentes. No lo entendería y no deseo darle más motivos de nerviosismo. Está teniendo demasiados problemas en el depósito.

Sarojini siente un ramalazo de preocupación. Hay algo en el tono de la muchacha, en su necesidad de aclarar su inocencia, que sugiere un problema. ¿Y qué es esto de que Rajat tiene problemas en el depósito? ¿Por qué no se lo ha comentado a ella?

¡Ah, estos jóvenes con su afición por los secretos!

—Abuela, ¿estás enfadada?

Sarojini suspira.

—No —dice, sin ser completamente honesta. Para cambiar de tema, añade—: Por fin tienes un teléfono.

—¡Sí! Debo contarte cómo lo conseguí. Cuando volví al apartamento, Seema estaba recostada en el sofá tapada hasta la barbilla con una manta, como si hubiera estado allí todo el día. La convencí de que fuéramos a dar un paseo corto, porque ella tiene miedo de salir de su apartamento. No quería, pero insistí con que necesitaba tomar aire fresco por el bien del bebé. Cuando vi cómo miraba unos mangos en la tienda, compré dos, porque ella no tiene mucho dinero. Estábamos comiéndolos y riendo de alguna tontería cuando apareció Mitra. Como es un gruñón, yo me callé, pero Seema le contó nuestro paseo y le dijo que al bebé le había gustado porque había pateado todo el rato. Mitra no dijo una palabra, pero la llamó al dormitorio. Pensé que la regañaría a gritos por haber salido conmigo. A menudo pierde los estribos con ella, aunque creo que, a su manera, la quiere de verdad. Pero cuando salió de la habitación traía un paquete en la mano. ¡Era mi teléfono! ¿Puedes creer que Mitra lo tenía todo este tiempo y no me lo daba solo por fastidiar a los Bose? Pero al ver que yo había hecho tan feliz a su esposa, tal vez cambió de idea.

—Mejor no trates de entender esas cosas, *shona*. Te volverás loca. Tu abuelo era así, siempre analizando, tratando de saber cómo es la gente en realidad. Pero ¿quién puede saber lo que hay en el corazón de un hombre? Tienes el teléfono. Es lo único que importa.

—Olvidaba decirte algo. —La voz de Korobi es ahora un susurro—. Le pedí a Vic que me llevara a ver la galería de los Bose. Fue un *shock*. El lugar parece abandonado. Bajé del coche y miré por la puerta. Las luces estaban apagadas y todo estaba cubierto de polvo, una capa muy gruesa, como si nadie hubiera entrado allí en mucho tiempo. No es de extrañar que no haya habido ventas últimamente. Y lo peor es que vi algunos espacios vacíos en la pared, no solo dos como suponía por lo que Seema me había contado cuando me refirió lo del robo. Es como si alguien hubiera estado sacando los cuadros.

—A lo mejor fuiste a un lugar que no era la galería.

—Encima de la puerta decía Mumtaz en letras doradas. Me puse furiosa. Durante todo este tiempo los Bose han confiado en Mitra. Han estado enviándole pagos suplementarios para que el negocio siga funcionando, perdiendo dinero cada día. Y él los está engañando. Debo contarles lo que ocurre, pero tengo miedo.

A Sarojini se le aflojan las rodillas. Tiene que sentarse. Tiene un mal presentimiento con todo este asunto, y con Mitra en particular. Si los Bose lo encaran dándose por enterados, Mitra sabrá que Korobi se lo ha dicho. ¿Qué podría hacerle como represalia?

—*Shona*, no digas nada a los Bose, espera a regresar de tu viaje.

—De acuerdo. En cualquier caso, Vic me ayudará a encontrar una solución. Sacaré el tema durante el regreso de Boston. Es muy listo. Incluso el señor Desai, que tiene mucha experiencia, lo escucha. Y es gracioso. El otro día, cuando me sentía muy frustrada haciendo esas llamadas tan inútiles, hizo un chiste divertidísimo...

A Sarojini no le agrada la voz de su nieta, chispeante de entusiasmo, cuando habla de Vic.

—Ten cuidado —la interrumpe.

—Lo tendré. ¡No te preocupes!

Las palabras se arremolinan en la cabeza de Sarojini. «Recuerda quién eres. Recuerda el mundo que te aguarda aquí, sus privilegios y obligaciones. Lo que sucede en América no es tu vida; es solo un interludio.» ¿Quién había dicho eso? Fue Bimal, en el aeropuerto. Anu había tocado sus pies y había respondido: «Sí, lo recordaré.» Y había añadido: «¡No te preocupes!»

—¡Te quiero, abuela! Ahora debo colgar. De lo contrario, consumiré todos mis minutos. Deséame buena suerte en Boston.

Cuando ella era niña, en casa de sus padres, una vez la había picado una abeja y se le hincharon los labios. Casi no pudo hablar en todo el día. Sarojini siente su boca como aquella vez. ¿Qué es buena suerte para Korobi? Ya no está tan segura. Lo mejor que puede hacer es decir:

—Ruego a la diosa que no te aparte de la buena senda.



La tarde ha caído sobre Calcuta. La señora Bose enciende las luces empotradas del techo y observa la mesa elegantemente puesta. Pero, en lugar de satisfacción, que es lo que normalmente sentiría, la atormentan las dudas. Ha estado en un brete tratando de crear la mezcla adecuada de gusto y riqueza: suficiente pero no demasiado. El señor Bhattacharya y su esposa vendrán a cenar. Un acontecimiento que marca el comienzo de una nueva intimidad entre las familias, que la señora Bose desea y sin embargo rehúye. Confía en que, hacia el final de la velada, Bhattacharya firmará los documentos en relación con el contrato de sociedad que los Bose han redactado sobre la base de lo pactado entre ellos previamente. Por eso es tan importante dar la impresión correcta. Si Bhattacharya piensa que las finanzas de los Bose son precarias (y lo son, cada día más), podría asustarse. Si cree que son gente adinerada, demasiado como para apreciar del modo adecuado su contribución (pues eso es lo que a Bhattacharya le gusta: ser apreciado y, a ser posible, reverenciado), entonces podría rechazar la oferta. Por este motivo, precisamente, la señora Bose ha escogido su segundo mejor juego, el Wedgwood, en lugar del Spode. Las copas son de vidrio, no de cristal; los cubiertos, de acero inoxidable. Espera no haber cometido un error. El menú es italiano, acompañado con vino francés. El señor Bhattacharya, pese a todas sus declaraciones de pureza hindú, tiene gran afición por los vinos franceses, en privado, por supuesto.

Suena el timbre. La anfitriona avisa al señor Bose, que se halla en la cocina dando los últimos toques a una fuente de *bruschetta*. Es el cocinero *gourmet* de esta casa y el arquitecto de la cena de esta noche, algo que ha de ser ocultado pues Bhattacharya tiene ideas muy conservadoras acerca del papel del hombre en el hogar. La señora Bose alisa el orillo de su sari de chifón (¿tendría que haberse puesto uno de seda, más tradicional?), se retoca el cabello con las manos y pone una sonrisa acorde a las circunstancias. Pero es solo Rajat, quien ha traído a Sarojini.

Sarojini, de entrada, había rechazado la invitación, diciendo que no tenía energía para salir, pero Rajat finalmente la convenció. La señora Bose observa la atención que su hijo prodiga a la anciana mientras la acompaña a sentarse. Esboza una sonrisa que nada tiene que ver con la anterior, pensando que esa es la forma como se hubiera comportado Rajat con su propia abuela si esta viviera. Y siente gratitud hacia Sarojini por despertar esa ternura en su hijo.

Hay otro motivo por el cual siente esa gratitud. Bhattacharya ha mentado varias veces su admiración por el linaje de la familia Roy. Ver a Sarojini aquí, integrada en la familia Bose, le dará un incentivo más para convertirse en socio. También ha mencionado su deseo de visitar el templo de la familia Roy. La señora Bose quizá pueda organizar esa visita esta noche.

—Pia —llama Rajat—. Ven a saludar a la abuela.

Pia aparece corriendo de su habitación. ¡Esta chica, siempre tan impulsiva, no es

capaz de contenerse! ¿Fue así alguna vez la señora Bose? Observa a Pia, que le echa los brazos al cuello a Sarojini, y piensa que ojalá esta dulzura no cause demasiadas penas a su hija cuando llegue a la edad adulta.

—¡Qué delgada te veo! —dice Pia, acariciando el cabello de Sarojini y besándola en ambas mejillas—. Noto cada uno de los huesos de tu cara. Debe de ser duro para ti, sola en la casa, ahora que el abuelo se ha ido y Korobi-didi está tan lejos. Debes de echarla de menos. Nosotros también, especialmente Dada, aunque él no quiera reconocerlo. ¡Pero estoy enfadada con Didi! No me ha llamado ni una sola vez.

—Pia —interviene Rajat—. Ya sabes que Korobi no tenía teléfono.

Sarojini abraza a la chica.

—Voy a regañarla, no te quepa duda. ¡Qué bonita estás con este *salwar kameez* color malva, toda una señorita! ¿Es nuevo?

Pia hace un mohín.

—Oh, no. Lo tengo desde hace siglos. Yo quería ponerme mi vestido de cumpleaños nuevo, que no lleva mangas y tiene esos colores psicodélicos tan chulos, pero mamá dijo que los Bhattacharya no lo aprobarían. Son muy anticuados.

—¡Pia! —exclama su madre, entre riéndose y exasperada.

—¡No te preocupes! Seré cien por cien diplomática cuando lleguen. Mejor aún, me quedaré en mi cuarto hasta la hora de cenar. Abuela, tú también puedes venir si te aburres con su conversación de negocios. Te enseñaré a jugar a *Zelda*, un videojuego nuevo sobre una princesa. Y debemos darte bien de comer, hacer que engordes un poco, si no ¡qué dirá Korobi-didi cuando regrese!

—Escuchadla —dice Sarojini con una sonrisa enternecida—. ¡Me cuida como si fuera mi abuela!

—A propósito, ¿cuándo regresa? —prosigue Pia—. ¿No tiene que prepararse para la boda?

Se produce un incómodo silencio y, por encima de la cabeza de Pia se cruzan las miradas de los adultos, pero la niña ya ha pasado a otro tema.

—¡La cena será grandiosa! Papi lo ha preparado todo: *bruschetta*, ensalada con aceitunas, tomates y tres clases de quesos, pasta asada con pollo, pasta vegetariana para ti y tiramisú de postre. ¡Es el mejor cocinero del mundo! Pero eso tampoco debe saberlo el señor Bhattacharya.

Suena el timbre nuevamente. Esa vez, frustrando los planes de Pia, son los Bhattacharya. Él es expansivo y está deslumbrante con sus pantalones blancos, su camisa de seda blanca y un reloj Cartier, que solo se pone para las ocasiones sociales íntimas. (Para los acontecimientos públicos ostenta un Titan hecho en la India, que no da la hora exacta, pero le atrae la simpatía de su electorado.) Intercambia un apretón de manos con el señor Bose, saluda a los demás con un gesto de la cabeza y besa en ambas mejillas a la señora Bose, a la manera europea. La señora Bhattacharya se queda un poco atrás, tal vez por el peso del sari que lleva, todo bordado en oro, o acaso por los besos. Escudriña el decorado con expresión seria.

—Una pared naranja —dice por fin—. ¡Qué... inusual!

Se sirven las bebidas, intercambian bromas, Pushpa pasa entre ellos con fuentes de aperitivos. Bhattacharya anda por el salón copa en mano, como si el lugar le perteneciera.

—¡Ah, he aquí este soberbio madre e hijo de Jamini Roy que nunca me canso de contemplar! —exclama, acercándose al cuadro.

Admira la pintura en dos dimensiones, esa precisión que ha dado fama al artista, y elogia la visión de Roy, a la vez mágica y moderna, sofisticada e inocente. La señora Bose siente que una sonrisa —la primera sonrisa genuina desde la llegada de los invitados— asoma a sus labios. Este hombre tiene defectos, pero entiende y ama el arte.

—Si un día piensa en venderlo, hágamelo saber.

La sonrisa de la anfitriona desaparece. El Roy es su más preciada posesión. Gracias a un golpe de suerte, su marido lo había descubierto en el fondo del granero de una finca antigua cuando esta fue liquidada. Había regateado con habilidad y lo había comprado en secreto, sin que ella lo supiera. La señora Bose lo había encontrado encima de la cama matrimonial, envuelto en papel de seda, esperándola. Cree que fue esa noche cuando Pia fue concebida.

Afortunadamente, el señor Bose acude en su rescate —como hace siempre— y responde con la mayor cortesía que, llegado el caso, Bhattacharya sería el primero en ser informado.

—¿Y esto?

Bhattacharya señala la fotografía del compromiso que cuelga al lado del Roy.

La señora Bose se maldice. Debería haber quitado esa foto antes de que llegaran los Bhattacharya, así no tendría que responder preguntas que forzosamente darán lugar a otras preguntas: dónde está ahora Korobi, qué hace. Lo hará en cuanto sus invitados se marchen para que esto no vuelva a suceder.

—Es el compromiso de mi hermano —dice Pia.

Le brillan los ojos, feliz de que por una vez alguien haya notado su creación, que no haya sido eclipsada por ese estúpido Jamini Roy.

—¡Encantadora! —dice Bhattacharya, mirando a Pia en vez de la foto—. Por cómo los retratados han sido colocados dentro del marco, puedo afirmar que la fotógrafa tiene muy buen ojo para la composición.

El corazón de la señora Bose empieza a latir de manera arrítmica.

—Los dispuse yo —dice Pia complacida—. Costó lo suyo. Todo el mundo se quejaba.

—Hiciste lo correcto. ¿Por qué no me explicas quién es quién?

—¡Claro!

Pia se incorpora de un brinco, pero la señora Bose, en un tono que resulta demasiado fuerte para sus oídos, exclama:

—¡Aquí está una de las fotografiadas, en carne y hueso!

Sabe que está exagerando; Bhattacharya sería incapaz de algo impropio, pero solo pensar en esa mano carnosa sobre el hombro de su hija es insoportable. Trae a Sarojini al frente con una sonrisa impostada.

—Ella es la abuela de Korobi. Vive en la mansión ancestral de los Roy, que usted deseaba visitar, con el histórico templo Durga.

Sorprendido, por un instante el rostro de Bhattacharya se ensombrece. Se ha dado cuenta, sospecha la señora Bose, de su estratagema. Pero el señuelo del templo es más fuerte. Se vuelve hacia Sarojini y le pregunta si es verdad que Netaji Subhash visitó el templo para obtener una bendición.

—Es lo que siempre dijo mi suegro —contesta la anciana.

Si es consciente de la tensión subyacente en el salón, no se le nota. Comienza a hacer una dramática descripción de la visita de Netaji al templo antes de que abandonara la India rumbo a Japón en busca de ayuda militar. Da a la señora Bose la oportunidad de decirle en voz baja a Pia que vaya a hacer su tarea escolar.

Sarojini termina invitando al señor Bhattacharya al templo.

—Venga la próxima noche sin luna, que es cuando celebramos una *puyá* especial para la diosa. Se supone que trae muy buena suerte a los asistentes.

Los ojos de Bhattacharya se iluminan y en su rostro asoma una curiosa expectativa infantil.

—¡Qué maravillosa idea! —exclama—. Iré aunque tenga que cancelar un par de compromisos.

La señora Bhattacharya, quien, con expresión amargada, ha estado escudriñando la fotografía, pregunta a Sarojini:

—¿Y dónde está la prometida esta noche? ¿Por qué no ha venido con usted? ¿Acaso los tórtolos —y lanza una mirada suspicaz a Rajat— han reñido?

La señora Bose se pone rígida nuevamente. Pero Sarojini, Dios la bendiga, ha aprendido de su esposo abogado a lidiar con las preguntas maliciosas.

—¡Nada de eso, querida! Los chicos se entienden divinamente. Pero la muerte de su abuelo ha sido un golpe muy fuerte para la pobre Korobi y la he enviado un mes a América, a casa de unos amigos de la familia.

Esta explicación sensata, dicha en un tono firme, desmoraliza al parecer a la señora Bhattacharya, pero su marido enarca una ceja.

—Con todos mis respetos —le dice a Sarojini—, es una mala idea enviar sola al extranjero a una joven soltera. Es muy peligroso. ¿Quién sabe qué tentaciones puede encontrar en su camino?

Sarojini murmura educadamente algo acerca de que está en buenas manos, pero la señora Bose nota que Rajat se ruboriza, ve su expresión apenada. ¿Acaso Bhattacharya ha acertado en algo? ¿Hay un problema con Korobi que ella desconoce? Siente una opresión en el pecho. «Nos cuesta aceptar que nuestros hijos llegan al mundo con sus propios destinos y que es muy limitado lo que pueden hacer los padres para que sean felices.»

—La cena está servida —anuncia, y consigue desviar su atención, gracias a Dios.

La comida transcurre agradablemente. El señor Bhattacharya repite de cada uno de los platos y colma de elogios a la anfitriona. Belleza, tino en los negocios y ahora esto: el talento culinario para preparar una cena exquisita aparentando sin embargo que no ha puesto un pie en la cocina. La señora Bose, con una leve sonrisa cómplice dirigida a su marido, inclina la cabeza dando a entender que acepta modestamente el cumplido. Bhattacharya bebe varias copas de chardonnay. Su mujer posa una mano represora sobre su brazo, pero él se la sacude mirándola con severidad y ella no lo vuelve a hacer.

Una vez servido, comido y alabado el tiramisú, Pia se levanta de la mesa y se lleva a Sarojini a su cuarto. Pushpa trae el café. Ha llegado la hora.

—Señor Bhattacharya, ¿miramos la documentación relativa a su incorporación en nuestra sociedad, que he redactado teniendo en cuenta nuestras deliberaciones previas? —propone el señor Bose.

La señora Bose contiene la respiración. Han decidido que será él quien lleve esta conversación, mientras ella le hace las sugerencias necesarias mediante esos gestos mínimos que la pareja ha perfeccionado a lo largo de los años.

—Podemos mirarlos —dice Bhattacharya—, pero tendremos que modificar ciertas cláusulas. He hecho algunas averiguaciones últimamente y he descubierto que su empresa no marcha tan bien como me esperaba. No tiene dificultades en la India, en gran medida gracias a la galería de Park Street y los pedidos de las cadenas hoteleras, pero está perdiendo mucho dinero en América. Además, he oído decir que tiene problemas en el depósito.

La señora Bose maldice por dentro. Bhattacharya debe de tener una red de informantes formidable. Cada vez que piensa en el depósito se pone enferma. La noche anterior, su esposo y ella hablaron de la situación en la intimidad de su dormitorio. Ambos pensaban que Rajar había sido demasiado severo. No debió despedir a Alauddin, el que había usado el cúter. Ahora estaba soliviantando a los miembros musulmanes del sindicato. Los miembros hindúes estaban indecisos por ahora, pero en Bengala los vínculos de clase eran a menudo más fuertes que la religión. Los Bose tendrán que hacerse cargo del problema lo antes posible, de lo contrario podría producirse una huelga. Se retrasarían los embarques y habría cancelaciones de pedidos, provocando el estallido de un contratiempo tras otro, como petardos en cadena. A la señora Bose le dio un mareo solo de pensarlo.

Pero ¿qué deberían hacer? Para calmar los ánimos del sindicato, el señor Bose quería indemnizar al obrero hindú lastimado y volver a contratar a Alauddin. Los puestos de trabajo recuperarían la normalidad anterior. Cuando la señora Bose argumentó que eso mermaría la autoridad de Rajat, su marido sugirió que podrían sacarlo del depósito. Podría ayudar en la galería de Park Street y centrarse en esa página web con la que estaba tan entusiasmado. Ellos se encargarían de que pareciera una promoción. Ella no estaba convencida de ello. ¿No se habían sentido ellos felices

cuando por fin Rajat decidió sentar cabeza, después de años de vida disipada, y ayudar a la familia trabajando en la empresa? ¿Podían negar que el muchacho trabajaba duro y bien, salvo por ese error que había cometido? Si lo cambiaban, todos lo interpretarían como una bofetada en la cara, dijeran lo que dijeren los Bose. Después de eso, los obreros no respetarían a Rajat y él nunca perdonaría a sus padres.

Habían conversado hasta altas horas de la noche, pero no habían llegado a una conclusión.

Sumida en sus preocupaciones, la señora Bose se ha perdido una parte de la conversación. Oye a Bhattacharya, que dice:

—Señor Bose, estoy dispuesto a ser su socio, pero, a la luz de los últimos acontecimientos, tendrá que hacer algunas concesiones. Quiero el cincuenta por ciento de la propiedad de la galería de Park Street e intervenir en sus operaciones.

—Es una modificación significativa —replica con calma el señor Bose, pero su esposa percibe un revelador tic en sus sienes—. Tendrá que darnos un poco de tiempo para analizarlo.

—Todo el tiempo que desee —dice Bhattacharya, sonriendo con amabilidad—. No tengo prisa, aunque creo que no es su caso.

Suena el teléfono y la señora Bose da un respingo. El sonido chirriante es como el grito de una cigarra amplificado. La única que llama a estas horas es Sonia. Los miembros de la familia se miran unos a otros. No saben cómo manejar esta situación.

—Bueno, ¿no van a contestar? —pregunta Bhattacharya.

—No deseo interrumpir la comida, ni su conversación —dice la señora Bose, estirando los labios en un intento por sonreír—. Quien llama puede dejar un mensaje.

Recuerda las veces que Sonia ha cortado cada vez que salta el contestador. No desea que Sarojini piense que, aprovechando la ausencia de Korobi, Rajat sale con otra mujer. Y si Bhattacharya se enterase de que Rajat está siendo acosado —¿qué otra palabra usar?— por una ex novia, que este posible escándalo también planea sobre el horizonte de la familia, seguramente intentaría sacar más ventaja.

—Por mi parte, he terminado. —Bhattacharya mira a Rajat y pregunta—: ¿Por qué no atiende usted, joven, mientras su madre me sirve un último trocito de este postre deliciosamente pecaminoso?

Rajat no tiene opción y responde a la llamada. La persona que llama dice algo breve, con voz distorsionada. La señora Bose trata de escuchar, pero afortunadamente no logra descifrar las palabras. ¿Por qué Sonia no dejará a su hijo en paz? Estuvieron muy enamorados, ella lo sabe, pero eso se terminó. Rajat está comprometido. Sonia está acostumbrada a que las cosas salgan como ella quiere (algo que la señora Bose entiende muy bien), pero debería darse cuenta de que ya es hora de pasar página. ¿O acaso Rajat, sin proponérselo, le daba pie? La señora Bose decide que hablará de ello con su hijo. En el pasado él evitaba esta clase de conversaciones, pero esta vez ella insistirá. Pushpa está junto a la puerta de la cocina papando moscas. La señora Bose debe reprenderla en cuanto se marchen los invitados. ¡Estas criadas! ¡A veces te

vuelven loca!

—Número equivocado —dice Rajat y cuelga el auricular. Se ha sonrojado nuevamente.

Bhattacharya alza una ceja, pero se concentra en el trozo de tiramisú que la anfitriona le ha servido después de cortarlo como un cuadrado perfecto.

Por fin, por fin se marchan los invitados. Sarojini dice que también ella debe irse. A la señora Bose le agradecería decirle lo mucho que aprecia la ayuda que le ha prestado con Bhattacharya, pero ello supondría largas y complicadas explicaciones. Así que se limita a darle un abrazo, estrechándola un momento. La anciana debe de comprender algo, porque dice en voz baja:

—Rogaré por la tranquilidad de su familia.

Una vez que Pushpa, enfurruñada por la reprimenda que ha recibido, acaba de limpiar y se marcha, los Bose desean buenas noches a sus hijos y se acuestan. Aunque la noche es cálida, la señora está helada. Ni tapándose hasta la barbilla con el cubrecama jaipuri de seda, su favorito, logra calentarse. En la oscuridad, agarra las solapas del pijama de su marido y le dice llorando a lágrima viva que, solo de pensar en el señor Bhattacharya como dueño de la mitad de su amada galería, apareciéndose cada vez que le venga en gana como si fuera el propietario, se pone enferma.

—No lo haré, querida. Encontraremos otra forma.

—Pero ¿cómo? —Sube de tono sin querer, de pura desesperación—. No hemos podido hallar a otro dispuesto a invertir en el arte. Los bancos no nos prestarán más dinero...

—Shhh, Joyu. —La estrecha con fuerza—. ¿Te acuerdas de cuando pillé el dengue cerca del distrito de Bankura, en aquella aldea remota donde no había teléfono para llamarte?

—Shanto, no es momento para...

—¿Te acuerdas?

—Sí —susurra, cediendo. Es su historia favorita. Se la han contado miles de veces. Ella le rodea el cuello con un brazo—. Tuve la sensación de que tú estabas en peligro. Dejé a Rajat, que era bebé, con Ma. Tuve que viajar sola hasta allá en un carro tirado por bueyes. No sabía si estaba yendo al lugar correcto. No había ningún hostel. No tenía idea de dónde estabas.

—Pero me encontraste. Me cuidaste hasta que estuve en condiciones de ser trasladado y me trajiste de regreso en aquel carro destartado. Estaba tan débil que estuve un mes en cama. No teníamos dinero. El casero estaba resuelto a ponernos en la calle.

Ella se ríe.

—Pero me las arreglé para persuadirlo de que nos diera un mes de gracia. Incluso llegué a convencerlo de que comprara algo en la tienda para el cumpleaños de su esposa; fundas bordadas para las almohadas, creo.

—Si pudimos superar aquello, podemos superar esto también.

—Ya —admite ella, no muy convencida.

—Pensaremos en ello por la mañana. Ya se nos ocurrirá algo.

La abraza y le acaricia la espalda haciendo movimientos circulares con sus dedos hasta que ella se relaja contra su pecho y se duerme.

De camino a Boston, Vic me hace practicar las mentiras que voy a decir. Por la carretera, bordeada por cadenas de tiendas cuyos nombres reaparecen una y otra vez como si hubiera quedado atrapada en un mismo sueño interminable, le hablo de lo emocionada que estoy de encontrarme en América, donde mi maravilloso esposo me ha prometido construir la casa de mis sueños. Pasamos por gasolineras que ofrecen un café aguado y por campos desiertos con alguna mancha de nieve gris. Hago dibujos en el aire describiendo el salón en forma de L, que estará abierto al comedor, pues pienso dar muchas fiestas, y el jardín que voy a llenar de adelfas. Sé que tengo que hacer hincapié en esto, pero de vez en cuando mis pensamientos vuelven al momento que pasamos juntos ayer.

Cuando nos hallábamos en el Empire State, Vic me preguntó:

—¿Y cómo es Calcuta si la comparas con Nueva York?

Me quedé callada. Como nunca he contemplado Calcuta desde tan alto, no tenía la menor idea de cómo se extendía o en qué forma. En cambio, a nivel del suelo, sí conocía sus contradicciones: suntuosos salones para bodas a cuyas puertas aguardaban los mendigos sus propinas; gente descontenta, pasando con banderas rojas y gritando eslóganes por delante de una casa donde un músico ensayaba tocando la flauta. Pero no tengo palabras para describirle a alguien que nunca ha vivido allí el espíritu de Calcuta, a la vez vibrante y desesperado.

—Es complicada —dije por fin—. La mayor parte de las ciudades de la India lo son. Tú mismo lo habrás notado.

—Nunca he estado en la India.

—¿Nunca? ¿Nunca quisiste ver el lugar del que procede tu familia?

Se encogió de hombros, un poco a la defensiva.

—Cuando yo era niño, no teníamos dinero para ir. Para cuando pudimos costearnos el viaje, yo era adolescente y me negué a perder mis veranos de esa manera. Supongo que no me veía a mí mismo como un indio.

—¿Cómo te ves? ¿Como un norteamericano?

—Sí. Aunque, después del 11-S, tuve dificultades con eso también. En cualquier caso, mi madre siempre me pedía que la acompañara, pero al final terminaba yendo sola. Y luego murió. Puede que un día de estos, si dispongo de dinero, vaya a conocer su ciudad natal. También podría ir a Calcuta, a verte. Aunque para entonces serás la esposa de un hombre rico y no querrás verme.

Yo lo miré con una media sonrisa. Lo que había dicho estaba muy cerca de la verdad. Una vez casados, Rajat iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para



cerrar para siempre este capítulo de mi vida.

Los carriles se ensanchan; el horizonte de Boston con sus rascacielos surge ante nosotros. Pasamos por el Common, con sus estatuas de hombres con sombreros de tres picos. Pasamos por la universidad, con sus vidrieras que, me cuenta Vic, son tan antiguas como todo lo que los blancos edificaron en América.

—¿Has ido a Berkeley? —enuncio con alegría—. ¡Increíble! ¡Mi madre también! ¿No habrás conocido a una chica llamada Anu Roy?

—¡Tu voz suena como si hubieras asesinado a alguien y ocultado el cuerpo! —me dice Vic—. Repite su nombre una y otra vez hasta que se convierta en una palabra como cualquier otra. Bueno, déjalo. Descansa un rato. O estarás agotada cuando lleguemos a la oficina de Evanston.

Agradecida, vuelvo la cara a la ventanilla. Pasamos delante de un parque con canteros de narcisos. Ayer le pedí a Vic que me llevara al lugar donde estuvieron las Torres.

—¡Oh, no, no! —me dijo—. ¿Por qué?

No estaba segura. Lo único que sabía era que no se trataba de ir a quedarme mirando embobada un desastre. Tal vez fuera un mosaico de deseos. Para admitir la tragedia. Para rendir homenaje. Para entender la debacle de Mitra. Para presentar mis disculpas en nombre de mi abuelo por haber dicho que finalmente Norteamérica se enteraba de cómo sufre el resto del mundo.

A través de la valla de tela metálica vi pilas de cascotes que aún no habían sido retirados, pedazos de cemento, barras de hierro aplastadas, máquinas amarillas como dinosaurios de acero que cogían las pilas de escombros con sus mandíbulas. Traté de superponer esta imagen a la escena que había visto en mi sueño: los edificios que se desmoronaban, polvo y fuego, multitudes huyendo en estampida, personas cayendo del cielo como meteoritos. Nada concordaba. Un funcionario con casco, molesto con nosotros, nos hizo una seña para que nos apartáramos de allí.

Una parte de mí aún sigue en ese lugar.

Entramos en un túnel; la oscuridad puntuada por globos amarillos de luz. Veo el rostro de Vic reflejado en el cristal de mi ventanilla, muy cerca del mío. Tararea la canción que pasan por la radio.

—Fue un mal momento, para todos —dijo Vic cuando le conté lo que le ocurrió a Mitra tras la caída de las Torres—. Me acuerdo de lo aterrado y furioso que me sentí después. Fue entonces cuando mi negocio, el restaurante (que iba muy bien), empezó a hundirse. La gente dejó de venir. El 11-S lastimó a la gente de esta ciudad en muchos sentidos. Aún no hemos acabado con el recuento de las víctimas. No estamos acostumbrados a que nos ocurra esta mierda dentro de nuestras fronteras. América la protegida. Necesitábamos un enemigo contra quien arremeter. Algunos lo hicieron y gente como Mitra fueron sus víctimas. Pero también hubo otras clases de víctimas. Un amigo mío, que trabajaba en la construcción, fue contratado para limpiar la Zona Cero. Una noche, después de unas cervezas, empezó a contar cómo era. Imagínate lo

que era encontrar cadáveres por todas partes, pedazos de personas medio cocidas por el calor. Reconocer a veces a un amigo. No sabías cuándo un foco de incendio podía reactivarse desde abajo. Y el olor. Regresaba a su casa exhausto, pero no podía dormir. Empezó a beber. Su matrimonio se deshizo poco después.

El coche da tumbos hasta que para. Estamos en uno de esos ubicuos McDonald's.  
—Es hora de vestirte con tu ropa cara y elegante —anuncia Vic.

Cuando salgo de los servicios con un impecable traje de chaqueta color crema frunce los labios como silbando, sin emitir sonido. La admiración que veo en sus ojos me hace sentir culpable y se me encoge el corazón.

—¡Vaya, no sabía que tuvieras algo tan chic! ¿Es un Prada? ¿Los venden en la India?

Sonríó. El traje tiene su historia, pero no soy yo quien deba contarla.

Ayer noche, cuando estaba haciendo la maleta, Seema entró y se sentó en mi cama.

—¡Boston! Ojalá pudiera ir contigo. Siempre quise visitar Boston, pero nunca tuvimos tiempo, y después tampoco dinero. ¿Qué harás allí?

Si no fuera por Mitra, se lo habría dicho. Seema no tiene malicia.

—Perdona —prosigue—. Ya me dijiste que le prometiste a alguien especial que no hablarías de ello. Pero yo sé quién es. Rajat-babu. Es el que te dio ese magnífico solitario, ¿verdad? Espero que te acuerdes de ponerlo del revés cuando viajes en metro. No conviene que la gente vea algo tan caro. Lo quieres mucho, ¿no? Recuerdo lo apuesto que era. Todas las chicas lo perseguían. Creo que me preocuparía si mi novio fuera tan guapo. ¿Qué estás guardando?

Le mostré un *salwar kameez* de seda verde con bordados de oro en el cuello.

—¡Anda! Es muy elegante.

—Es para una reunión importante.

—¿Con americanos? ¡Es demasiado llamativo! No te tomarán en serio. Aguarda un momento.

Corrió a su dormitorio y volvió con el traje sastre. Era exquisito, discreto, perfecto. El traje, más que ninguna otra cosa, me daba la exacta medida de cuánto habían caído los Mitra. Miré a Seema, con sus pantalones de poliéster deformados tapando su barriga enorme, en una mano el traje y en sus labios una sonrisa trémula, y entendí un poco de la rabia que debía de sentir Mitra.

—Te lo presto. Probablemente nunca me volverá a entrar, y aunque me sentara bien, ¿dónde podría ponérmelo? Lo único que te pido es que lo mantengas en secreto. Mitra podría enfadarse mucho si llegara a enterarse. Me lo regaló con ocasión de nuestro primer aniversario en este país. Este año está tan preocupado que seguramente ni se acordará de la fecha.

Me trajo zapatos, un bolso, pendientes. Los zapatos me iban un poco justos, pero no pude resistirme. En el espejo me vi transformada en una mujer sofisticada. Los hombres harían cola para reclamarme como hija. ¿Cómo podría agradecer a Seema

semejante generosidad? ¿Cómo consolarla de la añoranza que leía en sus ojos? Lo envolvimos todo en una toalla playera con la leyenda «Tranquilízate» y lo escondí en mi bolso de mano.

Está nevando cuando llegamos a la oficina de Rob Evanston. Es mi primera nevada, pero estoy demasiado nerviosa para disfrutarla. El lúgubre interior está atiborrado de muebles. No parece que a Evanston le vaya muy bien. El único ocupante de la oficina es una muchacha pelirroja, maciza, con un jersey que no parece adecuado para ella sino para una joven menos robusta. Deja de limarse las uñas con desgana y nos informa que el señor Evanston se ha retrasado con la reunión de esta mañana.

La pared está llena de fotos de las casas proyectadas por mi posible padre. Son todas del mismo tipo: grandes y rectangulares, con vigas de madera y chimeneas que se levantan como gruesos signos de exclamación. No me gustan. Me pregunto si esto significa que él tampoco me va a gustar.

Al fin llega. Entra en la oficina con un aluvión de viento, nieve y disculpas, y, por la forma como tira sobre un sofá los planos que trae en el brazo, se ve que la reunión no le ha ido bien. Nos invita a pasar a su despacho.

Sentada frente a él, me cuesta concentrarme en mi discurso. ¿Es mi padre este hombre medio calvo, de pelo castaño claro y ojos celestes, con algo de sobrepeso, que está prometiendo seriamente que nos hará un trabajo de primera? Tiene un aspecto tan... de extranjero. No consigo identificarme con él. Debo de estar mirándolo fijamente, pues él me mira con una sonrisa desconcertada. La fotografía que está encima de su escritorio lo muestra de pie, delante de una casa similar a las de las fotografías colgadas de la pared, con los brazos alrededor de una mujer pelirroja y de una chica corpulenta, la misma que está en recepción. La mujer se agarra a un chico que parece querer zafarse. De golpe se me ocurre que podría estar a punto de hacer infelices a toda esta buena gente.

—¿Cariño? —Vic me devuelve a la realidad.

Con una gran sonrisa afectada me lanzo nuevamente en la descripción de mi casa soñada. De pronto caigo en la cuenta de que estoy describiendo la casa de mi abuelo. Un torrente de añoranza me obstruye la garganta. Súbitamente no deseo estar aquí.

Evanston toma apuntes afanosamente, se interrumpe solo para señalar cuestiones como la terraza plana o el jardín cerrado, que no se corresponden con este clima. Su hija nos sirve café y galletas, y su mirada esperanzada me hace sentir peor que antes con mi mentira. Entro de lleno en la parte sobre Berkeley, pero cuando menciono a mi madre, Evanston niega con la cabeza.

—No recuerdo a nadie que se llamara Anu. Sin embargo, tuve varios amigos de Asia del Sur en Berkeley. Y hasta una novia, un tiempito, una paquistaní. Se llamaba Shahnaz. —Se ríe con arrepentimiento—. En mitad de sus estudios, su familia descubrió nuestra relación y la casaron con un primo lejano de Toledo. Me destrozó. Pero tal vez fue lo mejor, pues al año siguiente conocí a mi mujer. Llevamos

dieciocho años casados. Después de graduarnos, decidimos trasladarnos a la costa Este (la familia de ella es de esta zona), y me alegro de haberlo hecho. La gente es más formal en esta parte del país. Lo único que detesto es el invierno. Por cierto, no puede plantar adelfas aquí. La nieve las mataría inmediatamente. Y hablando de nieve, parece que nevará mucho esta tarde.

Creo su historia. Es demasiado trivial como para no ser cierta. Ambos hombres están hablando del tiempo.

—¿En serio? ¿Mucha nieve a esta altura del año? —pregunta Vic.

—Sí. Se avecina una ventisca fenomenal, seguro.

El fracaso me ha producido un vacío en el estómago; no puedo medir cuán hondo es. Querría salir ahora mismo de esta oficina y lamerme las heridas en privado, pero debo seguir con la fantochada. Evanston examina los planos de casas que ha proyectado, señalando características de las que está particularmente orgulloso y aconsejándonos las mejores marcas de accesorios. Finalmente, Vic consigue liberarnos con algo que no es mentira: tenemos todavía un largo viaje que hacer en coche.

Fuera, gruesos copos húmedos caen del cielo. Vic levanta la vista y mira con cierta ansiedad. En el coche no puedo parar de tiritar, aunque la calefacción está puesta. Me arropo en el abrigo negro que me regaló mamá, pero en el noreste de Estados Unidos no es suficiente. Tendré que reanudar de cero mi búsqueda y solo dispongo de menos de tres semanas.

—¿Te encuentras mal porque no es tu padre? —pregunta Vic.

Asiento con la cabeza y miro hacia otro lado, no deseo hablar de ello ahora. Estoy y no estoy decepcionada. Anhele encontrar al hombre a quien mi madre había escrito aquella carta de amor trágica y romántica, que llevo en mi bolso. Sé que a medida que transcurran los días las probabilidades de hallarlo serán cada vez menores. Pero yo no habría querido que Evanston, tan cómodamente instalado en su mediocridad, fuera mi padre. ¿Qué era lo que deseaba en un padre? ¿Qué nefasta idea romántica me había forjado?

Circulamos despacio por la carretera resbaladiza. Vic me deja con mis preocupaciones. A la luz melancólica del atardecer, los edificios parecen viejos, vacíos. La radio emite un aviso a los viajeros.

—¡Mierda! —dice Vic—. Deberíamos quedarnos en Boston esta noche. Este coche no es el más indicado para viajar en medio de un temporal de nieve.

Presa del pánico, lo agarro del brazo y exclamo:

—¡No! Tenemos que volver.

Se vuelve y me mira sorprendido.

—Sé que tienes poco dinero; buscaré el hotel más barato. ¡Qué diablos, lo pagaré yo!

—No se trata del dinero. ¡No sé qué pensarían en la India! No puedo pasar la noche sola contigo. Bueno, ni contigo ni con nadie, uf, ya me entiendes. Hay

compromisos que se han roto por menos que eso.

Vic mueve la cabeza con preocupación.

—Es peligroso seguir conduciendo. Dile a tu novio lo que sucede con el tiempo. Debe confiar en ti; además tu seguridad le importará más que una estúpida convención social.

Me acuerdo de la furia con que Rajat había pronunciado el nombre de Vic y no estoy tan segura. Me gana el agotamiento. Las últimas veces que hablamos parecíamos referirnos a cosas distintas. No podía sacarme de la cabeza la sospecha de que Rajat me estaba ocultando algo. Nos queríamos, yo lo sabía. Por eso nos vamos a casar, ¿no? Pero, con esta tensión que se ha instalado entre nosotros, ya no recuerdo nuestros momentos de ternura. Solo sé que esta noche no me siento capaz de soportar su enojo.

—Muy bien, pues —dice Vic, escudriñando mi rostro—. Si debemos regresar a Nueva York, trataré de dar lo mejor de mí, a pesar de que me hayan atribuido el papel del villano en este pequeño melodrama. ¡Y lo peor es que ni siquiera me toca hacer algo divertido!

Pero una hora más tarde, después de que el coche patinara y terminara a centímetros de una valla de contención, hasta yo tengo que admitir que debemos parar. Temo que aquí, en medio de la nada, no vayamos a encontrar un lugar donde dormir. Pero, ¡ah, las maravillas de América!, muy pronto aparece un motel, como un palacio encantado salido de un cuento de hadas, con su cartel rojo y azul parpadeando bajo el aguanieve que cae sin cesar. Avanzamos como podemos en la nieve hasta llegar a la recepción, donde un empleado aburrido nos entrega las llaves de dos habitaciones. Son las más baratas, pero para mí son carísimas. Trato de ocultar mi consternación mientras hago la cuenta del dinero que me quedará después de pagar.

Una vez en mi habitación, llamo a Mitra con la esperanza de que conteste Seema. Pero, por supuesto, contesta él.

—¡Qué raro! En Nueva York no está nevando.

La insinuación que percibo me enfurece.

—Pues ve a mirar el canal del tiempo —replico, y cuelgo.

Me castañetean los dientes. Este cuarto está helado, pero no sé poner en marcha la calefacción. El hermoso traje de Seema está empapado y las perneras tan embarradas que dan pena. Me encantaría darme un baño caliente y meterme en la cama. Pero antes debo ocuparme de lo más difícil. Mientras estoy marcando el número de Rajat, me doy cuenta de que la batería está baja. Y, claro, no he traído el cargador.

En el coche, yendo al depósito, Rajat se esfuerza en mirar por la ventanilla, pero cada vez sus ojos se posan inevitablemente en la nuca de Asif. Trata de concentrarse en la tarea que le espera, que es de capital importancia, pero no puede dejar de escuchar una y otra vez la voz de Sonia por teléfono la noche anterior. «Pregúntale a

tu chófer por qué no te ha entregado mi carta», había dicho antes de que él colgara con mano temblorosa. Se había sorprendido al conocer la existencia de esta carta (¿qué podía contener?), pero más le había sorprendido enterarse de que Asif era capaz de tal duplicidad. Ha decidido no encarar al chófer hasta después de la reunión. Necesita mantener la calma. Sacar a relucir la cuestión de la carta justo ahora sería como sabotear la confianza que tiene en que va a estar sereno.

Por la mañana, durante el desayuno, el capataz Subroto había llamado por teléfono a la casa. El rostro de su padre se puso tenso mientras hablaban. Los trabajadores musulmanes habían presentado una queja por discriminación ante el sindicato. Hoy pensaban hacer un piquete delante del depósito. El sindicato les había dado su apoyo, pero todavía no había accedido a sus exigencias de convocar una huelga general. No obstante, si la situación no se calmaba enseguida, el siguiente paso sería ese. Era preciso que el señor Bose fuera a aplacar los ánimos de los líderes sindicales.

La sangre se agolpaba en los oídos de Rajat. Él había causado ese problema. Había sido un idiota. Se había mostrado dictatorial cuando lo que se necesitaba era indulgencia, y débil cuando lo que se requería era firmeza. Por un instante pensó que sería mejor dejar que fuera su padre, como sugería el capataz. Pero no soportaba la idea de ver a su padre limpiando la mierda de su hijo. Más aún, si su padre asumía la dirección ahora, los hombres perderían el respeto a Rajat, el niño mimado rico que corre a llamar a su papi cuando las cosas se tuercen. Nunca más podría volver al depósito. Entonces, solo sería cuestión de tiempo y volvería a recaer en la misma vida de antes con sus amigotes juerguistas. Y en esa clase de vida no había lugar para Cara.

Adelantó la mano sobre la mesa y aferró la de su madre.

—Deja que vaya yo. Dame una oportunidad de reparar mi estropicio. Haré exactamente lo que papá y tú me habéis dicho, pero debo demostrarles que soy lo bastante hombre como para plantarles cara.

Los otros miedos, inconfesables, hervían en su interior. Le pareció que su madre los sentía en su propio sistema nervioso. Siempre había sido así entre ellos. Él también sentía los pensamientos de ella, que ahora estaba contraponiendo los riesgos en el depósito a la vergüenza que lo precipitaría a una espiral descendente.

Como siempre, ella aceptó su propuesta. Mientras la observaba hablando con su padre en voz baja pero con firmeza, se prometió que esta vez honraría su confianza.

Una vez tomada la decisión, sus padres le dieron instrucciones precisas. Debía recordar que él era el embajador de la familia Bose. Su misión consistiría en escuchar, tomar notas y traer de vuelta sus peticiones. Sería cortés, fuera lo que fuese lo que ellos le dijeran, no dejaría traslucir sus emociones y no daría opinión alguna. No tenía que disculparse ni defender las medidas que había tomado.

—Pero ellos obraron mal y lo saben. Además, multé a los obreros hindúes. Yo...

—Ya no es cuestión de quién ha obrado mal —lo cortó su padre—. Ahora

debemos concentrarnos en distender la situación. De hecho, el sindicato no la desea. Preferirían imponer su poder mediante un cierre. Algunos podrían tratar de provocarte, hacerte decir algo imprudente. Quizás, incluso, enzarzarse en una riña.

—Eso les daría los argumentos que necesitan para empezar la huelga —explicó su madre—. Es más, podrían tener a alguien con una cámara oculta. Fue lo que les hicieron a los Manchandani el año pasado. Debes estar alerta.

—Tendré cuidado —prometió Rajat.

Se sentía como un guerrero lleno de energía.

Mientras las puertas del ascensor se cerraban, vio cómo la mano de su madre iba al encuentro de la de su padre y la apretaba.

Su euforia duró hasta que vio a Asif, que lo esperaba en la rotonda de la entrada. Estaba quitando el polvo al Mercedes y conversando con otro chófer. Su uniforme estaba impecablemente planchado y sus gafas de sol centelleaban. Sus dientes brillaron al reírse de algo que el otro dijo. Cuando vio a Rajat, le dio los buenos días y abrió la portezuela con gesto elegante. Como si fuera una estrella de cine interpretando el papel de un chófer. Como si él no hubiera engañado a Rajat, como si no le hubiera robado algo esencial e íntimo que le pertenecía.

—Quítate esas gafas ridículas —le espetó.

La expresión de Asif se endureció. Sin comentarios, hizo lo que se le había ordenado. Rajat vio cómo se le tensaba la piel de los nudillos mientras aferraba el volante.

¿Había leído Asif la carta? No, no sabía suficiente inglés para eso. No obstante, la sospecha se le quedó atravesada en la garganta.

Como Rajat no puede hablar de lo que le fastidia, encuentra otras formas de expresar su disgusto. Cuando Asif está por coger una calle vecinal en dirección al depósito, le ordena que siga por la principal. Cuando llegan a un cruce donde los semáforos no funcionan, Rajat maldice en voz alta. Una parte de él se desprecia por este comportamiento, pues siempre se ha vanagloriado de tratar bien a los criados. Pero no puede evitarlo.

¿Por qué Asif no le entregó la carta en el acto? ¿Qué había hecho con ella?

Finalmente logran avanzar a través del denso tráfico. Con suerte llegarán al depósito en diez minutos. En ese momento suena el teléfono. Es Korobi. Se alegra de que le haya llamado antes de que empiece la reunión con los representantes sindicales. No hubiera podido interrumpir la reunión para hablar con ella.

Como tiene tan poco tiempo, va directamente al grano (en la medida de lo posible, ya que el chófer está escuchando).

—¿Qué sucedió en Boston? ¿Era él? ¿Ya puedes volver a casa?

—No, no lo era.

No capta la decepción en la voz de ella, pero sí otra cosa. ¿Es aprensión?

—Bien, tal vez deberías regresar a Calcuta —dice—. Todo ha ido mal desde que te marchaste... es como si tú fueras mi talismán.

—¡Oh, Rajat, siento muchísimo que hayas tenido tantas dificultades! —Ella suspira; con tristeza, le gustaría pensar a él. ¿Suena distraída?—. Pero todavía no puedo regresar. He invertido demasiado en esto. He de quedarme hasta verificar al menos dos posibilidades más.

Los interrumpe un pitido.

—¡Querido, creo que mi batería se está acabando! No sé por qué. La cargué anoche. Y no traje el cargador.

—¿Todavía no has vuelto a Nueva York?

—Ahora estoy fuera de Boston.

—¿Qué quieres decir? —Sube el tono de voz, aunque trata de controlarlo—. ¿No es de noche allí ahora? ¿Por qué no has regresado?

—Hemos quedado atrapados en un temporal de nieve. Hemos tenido que parar en un motel.

—¿Tú y ese hombre? ¿Está él allí también?

—Claro. ¿Adónde iba a ir si no? —replica ella con voz aguda por la irritación.

El teléfono vuelve a pitar. Va a apagarse en cualquier momento. Sabe que no debería preguntárselo, pero no puede con su genio:

—¿Está él allí? ¿En tu habitación? ¿Está contigo en este momento?

Un silencio frío al otro lado de la línea.

—No, no está —contesta Korobi con calma—. Está en su habitación. ¿No confías en mí?

Claro que confía en ella. La ventisca no es su culpa. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? No obstante, la sospecha lo carcome.

Es porque no confía en el tipo que la acompaña. El astuto Vic. Pero no. En realidad es porque no confía en sí mismo. Porque una parte de él no puede descansar hasta que descubra lo que Sonia escribió. Porque una parte de él está pensando, ahora mismo, en el final de su conversación con Sonia.

Quedan desconectados antes de que él pueda responder. La vuelve a llamar, pero no contesta. ¿Se le acabó la batería o no quiere coger el móvil? Suelta otro improperio, da un puñetazo en el respaldo del asiento delantero sorprendiendo a Asif.

Ahora no tiene tiempo. Están delante del portal del depósito; un grupo grande de hombres rodea el coche enarbolando pancartas y gritando. «¡Los patrones son injustos con los trabajadores musulmanes!», reza una de las pancartas. Las palmas de Rajat están húmedas. Tiene que secárselas en el pantalón. Asif, preocupado, pregunta si da media vuelta. Le parece peligroso que Rajat-saab entre allí. Los hombres están como enloquecidos, son incapaces de atender a razones. Ahora golpean las ventanillas del coche, no tan fuerte como para romper los cristales, pero sí para mostrar quién tiene la fuerza.

Rajat ha visto a estos hombres regularmente durante los últimos meses. Ha puesto empeño en hablar amablemente cada vez que se presenta la ocasión. Pero hoy lo miran con odio, como si fuera un extraño. Un enemigo conocido. Uno de ellos le



grita a Asif por la ventanilla: «¡Hermano, deja de comer la sal de los que odian a los musulmanes!» Asif pone cara de chófer impassible y mira a lo lejos. Rajat no tiene más remedio que admirar su templanza. Él no está tranquilo, precisamente, pero piensa en sus padres, que le han dado una oportunidad, y baja la ventanilla.

—Por favor, permítanme hablar con los representantes sindicales.

Si le tiembla la voz, en medio del alboroto, nadie se da cuenta. Asombrosamente, la muchedumbre se aparta para dejarlo pasar. Cuando se apea del coche, vuelven a rodearlo y lo empujan hacia la entrada del depósito.

Me quedo mirando el teléfono, obstinadamente mudo en mi mano. Es como si el universo conspirase para interrumpir la conversación entre Rajat y yo en el momento más importante, para aumentar el malentendido. Le doy al botón verde varias veces. Nada. Deseo tirar el teléfono contra la pared, pero no puedo permitirme el lujo de romperlo. En cambio, soy yo la que se tira en la cama. ¿Por qué tuvo que quedarse sin batería justamente ahora? Si hubiera tenido un minuto más para explicarle...

Pero, entonces, la verdad me salta a la cara como una bofetada: el problema no es el teléfono muerto. Aunque hubiera podido hablar con Rajat, ¿qué le habría dicho después de que él me acusara —tan tontamente, tan claramente— de infidelidad? ¿Dónde habría encontrado las palabras para transmitirle cuánto me lastima que piense que yo pueda tomarme tan a la ligera mis votos de compromiso? Si eso es lo que piensa de mí, no me conoce. No me conoce en absoluto.

Y quizá yo tampoco a él. El Rajat grabado en mi corazón, el que posó su mano con firmeza en mi espalda y me enseñó, a mí, tan torpe, a bailar en la fiesta de Mimi, que trató de sacarme de las arenas movedizas de la depresión tras la muerte de mi abuelo, que apoyó su rostro en mi cuello una noche de borrachera y dijo que no podía vivir sin mí, ¿habría pensado tan mal de mí? ¿O sí? ¿Me precipité al comprometerme con él fiándome de las apariencias?

¿O es que aun la mejor de las relaciones se marchita cuando las personas se separan demasiado pronto? ¿Acaso el amor de juventud, que brota independientemente de las necesidades del cuerpo, requiere la presencia del cuerpo para nutrirse? Sin esas mudas miradas que provocan palpitaciones, sin el contacto de los labios que producen electricidad en todo el cuerpo, sin un hombro donde apoyar la cabeza abatida y brazos para sostenernos contra las crueldades del mundo, aun las palabras más cariñosas no son suficientes. Pero las palabras crueles, paradójicamente, se tornan poderosas cuando cruzan millas de distancia para clavarse en el corazón de aquel o aquella que las escucha.

Sin embargo, mi madre lo logró. Cuando ella estaba embarazada y luchando con mi abuelo, había tenido fe en un marido que se hallaba en el otro extremo del mundo. Había guardado a mi padre en su corazón hasta que murió. Y yo era su hija.

Pero ¿y si simplemente mi amor por Rajat no era suficiente?

Todos estos pensamientos se acumulan en mi mente exhausta mientras hundo el rostro en la colcha marrón del motel, que huele a soledad, y lloro. Mi vida es demasiado pesada para mi propio hombro. Yo me había creído fuerte y valiente, inteligente y aventurera, pero no era nada de eso. Solo era una chica que necesitaba que alguien la abrazara.

Lloro tan fuerte que casi no oigo que están llamando a la puerta. Insisten, no se irán así como así. Por la mirilla veo que es Vic, con una taza humeante en cada mano y bocadillos. Me seco bien los ojos. No deseo que me vea llorando; sería otra humillación.

Lo pone todo en la destartalada mesilla de noche, que, con la cama, es el único mobiliario de la habitación.

—Es de las máquinas que hay abajo. Lo siento, no tienen cafetería. Pero el chocolate caliente huele muy bien y los bocadillos de lechuga y huevo parecen buenos. ¡Qué frío hace aquí! ¿Por qué no has puesto la calefacción?

Comprueba el termostato, pero ni él puede hacerlo funcionar. Al final, termina por llamar a recepción y pide otra habitación.

Bebo el chocolate caliente a grandes sorbos, aunque me quema la boca. Su calor me recorre gratamente el cuerpo. Es lo más reconfortante que he bebido en mi vida. Las atenciones de Vic me conmueven, especialmente tras la sospecha de Rajat. Pero esa sospecha me ha hecho sentir nuevamente incómoda. Soy consciente de nuestra situación: es de noche y estamos en un motel, sentados en la cama de mi cuarto. Es exactamente el escenario imaginado por Rajat. La ironía de la situación me hace reír.

Le doy las gracias sin apartar los labios de la taza, a sabiendas de que es una descortesía por mi parte. Pero no puedo arriesgarme a que Vic tome mi gratitud por otro tipo de emoción. Y él tiene historia. Recuerdo cuando Desai le advirtió que se mantuviera en el plano profesional, y me sorprende que me lo haya advertido a mí también.

—¿Por qué llorabas?

Levanto la vista, sorprendida y apenada. Mi lealtad a Rajat lucha con mis ansias de compasión.

—¿Qué te dijo?

—Por favor —logro decir—. No deseo hablar de ello.

Se queda callado y yo me ruborizo intensamente. Al final, dice:

—Ha sido un día infernal para ti. Vamos a tu nueva habitación. Te sentirás mejor después de una ducha caliente y de comer algo.

Se inclina hacia mí. Siento sus labios sobre mi frente, el roce de un instante, como un pétalo que cae. Me asalta el recuerdo de un beso similar, de su dulzura transformada ahora en dolor. Lo aparto. Mantengo los ojos cerrados. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no hundirme en el pecho de Vic. Debo ser fiel. Seré fiel. ¿Está mal que quiera que no se acabe este momento?

Sarojini está supervisando la limpieza del templo a fin de prepararlo para la visita de Bhattacharya, mañana por la noche. El chico jardinero friega el suelo, quita las telarañas de los rincones y cambia las bombillas quemadas siguiendo las instrucciones que vocifera Bahadur. La anciana siente un dolor interior cuando llevan a la casa las sillas de mimbre, que se usaron en el compromiso de Korobi. Sacan las lámparas de bronce fuera para limpiarlas con pasta de tamarindo. ¿Dónde está la gran fuente de cobre con la cual se servía la fruta? Nadie lo sabe. «*Beokoof!*», le grita Bahadur al chaval en tono tremebundo. Pero el chico está acostumbrado a sus gritos y solo se rasca la cabeza. Sarojini se pregunta si no habrá más cosas perdidas o robadas, cosas de las que no se acuerda. Pero le tiene sin cuidado. Ha perdido cosas mucho más importantes en su vida y ha sobrevivido.

Una vez que han terminado su trabajo, los criados se marchan del templo. Sarojini piensa en su rodilla y se sienta en una silla a rezar. El religioso se ha retrasado. Quizá llega tarde cada día y Sarojini no lo ha notado. Desde el fallecimiento de Bimal, solo viene al templo de vez en cuando. La anciana cree que la diosa la ha abandonado. «No está bien —se dice a veces—. Después de todos los *puyás* que te he ofrecido pidiéndote que me lleses a mí primero, eso no está bien.»

Sarojini entona los nombres de la diosa, pero su mente se distrae. Esta visita de Bhattacharya es como una piedra arrojada a las aguas quietas del estanque de su vida. En los últimos años, Bimal se había vuelto retraído y hosco. Solamente sus amigos más viejos y tenaces se atrevían a visitarlos. Después de su muerte, ella permitió que también esas visitas cesaran. Ha hecho una excepción con Bhattacharya por los Bose. Se ha enterado por Rajat, reticente a contestar a sus preguntas, que ellos precisan a Bhattacharya para sacar a flote la empresa. Rajat, pobrecito, jamás le pediría ayuda, pero ella está decidida a hacer lo que pueda para ayudarlos.

Abandona los mantras floridos en sánscrito contra los bengalíes inoportunos. «Diosa, madre de los milagros, ¿no podrías ablandar un poco a Bhattacharya? Y mientras te ocupas de ello, arroja un manto de protección sobre Rajat. El chico tiene un problema, no sé cuál, pero es algo serio, lo percibo aunque él no me cuente detalles.»

Evoca la cena en casa de los Bose, la tensión que pendía sobre aquella mesa tan bien puesta como una espesa niebla sobre el estanque cuando salía el sol por detrás de la casa en la aldea de sus padres. De pronto la embarga una gran añoranza. Por su infancia, aquella época feliz y sencilla, cuando los demás se ocupaban de satisfacer sus necesidades; por la aldea de sus padres, que ahora queda al otro lado de la frontera, en otro país que ella nunca visitará; por el polvo que levantaban las pezuñas del ganado, brillando a la luz del crepúsculo cuando los rebaños regresaban de los campos. Como para aumentar su añoranza, un coche toca la bocina con indignación delante de su verja y los demás chóferes se unen a la cacofonía.

Se tapa los oídos con las manos y toma una decisión: mañana, en cuanto acabe el *puyá* de la noche sin luna, se marchará quince días a la aldea ancestral de Bimal. No hay necesidad de que ella se quede languideciendo aquí mientras Korobi se encuentra en Estados Unidos. Piensa en la casa de la aldea, el antiguo chalé de ladrillos en medio de una huerta de mangos; hace diecisiete años que no la ve, pues Bimal se negaba a ir, y se queda sorprendida por su resolución. Se apresura a volver a la casa para prepararlo todo. Cocinera la acompañará, como la última vez. Bahadur partirá antes para limpiar la casa.

Desde la puerta, Cocinera grita:

—¡Ma, Ma, venga, rápido! ¡Algo terrible ha sucedido!

Sarojini suspira. Desde la muerte de Bimal, Cocinera se asusta por cualquier cosa. La mínima cosa la llena de pánico. La otra noche, despertó a Sarojini, segura de que alguien intentaba colarse en la casa, pero, cuando fueron a mirar (Cocinera armada con el *bonti* para cortar pescado), descubrieron que era solo una rama que arañaba una ventana.

Mientras se encamina hacia la casa, lentamente a causa de su rodilla, piensa en el equipaje que llevará. ¿Necesitará un chal pesado? Edredones, ciertamente, porque las noches son más frías en la aldea. Un juego de platos y cubertería completo. Mosquiteras; no hay que tomarse a la ligera los mosquitos de la aldea, peores que sus primos de Calcuta en tamaño y agresividad. Recuerda las palmeras en la parte trasera de la casa, cómo susurraban las hojas al viento. ¡Cuántas noches las había escuchado mientras iba y venía por la terraza con Korobi, que tenía cólicos, en brazos, todavía sufriendo porque le habían arrebatado a Anu! Así y todo, había sido un lugar propicio para cicatrizar la herida.

Pero, cuando Cocinera, retorciéndose las manos, la acompaña a toda prisa a una de las habitaciones vacías de la planta baja, comprueba que, efectivamente, esta vez ha sucedido algo terrible. Cae agua de una pared. Es evidente que una tubería se ha roto en el piso de arriba. Debe de haber ocurrido hace tiempo, porque el suelo está lleno de agua. Horrorizada, contempla la alfombra turca, que ya pertenecía a la familia antes de su boda, empapada y definitivamente arruinada. ¿Es un mal presagio? Al cabo de un momento, recobra el ánimo para ordenarle a Bahadur que cierre la llave de paso y llame a un fontanero. Febril y nerviosa, se pasea por el cuarto hasta que el hombre llega.

Las noticias del fontanero son tan malas como ella se temía: la tubería se ha roto en varias partes —no solo una—, está carcomida y hay que cambiarla. Para hacerlo, habrá que picar varias paredes. El trabajo llevará semanas y costará miles de rupias, un dinero que ella no tiene.

Después de que el fontanero realice una reparación provisional y se marche, Sarojini se sienta pesadamente en el borde de la cama arrastrando la tela del sari, mojado a la altura del tobillo. Permanece así largo rato y luego se encamina al cajón donde suele guardar algunas cosas cuando no sabe qué hacer con ellas. Cocinera se

acerca a preguntar cómo se supone que preparará la comida si el agua está cortada, pero Sarojini apenas la oye. Le duelen los músculos por la tensión mientras rebusca entre esas cosas acumuladas durante años. Sabe que puso allí la tarjeta, la de aquel hombre, ¿cómo se llamaba?, el que quería comprarle la casa. Solo se acuerda de que le cayó muy mal. Por fin, frustrada y al borde de las lágrimas, saca el cajón, le da la vuelta y desparrama todo por el suelo. Ahí está la tarjeta con el logotipo en brillantes caracteres rojos. Marca el número con mano temblorosa, como si le hubiera dado una parálisis cerebral.

—El señor Vikas Saxena, por favor.

—No está, señora —entona una secretaria—. ¿Desea dejar algún recado?

—Soy la señora Roy, de Tarak Prasad Roy Road veintiséis, una casa antigua que él quería comprar para demoler. Estoy dispuesta a discutir su oferta. Pero necesito hablar con alguien inmediatamente. ¿Hay alguien en la oficina?

—Lo comprobaré —responde la chica con voz aburrida—. Aguarde un momento, por favor.

Sarojini espera —¿qué otra cosa puede hacer?— un momento que se le hace interminable. Entonces, cuando ya está convencida de que la chica se ha olvidado de ella, un hombre se pone al teléfono.

—Soy la señora Roy, llamo de Tarak Prasad Roy Road... —empieza a repetir, pero el hombre la interrumpe.

—Sarojini-ma, *namaskar a usted*.

Habla en bengalí, con un fuerte acento, y le resulta familiar. Ella conoce esa voz desde hace mucho tiempo.

—¿Sardarji? —musita—. ¿Es usted? ¿Está en Calcuta?

—Sí, Ma.

—Pero Bimal-babu me dijo que se había jubilado y regresado a su tierra natal.

—En efecto, regresé a Ludhiana, donde me quedé algún tiempo, pero echaba de menos Calcuta; he vivido aquí durante años. De manera que volví y ahora soy uno de los responsables de Saxena.

Sarojini se prepara y dice:

—Babu... falleció de repente. —Está hablando de una pérdida que aún le duele.

—Lo sé, y lo siento mucho. Quería llamarla por teléfono, pero se lo había prometido a Babu. Por eso dudé, aun hoy...

—¿Prometido a Babu qué?

—Que me mantendría apartado de la familia.

—¿Por qué querría él eso? —pregunta Sarojini confundida—. Usted fue el mejor chófer que hemos tenido.

—Babu quería estar seguro de que nadie lo descubriría... especialmente usted. Por supuesto, yo no hubiera dicho ni una palabra, pero él pensó que de esta manera no había riesgo de que yo cometiera un desliz.

—¿Descubrir qué? —Sarojini tiene escalofríos. ¡Otro secreto, no, justo cuando

ella creía que ya no había más secretos!—. Dígamelo ahora. Sea lo que fuere, tengo derecho a saberlo.

Sardarji no discute. Está de acuerdo con ella, quizás.

—Enseguida de que usted se marchara a la aldea, el padre de la niña Korobi vino a Calcuta. Empezó a hacer muchas preguntas incómodas acerca de la muerte de la señorita Anu y sobre qué pasó con la criatura. Pero Bimal-babu estaba preparado para eso. Le entregó un certificado falso en que se hacía constar que el bebé también había muerto en el parto. Lo había falsificado y estampillado con sellos del tribunal para que pareciera oficial y engañara al padre de la niña. Babu esperaba que de esa manera el hombre regresara a América y ustedes pudieran quedarse con la niña. Tuvo que pagar a mucha gente para que mantuviera la boca cerrada: los falsificadores, las enfermeras del pabellón infantil, y a saber cuántos más. Ninguno de nosotros deseaba que usted tuviera que entregar la niña, que era la única familia que le quedaba.

—¡Ah! —dice Sarojini, con un sonido como el que emitiría alguien que recibe un puñetazo en el estómago. Las palabras de Sardarji la retrotraen al dolor de aquellos días, el dolor de perder a Anu, del terror que sintió de que pudiera perder también al bebé prematuro y tan diminuto. Y también siente otra clase de dolor. Empieza a comprender con claridad el porqué de tantas cosas que ella atribuía a la idiosincrasia de Bimal. Por qué la envió a la aldea con el bebé de manera tan precipitada. Por qué la obligó a quedarse allí tanto tiempo. Por qué muchos de los criados, entre ellos Sardarji, ya no estaban cuando ella regresó. Por qué Bimal cortó relaciones con todo su círculo social. Por qué dejó tan poco dinero cuando murió.

No obstante, no puede creerlo completamente. Tiene que seguir preguntando.

—¿El padre de Korobi vino directamente a Calcuta?

—Sí, Ma. Justo después de que usted se fuera a la aldea. Babu debió de haber sabido de su llegada, puesto que ya había encargado la falsificación del certificado. Yo lo llevé en el coche a buscar ese certificado y luego a un gran hotel. Llevaba dos certificados consigo y una urna con cenizas.

«¿De quién serían las cenizas?», se pregunta Sarojini distraídamente. No las de Anu, pues para entonces ya habían sido ofrecidas en Ganga Sagar.

—Se lo entregó todo al padre de la niña.

Despierta una esperanza en el pecho de Sarojini. Quizás era la información que Korobi necesitaba tan desesperadamente.

—¿Usted lo vio? ¿Oyó algo de lo que dijeron?

—No. Babu era muy precavido, un verdadero abogado. —Hay admiración en el tono de Sardarji—. Pero cuando salió del hotel y subió al coche, estaba realmente enfadado. Echaba pestes contra el padre de la niña, haciendo uso de un lenguaje de cloaca, palabras que nunca pensé que él supiera. Eso me impresionó mucho. Como usted sabe, Babu despreciaba a las personas incapaces de controlar su lengua. En cierto momento se tapó la cara con las manos y gritó: «¡Oh, diosa!, ¿por qué esto, encima de todo lo que he tenido que sufrir? Con tanta gente que hay en América, ¿por

qué ella tuvo que elegirlo a él?» Luego reparó en mi presencia y ya no abrió la boca. La privacidad y la dignidad siempre fueron lo más importante para Bimal-babu.

—¿Estaba enfadado porque habían tenido una discusión?

—No lo sé. Debió de ser algo peor, porque Babu estuvo muy alterado durante todo el viaje de regreso. Fuera lo que fuese, lo vigiló hasta que ese hombre se marchó de la India, incluso contrató a un detective. Durante ese período, Bimal-babu parecía un loco, se enfadaba con todos, no dormía y gastaba el dinero como si fuera agua. Temí que le diera un infarto. Ya la muerte de la señorita Anu lo había afectado mucho. Solo respiró tranquilo cuando ese hombre subió al avión. Al final, sin embargo, valió la pena. Babu nunca volvió a oír hablar del padre de la niña y ella se crio con ustedes.

Sarojini no se atreve a hablar. La conmoción es muy fuerte. Siente ira y una profunda tristeza por el hecho de que Bimal hubiera confiado tan poco en ella y le hubiera ocultado todo esto.

—¿Cómo está la niña ahora? —pregunta Sardarji—. Me agradecería pasar a verla un día de estos, si me lo permite. ¿Es verdad que usted está pensando en vender la casa? Si es así, puedo ocuparme de que Saxena le haga una oferta justa.

Sarojini debe de haber dado las respuestas adecuadas, aunque no recuerda cuáles, porque Sardarji fija una fecha para ir a verla con un contrato preliminar y se despide. Después de colgar, se sienta con la cabeza entre las manos, imitando inconscientemente a su esposo en aquel lejano día infausto. Su mente se mueve en lentos círculos irregulares, como la piedra de moler que usaban en casa de sus padres para hacer pasta de lentejas. ¿Por qué se había enfadado tanto Bimal con el padre de Korobi? ¿Qué pudo haber ocurrido con el hombre que su hija había amado hasta su muerte?

Han transcurrido tres días desde que regresé de Boston, tres días de tristeza y silencio. Rajat no ha llamado y, aunque ansío oír su voz, he prometido no llamarlo. Temo que, si lo hago, capitularé y le diré que lo quiero. Y es verdad, lo quiero. Pero me niego a ser tratada como alguien en quien no se puede confiar. Es preciso que admita la injusticia de su acusación, de lo contrario sentará un nefasto precedente para nuestra futura vida matrimonial. No puedo permitir que eso ocurra.

En la oficina de Desai el panorama ha sido deprimente. Nadie en la universidad nos ha dado ninguna pista. Nadie ha respondido a los anuncios que pusimos en el periódico, y cada semana merman un poco más mis finanzas. A este ritmo, el dinero se acabará antes de la fecha prevista para mi regreso a la India. Hasta Desai está perdiendo las esperanzas. Puedo verlo en su rostro.

Para colmo, además de todos los problemas que tengo, las cosas han empeorado en el apartamento de los Mitra. Desde que he vuelto de Boston, todas las noches los oigo discutir en su dormitorio. En una ocasión, Seema gritó: «¡Envíame a casa!

¡Envíame de vuelta y así podré tener a mi bebé en paz, lejos de ti!» Cuando estoy allí, ella me sigue a todas partes, triste como una gatita abandonada. Tengo la impresión de que desea contarme algo, pero me fuerza a no hacerle preguntas. No puedo complicarme la vida con los problemas de Seema cuando mi propia vida es un desbarajuste. Mitra, quien no me habla desde nuestro altercado a propósito del teléfono, me mira con odio cada vez que nos encontramos, como si sus problemas conyugales fueran culpa mía.

En estos días sombríos, Vic es mi única alegría. Algo cambió entre nosotros la noche en el motel. En el viaje de regreso a Boston, mientras yo, abatida, me hundía en el asiento del coche, él me habló de su vida. Estaba pensando en abandonar Nueva York; sobre eso discutían el día que los conocí. Su restaurante, que marchaba muy bien un año atrás, estaba a punto de quebrar porque la gente ya no quería comer en un lugar llamado Lazeez. Esa injusticia le había dolido mucho, pues él siempre había amado esta ciudad y se sentía orgulloso de su cosmopolitismo. Por su desengaño se había vuelto agresivo e intratable, y su novia había roto con él. Lo único que lo ataba a Nueva York era su renuencia a abandonar a su tío, quien desde el 11-S estaba abrumado de trabajo con tanta gente que buscaba a sus seres queridos.

—Pero me alegro de no haberme marchado, de lo contrario no te habría conocido.

No supe qué contestar. Incómoda pero contenta, me puse a mirar por la ventanilla. Tal vez él no quiso decir nada en especial, pues siguió hablando de otras cuestiones. Su compañero de habitación en la facultad había abierto una discoteca en San Francisco y le iba muy bien. Le había ofrecido que trabajara con él. ¿Qué pensaba yo de la idea?

Curiosamente, me sentí traicionada solo de pensar que Vic se marchara de Nueva York, pero no podía decirlo. Era ilógico. ¿No me iría yo a la India al cabo de dos semanas? Sin embargo, se me escapó un suspiro.

—¡Ánimo! ¡No es el fin del mundo si no encuentras a tu padre! Has vivido todos estos años sin él, ¿no?

Quería hacerle comprender mi necesidad. Pensé en hablarle de la nota de mi madre, interrumpida por su muerte, de la visión onírica en la cual ella había manifestado su anhelo de que yo conociera al hombre que ella había amado. Pero Vic pasó a otro tema, más desconcertante.

—En cuanto a tus problemas con Rajat, quizás esta separación resulte positiva. Es tu oportunidad para ver las cosas en perspectiva. Es mejor que casarse precipitadamente y arrepentirse después.

La vida de Vic parecía tan simple, tan norteamericana, alimentada solo por sus propios deseos... ¿Cómo podía explicarle todas las obligaciones que tenía por ser la nieta de Bimal Roy, abogado, residente en Tarak Prasad Roy Road 26, ya que, al igual que mi madre, también yo había hecho ciertas promesas?

—¿Te acuerdas de anoche, en la carretera? Pudimos haber sufrido un serio accidente. Pero salimos ilesos, ¿no? De un modo u otro, las cosas siempre se



arreglan. Así que deja de preocuparte y regálame una de esas sonrisas radiantes.

Dejé que me camelara hasta hacerme reír, que me persuadiera de que era una chica con suerte. Lo de «radiante» ayudó, pero yo estaba pensando en su beso. Había sido un gesto humano de consuelo, nada más. A continuación, él me había acompañado a mi nueva habitación y se había marchado. ¿Por qué, entonces, no podía olvidarlo? ¿Qué irónica coincidencia había hecho que Vic me besara en el mismo punto de la frente que habían tocado los labios de Rajat? Todo me resultaba muy confuso. ¿Había cometido un error aceptando casarme con Rajat, como acababa de insinuar Vic? ¿O estaba a punto de cometer un error más grande?

Hoy, cuando entro en la oficina, Desai me pasa, deslizándolo por encima de su escritorio, un grueso expediente. Ha localizado a dos Rob que viven en el norte de California y que podrían ser candidatos. Uno es un abogado especializado en herencias, residente en San Francisco; y el otro, un escritor que vive en las montañas de Santa Cruz. Ambos estudiaron en Berkeley al mismo tiempo que mi madre y podrían haber asistido a los mismos cursos de ciencias políticas o comunicación. Ambos fueron miembros de un club de estudiantes internacionales, del que quizá también ella formó parte. No ha encontrado informaciones específicas sobre sus novias.

—Es una posibilidad remota. ¿Quieres intentarlo?

¿Cómo no voy a querer? Parece ser mi última oportunidad.

Elaboramos planes. Yo me encargaría de llamar al abogado y concertar una primera cita con el pretexto de que necesitaba asesoramiento jurídico respecto a un dinero que estaba por heredar. Al escritor, que al parecer era un solitario, le enviaría un correo electrónico diciéndole que necesitaba contratar a un escritor que me ayudara a corregir la redacción de un libro de memorias sobre mi familia. Una vez que hubiésemos acabado de hablar acerca del asunto profesional, yo me sinceraría, al menos en parte. Les explicaría que estaba buscando a personas que hubieran podido conocer a mi difunta madre.

—Tendrás que improvisar sobre la marcha —me advierte Desai—, dependerá de lo que te digan. Aunque ninguno de ellos sea tu padre, podrían darte alguna pista.

Ni él ni yo mencionamos mi billete de regreso, que pende sobre mi cabeza, para dentro de dos semanas.

Más planes: Vic me acompañará en avión a California, alquilará un coche y me llevara a todas partes. Desai tiene una pariente que posee un hotel modesto. Ha convenido con ella una tarifa semanal muy económica. Hace la suma: avión, motel, alquiler del coche, comida, gasolina. La habitación de Vic y honorarios. Pero, aunque Desai ha ajustado al máximo los gastos, el total supera con creces el dinero que me queda.

—No tienes que pagar mi parte —dice Vic—. Yo pensaba viajar a California de todos modos. Será una oportunidad para ver a Sid.

El señor Desai frunce los labios ante la imprudencia de su sobrino, pero no lo

contradice. Sospecho que no está tan descontento de descubrir el lado altruista de Vic. Nos mira con picardía, primero a Vic, después a mí, y luego vuelve a calcular los gastos.

Pero, aun con la generosidad de Vic, no tengo dinero suficiente para pasar una semana en California, que es el mínimo tiempo que tendremos que estar allí. Desai desea un margen de tiempo para hacer otra visita a los dos Rob, si es necesario. Y quiere que yo vaya a la universidad personalmente. Es menos probable que las personas te rechacen cuando las tienes delante. Y se te pueden ocurrir preguntas diferentes, que podrían suscitar respuestas cruciales.

—Llama a tu novio —dice Desai—. Pídele que te gire algo más de dinero.

—Yo lo conseguiré —contesto precipitadamente, aunque no tengo la menor idea de cómo hacerlo. En cambio, sí sé que no se lo pediré a Rajat.

Cuando salimos del despacho, le pregunto a Vic si él conoce alguna forma de ganar dinero rápidamente.

—¿Y si vendes tu anillo? Parece muy valioso.

—¡No! —La palabra sale de mi boca sin que yo me lo proponga.

—Te importan mucho tus joyas, por lo visto.

Me dan ganas de reírme con amargura. Pienso en las joyas de mi abuela, antiguas, irreemplazables, que vendí sin escrúpulos. Pero este anillo... recuerdo la caricia de Rajat mientras lo deslizaba en mi dedo. Después me besó la mano demorando sus labios sobre la piedra. Renunciar a este anillo sería como renunciar a él.

—¡Siempre existe otra posibilidad para una mujer guapa como tú! —dice Vic con una sonrisa burlona.

Luego me preguntaría a mí misma por qué su comentario injurioso no me ofendió. ¿Era porque, como Vic había nacido aquí, yo aplicaba criterios distintos para juzgarlo? ¿Era porque no lo dijo para herirme? ¿Era porque, en un mundo que me parecía cada vez más volátil, yo sabía que él era una de las pocas personas con las cuales podía contar?

Al atardecer, a esa hora en que el cielo se pone rojo como la sangre, Rajat se pasea por la orilla del río, adonde ha llegado en coche contra la voluntad de su madre. Ella no quería que su hijo saliera debido a que la situación ha empeorado en el depósito, pero si se quedaba en casa se iba a volver loco.

A Rajat siempre le ha gustado esta parte de la ciudad. El viejo río, lento, marrón, arrastrando sus basuras con dignidad, tiene algo para cada uno. Cuando Pia era una niña pequeña, papá y mamá solían traerlos a la zona menos cara del paseo a tomar helados que compraban a los vendedores ambulantes. Los niños compartían un cucurucho y Rajat siempre pedía vainilla porque era el preferido de Pia, aunque a él le apetecía más el de pistacho. Qué sencillo era todo entonces; los objetos más ínfimos estaban imbuidos de felicidad. No puede recordar la última vez que vinieron

aquí todos juntos. Pia ha estado toda la semana rogándole que, como regalo de cumpleaños, la traiga a la ribera a cenar, a un nuevo restaurante marroquí del que hablan todas sus amigas. Se promete que encontrará el momento para ello.

Hoy el río no lo consuela. Como una herida que no puede dejar de tocarse, sigue volviendo al depósito. Su visita había comenzado bien. Los piquetes le habían gritado agitando los puños, pero él había conservado la calma. «Soy un embajador de la familia Bose», se había repetido en silencio mientras lo escoltaban al interior. El presidente del sindicato, un hindú que trabaja en la empresa desde hace muchos años, se mostró correcto. Le presentó una lista de peticiones. Rajat pensó que eran exigencias exorbitantes —contratar a un capataz musulmán, aceptar de nuevo al hombre que él había echado y pagarle una indemnización, volver a colocar los puestos de trabajo tal como estaban antes—, pero no dijo nada. Por último, la familia Bose debía reunirse con los trabajadores y disculparse públicamente por el mal manejo del incidente.

Rajat sintió que la ira lo atravesaba como una corriente eléctrica. Era un insulto, no solo a él, eso no sería nada, sino a sus padres. No obstante, recordó su promesa. A fin de marcharse antes de perder el control, le arrebató los papeles al presidente y se puso de pie mientras el hombre todavía estaba hablando. El vicepresidente, un hombre joven, lo tomó como una ofensa y, elevando el tono, le pidió a Rajat un poco de respeto. Los funcionarios del sindicato no eran sus criados. ¿No se daba cuenta de que ellos tenían el poder de cerrar el depósito indefinidamente?

Aquella amenaza fue demasiado. Rajat olvidó las advertencias de sus padres — que el sindicato podría muy bien provocarlo— y salió de allí hecho una furia. Un sindicalista lo cogió por la camisa. «Se irá cuando hayamos terminado», le espetó. Rajat le gritó que le quitara las manos de encima. A modo de respuesta, se oyeron gritos y puñetazos en las mesas. El ruido, ensordecedor, reverberaba en las paredes. Varios hombres se le echaron encima y uno lo agarró del cuello. Seguramente él reaccionó golpeándolo, pero no se acuerda con claridad.

Por fin intervino el presidente para restablecer el orden y decir a sus hombres que lo dejaran marchar. Y a continuación recuperó la lista de las reclamaciones. A la luz de lo que acababa de ocurrir, esa lista ya no era válida. Habría nuevas reclamaciones. El sindicato se reuniría nuevamente e informaría a los Bose de la decisión tomada. Un Rajat humillado, con el cuello torcido, un rasguño en la mejilla y el corazón a punto de estallar, fue escoltado hasta el coche por dos tipos musculosos mientras los manifestantes lo abucheaban. El susto en los ojos de Asif lo enfureció aún más.

Debería haber esperado a estar más calmado, pero no habían salido aún del predio de la fábrica cuando espetó al chófer por qué no le había entregado la carta de Sonia, cómo se atrevía a quedarse con algo tan personal. Asif respondió con más dignidad que culpa: la había guardado porque estaba convencido de que Sonia no tenía buenas intenciones, que trataba de que Rajat-saab rompiera su compromiso. Rajat-saab debía olvidarse de Sonia. Ella no traía más que problemas. Rajat había gritado que no era

competencia de Asif tomar esas decisiones, que los Bose no le pagaban para eso. ¿Quién se creía ser Asif para darle consejos? ¿Un maldito consejero de parejas? Asif guardó silencio. No bien llegaron al edificio, fue a sus dependencias en busca de la carta y se la entregó a Rajat, bien cerrada, en un impoluto sobre blanco.

Rajat era consciente de que se había pasado. Trató de hablar normalmente con Asif al día siguiente. Este le respondió educadamente, pero con frialdad. Rajat sabía que el chófer no lo perdonaría enseguida.

Ahora saca la carta de Sonia del bolsillo por enésima vez. Debió haberla quemado sin leerla, pero no fue capaz. Esta debilidad le molesta. El sol ha desaparecido en el río y la luz es demasiado débil para poder leer, pero Rajat se la sabe de memoria. Recuerda perfectamente esos días que Sonia evoca en su carta, la sensación de vértigo que le daba saber que ella lo esperaba a escondidas en el hotel, la prisa en abandonar la reunión y regresar a la habitación a todo correr, antes de que comenzara la siguiente, para tener con ella un delicioso sexo irresponsable. Pero Sonia tenía razón: no era solo eso. En los intervalos, él le había hablado de sus miedos y sus fantasías. Le había confesado sus defectos. No se acuerda si ella había confesado los suyos, pero, tomándole la mano, lo había escuchado. Por muy mal que hubiera ido todo después, esos días figuraban entre sus recuerdos más felices.

¿Será verdad lo que ella dice, que el verdadero Rajat es el hombre que estaba en aquella habitación? ¿Que con Korobi él es una persona ilusa, que con el tiempo va a terminar destrozado? Como quien siente el deseo incontrolable de la droga, se despierta en él la necesidad imperiosa de telefonar a Sonia, solo una vez. Busca su teléfono, luego cierra las manos en un puño. Lo que sucedió entre ellos después arruinó todo lo que habían vivido antes, como un incendio que abrasa una hermosa casa y la vuelve inhabitable.

Se acuerda del día en que lo descubrió como una densa neblina que te embota la cabeza. Había recibido una llamada de una de sus ex novias. Le preguntó si sabía dónde estaba Sonia.

—Se ha ido a Digha, a pasar el fin de semana con un par de amigas —contestó él, creyendo que la pregunta era sincera.

—Está en Digha, correcto. —La chica se rio, con un retintín mezclado con veneno—. Pero ¿con quién?

Y colgó antes de que él pudiera preguntarle a qué se refería.

Enfermo de sospecha y desconfianza, fue en coche hasta allá a toda velocidad por la carretera. Los encontró junto a la piscina del hotel: Sonia, en bikini, con un tipo que él había visto en fiestas, un ejecutivo de Punjabi con quien ella había salido antes de que empezara a ir en serio con Rajat. Cuando este se lo reprochó, ella le explicó que de hecho estaba con sus amigas. Si no le creía, podía ir a la recepción del hotel y preguntar. No era su culpa si Gurcharan había aparecido por allí. Afirmó que ella no estaba haciendo nada malo y lo acusó de espiarla. Le recordó que él no era su dueño. Rajat perdió la cabeza y montó una escena terrible. Sonia llamó al personal de

seguridad del hotel, quienes lo escoltaron fuera del establecimiento.

Pensar en ello ahora lo mortifica. Había sido lo bastante ingenuo para amarla mientras a ella solo le interesaba revolotear de flor en flor. Cómo puede él creer una palabra de lo que escribe una mujer así. Cómo se atreve a afirmar que su relación fue importante para ella. Cómo se atreve a suponer que él volverá con ella solo porque ahora ella lo desea. Cómo se atreve a compararse con Cara. No hay el menor parecido entre ellas. De pronto ve con claridad cuán injustificadas fueron sus sospechas la noche que Cara llamó desde Boston y por qué razón las había tenido. Su reacción, instintiva, fue una consecuencia de su relación con Sonia. Cara le dijo la verdad acerca del temporal de nieve, él lo comprobó en internet. Debería haber aparcado su orgullo y llamarla ese mismo día para disculparse. Lo hará ahora. Hace una bola con la carta de Sonia, la tira al río y saca el móvil.

Entonces ve a los tres hombres que se encaminan hacia él. Son de clase obrera, lo adivina por la ropa. ¿Vienen del depósito? No reconoce sus rostros. Pero los Bose emplean a muchos hombres. ¿Hindúes o musulmanes? No llevan signos visibles. Se siente molesto por haberlo pensado. Pero hay algo raro en ellos. Caminan resueltamente, sus movimientos son tensos, no como personas que han salido a disfrutar de un atardecer junto al río. Se acuerda de la inquietud de su madre.

—Mejor te quedas en casa unos días, hasta que arreglemos este asunto en el depósito —le dijo.

—Mamá, te preocupas demasiado por Pia y por mí. Tendré cuidado.

Corre hacia el coche sin perder de vista a los hombres. Se mete dentro y atranca las puertas. Enciende el motor a fin de poder salir disparado en caso de necesidad. Pero los hombres siguen avanzando al mismo paso. Pasan delante de él sin siquiera mirarlo.

Menuda equivocación; otro error de cálculo que lo hace sentir estúpido.

Piensa en volver a apearse. Se ha levantado una hermosa brisa y la luna pende sobre las vigas del puente Howrah como una gruesa moneda de oro. Los hombres han desaparecido en la oscuridad y la orilla está tranquila. La decisión de no llamar a Sonia lo ha serenado. Por fin puede disfrutar del río. Pero piensa en su madre y arranca para regresar a casa. Llamará a Cara mañana.

Si alguien me hubiera dicho ayer, cuando salí del despacho de Desai, dónde me encontraría esta mañana, me habría reído. Pero aquí estoy, sentada en una silla de plástico, sin poder estarme quieta, sintiéndome culpable, crispada. Hace escasos minutos, de la trastienda salió una mujer, muy profesional con su bata de laboratorio y la boca fruncida, cortó con las tijeras unas hebras de mi cabello y volvió a marcharse a fin de evaluar su calidad. Dependiendo de lo que ella llamó la «pureza» de mi cabello, decidirá cuánto me va a pagar.

Vic me llamó anoche.

—Hay un lugar donde compran cabello humano para instrumental científico. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Cuando la mujer me pidió que destrenzara mi pelo, este cayó como una cascada de rizos brillantes por debajo de mi cintura. El destello de admiración en sus ojos me atravesó como un cuchillo. Mi abuela adoraba mi pelo. Lo masajeaba con aceite de coco, lo lavaba con pulpa de rita y lo trenzaba de mil maneras. Uno de mis recuerdos más felices es sentir sus dedos en mi cuero cabelludo. Trato de no pensar en lo que diría si supiera lo que estoy haciendo.

«Concéntrate en este momento —me ordeno—. En la necesidad del presente.»

La mujer me hace pasar a la trastienda. El frío de sus tijeras me quema la nuca. Mantengo los ojos apartados del espejo; me siento mareada, desconectada. Pero, cuando el dinero está en mi mano, en cierto modo me siento reconfortada. Ahora tengo lo suficiente para California y sin tener que mendigárselo a nadie.

Vic entorna los ojos y me observa cuando pasa a recogerme.

—Me agrada. Pareces una chica moderna, segura de sí misma. —Y añade más admirativo aún—: Ha sido una decisión importante. Debo reconocer que no me esperaba que lo hicieras.

Inclino el espejo retrovisor para mirarme. Una vez superado el *shock*, decido que a mí también me agrada mi nueva imagen. Una melena de rizos que apenas me llega a los hombros me ha transformado en una extraña, una chica sofisticada y un poco peligrosa.

Sin embargo, mi entusiasmo se viene abajo cuando Seema abre la puerta del apartamento.

—¡Dios mío! ¿Qué te has hecho? ¡Tu hermoso cabello! ¿Lo sabe tu abuela? ¿Tus padres políticos te han dado permiso?

Todas mis dudas vuelven a acosarme. Recuerdo el orgullo con que mi abuela prendió en mi trenza la peineta con forma de aurora solar. Y mamá, ¿me considerará ahora una especie de mercancía dañada?

—Era mi cabello, sí —contesto en tono desafiante.

Pero eso es cierto solo a medias. Ese cabello pertenecía a la nieta de Bimal y Sarojini, a la prometida de Rajat, a la futura nuera de papá y mamá Bose.

—¡Ya no parecerás una verdadera novia!

Me invaden las visiones de mi persona con la cabeza pelada, incongruente con el traje de seda roja debajo del dosel nupcial. Me encojo de hombros. Tal como van las cosas, quién sabe si habrá boda.

—¿Por qué has hecho semejante cosa?

Seema debe de haber tenido un mal día; está al borde de las lágrimas.

—Si no hubiera vendido mi cabello, no tendría dinero para ir a California. Me habría visto obligada a regresar a la India sin... sin haber hecho lo que he venido a hacer.

Seema abre los ojos desmesuradamente.

—¿Te pagaron? ¿Cuánto?

Se lo digo.

—¿Tanto? —Se queda pensativa—. ¿Crees que me darían lo mismo por el mío? Es casi tan largo como el tuyo.

—¿Quieres cortarte el pelo? —pregunto perpleja.

Seema asiente con firmeza.

—También yo lo venderé. Después venderé mis joyas y todo lo que tenga de valor en la casa de empeños. Con ese dinero viajaré a la India, para tener a mi bebé en casa de mi madre.

Me doy cuenta de que habla en serio. Me preocupa.

—Háblalo con Mitra antes de decidirte.

—¡No! Si se lo pregunto, nunca lo permitiré. No debe saberlo hasta después. He esperado hasta ahora porque no quería dejarlo solo, pero él ha cambiado mucho. No creo que le vaya a preocupar demasiado si estoy o no estoy aquí. Anda metido en algo, no me dice qué, pero es como una adicción. No podré siquiera contar con él cuando llegue el bebé.

Esto no me gusta. Seema se equivoca si piensa que a Mitra no le importará que ella se marche. Como muchos hombres controladores, se pondrá furioso. Con ella y conmigo, pues me culpará por haberle dado la idea.

—¿Cómo te las arreglarás para que no se entere? Sospechará en cuanto vea que te has cortado el pelo. Sobre todo después de habérmelo cortado yo.

—No tengo la menor idea... —Pero antes de que Seema prosiga, oímos la llave de Mitra en la puerta.

—Ten mucho cuidado —le digo en voz baja antes de meterme en mi habitación.

Seema acomoda el traje de Prada, limpio y primorosamente plegado, en mi maleta.

—Es para ti, es mi deseo y no se hable más. Espero que te traiga buena suerte.

Dentro de una hora iré al aeropuerto para volar a San Francisco. Con suerte, no veré a Mitra, que ha salido. Y con un poco más de suerte, no volveré a verlo nunca. Si no fuera porque me preocupa Seema, estaría jubilosa.

Me ha contado sus planes. Esta noche le dará a Mitra una última oportunidad. Se enjuga las lágrimas cuando me lo dice y yo percibo lo difícil que es esto para ella, como aceptar que te amputen un miembro aun cuando sepas que está gangrenado. Le preguntaré adónde va todos los días, qué hace. Le preguntaré cuándo podrá viajar ella a la India. Si sus respuestas no la satisfacen, seguirá adelante con su plan. Mañana, en cuanto Mitra salga del apartamento, ella llamará a Janki, el vecino de abajo, que no le tiene simpatía a Mitra porque es maleducado. Janki ha aceptado llevarla en su coche al lugar donde compran cabello; Seema ya tiene turno. Después del corte, irán a una casa de empeños. Una vez que tenga el dinero, pagará el billete a Calcuta. Un primo de Janki, que es agente de viajes, ya se lo ha reservado. Desde allí, Janki la llevará directamente al aeropuerto. Estará volando antes de que Mitra sepa que ella se ha ido de casa.

Observo sus mejillas arreboladas y la determinación en su mirada, asombrada por su transformación. No puedo creer que sea la misma mujer que se pasaba el día entero echada en el sofá, acurrucada en una nube de depresión. ¿Y si Mitra se da cuenta y empieza a sospechar?

Seema sonrío con amargura.

—No te preocupes. Si él puede ocultarme algo, yo también puedo.

No obstante, tengo mis dudas. Son muchas las contingencias en su plan; cada etapa se mantiene precariamente en equilibrio sobre la anterior. Si una de ellas se mueve, las demás se vendrán abajo. Y entonces, ¿qué le hará Mitra?

—Tendré cuidado. —Me abraza—. Y tú también tenlo.

—¿Qué pasa aquí?

La voz de Mitra me sobresalta y me aparto, sintiéndome culpable.

Está apoyado en la jamba de la puerta, observándonos con los ojos entornados. ¿Cuánto hace que está en el apartamento? No ha hecho ruido deliberadamente, estoy segura. ¿Cuánto ha escuchado de los planes de Seema?

Pero ella no se altera.

—Korobi se inquietaba por mi salud —dice con su voz dócil y apática—. Quiere que me cuide, que no me desanime. Una prima suya que se preocupaba por todo tuvo un aborto espontáneo, entonces...

—Tú no eres tan estúpida —la interrumpe Mitra—. Además, aquí estoy yo para cuidarte.



—Es precisamente lo que le he dicho a Korobi.

Él me mira con desconfianza, pero no hace más comentarios. Quizás está tan contento de librarse de mí como yo de él. Seema le ofrece un té y él la sigue a la cocina. Debería ducharme, pero cojo la carpeta que me dio Desai y le echo otro vistazo a las dos fotografías. Los dos hombres son apuestos: las facciones de uno son duras; las del otro, más suaves. De jóvenes debieron de ser peligrosamente atractivos. Miro sus rostros y trato de determinar el carácter de cada uno, pero soy incapaz, presa del anhelo. «Por favor —ruego—, que uno de vosotros sea mi padre, os lo suplico.»

Meto la carpeta en el fondo del bolso de mano, debajo del camisón, y voy al cuarto de baño. Cuando acabo de vestirme, oigo la bocina del taxi. Vic ya está aquí. Les doy las gracias a los Mitra por su hospitalidad y rechazo educadamente el tibio ofrecimiento de él de bajar mi equipaje. No me atrevo a mirar a Seema; le envío una oración. Y mi agradecimiento. Su coraje ha fortalecido el mío.

Apuesto y elegante, con sus gafas de aviador y una chaqueta de piel, Vic se apresura a ocuparse de mis bolsos.

—¿Ese cretino ni siquiera te ha ayudado con el equipaje?

—Para ser justa, se ofreció. Pero no tengo por qué aceptar nada de él.

Vic me mira con admiración.

—La primera vez que mi tío me habló de ti, esperé encontrarme con una chica consentida y adinerada. ¡Pero tú sí que tienes carácter!

Le sonrío. Es ridículo, pero su comentario me agrada. Es una hermosa y tibia tarde, con nubes algodonosas en el cielo. Una tiene forma de corazón. La brisa despeina mis rizos. Me siento como en vacaciones. Sé que encontraré a mi padre en California. ¡Lo sé! Vic hace un chiste mientras me ayuda a quitarme el abrigo y, aunque no es muy gracioso, los dos nos tronchamos.

—¡Eh, mira! Mitra está en el balcón, observándonos.

Miro atrás mientras el taxi se aleja. Es verdad: ahí está, tieso y oscuro, como una mancha en la agradable tarde. Qué raro. Yo creía que ya me tenía muy vista.

Mi teléfono suena cuando ya estamos cerca del aeropuerto. Cuando veo el número de Rajat me alegro, aunque también siento cierta aprensión. Pero lo primero que hace Rajat es pedirme disculpas. Dice que quiere que yo sepa que él me confiaría su vida. Sus palabras son tan íntimas como un beso. Lo escucho con arrobos, de repente consciente de cuánto añoro su ternura. Pero también me siento incómoda. Aunque Vic, educadamente, se ha puesto a mirar por la ventanilla, estoy segura de que puede oír lo que dice Rajat. Debo interrumpirlo y decirle que nos dirigimos al aeropuerto.

Se produce un silencio tenso, hasta que Rajat dice:

—Me alegro de que no vayas sola a una ciudad desconocida. Ten cuidado, ¿vale?

Esa palabra, «cuidado», encierra un significado subterráneo, pero estoy resuelta a ser positiva.

—¡Tú también ten cuidado! —respondo—. ¡Ahora que estoy lejos, tus antiguas

novias tratarán de repescarte!

Rajat se queda callado. Temo haberlo ofendido con mi broma manida. El taxi entra en la terminal. De pronto reparo en que me he olvidado de contarle lo que vi en la galería. Me siento culpable y rápidamente le hago una descripción: el polvo, el abandono, la pared vacía.

Una vez superada su incredulidad, Rajat se enfurece.

—Llamaré ahora mismo a Mitra y llegaré al fondo de este asunto. ¿A qué cree que está jugando?

—¡No, no lo llames! —le pido encarecidamente mientras hago malabarismos con el teléfono, cuento los billetes para el taxista y trato de imaginar qué haría Mitra, todo al mismo tiempo—. Eso le dará la oportunidad de disimular las cosas. Papá o tú deberíais venir a Nueva York. Sorprenderlo.

Rajat suspira.

—Me encantaría. Además, también podría estar contigo. Pero aquí se avecinan muchos problemas. El depósito está al borde del cierre definitivo por capricho del sindicato. No creo que ni él ni yo podamos marcharnos ahora.

Eso me sorprende. No me imaginaba que las cosas hubieran llegado tan lejos. Deseo conocer los detalles, pero un policía me dice que avance. Me despido de Rajat prometiéndole que lo llamaré antes de embarcar.

La cola para los controles de seguridad es muy larga y lenta. Aparentemente hay una alerta, no se sabe el motivo. A Vic y a mí nos apartan de la cola y nos dejan a un lado; nos piden que aguardemos allí pese a que ambos ya hemos pasado por el detector sin problema. Todos los que esperan con nosotros son morenos. Se lo comento a Vic, pero él me indica que me calle. Para cuando nos llega el turno de ser controlados, con un dispositivo electrónico irónicamente llamado «varita» que nos pasan por todo el cuerpo, nuestro vuelo está a punto de partir. Atravesamos el aeropuerto a todo correr, jadeantes, y llegamos al avión justo cuando van a cerrar la puerta. Los demás pasajeros nos lanzan miradas reprobatorias. En medio de toda esta confusión, no tengo ocasión de llamar a Rajat.

—No es justo —le susurro a Vic una vez que estamos sentados—. Estábamos en la cola antes que muchas de estas personas. ¿Y has notado cuántos indios fueron apartados para ser sometidos a ese segundo control?

—¡Bienvenidos a los cielos de América después del 11-S aunque seáis morenos!

—¿No te molesta que te traten así? Eres ciudadano americano. No deberías tener que...

Él se encoge de hombros.

—Yo escojo mis batallas. Podría ser peor.

Me consterna su displicencia ante una injusticia que obviamente debería ser señalada. Esa actitud relajada, que al principio me había parecido tan seductora, tiene sus inconvenientes. Rajat jamás lo habría permitido.

«¡No sigas!», me ordeno. Abro el bolso de mano para sacar la carpeta «padres».

Esto es lo que tengo que hacer: informarme mejor sobre los dos hombres que voy a conocer, averiguar qué es lo importante para ellos, en lugar de comparar a mi prometido con alguien a quien dentro de dos semanas no volveré a ver. De solo pensarlo me ofusco. Me concentro en la carpeta, que por suerte está arriba de todo, así no tengo que revolver las cosas. Coloco las hojas sobre mi bandeja.

Pero de pronto recuerdo que la carpeta estaba en el fondo del bolso, debajo del camión. O sea que alguien la cogió mientras yo me duchaba. Mitra. Me enfurezco, con él y también conmigo por no haber sido más cuidadosa. Tanto secreto para nada.

Se lo cuento a Vic, quien también se preocupa, pero procura tranquilizarme.

—Lo que Mitra quiere es extorsionar a los Bose. A menos que de verdad encuentres a tu padre, no dispone de nada concreto para chantajearlos.

Ojalá tenga razón. Pero es un magro consuelo pensar que Mitra está esperando, como un buitre, el momento oportuno para abatirse sobre mí.

Falta una hora para la cena y el piso está vacío. Papá y mamá han ido a la galería, Pia se ha marchado a su clase de bádminton, y Pushpa se encuentra abajo, en las dependencias de servicio. Rajat enciende el estéreo y se echa en el sofá del salón, agradecido de tener este momento de alivio, sin miradas escrutadoras y ansiosas. Se deja envolver y acunar por los suaves compases del jazz. Por el momento, nadie espera nada de él. Por el momento, puede permitirse no pensar en sus preocupaciones.

Pero su mente se niega a cooperar. Exige saber por qué Cara no volvió a llamar, tal como le había prometido. Y Sonia ha dejado otro mensaje en su móvil; ¿cómo debería contestarle para que no insista? Y ¿será verdad que Mitra los está traicionando? Rajat tiene que estar seguro de ello antes de cargar a sus padres con una nueva preocupación. Y, encima, aún no ha habido noticias de los dirigentes sindicales. ¿Qué estarán planeando?

Sus padres deben de haberse sentido defraudados por el fiasco en el depósito, pero lo disimularon bien. Le aseguraron que no era culpa suya: era obvio que el sindicato había planificado dimensionar el conflicto a fin de tener una razón válida para declarar una huelga. Pero Rajat sabe que no es así. Si él hubiera mantenido la calma, ellos habrían optado por el camino de la reconciliación.

¿Qué puede hacer para detener la espiral descendente de la fortuna de su familia? Nueva York. Ahí es donde debe concentrarse. La galería es un pozo sin fondo que se está tragando todos sus activos, cada día más. Debe telefonar a Mitra, hacer algunas averiguaciones discretas, enterarse de qué es lo que realmente está ocurriendo. Sabe que Korobi no desea que lo haga, pero ella no comprende la situación de aquí. Rajat no puede pedirle a su padre que haga un viaje tan largo y costoso a América, o que lo mande a él, cuando su situación financiera es tan precaria y las circunstancias con el sindicato tan volátiles. No es posible, a menos que él esté seguro de que los temores

de Korobi son fundados. Y para ello es preciso que oiga las respuestas que Mitra dará a sus preguntas.

Debe de ser muy temprano en Nueva York pues Mitra atiende enseguida su móvil. Suena cauteloso y educado. Su respuesta a los interrogantes de Rajat es que el negocio está flojo. Lamentablemente, el arte indio ya no tiene éxito en los tiempos que corren. La gente asocia todo lo oriental con el 11-S. No obstante, él se esfuerza, abre religiosamente la galería cada mañana, publica anuncios en los periódicos, deja folletos en los sitios cuya clientela podría estar interesada. Y lo hace solo, porque, como Rajat habrá oído, la esposa de Mitra está por tener familia y no se encuentra muy bien de salud.

—Algunos amigos míos que fueron a la galería me han dicho que estaba cerrada, en pleno día —le espeta Rajat, y escucha atentamente en busca de un tono defensivo o una vacilación, pero Mitra habla en tono monocorde.

—A veces tengo que salir a buscar algo de comida al mediodía o encontrarme con un cliente. Aunque salga solo por unos minutos, debo cerrar la galería. Quizá podría contratar a alguien a tiempo parcial, por un par de horas al día, para que me sustituya en esas ocasiones. Conozco a la persona indicada.

El argumento de Mitra suena tan razonable que Rajat tiene que hacer un esfuerzo para acordarse de la preocupación de Korobi cuando le avisó de que estaba estafando a la familia Bose.

—Me han dicho que la galería está muy descuidada. Y que faltan algunos cuadros.

Por primera vez nota crispación en Mitra.

—¿Quién se lo ha dicho? Déjeme adivinarlo: la señorita Korobi, ¿verdad? Tal vez se haya equivocado de lugar. Hay otra galería en la misma calle, que ha cerrado definitivamente. Ojalá me lo hubiera dicho a mí. Yo le habría aclarado las cosas. — Adopta un tono confidencial—. No me agrada tener que decirle esto, señor, pero la joven me tomó ojeriza desde el primer día. Ha sido... ¿cómo decirlo?... de trato difícil. La invité en varias ocasiones a visitar la galería, pero nunca tenía tiempo. Estaba ocupada haciendo turismo con el muchacho de la chaqueta de cuero.

—¿Turismo? —Rajat no puede evitar repetirlo, aun cuando sabe que le está dando ventaja a Mitra.

—Sí, varias veces. Y yendo a salones de belleza. Hace un par de días, no sé qué le pasó, se cortó el pelo. Mi esposa trató de hablarle de ello, pero...

—¿Cómo que se cortó el pelo?

—¿No lo sabía? Al parecer, son muchas las cosas que no le ha contado. Yo, en su lugar, las averiguaría.

Rajat se acuerda que le dijo a Korobi que le confiaría su propia vida. Intenta aferrarse a eso.

—Lo siento, Mitra, pero no le creo.

—Le enviaré una foto, si lo desea. Tomé una hoy, cuando ella partía a California.

Pensé que no era correcto que lo estuviera pasando tan bien aquí con otro hombre mientras usted se preocupa por ella. Mire su correo electrónico dentro de cinco minutos. Lo comprobará usted mismo.

Rajat respira hondo antes de colgar; está temblando. No puede creer la historia de Mitra, que Korobi confundió la Mumtaz con otra galería situada en la misma calle. Y todo lo demás... aunque parecía muy seguro de lo que decía; ha hecho esas acusaciones con un aplomo inquietante.

Va a su habitación y enciende su ordenador. Sí, el mensaje de Mitra ha llegado. Se queda un rato mirándolo. Una voz interior le advierte: «Elimínalo sin abrirlo. Recuerda cómo es Korobi: honrada a carta cabal. No te engañaría.» Pero otra voz dice: «Las personas mienten; las fotos, no.»

Hace clic en el archivo adjunto y aparece ella, con su pelo rizado cortado a la altura de la barbilla, tan distinta de la Korobi cuya imagen tiene grabada que por un instante piensa que Mitra le está gastando una broma. Pero es ella. Reconoce, con dolor, la forma de ladear la cabeza cuando mira al muchacho de la chaqueta de cuero —apuesto, debe admitirlo, aunque algo presumido—, que está demasiado cerca de ella. Reconoce la sonrisa; nunca se cansaba de mirarla, adoraba la forma como esa sonrisa le cambiaba la cara. ¡Y ahora le dedica la misma sonrisa a ese tipo! Vic la está ayudando a quitarse el abrigo; el abrigo negro regalo de mamá. Es un gesto casi íntimo. Rajat contempla la foto hasta que los rostros se nublan. Entonces busca su móvil.

Asif, una vez más, conduce en dirección al aeropuerto, dejando atrás los carteles luminosos que muestran familias impecables consolidadas por accesorios perfectos; los barrios de chabolas a orillas de los lagos infestados de mosquitos; el parque de diversiones que tiene, como le ha contado la señorita Pia, la montaña rusa más grande de Asia. Esta noche, en el coche, viajan solo ellos dos: Bara-saab y Memsaab. La señorita Pia tiene un examen de álgebra mañana y Rajat-saab se ha quedado en casa para ayudarla a estudiar. Saab y Memsaab están callados. A la luz fugaz de los carteles de publicidad, Asif observa que van cogidos de la mano. No es el frívolo gesto romántico de los jóvenes amantes en las películas de Bollywood, sino ese otro, firme, de los compañeros de muchos años que se consuelan mutuamente de sus tribulaciones. Y las tienen, por cierto.

En el depósito, los obreros no han empezado todavía la huelga, pero la tensión crece cada día. Asif había llevado esta tarde a Bara-saab. Llegaron con el coche hasta la entrada principal. Los Bose habían contratado más personal de seguridad y había hombres con uniformes azules, armados con bastones. Por primera vez, el enorme portal metálico negro estaba cerrado con cadena y candado en pleno día y solo la entrada lateral estaba abierta. Cuando Saab vio eso, se echó atrás y cerró los ojos. Había estacas con pancartas en letras rojas clavadas en el suelo. Obreros con

pañuelos rojos, apiñados en torno a la puerta lateral, hostigaban a todo aquel que quisiera entrar en el depósito. Se fijaron en el Mercedes y uno de los hombres escupió en el suelo y dijo algo. Pero Asif había tenido la precaución de cerrar las ventanillas para que Saab no tuviera que escuchar a esa chusma. Miró de reojo atrás y sintió una punzada. Saab parecía muy viejo y cansado. Era un buen hombre, un patrón decente. No merecía esta clase de problemas.

Pushpa le había referido a Asif la cena, el momento de tensión con Bhattacharya y cómo, después, Memsaab se había echado a llorar. A Asif le había resultado difícil imaginarla llorando, pues era dura como la piel de búfalo, pero ahora, al verla con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el hombro de Bose-saab, lo puede creer. Qué peso para ella tener que asumir la responsabilidad en un momento tan peligroso, pues, lo admitan o no, la verdad es que Rajat no servía de mucho en este tipo de situaciones.

Saab le pide un poco de música y Asif pone un CD de sitar clásico, el preferido de Memsaab. La música, lo sabe, es para que ellos puedan conversar sin ser escuchados, pero a lo largo de sus muchos años trabajando como chófer, Asif se ha vuelto experto en oír por encima de estos camuflajes.

—Te llamaré en cuanto haya inspeccionado la galería.

—No puedo creer que Mitra la haya cerrado. ¿Por qué lo haría? A lo mejor Korobi se equivoca...

Él niega con la cabeza.

—Confío en Korobi. Es una chica inteligente. Mitra trama algo, pero no sabré qué es si no voy a averiguarlo.

—Ten cuidado. Tuve un mal sueño la otra noche. Armas, sangre. —Se estremece—. Si nos está estafando con algo importante, podría ser peligroso. Podría intentar hacerte algo.

—Tonterías. Pero tomaré las precauciones del caso.

—¿Y Bhattacharya? ¿Qué haremos con él?

—Joyu, no puedes golpearte la cabeza contra todas las paredes al mismo tiempo. Nos ocuparemos de Bhattacharya a mi regreso. Por ahora, concéntrate en el depósito. Van a hacernos llegar nuevas exigencias. En cuanto las hayas recibido, me lo dices; encontraremos la forma de negociar. Eres una mujer fuerte. Sé que puedes ocuparte de esto durante mi ausencia.

—No estoy segura. Me siento tan cansada y asustada... Es como si todo lo que he construido en mi vida se estuviera desintegrando. La directora del colegio de Pia llamó hoy. Preguntó por qué Pia no ha llevado el formulario para la excursión a Darjeeling, siendo que se había mostrado muy entusiasmada con la idea del viaje. Se lo pregunté a Pia. Me contestó que no nos lo había contado porque sabía que no podríamos costearlo. Me abrazó y me dijo: «No importa, mamá.» Me destrozó el corazón. Y Rajat, estos últimos días no ha dormido. Lo he oído entrar en la cocina a beber agua a las tres de la madrugada. No es solo el depósito, hay algo más. Pero no

me lo contará. ¡Oh, qué duro es asistir al sufrimiento de tus hijos!

—Ahora es un hombre, Joyu. No puedes protegerlo toda la vida.

—¡Ay, Shanto, regresa pronto! De verdad te necesito.

Se lleva la mano de ella a los labios.

—Volveré lo antes que pueda. Mientras tanto, estoy contigo en tu corazón.

Asif los deja a la entrada del aeropuerto y aguarda en el aparcamiento a que Mensaab lo llame cuando esté dispuesta a marcharse. Pero, cuando suena el teléfono, no es ella.

—Ya empezaba a enfadarme contigo —dice Sonia con su voz ronca—. A enfadarme en serio. Pero ahora comprendo tu estrategia. Fuiste muy listo en guardar la carta hasta el momento oportuno. Rajat me verá mañana por la noche. Iremos a cenar. Busca tu recompensa cuando llegues a tu casa.

Y cuelga antes de que Asif tenga tiempo de entender bien sus palabras.

Además, en el móvil tiene un SMS de Mahmud, el enviado del jeque Rehman. El jeque empieza a enfadarse. Necesita conocer la respuesta de Asif, si es sí o no, antes del fin de semana. «Encontrémonos en el Akbar Kebab House el viernes por la noche, hermano —escribe Mahmud—, no pierdas esta oportunidad.»

Asif piensa en ese mensaje mientras conduce a Mensaab de vuelta a casa. Ella apoya la cabeza contra el cristal de la ventanilla, en silencio, no abre la boca ni siquiera cuando en un tramo oscuro de carretera pillan un bache enorme. Asif debería sentirse aliviado, pero le gustaría verla con su mal carácter de siempre. Cuando llegan al domicilio de los Bose, en vez de darle, como de costumbre, un millón de instrucciones, le dice buenas noches en un tono casi inaudible y se encamina al ascensor como si arrastrara un infinito cansancio.

Asif va a su cuarto y en el camino piensa en los problemas de los ricos, en que son mucho más complicados que los de los pobres. Al llegar delante de su puerta, se acuerda de Sonia. Mira alrededor. Nada en su entrada. ¿Habría deslizado algo debajo de la puerta? Tampoco ahí. Entonces lo ve: un sobre debajo de su almohada. Muy abultado, porque está lleno de dinero, mucho más de lo que él ha tenido nunca en sus manos. Mientras cuenta maravillado los billetes, una parte de él tiene miedo. Hoy ha sido recompensado, sí, pero en la voz de Sonia había también una amenaza. ¿Qué clase de mujer es esta y qué es capaz de hacer si alguien no le da lo que quiere?

Es noche sin luna y Sarojini está esperando a Bhattacharya. A pesar de que ha encendido una espiral, el templo está lleno de mosquitos y tiene que dejar su rosario para espantarlos. Pide perdón a la diosa: ellos también son sus criaturas, aunque Sarojini no entiende muy bien la razón de su existencia. A menos que sea para enseñarle paciencia. Pero ¿acaso la diosa no le ha dado en su vida suficientes seres humanos como para aprender esta cualidad admirable? Su vida con Bimal fue una saga de paciencia, y aun después de su muerte tiene ella que apelar a la paciencia

cuando se dispone a vender la casa. Dentro de tres días, Sardarji le traerá un contrato de venta para que ella lo estudie.

Temerosa de no ser capaz de comprenderlo, llamó a Rajat, a quien hace varios días que no ve, y le preguntó si tenía tiempo para ayudarla en algo.

Rajat se rio con un deje de amargura.

—Tengo todo el tiempo del mundo, excepto una noche, pues le he prometido a Pia llevarla a cenar fuera. ¿De qué se trata?

No quiso decírselo por teléfono. El chico quería esta casa, incluso más que Korobi. Una vez le dijo que, según él, era la casa más hermosa del mundo.

Mientras reza, su mente divaga. «Hermosa.» Sí, la casa lo es. Posee la desolada belleza de las cosas frágiles, una tenue luz desesperada, la lámpara que da más brillo antes de apagarse. ¿Se entristecerá cuando ya no la tenga? No está segura. Es verdad que la casa guarda muchos recuerdos y tradiciones, pero ella se alegrará si algunos de esos recuerdos caen al vacío.

Bhattacharya también murmura esa palabra cuando entra en el templo. «Hermoso.» Sarojini casi no lo reconoce. Se ha quitado las cadenas y los anillos y no lleva el reloj. Viste un simple *dhoti*. Durante el servicio, permanece sentado muy quieto, con los ojos fijos en la diosa. Ni los mosquitos consiguen distraerlo. Al término del oficio, para sorpresa de la anciana, que no lo creía tan devoto, se seca los ojos con una punta del *dhoti*. Inopinadamente, lo invita a cenar, explicándole que será una comida improvisada a causa de los problemas con la tubería, pero él le propone sentarse un rato con ella en la galería del templo.

—Así podría sentir la presencia de la diosa —dice mientras desciende los viejos escalones agrietados—. Puedo comprender por qué Netaji visitó este lugar. ¿Sabe?, era uno de mis héroes cuando yo era niño. Me vestía igual que él, con un uniforme caqui y una pistola de juguete al cinto. Deseaba dedicar mi vida a trabajar por el bien de la India. Por eso, una vez que reuní el dinero suficiente, decidí entrar en política. —Exhala un hondo suspiro—. No resultó tan bien como me había imaginado.

Esta confesión también la sorprende. ¿Es por esta envolvente oscuridad, que reconforta como un útero? ¿Es por el coro intermitente de ranas, puntuado por la luz de las luciérnagas, reminiscencia de años más jóvenes cuando uno tenía la capacidad de maravillarse a cada instante ante un milagro?

—A veces siento que el Partido controla mi vida, lo que como, lo que digo y la ropa que uso. Incluso las personas que frecuento. Les gustaría también regir mis pensamientos, y me temo que algún día lo conseguirán. Me uní a ellos porque amaba mi religión y me entristecía ver a los jóvenes apartarse de ella. Me entusiasmé con la plataforma Hindutva, creí que nos devolvería la gloria. Pero... —Vuelve a suspirar—. No deseo aburrirla con mis problemas, Ma.

La conmueve que la llame «madre», aunque sea un uso habitual entre los bengalíes.

—No me aburre. Soy una anciana y estoy sola; me siento feliz en su compañía.



Bhattacharya debe de pensar, por su tono, que ella lo dice sinceramente, pues, titubeando, empieza a contarle acerca de la época de su formación, cuando él era joven.

Hasta bien entrada la noche, habla de la modesta carrera de su padre, que era maestro; de su madre, que trabajaba día y noche como costurera a fin de reunir el dinero para enviarlo a él a una escuela decente; las privaciones que habían pasado para que él pudiera tener una educación. Había tratado de retribuírselo estudiando lo mejor posible, primero en el colegio y después en la facultad. Pero pronto comprendió que eso no era suficiente, que uno necesita el favor de los poderosos. ¡Las cosas que se vio obligado a hacer para obtenerlo! ¡Y las cosas que ha hecho a otros, ahora que el poderoso es él!

Cuando se interrumpe un momento, ella dice:

—Creo que es demasiado duro consigo mismo. Hay bondad en usted, pude verlo durante el *puyá*. Nunca es tarde para cambiar. Pida ayuda a la diosa.

—Esta noche he sentido algo que no había sentido en años. Como si renaciera una parte de mí muerta. Tengo que agradecersele a usted. Este templo es un lugar especial. ¿Podría venir otra vez? ¿Le parece bien?

—Por supuesto, hijo. Es un templo antiguo, no es bonito ni elegante y hay partes que se están derruyendo. Pero da paz; puede venir todas las veces que quiera.

Toca los pies de ella a modo de agradecimiento y se pone de pie para marcharse.

—Usted me ha hecho un gran regalo esta noche, Ma. Estoy impaciente por volver.

—No será un lugar tan tranquilo cuando comiencen las obras de construcción — comenta Sarojini. Ante la mirada interrogativa de él, le explica que debe vender la casa—. Pero no se preocupe —añade—, Saxena ha prometido que no tocará el templo.

Bhattacharya sacude la cabeza.

—¡Pero no será lo mismo! Parte de su encanto es el emplazamiento que tiene, esos tamarindos centenarios, la vieja casa al fondo, la verja que deja fuera al siglo veintiuno. ¡No podemos permitir que esto suceda! Yo la ayudaré con las reparaciones, en la casa y en el templo.

A Sarojini le da un vuelco el corazón. Es como si la diosa hubiese tomado de la mano a este hombre para traerlo junto a ella. Si acepta la oferta de Bhattacharya, sus problemas se resolverían. Sin embargo, vacila.

Él coge su mano.

—No me diga que no, Ma. Me hará feliz hacerle a usted este regalo. Gasto mi dinero en muchas cosas inútiles. —Sonríe y sus dientes blancos brillan en la oscuridad—. ¡Quizá de esta manera podré decirle a mi esposa que deje de comprar alhajas! Al Partido también le agrada saber que hago algo por preservar un templo hindú histórico y su entorno original. Les dará mucha publicidad. O sea que estará usted ayudándome en mi carrera.

Es tan persuasivo que Sarojini está a punto de aceptar. Oh, qué maravilloso sería no tener que preocuparse por perder la casa. Sin embargo, él tiene la posibilidad de brindar ayuda para algo más importante y ella debe pedírselo.

Respira hondo.

—Sí, quiero que me dé algo, pero no esto. Querría que ayudara a los Bose, que están atravesando un momento muy difícil. Usted tiene la posibilidad de salvarlos, lo sé. Eso me hará más feliz que cualquier otra cosa.

Bhattacharya no responde enseguida y Sarojini teme haberlo enfadado. Por fin, suspira y dice:

—Me pone en una encrucijada, Ma. Su deseo interfiere en unos planes que tengo, que son muy importantes. Sería más fácil y satisfactorio hacer algo solo por usted... Pero lo intentaré, aunque no puedo prometerle mucho.

Mientras él la acompaña hasta la casa, sosteniéndola del codo para que no tropiece en la oscuridad, Sarojini piensa en cuántas capas hay que atravesar para llegar al corazón de un hombre, a esa parte de ternura debajo de la parte ya endurecida, que ni él mismo conoce.

Luzco mi traje de Prada, perfecto para mi actuación. No obstante, vacilo antes de entrar en la oficina de Rob Mariner. Estoy tan nerviosa que me zumban los oídos. La fragancia de las adelfas florecidas a lo largo de la carretera me ha desorientado. Mi madre debió de haber viajado por aquí cuando vino por primera vez a California, debió ver las flores, sentir el mismo dolor lancinante de la nostalgia. Percibo su presencia cerca de mí, el mismo anhelo que sentía en mi dormitorio hace mucho tiempo, pero, cuando extendiendo la mano, no hay nada que agarrar.

Ayer cogí el tren para ir al campus de Berkeley. Vic se ofreció a llevarme en el coche, pero deseaba ir sola. Pasé el día yendo a los sitios donde podría haber estado mi madre, haciendo preguntas, enseñando su fotografía. La gente se mostró amable. Quizás algo muy profundo en nosotros reacciona ante la búsqueda de un padre o una madre desaparecidos. Me ofrecieron té y se compadecieron de mí, a veces hasta me abrazaron, pero nadie la recordaba. Recorrí el campus con la ilógica esperanza de doblar súbitamente una esquina y toparme de frente con la chica de la foto, de cejas delineadas y sonrisa despreocupada. La extensión de cuidado césped salpicada de jóvenes alegres no hizo más que agravar mi desaliento.

Anoche, al salir de la ducha, encontré un mensaje en mi teléfono. Era Seema, con la voz entrecortada por las lágrimas, llamando desde una cabina en el aeropuerto Kennedy. Embarcaría en pocos minutos. Lamentaba engañar a Mitra de esa manera, pero no tenía opción. Habían mantenido una amarga discusión la noche anterior. Él la había agarrado por los hombros y le había gritado fuera de sí; parecía un extraño. El susto le había provocado un nudo en el estómago y tuvo miedo de perder al bebé. Pero ahora se encontraba bien. Su familia iría a recogerla al aeropuerto de Calcuta. Ellos la cuidarían, a ella y a su hijo.

—No tengo palabras para darte las gracias —dijo por último—. Sin ti jamás habría tenido el valor de hacerlo.

Mitra también me llamó anoche, y de nuevo esta mañana. En el primer mensaje parecía preocupado. ¿Sabía yo dónde estaba Seema? ¿Me había dicho si pensaba salir? Sentí una inesperada compasión por él cuando lo imaginé entrando en el apartamento y llamando a su mujer para que le trajera el té. En el segundo mensaje respiraba agitadamente y espetó: «Usted la ha impulsado a hacer esto. Sé que ha sido usted.» Su voz me dio escalofríos. No le comenté a Vic estas llamadas.

Las oficinas de Mariner son más elegantes de lo que había imaginado: muebles sobrios; luces empotradas; en las paredes, cuadros abstractos que intimidan por lo inescrutables que son. Oculto mi nerviosismo y sigo a una secretaria rubia y delgada que me conduce a su territorio privado. Ha aceptado una consulta gratis de veinte minutos. Muy poco tiempo, me temo, para lo que necesito. Ojalá estuviera Vic conmigo. Cuando me dejó en la puerta, me dijo: «Recuerda, seas o no su hija, tú siempre eres tú.» Cómo me gustaría tener su capacidad para reducir las cosas a su

más simple denominación.

En la foto —sacada de la página web de una gala benéfica—, el Rob Mariner que vi era un hombre delgado y moreno, vestido con un traje caro, con un brazo sobre los hombros de una mujer ataviada con un suntuoso vestido que dejaba al descubierto una parte considerable de sus atractivos. No era su esposa. Estaba divorciado, aunque su nombre se relacionaba con dos damas de la alta sociedad. Su sonrisa hastiada le daba cierto atractivo. Temí que no fuera un hombre fácil de engañar.

Como sea, resulta sencillo hablar con él. Hace los cumplidos de rigor para que me sienta cómoda. Cuando le expongo mi historia, que soy la única beneficiaria de un pariente, un anciano rico, que vive en California, toma notas de lo que digo con atención. Cuando balbuceo que no puedo revelar el apellido de mi pariente, asiente con tranquilidad. Ha llegado el momento de formular mi pregunta más importante, solo que no sé cómo hacerlo.

Entonces, es él quien me da pie al preguntar por qué escogí su despacho.

Le contesto que ha sido su reputación, pero también la Facultad de Derecho a la que él asistió.

—Mi madre también fue a Berkeley —añado.

—¿De verdad?

Me mira con interés, lo cual para mí es suficiente. Me lanzo a dar detalles: su nombre, que murió al darme a luz, la carrera que estudió, que estoy buscando personas que la hayan conocido. Sé que debería ser más prudente, pero no puedo evitarlo. Le acerco la fotografía deslizándola por la mesa y me inclino para mirar bien su rostro.

Algo sucede en su interior. Me mira de una manera distinta, ni feliz ni triste, pero con intenso interés, un interés casi triunfal. Y coge la foto.

—Su nombre me resulta familiar. —Intuyo que no dice todo lo que está pensando—. Es posible que hayamos cursado algo juntos. De hecho, conocí a varias estudiantes de la India cuando...

Suena el teléfono. Su secretaria le recuerda que el próximo cliente está esperando.

—Debo irme —dice con pesar—. Pero me encantaría seguir conversando con usted. —Me mira a los ojos, creo que con intención—. Conservo algunos álbumes con fotos de mi época de estudiante. Podríamos mirarlos y ver si ella aparece. El único momento que tengo disponible en los próximos días es mañana a las seis de la tarde, una media hora; si lo desea, puede venir a mi casa.

Anota su dirección en el dorso de una tarjeta y la desliza hacia mí.

Corro por el aparcamiento.

—¡Estoy segura de que conoce a mi madre! Cuando pronuncié su nombre, le cambió la cara.

Vic se muestra más cauteloso.

—A lo mejor lo has imaginado porque te gustaría que así fuera.

—No lo creo. Había algo especial en sus ojos cuando me miró. Me miró de

verdad, ¿sabes?, como tratando de reconocer algo.

—¿Ha dicho algo en particular?

—No. Pero no admitiría algo así inmediatamente, ¿no crees? Es abogado. Quizá por eso me ha invitado a su casa, para conocerme mejor y asegurarse de que soy el producto genuino.

—No me parece bien que vayas sola a su casa. ¿Por qué no lo llamas y le propones veros en una cafetería?

—¡No! Sería como decirle que no confío en él. Podría ofenderse y cancelar la cita. ¡Deja ya, no te pongas tan serio! ¡Te comportas como... como mi abuelo, insistiendo en que tengo que llevar escolta! Es solo media hora. En cualquier caso, ¿no estarás cerca de allí, por si acaso?

Vic contesta, pero no oigo su respuesta. Estoy pensando en lo que casi le he dicho sin darme cuenta: «Te comportas como Rajat.» ¿Es así como veo a mi prometido en realidad? ¿Alguien que traza un círculo en torno a mí y pretende que yo no salga del interior de ese perímetro? Aquel apuesto príncipe que tuvo la audacia de besarme detrás de las adelfas, ¿cómo se ha convertido en esto?

Tarde, por la noche, Rajat conduce en dirección al Harry's, un bar con parrilla. Sonia ha sugerido este sitio, el que ellos preferían en los primeros tiempos de su relación, pues dispone de rincones tranquilos y a media luz para las parejas que desean privacidad. Cae fuera del circuito de los juerguistas y eso le conviene. No desea encontrarse con alguien conocido.

¿Se apresuró demasiado en llamar a Sonia después de ver la fotografía que le había mandado Mitra? Expulsa esa pregunta de su mente bajando la ventanilla para que entre el viento frío. Le resulta muy grato este tramo de la carretera que bordea el río. Ojalá su vida pudiera fluir tan tranquila y lentamente como el Hugli, despreocupada de lo que el destino arroje a sus aguas.

Nuevamente su madre había tratado de detenerlo. Había posado una mano en su antebrazo cuando él estaba por abrir la puerta y le había dicho que Abinash, el ayudante del capataz, había escuchado a un grupo de trabajadores quejarse de que el sindicato era demasiado blando con sus exigencias. Decían que tomarían el asunto en sus manos. Abinash sospechaba que eran del partido naxalita. Le había aconsejado que la familia no saliera de casa, para no ser objetivos fáciles. Rajat detestaba ver las nuevas arrugas en la frente de su madre. Ella siempre había cuidado con orgullo su apariencia. Ahora asomaba el gris en las raíces del cabello porque se había saltado su visita a la peluquería. Tendría que haberla escuchado, pero Sonia ya iba hacia allá.

—Regresaré lo antes que pueda, mamá.

—¿Adónde vas? Ya sabes que no suelo fisgonear, pero, por razones de seguridad, debo saberlo.

No podía mentirle, así que se lo dijo.

Ella juntó las manos con nerviosismo.

—¡Esa Sonia no trae más que problemas! ¿Has olvidado lo que te hizo sufrir?

Rajat vaciló. Ella tenía razón. Quizá debería llamar a Sonia y cancelar la cita, al menos por esta noche.

Entonces su madre dijo:

—Además, no es justo para Korobi.

Su nombre le trajo a la memoria la foto, tan nítida como si la tuviera grabada en el cerebro: Korobi sonriendo a Vic por encima del hombro, inclinándose hacia él mientras le quita el abrigo, con evidente coquetería. Le quemaba el corazón, como si alguien se lo hubiera frotado con sal.

—Al menos lleva a Asif...

—No, mamá. Necesito un poco de intimidad. —La abrazó (la única mujer con quien él podía contar) para suavizar su negativa—. Tendré cuidado, lo prometo.

Detrás de él viene un coche por la desierta carretera. Ve sus faros en el retrovisor. ¿Lo están siguiendo? ¿Por qué no gira por una calle lateral? Se le encoge el corazón. Cree ver dos siluetas corpulentas. Es difícil decirlo en medio de la oscuridad. Pero ahí está Harry's, que surge de repente porque él no estaba prestando atención. Entra en el aparcamiento haciendo chirriar los neumáticos como un conductor adolescente. El otro coche también entra, pero con más cuidado. Un hombre con traje y una mujer alta con un pañuelo en la cabeza se apean y le lanzan miradas reprobatorias antes de entrar en el restaurante.

En el interior, Sonia está en el bar. Lleva un vestido hasta las rodillas, negro, entretejido con hilos de plata; para ella, es una prenda recatada. Teme que ella haga algo que llame la atención, como arrojarse a sus brazos, pero se limita a darle la mano con una sonrisa tímida. Él se siente avergonzado, pues sus propios motivos son cuestionables.

Se encaminan a una de las mesas del fondo. Él pide por los dos: alas de pollo a la parrilla y cerveza, que es lo que más les apetece a ambos. Está decidido a atenerse a una sola bebida. No está seguro de lo que va a decirle a Sonia, pero necesita tener la cabeza despejada para decirlo como corresponde. Reina un silencio extraño. Luego los dos empiezan a hablar al mismo tiempo, se cortan y ríen incómodos.

—¿Cómo estás? —pregunta finalmente Sonia—. Te ves bien.

Él sabe que no es cierto. Entre la preocupación por la próxima huelga, los problemas con la galería de Nueva York y lo que anda haciendo Korobi en América, mucho no duerme. Se despierta por la noche con sueños inquietantes y confusos. Pia le dijo hace poco que se le estaban poniendo ojos de mapache. Esta noche, antes de salir, se miró en el espejo; su hermana tenía razón. No hizo el menor esfuerzo por disimularlos. Pasa de querer impresionar a las mujeres. Esta vez pondrá sus condiciones, sea lo que fuere lo que él y Sonia decidan. Pero ¿qué? ¿Qué es lo que él quiere?

—Tú también te ves bien.

Sonríen con ironía ante sus frases de circunstancia y empiezan a comer.

—Lamento que tengas problemas en el depósito. Están por declarar una huelga, ¿no?

Él asiente con la cabeza, disgustado. ¿Acaso los problemas de la familia Bose son de público conocimiento en toda Calcuta?

Ella deja de pretender que está comiendo.

—No me estoy entrometiendo, es solo que me preocupa. Te echo muchísimo de menos. Congeniábamos muy bien, como dos piezas de un puzzle complicado. Yo fui demasiado estúpida para comprender lo especial que era lo nuestro. —Y se apresura a añadir—: Como te escribí, lamento lo que pasó, todo lo que hice mal. No quiero que desperdicies tu vida con un matrimonio que no es para ti. Me siento responsable, como si yo te hubiera empujado a ello. Te estoy pidiendo que lo volvamos a intentar.

Juguetea con el tenedor en el mantel. ¡Qué difícil ha de ser para ella, una mujer acostumbrada a conseguir todo lo que quiere, pedir algo así! Se sorprende al sentir una inesperada admiración. Si sus situaciones fueran a la inversa, ¿habría sido capaz de hacer lo mismo?

¿Y qué hay de esa oportunidad que ella le está ofreciendo? Es verdad: entendían sus lados oscuros, profunda e intuitivamente, con una extraña comprensión. Con ella no tenía que esforzarse en ser un tipo admirable. Sería un alivio volver a sentirse de esa manera, no puede negarlo.

—Como escribí en la carta, me haría feliz ayudarte con los problemas financieros de tu familia. Tengo dinero propio y papá me prestaría el resto. Todo lo que pido es que nos demos una oportunidad de volver a intentarlo. Si no funciona... —se encoge de hombros— lo aceptaré.

Es una oferta generosa. La tentación lo azota por dentro como el monzón. Bhattacharya fuera de sus vidas para siempre; el sindicato aplacado gracias a una compensación extraordinaria para los trabajadores; la sonrisa nuevamente en el rostro de su madre, dueña otra vez de su amada galería de Park Street. Quizás incluso podría rescatarse la operación de Nueva York. Y él, Rajat, sería el salvador de la familia.

¿Y en cuanto a él? Las posibilidades son infinitas. Un coche nuevo, o dos, ¿por qué no? Un Beamer para uso diario, un Lamborghini para pasear con los amigos. ¡La cara que iba a poner Khushwant cuando lo viera! Trajes confeccionados a medida en Londres. Esquiar en Suiza. Ir de compras a Dubái. Jugar en Montecarlo. Pero más que eso: poder y autonomía. Rajat se había llevado estupendamente bien desde el principio con el padre de Sonia. El viejo le había prometido nombrarlo vicepresidente de sus operaciones en Delhi. Rajat no tendría que volver a ver a los malditos trabajadores del depósito, que lo juzgan comparándolo con los logros de su padre.

Entonces, de golpe, aparece en su mente el rostro de Korobi, no esa condenada foto, sino tal como la vio en el aeropuerto, con el ceño algo fruncido, mirándolo fijamente como si quisiera memorizar su cara. Disipa las demás imágenes, que, lo comprende ahora, en el fondo no son tan importantes. Y Sonia, como es ella hoy,

aunque en este momento sea sincera, no es la verdadera Sonia, sino una que hace un esfuerzo por recuperarlo porque teme perderlo para siempre. No puede durar. La conoce bien. La Sonia habitual equivale a melodramas y rabietas, a ir de fiesta en fiesta, de aventura en aventura, un constante puentismo. Se cansa solo de pensarlo.

—Lo siento. Quiero a Korobi.

Sus propias palabras le sorprenden. No quería decírlas. Se había propuesto dejar a Cara fuera de la discusión, pensando que su nombre irritaría a Sonia, y puede ver que así es. Pero él siente el peso de lo que acaba de decir, porque es verdad.

—¡No puedes quererla a ella! —exclama Sonia—. ¡No durará! ¡Y por qué la querrías, de todos modos, si es una anémica, aburrida y pálida! ¡Ah! ¿Por qué?

Él piensa un momento y se sorprende al descubrir que su declaración no tiene que ver con que Korobi sea mejor persona que Sonia (y lo es) o más bonita (no lo es). No tiene que ver con su inocencia o su valentía, o su entusiasmo por el mundo, si bien son buenas razones para querer a alguien. Para él (para otros también, quizá, si no, ¿por qué está Sonia aquí?) no hay una explicación lógica para el amor. Es, simplemente.

—No tienes que tomar una decisión esta noche —le ruega Sonia—. Salgamos un par de veces como amigos. Permíteme que te dé el dinero que necesitas. Sin compromiso alguno.

Sonia es como una persona que corre y de pronto recibe un disparo, pero ella sigue corriendo, convencida de que actuando como si esa realidad tan terrible no hubiera sucedido podrá borrarla. Le duele verla comportarse de esa manera.

Se pone de pie, empuja la silla hacia atrás. Venir aquí esta noche ha sido un error. Tratará de redimirse diciendo la verdad a Sonia. Le debe al menos eso. Es una consentida, sí, y una egoísta, pero, excepto aquel episodio en Digha, siempre ha sido honesta.

—No funcionará, Sonia, nunca. No me interpretes mal. Tú eres una persona extraordinaria, magnética como un meteoro. No en vano estuve loco por ti. Pero ahora sé que eso no era amor. Lamento si te he dado falsas esperanzas esta noche. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que no me conocía a mí mismo, pero ahora sí. Por favor, Sonia, separémonos decorosamente y sigamos adelante con nuestras vidas.

Rajat se arma de valor. Probablemente ella le soltará improperios. Quizá le arroje encima la pesada jarra de cerveza. Espera que no se ponga a gritar. No le gusta que la gente grite.

Pero, asombrosamente, Sonia guarda silencio. Rajat no puede descifrar la calma en su rostro. ¿Es pena o es una furia tan honda que no tiene palabras para expresarla? Lo empuja para abrirse paso y se marcha sin mirarlo siquiera.

En el viaje de regreso observa los coches por el retrovisor. Le fastidia ponerse tan paranoico. Pero nadie lo sigue. ¿Por qué lo seguirían? No es un heredero, un Tata o un Ambani, sino un hombre común y corriente —admitirlo lo alivia un poco— con



una empresa familiar que se va a pique. Abre las ventanillas, acelera para que entre el aire. Ha hecho lo correcto esta noche. También Sonia, una vez que supere su despecho, lo entenderá. En cuanto llegue a casa llamará a Korobi. Le contará que Mitra intentó ponerlo en contra de ella sirviéndose de una foto, y, de esa manera, habrá desbaratado el plan de Mitra. No va a pedirle explicaciones. Ni por el corte de pelo ni por Vic. Para bien o para mal, su destino está unido al de Cara; debe aprender a confiar en ella.

A las seis en punto llamo a Rob Mariner desde el vestíbulo del edificio de apartamentos donde vive. El portal de seguridad se abre, entro y subo en el ascensor a su piso en el ático. Está vestido de manera informal, con pantalones y un jersey que lo hacen parecer más un hermano mayor que un padre. Yo me he puesto el Prada otra vez (no tengo nada más apropiado) y me sonrojo, y él se da cuenta. Para ocultar mi turbación, voy hasta los grandes ventanales que ofrecen una vista magnífica: un puente lleno de luces recortado sobre el colorido intenso del atardecer. En este apartamento todo evidencia riqueza. La alfombra es gruesa y suntuosa. Hasta la puerta, que Mariner (estoy tentada de pensar en él como mi padre) está cerrando detrás de mí, hace el silencioso ruidito de las puertas caras. Solo los álbumes de fotos con sus tapas ajadas, que ha puesto encima de la mesilla de café, indican que pertenecen a una época diferente de su vida. Mi corazón se acelera al verlos.

Mariner sirve vino para los dos —un excelente cabernet de Napa, me explica—. No deseo beber, pero, por educación, pruebo un poco. Es metálico y tiene un regusto picante. Alza su copa y me desea suerte con mi herencia. Me esfuerzo por sonreír. ¿Me lo imagino o le chispean los ojos? La luz es demasiado tenue como para afirmarlo. Espero que pronto mi mentira ya no tenga importancia. Miro los álbumes dispuestos sobre la mesilla. Son como enigmas. Me muero de ganas de abrirlos; siento un hormigueo en las manos.

—Permítame ver esa foto otra vez —dice Mariner. Luego la pone a la altura de mi rostro—. Usted es más hermosa que ella.

Su mirada escrutadora me incomoda.

—Sé que dispone de poco tiempo —digo—. ¿Podemos echar un vistazo a los álbumes?

—Descuide, no tengo prisa. He reservado mi tarde para usted.

Estoy sorprendida. Mi corazón se acelera aún más. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias? Por una hija que creía perdida, por supuesto.

—Es muy amable por su parte. —Lo miro a los ojos; deseo que note mi gratitud. Pero, más que eso, deseo ver lo que vio mi madre, lo que hizo que ella escribiera esa carta.

Abre un álbum y se arrima para que podamos verlo juntos. Escudriño las fotos, pequeñas y descoloridas, con la foto de mi madre en la mano para comparar. Son en

su mayoría fotos de estudiantes bebiendo en fiestas o en la playa, entornando los ojos al sol. Hay un par de mujeres de la India, pero ninguna de ellas es mi madre.

Levanto la vista para decírselo y me encuentro con su cara muy cerca de la mía. De pronto, su mano llega a mi espalda y me atrae hacia él. Todo mi cuerpo se tensa por el susto y me aparto.

—¿Qué hace?

—¡No finjas! ¿No es por lo que has venido a mi casa?

—He venido porque estoy buscando a las personas que conocieron a mi madre — me apresuro a explicar.

—¿Por qué yo entre centenares de personas que en esta zona estudiaron en Berkeley? ¿Es porque tengo dinero?

Desesperada, abandono mi juego.

—Mi padre... lo único que sé de él es su nombre de pila, Rob, y que mi madre lo conoció en Berkeley. Lo estoy buscando.

—¿Por qué? —replica con aspereza—. ¿Para chantajear a ese tonto?

Se me enciende la cara de furia.

—Me marcho ahora mismo —digo con la mayor calma que puedo.

Voy a coger mi bolso, pero él lo agarra y se lo pone detrás.

—¡Ah, no! No puedo dejar que te vayas tan pronto.

Con un dedo empieza a seguir el contorno de mis labios. Horrorizada, echo la cabeza atrás e intento retroceder, pero me atrapa.

—¡Déjeme ir! —grito—. ¡Usted me ha mentido!

Me agarra con fuerza.

—No más que tú, cariño, con esa ridícula historia. ¿Te piensas que he llegado tan lejos en mi carrera para no ser capaz de advertir cuando tratan de engañarme? Supe la clase de persona que eras antes, incluso, de ser informado. Nadie me toma el pelo.

¡Estúpida! He sido una estúpida y una crédula. Vic y Rajat, los dos, me lo habían advertido. ¿Por qué no los escuché?

Mariner baja su boca, dura e hiriente, y me besa a la fuerza. Me debato con los puños, pero no se arredra. Mete su lengua y me da ganas de vomitar. Me aparto de él con todas mis fuerzas. Entonces me suelta de repente. Pierdo el equilibrio y caigo en el sofá. Me recompongo para hacer frente a un nuevo ataque, pero, para mi sorpresa, solo me mira. Con el gesto torcido. ¿Es desprecio o siniestro regocijo? ¿Cómo pude pensar que era un hombre apuesto? ¿Cómo pude abrigar la esperanza de que fuera mi padre?

No sé a qué juega, pero no voy a quedarme para averiguarlo. Me arrojo sobre mi bolso y, con las piernas temblorosas, corro hacia la puerta. Temo que me persiga, pero no, se queda sentado en el sofá. Hay un brillo de malicia en su sonrisa.

Giro el picaporte, pero la puerta no se abre.

—Está cerrada con llave.

Extrae la llave de su bolsillo y la menea burlonamente con la cadenita.

Siento vértigo. Mariner avanza despacio hacia mí; disfruta con la situación.

La furia me embarga, es superior a mi pánico. Si me toca, voy a defenderme hasta el último aliento. Cogeré un cuchillo en la cocina. Yo...

Agarro el móvil que llevo en mi bolso, marco el 911 y lo levanto con el dedo puesto a un milímetro del botón de llamada.

—Si no abre la puerta, llamo a la policía.

Una sonrisa con los labios apretados de rabia asoma a su cara.

—¡Adelante! ¡Hazlo! ¿Y por qué no los llamo yo mismo? Les diré que has venido aquí a seducirme y a chantajearme. Que te pusiste furiosa y me amenazaste cuando yo no accedí a tus exigencias. ¿A quién crees que creerán? ¿A un prestigioso abogado que lleva veinte años viviendo en esta ciudad o a ti, una extranjera que no se sabe de dónde viene y que no tiene más que un vestido decente para ponerse? No me sorprendería que acabaras en la cárcel.

No puedo medirme con Mariner y sus tortuosos pensamientos. No creo que vaya a llamar a la policía, pero no voy a darle la oportunidad de hacerlo. Hago lo único que se me ocurre: le doy al número de Vic. Coge a la primera, ¡bendito sea!

—¡Necesito ayuda! —chillo.

—¿Quieres que suba? —grita bien fuerte, como para que Mariner pueda oírlo—. ¡Ahora mismo voy! Un repartidor está entrando en el vestíbulo...

Por el disgusto en los ojos de Mariner, veo que no se esperaba esto. Le hemos interrumpido el juegucito que tanto le gustaba. Se abalanza sobre mí con mirada asesina. Me obligo a no retroceder.

Abre la puerta de par en par y me lanza una andanada de improperios mientras salgo de allí dando traspies.

No hay repartidor a la vista cuando salgo tambaleándome del edificio. Sospecho que nunca lo hubo. Vic tiene el coche parado en la entrada. Cuando ve lo perturbada que estoy, se apea de un salto.

—¿Te ha hecho algo? ¡El muy bastardo! Voy a subir a...

—Por favor, vayámonos de aquí.

Le cojo el brazo con dedos temblorosos hasta que me hace caso.

—Es culpa mía —dice mientras nos alejamos a toda velocidad—. Debí insistir... ¡No me lo imaginé! ¿Seguro que no estás lastimada?

—No, gracias a Dios. No creo que haya tenido intención de lastimarme. Pero quiso asustarme, y ciertamente lo logró. —Muy a mi pesar, estoy sollozando—. ¡Oh, Vic, me siento tan sucia, por dentro y por fuera! No quiero volver a hacerlo, nunca más. Nunca me había encontrado con alguien tan malvado. Lo que hice no fue totalmente honesto, lo admito, pero ¿merecía tanto odio?

—No, desde luego. Te lo acabo de decir, es un bastardo. No permitas que se te acerque.

—No puedo encarar a otro como este, Vic. No deseo conocer a Rob Davis. Quiero volver a casa.

—Shhh, mi amor. Estás demasiado alterada para tomar decisiones. Vayamos al motel. Te darás una buena ducha y te quitarás la mugre de ese bastardo. Cenaremos y dormiremos bien esta noche. Mañana decidiremos lo que vamos a hacer. —Vic coge mi mano, la besa y la retiene contra su pecho—. Quiero que sepas que has sido valiente y astuta en una situación en la que la mayoría de mujeres no habría sabido qué hacer. Debes sentirte orgullosa de ti misma.

Agradezco sus palabras, aunque no me las creo. Puedo sentir su corazón palpar contra la palma de mi mano. Me ha llamado «mi amor». Quiero decirle que no habría podido hacerlo si él no hubiera estado allí para protegerme. Pero no lo digo. Mariner me ha dado una lección de prudencia y la he aprendido.

En el asiento de atrás del Mercedes, la señora Bose se frota los ojos cansados. Ha estado toda la mañana tratando de ponerse en contacto con su esposo en el hotel de Nueva York —no tiene más que ese número hasta que él consiga un móvil—, y cada vez que llama y él no contesta su preocupación aumenta. Es de noche en América. ¿Dónde está? Últimamente se pone muy nerviosa por cualquier cosa, por ínfima que sea, y eso le molesta. Esta mañana le pareció que Pushpa andaba por ahí sin nada que hacer, observándola. La señora Bose, al final, no aguantó más y le ordenó que se marchara a las dependencias de servicio hasta que ella la llamara.

Esto se debe, en parte, a que no durmió bien anoche. Estuvo paseándose de un lado a otro, imaginando escenas ridículas —accidentes de coches y secuestros— desde que Rajat salió. Cuando él volvía tarde, ella le daba la espalda, furiosa por el mal rato que le había hecho pasar. Los hijos no tienen ni idea de lo que una madre sufre pensando en los peligros que ellos corren.

Pero anoche, después de semanas de rumiar en silencio, Rajat estaba exultante. La besó en ambas mejillas, la invitó a sentarse a la mesa del comedor, preparó café para los dos con Kahlúa y nata —una de las debilidades de la señora Bose— y le contó lo feliz que se sentía por haber, al fin, sacado a Sonia de su vida y de su corazón. Le dijo que le había explicado que no había la menor posibilidad de reanudar su relación. Se había quitado un peso de encima y la experiencia le había hecho comprender lo mucho que amaba a Korobi. Se fue a la cama silbando.

La señora Bose también se acostó, pero no pudo dormir. El café y el alcohol la habían puesto más nerviosa que antes. La cama grande estaba vacía y fría, aun después de poner un edredón de satén encima de la colcha jaipuri. Ansiaba poder hundir su rostro en el hombro de Shanto, confiarle todas sus angustias imaginarias, hacerle reír con sus miedos irracionales. «Ten cuidado», susurró a la almohada. Se lo estaba diciendo a los dos hombres de su vida: a su marido, porque ella no confiaba en Mitra, y a su hijo, porque temía lo que una Sonia rechazada pudiera hacer para vengarse.

Su móvil suena devolviéndola al presente. Revuelve su bolso hasta encontrarlo y

se pilla una uña en la cremallera, que se le parte. ¡Maldita sea! Pero no tiene importancia, pues es el señor Bose, quien, con gran eficiencia, ha logrado contratar una línea de móvil. Oír su voz es como estar debajo de una ducha caliente en una mañana helada.

La pone rápidamente al tanto de las últimas novedades. La galería está tal como Korobi había dicho: cerrada y llena de polvo, y faltan cuadros. ¡Qué tristeza verla en ese estado si se piensa en lo espléndida que estaba el día de la recepción que ellos dieron para inaugurarla! Disimulando su furia, llamó a Mitra para decirle que se encontraba en la ciudad por negocios y que le agradecería verlo. Sorprendido y malhumorado, Mitra alegó que se encontraba enfermo, en la cama. Cuando el señor Bose manifestó que estaría encantado de visitarlo en su apartamento, Mitra admitió a regañadientes que tan enfermo no estaba. Convinieron en encontrarse en la Mumtaz una hora más tarde. Pero Mitra no se presentó. El señor Bose había sospechado que algo así podía ocurrir, pero también había creído posible que el hombre acudiera y le ofreciera una explicación razonable. «Es un santo y un optimista», piensa la señora Bose.

Se proponía ir mañana a la policía a presentar la denuncia. Le iba a solicitar a la compañía un código nuevo para la alarma y encargaría a un cerrajero fiable cerraduras nuevas, de manera que Mitra no pueda volver a entrar y causar más daños.

—¡Cómo me gustaría estar allí para ayudarte! —dice ella.

—La mejor ayuda que puedes darme es que te cuides. Por cierto, hoy llamé a Korobi.

—¿Cómo está? —La señora Bose se esfuerza por mostrar interés en la chica, habida cuenta de lo que Rajat le dijo anoche.

—Decepcionada. Ayer entrevistó a uno de los candidatos más importantes de su lista, pero no era su padre.

La señora Bose, incapaz de afirmar con sinceridad que lo lamenta, guarda silencio.

—No me dio detalles, pero deduje que el tipo no resultó particularmente agradable.

—Ojalá supere pronto esta obsesión y vuelva a casa. Ya pertenece a una excelente familia. Si no hubiera sido tan testaruda, en este momento podría estar ayudando a Rajat. El pobre la echa de menos.

—La verdad es que nos ha sido más útil en América que en casa. Se lo debemos.

Su marido es, además, demasiado bueno, piensa. Si no fuera por ella, que le cuida las espaldas, la gente le pasaría por encima.

—Si no le hubiera avisado a Rajat, Mitra seguiría engañándonos. Y no solo eso, desde California ha llamado al señor Desai y le ha pedido que me ayude. Sin él, estaría perdido. Encontró un cerrajero y llamó a la policía. Mañana estará presente cuando entremos en la galería. Pero, Joyu, desde fuera ya he podido ver que faltan tres cuadros. Dos de ellos no son demasiado importantes, pero el otro es el Menon.

Mañana iremos al apartamento de Mitra. Se ha marchado, estoy seguro, pero su mujer debe de estar allí. Quizá consigamos averiguar qué ha hecho con los cuadros.

La señora Bose está demasiado ofuscada para responder. Cierra con fuerza los ojos y ve el Menon, el óvalo dorado de un rostro de mujer que se funde en negro. Era una de sus mejores piezas. Lo había escogido ella misma para enviarlo al extranjero, porque le gustaba muchísimo.

Inmediatamente después de hablar con su marido, se le ocurre que, como ahora no tiene nada que perder, Mitra es mucho más peligroso. Seguramente querrá vengarse y sería muy capaz de seguir al señor Bose a su hotel, a su habitación, inclusive. Lo llama para decírselo pulsando frenéticamente las teclas. Pero sale una voz grabada que le informa que ese número está fuera de cobertura.

Cuando llegan a la calle de la galería, la señora Bose se enfada aún más al comprobar que el ayuntamiento está haciendo obras en el aparcamiento delante del inmueble. Así se ve obligado a dejarla en la esquina. Cuando entra en la galería, Shikha la recibe entregándole un montón de mensajes que Abinash le ha enviado desde el depósito. Se trata, en su mayor parte, de preguntas sobre pedidos que los clientes ya deberían haber recibido. El más urgente es el del comprador para Khazana, una cadena de hoteles de cinco estrellas que había encargado doscientas estatuas de bronce de gran tamaño para los vestíbulos y pasillos. Si no las reciben en quince días, Khazana tendrá que cancelar el pedido y comprárselas a la competencia.

La señora Bose se hunde pesadamente en su silla.

—Señora, también ha dejado un mensaje el señor Bhattacharya: que lo llame en cuanto pueda. Subroto, el capataz, necesita hablar urgentemente con usted. Y tiene una cita para almorzar con Utsab Lal.

La señora Bose siente venir la migraña. Se masajea las arrugas de preocupación que se le han formado en la frente. La uña partida se le engancha en el pelo y tiene que contenerse para no soltar una palabrota. Quiere volver a su casa, acurrucarse debajo del edredón y no moverse de allí hasta que su esposo regrese. Pero Shikha está esperando.

—¿Te dijo algo Subroto?

—La huelga comenzó esta mañana. Han cerrado con candado todas las puertas. Subroto está fuera, en la calle, esperando que usted lo llame.

Ella se hunde aún más en su silla. Sí, casi es un alivio, como cuando un forúnculo al final revienta.

—Señora, ¿cancelo el almuerzo?

—No, no puedo. —Hace tiempo que corteja a Utsab, un joven pintor abstracto que, según ella, va a ser uno de los próximos grandes. Pero es caprichoso, no ha aceptado aún que ella organice una exposición de sus obras. Y susceptible, la clase de hombre capaz de ofenderse por la anulación de un almuerzo—. Iré a ese almuerzo. Y llamaré a Subroto. Pero ahora no puedo con Bhattacharya. Shikha, por favor, ¿no tendrás una lima de uñas?

—Sí, señora. ¡Oh, su hermosa uña, mírela! Hay que cortar una parte primero. Yo me ocuparé mientras usted hace las llamadas.

Agradecida, la señora Bose tiende su mano a Shikha. Llama al capataz y se estremece ante la cacofonía que oye, aunque Subroto conserva la calma. Una manifestación tiene lugar en ese momento ante las puertas del depósito, pero, en conjunto, la situación está bajo control. Los vigilantes de seguridad están cerca. A pesar de que se les ha dicho que no intervengan a menos que se trate de una emergencia grave, Subroto confía en que su sola presencia impedirá actos de vandalismo. Hay algunos jóvenes más beligerantes de lo que al capataz le gustaría, pero se calmarán tras pasar varios días gritando y agitando pancartas para luego regresar a sus casas y encontrar a sus esposas enfadadas por la merma de sus salarios. Lo más importante es que el sindicato ha presentado una nueva lista de exigencias, que Subroto le llevará personalmente a la galería lo antes posible.

A continuación, llama a Delhi y camela al comprador de Khazana hasta lograr que le dé dos semanas más de tiempo. Ya es la hora de almorzar. Se levanta de su escritorio, en sus labios la primera sonrisa en toda la mañana. Shikha ha reservado mesa en el restaurante Thai del barrio, un sitio tranquilo y elegante, y la señora Bose cree que podrá comer algo.

La comida se desarrolla estupendamente. Utsab acaba de terminar un cuadro que lo satisface y está muy contento. No menciona la huelga. Quizás, inmerso en el mundo de la imaginación, no presta atención a cosas tan pedestres. Antes de despedirse, acepta darle a la señora Bose diez cuadros para exponer en la galería el mes próximo. ¡Ella se muere por contárselo a Shikha!

Con el entusiasmo, no ha prestado atención a su alrededor. No ve a los dos hombres hasta que llega a la esquina, despide a Asif y se va andando a la galería. De aspecto corriente, con pantalones de algodón y sandalias ordinarias, de pronto la alcanzan y se colocan uno a cada lado de ella, inquietantemente cerca, aunque no la tocan ni le impiden seguir caminando. No los reconoce, pero percibe la amenaza que emanan como el calor de un motor recalentado.

Hablan entre ellos con un tono suave, como si estuvieran conversando.

—¿Ves cómo son los ricos, *bhai*? La Memsaab acaba de saborear una buena comida en ese restaurante caro. ¿Le importa que sus empleados se vean obligados a hacer huelga renunciando a sus magros salarios? ¿Que sus familias coman arroz y agua, como mucho, al final del día?

—Claro que no. ¿Por qué iba a importarle? Aunque nuestros hermanos prosigan con la huelga hasta morirse de hambre, ella tendrá bastante dinero. Durante años los Bose nos han chupado la sangre para que su hijo pueda conducir un coche extranjero y beber en los bares de moda, para que su hija pueda ir a un colegio cristiano y ponerse vestidos de seda y maquillaje.

La señora Bose sabe que debe permanecer en silencio y seguir andando. No la lastimarán, hoy no. Solo quieren amedrentarla. Pero las acusaciones son tan injustas

que su orgullo se impone.

—Siempre fuimos generosos con nuestros trabajadores —dice con los labios apretados—. Nuestros hombres reciben salarios con primas. Tienen vacaciones, licencias por enfermedad y ropas nuevas en Durgá Puyá.

—¿Y por qué solo en el día de Durgá Puyá? —Uno de los hombres le corta el paso—. ¿Por qué no en Eid? ¿Por qué la familia Bose tiene preferencia por sus obreros hindúes? ¿Por qué se codean con Bibhuti Bhattacharya y su partido Hindutva? ¿Por qué los musulmanes han sido blanco de las acusaciones después del problema en el depósito? ¿Por qué el tío Alauddin ha sido despedido, pero no ha habido sanciones contra ningún hindú?

—Déjeme pasar. Hablaré de estas cuestiones con el sindicato, no con ustedes.

—El sindicato —repite el otro hombre, y escupe en la acera, adrede cerca del pie de ella.

La señora Bose mira el escupitajo y la remite a la época en que era joven e insegura, con un corazón que cualquiera podía herir. «La manipuladora hija de un tendero», la había llamado su suegro. Empieza a temblar.

—El sindicato es débil, como un tigre viejo desdentado —gruñe el hombre—. Nosotros queremos respuestas inmediatas. Queremos que nos paguen por la angustia que sufrieron nuestros hermanos. Y lo conseguiremos. Delo por seguro, de un modo u otro, nosotros...

Oye el ruido sordo de unos pasos rápidos detrás de ella. El corazón le golpea contra las costillas.

—¡Hermanos, hermanos! —Es Asif, sin aliento de tanto correr—. ¿Qué hacéis? Dejad en paz a Memsaab. ¿Cómo podéis caer tan bajo, acosando a una señora sola?

—No te metas en esto —refunfuña uno de los hombres—. Cuando sepa que lo decimos en serio, ella llevará nuestro mensaje a donde corresponde. Si su familia está en peligro, convencerá a su marido de que vea las cosas como nosotros queremos.

—¿Y por qué la defiendes, Asif Ali? —pregunta el otro—. ¿Es porque te permiten sentarte en un coche elegante, con aire acondicionado, mientras nosotros nos rompemos la crisma cargando peso y claveteando los cajones? ¿No te das cuenta de que piensan de ti lo mismo que de nosotros, que somos cucarachas que pueden ser aplastadas cuando les conviene? ¿No te importa que hayan despedido al tío Alauddin, que les entregó los mejores años de su vida, sin contemplaciones, solo porque estaba tratando de proteger su propia sangre? Tú eres más enemigo de nosotros, los trabajadores, que los babus ricos...

Una parte de la señora Bose, que se ha separado de su cuerpo tembloroso, se pregunta cómo responderá Asif a esta acusación. Pero nunca lo sabrá porque en ese momento el guardia de la joyería contigua a la galería llega a toda prisa porra en mano.

—Señora, ¿tiene algún problema? ¿Estos *goondas* la están molestando?

Pero los dos hombres ya se han marchado.



—¿Se encuentra usted bien, Memsaab? —pregunta Asif.

Asiente, incapaz de hablar.

Shikha también llega corriendo y retorciéndose las manos. Afortunadamente, había salido a comprobar si su jefa estaba de regreso y, al ver lo que sucedía, había corrido a la joyería a pedir ayuda. Ahora la acompaña a su despacho.

—¡Ay, señora, es horrible, absolutamente horrible! Siéntese aquí y beba un poco de agua. ¡Caramba, si está usted tiritando! ¡Debió de ser aterrador! Yo misma estaba temblando, y eso que solo los miraba de lejos. Aquí tiene una toallita para secarse la cara. Acercarse a usted de esa manera, en pleno día, ¡y en Park Street! ¡La audacia de estos desalmados no tiene límites!

La señora Bose no puede contener las lágrimas. Es capaz de arreglarse con muchas cosas, pero ese escupitajo la ha deshecho.

—Nos están vigilando —dice entre sollozos—. Sabían a donde había ido a comer. Y mencionaron que Rajat estaba en un bar; allí estuvo anoche. Saben a qué colegio va Pia. ¡Quién sabe cuando aparecerán la próxima vez o quién será su objetivo! Ay, Shikha, ¿cómo se puede vivir así?

—No está bien, señora. —Shikha, que también está llorando, palmea tímidamente la espalda de la señora—. Yo sé que usted ha sido una buena patrona para esos hombres.

—No es justo lo que piensan. ¿Te acuerdas de la familia Deorah hace cuatro o cinco años? Salió en todos los diarios. Su hijo menor fue secuestrado aquí mismo, en Calcuta, cuando volvía de una clase de tenis. Exigieron un millón de rupias. La familia pagó, pero el chico nunca regresó. La policía fue incapaz de atrapar a los raptos, pero sospecharon que el chófer había sido... —Un pensamiento horroroso la asalta en mitad de la frase—. ¿Y si estos hombres de hoy pertenecen a un grupo que está planeando algo parecido?

—Señora, señora, cálmese, por favor, se pondrá enferma.

—Asif... —la señora Bose respira con dificultad— trató de detenerlos, es verdad, pero ¿por qué tardó tanto en alcanzarme?

—No lo sé, señora. Es raro, en efecto.

—¿Está con ellos, pero pretende no estarlo para que yo confíe en él? Los oí, lo llamaron por su nombre. Oh, Dios, Shikha, ¿y si el plan es secuestrar a Pia? ¡No puedo dejarla ir sola en el coche con Asif!

—Su criada podría acompañarla...

—¿Pushpa? Sería inútil. Los he visto juntos, a ella y Asif. Hará lo que él diga. ¡Oh, por qué no está aquí mi marido para ayudarme cuando más lo necesito!

—Señora, por favor, no se ponga tan nerviosa. ¡No soporto verla así! —El rostro de Shikha refleja su aflicción—. Yo estoy aquí. Yo la ayudaré. —Hace una pausa mordiéndose el labio, pensando... hasta que dice—: ¿Y si voy al piso todas las mañanas y acompaño a la señorita Pia en el coche hasta el colegio? No queda lejos de aquí. Desde allí puedo venir andando a la galería. Por la tarde, iré a buscarla al

colegio y haré lo mismo. Estaré alerta en todo momento. Llevaré mi móvil en la mano y, en caso necesario, llamaré a la policía. Le prometo, señora, que si yo estoy con ella, usted no tendrá que preocuparse.

—¿Harías eso por mí? —La señora Bose se endereza, agradecida, imbuida de nueva energía—. Me sentiré mucho más segura.

«Qué leal es esta muchacha —se dice—. Qué responsable. Y rápida para pensar. En cuanto todo esto se normalice, le daré a Shikha una recompensa que no olvidará.»

Hace dos días que estoy acostada, en mi cama del Motel 6, con la mirada puesta en las aburridas cortinas beis echadas, que tapan la ventana. Dos preciosos días perdidos. Antes me hubiera preocupado, ahora no me importa. En la ducha, me froté hasta arañarme la piel. El jabón olía a resignación. Los mensajes de Rajat se han acumulado en mi móvil, pero mi lengua es incapaz de hacer la gimnasia de las explicaciones. No puedo olvidarme de lo que ocurrió con Mariner. Su mirada cambió cuando le dije el nombre de mi madre. Era la de alguien que recuerda, estoy segura. Sabía su nombre, aunque después haya dicho que no la conoció. ¿Qué podía significar eso?

Le he pedido a Vic que use el resto de mi dinero para cambiar mi billete. Quiero volver a casa, hundir mi rostro en el pecho de mi abuela, en el olor de su sari de algodón almidonado. Pero Vic no me hace caso. Me trae bandejas con comida: arroz y *dal*, y Gujarati *karshi* condimentado con jengibre, cocinados por la prima de Desai. Me dice que no puedo renunciar ahora, que ello significaría que Mariner ha ganado. Trata de convencerme de que lo acompañe a una velada de karaoke en Mystic City, la discoteca de su amigo Sid. Me recuerda que Rob Davis, el escritor, ha confirmado nuestra cita para mañana por la mañana. Me despertará temprano. Es un viaje largo, a las montañas. Cuando niego con la cabeza, actúa como si no lo notara.

Mariner dijo algo en su apartamento que me llamó la atención. Si pudiera acordarme... Me he representado la escena tantas veces como he podido, pero los detalles se me escapan.

Vamos en el coche de Vic por una carretera sinuosa, entre pinos y eucaliptos, a ver a Rob Davis, porque Vic ha insistido. Me he puesto unos tejanos y una camisa de manga larga abotonada hasta la garganta. No me pondré el Prada nunca más. Vic me ha comprado café; su sabor amargo es agradable y lo bebo a sorbos en silencio. Por la ventanilla abierta me llega olor a tierra musgosa, húmeda y limpia. Me recuerda las montañas donde mi abuelo me enviaba. Ahora comprendo que lo hizo para ponerme a salvo de hombres como Mariner. Nunca me gustó ese lugar y rezongaba cuando las maestras nos llevaban los fines de semana a andar por las cuestas empinadas pobladas de cedros para ver el resplandor del hielo en la cumbre del Kanchenjunga. «Lo siento, abuelo.» De pronto soy consciente de que es la primera vez que lo recuerdo sin ira desde que supe lo que le hizo a mi madre. Y a mí. Quizás, a causa de mi terrible experiencia con Mariner, hoy comprendo mejor el deseo de mi abuelo de proteger a las mujeres de su familia.

Los árboles que nos rodean son altos, con gruesos troncos rojizos. Vic me dice que son secuoyas y que en ciertas zonas de estas montañas hay ejemplares que tienen miles de años. Si nos queda tiempo, me llevará a verlos. Cada persona tiene que ver un árbol de mil años al menos una vez en la vida. Me callo, pero no creo que tenga tiempo. Si Rob Davis resulta ser mi padre —y estos bosques encantados me permiten

pensar que quizá sea posible—, me quedaré con él el resto de mi estancia. Si no, será el momento de volver a casa.

He memorizado los datos sobre Rob Davis: su edad, su educación, su mirada inteligente detrás de unas gafas sin montura; sus premiados y controvertidos libros, y que odia el correo electrónico; su cara tostada por el sol y llena de arrugas; su divorcio de la editora de una afamada revista; su amor por la soledad; su cabello castaño, entrecano y despeinado; su problema con la bebida, ya superado; sus problemas con el dinero y su incapacidad para escribir en los últimos años. Un hombre así podía haber fascinado a mi madre, que venía de una vida con futuro ya trazado y previsible.

La carretera se estrecha; el océano, a lo lejos, envía intermitentes chispazos de color zafiro; la niebla cubre las copas de los árboles como un encaje de bolillo. Cuando llegamos y Vic apaga el motor, nos envuelve un silencio, puntuado solo por el reclamo de las aves, que nunca he experimentado antes.

Lo veo enseguida. Está apilando leña junto a una cabaña. Lleva tejanos y una camisa verde a cuadros, y es más delgado de lo que me imaginaba. Tiene el rostro curtido. En las comisuras de los ojos tiene esas arruguitas que forma la risa. La esperanza desborda las débiles murallas que he levantado para proteger mi corazón. Acaso, a la tercera será la vencida.

—Soy Korobi —me presento con una sonrisa—. La que está escribiendo el libro.

Le tiendo la mano e intuyo que su apretón será fuerte y áspero. Pero no podré saberlo pues él frunce el ceño y da un paso atrás.

Vic, que me espera en el coche, se apea.

—¿Hay algún problema? —pregunta.

—¡Pues claro que sí! —Nos mira a los dos—. Ella me mintió. No está escribiendo ningún libro. Es una farsante que anda por todo el país aprovechándose de los hombres que puede engañar haciéndoles creer que es su hija.

Me quedo muda de espanto.

—No es cierto —replica Vic airadamente—. ¿Quién le ha dicho eso?

—Una llamada anónima. No le creí, pero aquí están, tal como me advirtieron. Lo siguiente será preguntarme por Anu Roy. Pues bien, nunca he conocido a nadie con ese nombre. Ahora, ¡fuera de mi propiedad!

Un temblor me recorre todo el cuerpo. Me acuerdo de lo que había dicho Mariner: «Antes de ser informado.»

La venganza de Mitra ha llegado lejos. Se pondría loco de alegría si llegara a enterarse de su éxito.

No me queda más remedio que dar media vuelta, con la cara roja, y meterme en el coche.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Vic mientras regresamos.

Miro por la ventanilla, demasiado abrumada para contestar. Durante todo este tiempo me había convencido, contra toda lógica, que encontraría a mi padre. Había creído que mi madre, quien me había incitado a buscarlo, me ayudaría. Finalmente, y porque debo hacerlo, llamo a Rajat.

—He fracasado.

Tengo miedo de que me inunde con amabilidades y que yo me derrumbe y me eche a llorar, pero, medio dormido, solo me dice:

—Debes de estar decepcionada. Pero has hecho todo lo posible. Ahora puedes volver a casa. Por Dios, Cara, te necesito mucho.

«¿Y yo? ¿Qué necesito yo?», tengo ganas de preguntarle.

—Ve con papá —añade—. Quédate con él en Nueva York hasta que él pueda comprarte un billete nuevo. Te llevará al avión y yo te recogeré en Calcuta. Nunca más tendrás que estar sola.

A salvo para siempre al cuidado de los hombres de la familia. Hace un mes me habría sentido agradecida.

—Le diré a mamá que empiece con los preparativos para la boda. Estará encantada.

—De acuerdo —atino a decir.

Rajat esperaba mayor entusiasmo por mi parte, estoy segura. Y al final dice buenas noches.

Pero, para mí, no es de noche.

Vic, que lo ha oído todo, arquea una ceja.

—A nadie le importa que no haya encontrado a mi padre —digo—. Todos los problemas que he tenido buscándolo, los peligros que he enfrentado, ni preguntan siquiera, no les interesa. Lo único que quieren, incluso la abuela, es que regrese, cubrirme con el manto del *statu quo* y reducirme a la condición de esposa.

—Coincido con Rajat —dice Vic. Me sorprende y cuando lo miro con ceño, añade—: En una sola cosa, es hora de que abandones la búsqueda. ¿Por qué estás tan obsesionada? Tienes que dejar de mirar el pasado de otra persona para ocuparte de tu futuro. ¿Crees que si sabes quiénes fueron tu padre y tu madre sabrás quién eres? Pero si ya eres alguien. Lo verías si no estuvieras tan absorta centrando tu atención en otra parte. —Para el coche a un lado del camino y coge mis manos—. Mira, en el curso de estas últimas semanas me he enamorado de esa mujer valiente, leal y perseverante que tú eres, observando cómo luchaba contra las adversidades que habrían derrotado a cualquiera en mucho menos tiempo. No te lo he dicho porque estás comprometida para casarte. Pero no puedo permitir que regreses a una vida que ya no te corresponde sin señalarte que tienes otras opciones. —Hace un gesto con la mano abarcando las montañas y sus bosques tiñéndose de azul a lo lejos—. Puedes quedarte conmigo en California.

Lo miro, sorprendida, aunque no tanto. En el fondo, debí de presentirlo. Mi corazón se abre, de repente, como una flor roja.

—Sid quiere que yo sea su socio en Mystic City —prosigue Vic—. Puedo pedirle que te acepte también a ti. Sé que ese trabajo me gustará mucho, y me encantaría tenerte a mi lado. Disfrutarás de la aventura de convertir ese lugar en algo inolvidable. Además, dispondrías de dinero propio, ganado por ti, no porque te lo haya dado tu familia. Si lo deseas, puedes incluso seguir buscando a tu padre. ¿Cómo lo ves?

Me tienta. A pesar de los problemas que he tenido aquí, me agrada lo que he visto en América. Y hay mucho más, un mundo lleno de infinitas posibilidades. Aquí puedo convertirme en otra Korobi. Vic, tan amable y relajado, no intentaría amoldarme a su concepto de novia o esposa. Sería muy sencillo enamorarme de él. Quizá ya estoy un poco enamorada.

Pero lo que siento por Rajat también es verdadero. Aquella mañana, en el templo, cuando me puso su anillo en el dedo, me ha quedado grabada en el corazón. Cuando me besó en la entrada, delante del abuelo, que nos miraba con desaprobación, ¿no fue eso traspasar los límites? Compartió conmigo lo que soñaba para su empresa, me pidió que colaborara en la creación de aquel sueño. Las cosas no han salido como esperábamos, pero cuando se aplaque la tormenta, y se aplacará tarde o temprano, ¿no podríamos reanudar nuestra aventura interrumpida?

—No me des una respuesta ahora —dice Vic, besándome las palmas—. Has pasado por muchos altibajos emocionales. No tendría que haber sacado el tema, pero esa conversación telefónica me hizo temer por tu partida. Reflexiona en la clase de vida que te haría más feliz. Eso es lo que deseo, de verdad.

Debo llamar al señor Desai para comunicarle mis novedades.

—Todas nuestras pistas han desembocado en callejones sin salida —le digo—. ¿Qué haremos?

Si el pragmático Desai también me dice que deje de buscar, tendré que tomar mi próxima decisión: Vic o Rajat, América o la India.

—Alguien llamó ayer —me informa Desai—. Una tal Meera Anand. Afirma que ella es la otra mujer que aparece en la foto. Ha dejado su número de teléfono. ¿Quieres llamarla tú?

Rajat ha venido para escuchar las noticias de Sarojini. Pero primero tiene que anunciarle, triunfal, que Korobi vuelve a casa. Cuando la ve entristecida por el triple fracaso de Korobi, se encoge de hombros y dice:

—Es mejor, ¿no es así?

Sarojini asiente con la cabeza, no muy convencida.

—Ahora cuénteme ese misterio tan misterioso —añade él.

Como no conoce la mejor manera de abordar el tema, ella va directamente al grano.

—Necesito vender la casa.

—¿Vender esta hermosa casa histórica para que otros la destruyan? —pregunta escandalizado—. ¿Por qué hacer algo tan terrible?

Ella lo mira con una débil sonrisa amarga.

—¿Por qué vende la gente sus pertenencias?

—¿Necesita dinero? Dígame cuánto. ¡Lo conseguiré para usted! ¡No me importa de dónde lo saque! Pero ¿para qué lo necesita?

Sarojini suspira. Lo haría, es esa clase de hombre. Para impedir que se embarque en algo temerario, le miente diciéndole que no le entristece tener que venderla. De todos modos, la vetusta casa se está convirtiendo en un peso demasiado grande para ella. ¿Qué hará cuando Korobi se case y se vaya a vivir con Rajat? Pero entonces, como es demasiado para ella sola, y porque él ahora es parte de la familia y tarde o temprano deberá conocer sus secretos, le refiere su conversación con Sardarji.

Rajat se sienta y se queda mirándola. Se ha olvidado de beber su té, que se ha enfriado.

—Ahí fue a parar todo el dinero, pues —dice por fin—. En pagar a la gente para que mantuvieran la boca cerrada sobre Korobi, a fin de que su padre nunca lo supiera. ¿Y el abuelo nunca se lo contó a usted?

Niega con la cabeza. El dolor lancinante de la humillación que sintió cuando se enteró de que Bimal le había ocultado la visita del padre de Korobi, teniendo en cuenta que otras personas lo sabían, vuelve otra vez. Para que no le haga más preguntas, le alcanza el contrato de la casa. Rajat lo examina atentamente. Los pormenores le parecen razonables, pero no está dispuesto a correr riesgos, y menos tratándose de Sarojini. Sugiere que se lo enseñen a su padre, quien estará de regreso dentro de pocos días. Y a continuación titubea; es evidente que está pensando en algo más.

—Su antiguo chófer dijo que el abuelo estaba furioso después de la reunión con el padre de Korobi. ¿Cuál cree usted que fue el problema?

—No puedo imaginarlo —responde Sarojini. Pero no es totalmente cierto: imaginar aquel problema terrible es exactamente lo que ha estado haciendo, una y otra vez.

En la puerta, mientras Rajat se despide, ella apoya una mano en su brazo.

—Por cierto, ¿Bhattacharya se ha comunicado con tus padres últimamente?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Por nada —dice Sarojini, sorprendida de su propia decepción—. Solo me lo preguntaba.

—¡No puedo creer que esté hablando con la hija de Anu Roy, después de tantos años! —exclama la señora Anand por teléfono, con voz ronca de fumadora—. Ni siquiera sabía que Anu tuviera una hija. Creí que ella... ¡Oh, da lo mismo! Ha sido por casualidad que cogí un periódico en la tienda india. Normalmente no leo esas

cosas. Dime, ¿te pareces a tu madre?... ¿Solo sus cejas? ¡Las recuerdo muy bien! Era muy seria, al menos al comienzo, cuando vivíamos en la misma residencia de estudiantes. Cada vez que yo tenía que tomar una decisión, ella arrugaba sus tupidas cejas. Yo me burlaba de ella por ser tan meticulosa con las cosas más nimias, por ejemplo, qué ponerse para ir a clase o si debía salir con un grupo de amigos si algunos eran tíos. Me contó que su familia había arriesgado mucho enviándola a Estados Unidos y por nada del mundo quería defraudarlos. No dejaba que yo me olvidara del montón de ojos que la acechaban desde Calcuta, porque ella era la primogénita de los Roy, la hija a quien se le permitió viajar lejos de su hogar. Lo que sí consiguió fue que yo agradeciera al cielo no ser la descendiente de una familia conocida. Especialmente después, cuando se armó la marimorena.

»No me malinterpretes. También era divertida. Siempre hacía comentarios ingeniosos, aunque a menudo me los susurraba a mí sola al oído. Le agradaba probar cosas nuevas. Me acuerdo que los viernes iba a la Casa Internacional a aprender danza folclórica. Cuando regresaba, entusiasmada y feliz, me enseñaba los pasos nuevos y trataba de convencerme de que fuera con ella. Pero yo era un poco sedentaria, del estilo sofá y tele, y nunca fui. Ah, sí, allí fue donde conoció a tu padre.

»Ella tenía principios muy sólidos. Si creía que algo estaba mal, no lo hacía. A veces nos juntábamos todos y fumábamos porros, lo normal. Ella no decía nada, pero salía de la habitación. Me sacaba de quicio en esa época, pero la verdad es que en el fondo la admiraba.

»Por eso, el incidente con tu padre fue un verdadero *shock*. Ella ya me había hablado de su promesa de no casarse contrariando la voluntad de su padre. Pero incluso el más fuerte tiene su talón de Aquiles. El suyo era el amor. Nunca lo había experimentado en la India. No había tenido ninguna posibilidad, supongo, por cómo la vigilaban, y eso es peligroso para una mujer adulta. Quedó cautivada. Los primeros días, después que conoció a tu padre, andaba como aturdida, como si hubiera tomado algo más fuerte que yerba. Y así fue, supongo.

»Traté de advertirla, de persuadirla de romper antes que fuera demasiado tarde. Pero la primera vez que besó a tu padre ya fue demasiado tarde. Lo peor era que ella sabía que lo que estaba haciendo causaría dolor a sus seres queridos. Y eso la torturaba. Entonces se lo contó a tu abuelo, con la esperanza de que él la comprendiera. Pero no le fue precisamente bien, ¿verdad?

»Después de aquella conversación perdió mucho peso. No podía dormir. Sus notas bajaron. Le dijo a tu padre que no podía seguir viéndolo. Creo que lo intentaron un tiempo. Entonces, un buen día se marchó de la residencia sin decir una palabra. Me enfadé porque pensaba que éramos amigas. Yo estaba segura de que había regresado a la India, pero más tarde oí decir que estaba viviendo con tu padre... No, no sé cuándo se casaron, o dónde. No creo que invitaran a nadie. Después de eso, no la vi mucho. Es un campus muy grande y tal vez ella trataba de evitar a la gente que conocía.



»Me topé con ella por última vez en Sproul Plaza. Iba andando con tu padre. Estaba embarazada de ti y se veía muy feliz. Me dijo que pronto viajaría a la India, en cuanto acabara el semestre, y que hablaría con su padre. Era su oportunidad para reconciliarse con su familia y estaba decidida a lograrlo. Rob estaba allí, rodeándola con su brazo y sonriendo sin entender. No tenía ni idea de cómo son las familias indias. Le deseé buena suerte, aunque yo no tenía demasiadas esperanzas. No existe nadie más testarudo que un padre hindú, soy la primera en saberlo. No perdona fácilmente, y menos cuando eliges la clase de hombre que ella eligió. Tu padre era una buena persona, un hombre culto, pero...

—¿A qué se refiere con «esa clase de hombre»?

—¿Quieres decir que no lo sabes?

La primera vez que Shikha llevó a la señorita Pia a su colegio, Asif no le dio importancia. Hasta se divirtió escuchándolas charlar a las dos en el asiento de atrás, Pia contándole que tenía un nuevo DVD musical y Shikha describiendo al joven pintor cuya obra la señora expondría el mes próximo. A decir verdad, Asif sentía lástima por Shikha. Era insulsa y más bien fea, no como Pushpa, que tenía esa mirada tan sensual. Probablemente nunca encontraría un marido. «Deja que la pobre mujer se ría con los chistes de la señorita Pia —pensó magnánimamente—. Dudo de que tenga muchas oportunidades.» Se sorprendió un poco cuando ella regresó con Pia por la tarde. Quizá tenía que recoger algo para Memsaab. Pero Shikha se limitó a acompañar a la chica hasta el ascensor y luego le pidió a Asif que la llevara nuevamente a la galería.

Asif no es ningún tonto. Cuando Shikha apareció otra vez a la mañana siguiente, lo comprendió en el acto. Entonces, esto es lo que Memsaab piensa de él. Conduce hasta el colegio con mucha rabia y, durante la pausa del almuerzo, se comunica con Mahmud. Acepta el puesto que le ofrece el jeque Rehman, si todavía está libre.

Lo está. Puede comenzar cuando quiera.

—Mañana, entonces.

En el trayecto de vuelta del colegio, los ojos de Asif no pueden dejar de mirar a Pia, que mueve la cabeza al ritmo de una canción. Desea explicarle por qué deja este empleo, decirle cuán insultado se siente, que de lo contrario se hubiera quedado por ella. Está furioso, además, porque esto sucede justo después de haberse puesto él mismo en peligro para proteger a Memsaab de aquellos *goondas*. Ese hombre lo llamó traidor a su propia gente. Y quizá lo era.

Pia —cómo echará de menos su sonrisa, sus pequeñas exigencias dichas con dulzura, sus confidencias, su fe inocente en la inteligencia de él— carraspea cuando llega a casa. Debe decir algo antes de que ella entre. ¿Quién sabe cuando volverá a verla, si es que la vuelve a ver? Recuerda la última vez que vio a su hermana, cuando subió al tren que la llevaría a la aldea de su esposo. Había querido decirle que la iba a

echar de menos, que él estaba a su disposición si alguna vez ella tenía problemas. Pero el andén estaba lleno de parientes del novio, bulliciosos y dándose aires de importancia. Y él no tuvo ocasión de decírselo. No cometerá el mismo error esta vez. Debe decirle a la señorita Pia que él se marcha. Ojalá Shikha se baje la primera, así tendrá un momento a solas con la chica. Pero Shikha lo está observando, con el ceño fruncido y el móvil en la mano, que sostiene como si fuera un arma. Empuja a Pia. «Baja tú primero.» El pecho se le encoge de rabia. Se imagina conduciendo a toda velocidad, llevando a Shikha, no a la galería, sino a la carretera desierta que bordea el río, para darle un buen susto. Así aprenderá.

Desde fuera del coche, la señorita Pia lo saluda con la mano, como cada día.

—Hasta luego, Asif —dice empleando su nombre porque Shikha está escuchando. Es el pie que ella le da para responder:

—Hasta luego, señorita. —Pero hoy no puede. Un escorpión le está apretando el corazón con sus pinzas—. Que Dios la bendiga, señorita Pia, y la proteja siempre.

Los ojos de la niña se abren como platos. Él nunca le ha dicho algo semejante.

—Que Dios te bendiga a ti también, Asif.

Y se marcha. Se queda mirándola hasta que Shikha, con su móvil siempre en la mano, le ordena que la lleve a la galería.

Hace rato que la noche ha caído sobre el 26 de Tarak Prasad Roy Road. En los tamarindos, los pájaros han metido sus cabezas bajo sus alas inmóviles. Los perros de la calle se han acurrucado, hechos un ovillo de silencio. Bahadur monta en el tren del sueño de regreso al Katmandú de su infancia. Cocinera es transportada a la aldea natal de los Roy, donde se sienta en el porche a freír unos pescados tan grandes como su antebrazo. Acostada en la cama de Korobi, adonde se ha mudado porque echa de menos a su nieta, Sarojini está sumida en su propio sueño. Sueña que el tejado de la casa es ahora de vidrio y ella puede ver una brillante extensión azul donde hay, suspendido, un zepelín. En la pancarta que cuelga de él se puede leer: EL PADRE DE KOROBÍ ROY ES UN LEPROSO.

Mientras ella mira horrorizada, el zepelín se balancea. Del otro lado hay otra pancarta: EL ORGULLO DE BIMAL ROY MATÓ A SU HIJA.

¡No!, grita Sarojini. ¡Mentiras! Pero ella sabe que al menos una de esas afirmaciones es verdad. Lloro tanto que no puede respirar. Quizá se esté muriendo. Está bien. Es lo mejor que podría ocurrirle. Pero, al pensarlo, se despierta. El teléfono está sonando. ¡Que suene hasta que se cansen! Y, en efecto, sigue sonando, hasta que finalmente ella va al corredor, caminando a tientas en esa oscuridad a la que no está acostumbrada, y atiende.

—Siento que no haya ido bien, pero me alegro de que vengas pronto a casa, *shona* —dice con voz soñolienta—. Rajat me dio la noticia. Me reconfortó el corazón verlo tan feliz. Tienes suerte de tener un hombre que te quiere tanto... ¿Qué?

¡Cálmate! No entiendo una palabra de lo que dices.

—¡Abuela, creo que he encontrado a mi padre!

Las manos de Sarojini empiezan a temblar. Justo cuando esperaba que todo esto acabara de una vez y sin mayores contratiempos. Es una locura pensarlo. Los contratiempos nunca se acaban. A estas alturas de su vida, ella debería saberlo.

—La amiga de mi madre, la de la foto, leyó nuestro anuncio y contactó con nosotros. ¡Me contó muchas cosas acerca de mi madre y de su vida en América! Algunas tristes, pero, y esto es lo importante, conoció a mi padre. Su nombre es Robin Lacey. Estudió historia en otra universidad de la región. La señora Anand oyó decir que tiene un puesto de profesor en el Sur. Desai lo está buscando.

Este Lacey no parece alguien de mal vivir. Pero el corazón de Sarojini sigue latiendo con fuerza; ahora su miedo se ha metamorfoseado en irritación.

—Tu Desai no es muy eficiente que digamos. ¿Por qué no ha podido localizarlo antes?

—Porque todos nos equivocamos. Partíamos de una suposición errónea. Abuela, antes de que te lo cuente, quiero que te sientes en el taburete que hay junto al teléfono. Mi padre no es blanco. Es negro.

—Habla más fuerte. Hay interferencias. He entendido que tu padre es negro...

—Es lo que he dicho. Mi padre es afroamericano.

¿Sarojini está soñando? ¿O Korobi se ha vuelto loca allá en América?

—Imposible —le explica a su nieta en tono razonable—. Si fuera cierto, tú también tendrías aspecto de africana.

—La señora Anand me ha explicado que mi papá tenía la piel muy clara. Pero sus rasgos, en particular su cabello, eran afroamericanos.

—Su cabello —repite Sarojini.

Trata de visualizar el tipo de cabello que podría tener un hombre así. Le lleva cierto tiempo pues ella solo ha visto negros en las películas. Pero, de pronto, las cosas que la desconcertaron durante años cobran sentido. Por qué Korobi tiene un cabello tan rizado. Por qué Bimal estaba lívido tras conocer al padre de Korobi. Se acuerda de Bimal, allá en la aldea, durante el primer año de vida de Korobi, con qué detenimiento la examinaba. Así pues, no era solo preocupación por la salud de la niña o amor por ella.

—Abuela, ¿sigues ahí? ¿Estás afligida?

Aprécia la pregunta y reflexiona antes de responder.

—No, *shona*. Pero me temo que muchas personas se escandalizarán cuando lo sepan. —Traga saliva. Le cuesta tener que decírselo, pero debe hacerlo—. La señora Bose. Incluso Rajat, quizá.

—¿Rajat? ¿Crees que Rajat...?

Sarojini desea explicarle las complejas gradaciones del prejuicio racial en la India, cuyas raíces se remontan a siglos atrás. Explicarle por qué, para muchísima gente, que el padre de Korobi sea un negro sería peor que el simple hecho de ser

extranjero. Pero es superior a la capacidad de su mente, muy embotada en este momento.

—No te metas en camisa de once varas —suplica a su nieta—. Vuelve a casa.

—¡Por favor, no me pidas eso! —exclama Korobi con voz acongojada—. ¡No puedo! ¡No después de haber llegado tan lejos!

Sarojini suspira. ¿Qué otra respuesta podía esperar de la hija de Anu?

—Llamaré a mi padre en cuanto el señor Desai consiga su número —añade Korobi—. No tengo dinero para coger un avión e ir a verlo. ¿Será mucho pretender que él venga a California?

Sarojini carece de respuesta para esa pregunta, que más bien es un ruego. O para esa otra pregunta: «¿Y si él no quiere saber nada de mí?»

—¿Quién más lo sabe? —pregunta bruscamente Sarojini, disimulando su inquietud.

—Solamente Vic. Pero es muy discreto, un verdadero amigo.

—¿Y el señor Bose?

—No. El señor Desai dice que yo soy su cliente y que lo que él descubra es confidencial, a menos que yo le ordene lo contrario.

Sarojini siente que sus hombros se distienden un poco. Tal vez la situación todavía se pueda remediar.

—Haz un favor a esta anciana: no se lo cuentes a nadie hasta que hayas hablado con tu padre. Ni siquiera a Rajat. Si Lacey no tiene interés en conocerte, deberías olvidarte de todo este asunto.

—¿Cómo podría olvidarme? —La voz de Korobi es amarga—. ¡Es imposible! Otra vez han puesto mi mundo patas arriba. Hoy me miraba en el espejo, mi piel, mi cabello... Ahora me veo diferente. Cada detalle ha cobrado un nuevo significado. Pero, como eres tú quien me lo pide, no lo diré, ni siquiera a Rajat. Por ahora.

Sarojini debe conformarse con eso.

—Gracias —se limita a contestar.

—De nada —dice Korobi en el mismo tono protocolar—. Siento haberte despertado, pero tenía que contártelo.

—Comprendo.

Korobi, que contenía la respiración, suelta un gran suspiro y al final exclama:

—¡Te quiero, abuela! Es muy importante para mí que no estés disgustada porque mi padre sea negro. Y yo mitad negra también.

Sarojini pondera lo que acaba de escuchar. Sorprendentemente, es verdad. Está asombrada, preocupada... pero no disgustada.

—Te he entretenido demasiado. ¡Ahora vuelve a dormir!

Sarojini no había imaginado que algo pudiera volver a parecerle gracioso. Pero que su nieta tenga la ingenuidad de suponer que ella podrá dormir después de esta conversación la hace reír a carcajadas.

El jeque Rehman es una amalgama de contradicciones que siguen sorprendiendo a Asif. Se descubre disfrutando con la experiencia más de lo que había imaginado. El jeque reza cinco veces al día, aunque no necesariamente a las horas prescritas. Es un hombre apuesto, corpulento y con una risa contagiosa. Sus criados —muchos están con él desde hace décadas— lo adoran a pesar de lo que afectuosamente llaman su «mal genio». Y Asif, después de tres días de haber sido contratado, entiende por qué. Rehman no es rencoroso, es generoso con el dinero y se preocupa por conocer los pormenores de la vida de sus criados. Como hombre de negocios sagaz, es intransigente con la deshonestidad y la incompetencia, pero si alguien tiene problemas de verdad, es probable que él le eche un cable. Le agrada conversar cuando va en el coche con Asif. Uno de sus temas favoritos es la interpretación del islam. Ayer le habló a Asif del viaje que hace dos años hizo a La Meca. Fue una experiencia que le cambió la vida, algo que todos los musulmanes deberían hacer. Si Asif decide un día visitar La Meca, Rehman, con todo gusto, le pagará el viaje.

El jeque no está casado. Además, le encantan la buena mesa y el vino. Es por eso por lo que acude todas las noches a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. A veces se trata de una cena de negocios, pero a menudo la razón es el puro placer. Tiene un grupo de amigas glamurosas, modelos o *starlettes* que, Asif se sorprende al enterarse, coexisten pacíficamente. Rehman, a quien le gusta decir las cosas con toda claridad, les ha informado que no tiene intenciones serias con ninguna de ellas, pero que le hace feliz saber que ellas lo pasan bien con él. A cambio, les pide que no sean posesivas ni dramáticas, porque él detesta los dramas. Ayuda el detalle de que uno de sus abogados ha hecho firmar un contrato a las mujeres.

A Rehman le agradan los abogados. Tiene varios trabajando para él a tiempo completo, ocupándose de las más variadas y complejas facetas de su vida. También le agradan los chóferes. Emplea a cuatro, porque, le ha dicho a Asif, desea que rindan al cien por cien y que estén siempre vigilantes y alegres. No podrían si no descansan como corresponde. Cada vez que Asif deba trabajar de noche, tendrá libre el día siguiente hasta el mediodía. ¡Qué lujo! Asif no se acuerda de cuando fue la última vez que tuvo la posibilidad de levantarse tarde. Al servicio de los Bose siempre tenía que estar listo a las siete de la mañana para llevar a Pia al colegio. Incluso los fines de semana tenía clase, de badminton o de danza. Se dice que tiene suerte; este empleo es realmente un ascenso en su profesión.

Pero la verdad es que echa de menos a Pia, profundamente, ilógicamente e involuntariamente. Daría todas sus mañanas de poder dormir hasta tarde, presentes y futuras, con tal de oírla decir otra vez: «¡Vamos, A.A., sé que puedes ir más rápido!» Cuando está solo, en el coche, sintoniza sin darse cuenta la emisora preferida de Pia. Si oye una de sus canciones especiales, sube el volumen a tope, como a ella le gustaba, y se imagina que la oye cantar.

Esta noche debe llevar por primera vez a Rehman a un restaurante y está decidido a hacerlo de manera impecable. El jeque ha invitado a un socio que viene de Hyderabad a El Jadida, un establecimiento nuevo, sobre el río, que ha recibido excelentes comentarios. Será una velada de trabajo y diversión: ha invitado también a dos modelos. Los demás chóferes, colegas de Asif, le han advertido que no debe alejarse del coche, ni un minuto siquiera, aunque le reviente la vejiga. La noche será larga. Pero es probable también que el jeque decida de pronto trasladar la fiesta a su casa. Si Asif no está en su puesto, como debe, perderá el empleo.

El jeque posee cuatro coches, lo cual, para un hombre de su posición económica, revela gran moderación. Asif lo admira por ello. Le maravilla también su gusto en materia de coches: un Hummer rojo para los viajes fatigosos a las playas o las casas de campo; un Rolls negro para impresionar a los visitantes especiales; un Honda gris para cuando desea andar por la ciudad de incógnito, como Haroun al Rashid; y un Bugatti Veyron blanco, pequeño, que guarda en el garaje climatizado cubierto con una funda de licra, solo porque le apetece tenerlo.

Esta noche ha escogido el Rolls. El coche se desplaza como una seda y Asif se estremece de placer. Una vez que Rehman y su grupo se han apeado, Asif realiza las maniobras necesarias para aparcar en el rincón más alejado y lustra cuidadosamente el coche con una gamuza. ¡Cómo le habría gustado a Bahadur este Rolls! Pero nunca podrá mostrárselo al anciano.

Es entonces cuando ve un vehículo que conoce muy bien, un Mercedes que avanza buscando una plaza y acaba aparcando unas filas más allá. Asif se pone tenso cuando ve apearse a Rajat y Pia. Su primer impulso es darles la espalda para que no lo vean. Pero ¿por qué? No ha hecho nada malo. Son los Bose quienes lo insultaron, obligándolo a marcharse.

La señorita Pia lleva unos pantalones negros, un *kurti* negro con lentejuelas y tacones, «muy glam», como diría ella. ¿Qué está haciendo aquí a esta hora, cuando mañana tiene que ir al colegio y debería estar haciendo sus tareas? La verdad es que a veces su familia es muy irresponsable.

«¡Basta! —se ordena—. Ya no tienes derecho a pensar así. Ni necesidad.»

Cualquiera que sea la razón para esta escapada en mitad de la semana, Asif debe admitir que, juntos y riéndose, los hermanos forman una pareja atractiva. De pronto se acuerda: ayer fue su cumpleaños. Esta cena es un regalo de cumpleaños.

¡Cómo pudo haberse olvidado! Cada año, por su cumpleaños, Asif le hace a Pia un regalo, algo que, basándose en las cosas que ella comenta a lo largo del año, sabe que ella quiere. Nada caro, un CD, bombones, un libro, pero la señorita siempre se pone loca de alegría al recibirlo. Cuando corta su pastel de cumpleaños, guarda un trozo para él y se lo hace llegar con Pushpa. Asif compró el regalo de este año en el Air Conditioned Market, un par de meses atrás, después de que Pia mencionara lo guay que sería tener un anillo del humor. El paquete está en su baúl debajo de su cama, en la habitación nueva, junto con la fotografía que ella le tomó. Ahora no se

presentará otra oportunidad para entregárselo.

Mientras él la mira sin saber qué es peor, que ella no advierta que él está allí o que sí lo vea, Pia se vuelve. Abre grandes los ojos. Tira de la manga de Rajat y le susurra algo. ¿Desea saludarlo? Rajat mueve la cabeza negando con firmeza y se encamina al restaurante. Pero la chica se empecina, pone los brazos en jarras y no se mueve de allí; una actitud terca que Asif conoce bien. Discuten. Rajat se lleva las manos a la cabeza. Después se ablanda —al fin y al cabo, es su cumpleaños— y le pasa un brazo por los hombros. Acerca la boca a la oreja de ella. Le está explicando algo. ¿Acaso el motivo por el cual Asif los dejó? La indignación se apodera del chófer. Quiere informar a Pia de que lo que su hermano le está diciendo es inexacto. Aun si Rajat tiene buenas intenciones, ¿cómo puede saber él la verdad de Asif? ¿Ha visto él a Asif? ¿Lo ha visto realmente? Pía, en cambio, sí, la única, y es por eso que a él le importa lo que ella crea. Desea gritar esto por encima de la fila de coches aparcados. Pero ella se aleja con su hermano en dirección al restaurante. Las grandes puertas se abren, del interior brota luz y música y un bullicio de voces que se divierten en grande, y Pia desaparece.

Asif tira del picaporte para abrir la puerta del Rolls y se sienta abrumado en el asiento del conductor. «Olvídala, olvídale.» Él está mejor con Rehman. Tal vez, dentro de unos meses, le pida unos días para ir a ese lugar de peregrinación. Le vendría bien una transformación en su vida.

Un coche cruza despacio su campo visual. También este le resulta familiar por su brillo plateado. ¿El de Sonia? Sí, es ella al volante, hablando por el móvil. ¿Ha visto a Rajat y a Pia entrar en el restaurante? Claro que sí. Es evidente que los ha seguido hasta aquí. Y ahora va a entrar y a asegurarse de que la vean. A lo mejor también monta una escena. Arruinará a la pobre Pia su cena de cumpleaños. Asif siente indignación. Y, de pronto, está cansado. Ya está harto de los ricos y de sus farsas egoístas. Que haga lo que quiera. ¡A él qué le importa!

Pero Sonia no entra en el restaurante. Tampoco baja del coche. Avanza lentamente y pasa delante del Mercedes examinándolo atentamente. Asif se pone tenso. ¿Está pensando en un acto de sabotaje? Por su cabeza desfilan visiones de gomas pinchadas e incluso bombas. Qué exagerado. ¿Qué le pasa esta noche? Instantes después, ella ha dejado atrás el Mercedes, gira bruscamente, sale del aparcamiento y desaparece en la oscuridad.

¿Qué significa esto?

«No me importa», se dice Asif. «No es asunto mío.» Piensa en Pia otra vez, en la docilidad con que ella ha aceptado la explicación de su hermano sobre la perfidia de Asif. Con qué facilidad se ha dejado convencer. No ha mirado atrás ni una vez. Es un tonto por preocuparse, por creer que había un vínculo entre ellos, un afecto profundo y real, que rebasaba los compartimientos que la sociedad ha construido. A fin de cuentas, él es solo un chófer, fácil de reemplazar.

Cada vez que pienso en telefonar a Rob Lacey, me dan mareos. Por dos veces empecé a marcar el número y desistí. Es la llamada más importante de mi vida y tengo una sola oportunidad. Si interpreta mal mis palabras, no estoy segura de lo que hará. ¿Me colgará en las narices? ¿Me prohibirá que vuelva a llamarlo? ¿Me denunciará a la policía por acoso?

—¡Deja de agobiarte! —dice Vic, viendo cómo me muerdo los labios—. Sé tú misma.

Pero no estoy segura de que yo misma vaya a ser suficiente.

—Llévame al mar, por favor —pido.

Cruzamos un parque con molinos de viento, búfalos y capuchinas que caen en cascada. Llegamos a una playa con trozos de madera diseminados en la arena. Veo medusas purpúreas y buceadores con trajes negros relucientes. Las gaviotas vuelan en círculos lanzando chillidos estridentes. Las rocas, como pirámides torcidas, centellean en la puesta de sol. Y, sí, hay adelfas. Polvorientas y dañadas por el viento, pero hermosas.

—¿Quieres que me quede? —pregunta Vic.

Me ha acompañado en mi búsqueda, me ha traído hasta aquí, y le estoy agradecida. Pero ahora he de hacerlo sola.

—Te llamaré cuando termine —contesto, y me estremezco al decir esa palabra.

Despliego el material que Desai me envió por fax al motel, una información que aún no he asimilado. El profesor Lacey —no deseo gafar mis posibilidades pensando en él como «padre»— tiene el pelo cortado a ras del cuero cabelludo. De pie ante un atril, con un traje oscuro, sus gafas centellean ante el *flash* de la cámara oscureciendo sus ojos. Su expresión es agradable, pero de hombre de negocios, un hombre que tiene que ir a alguna parte y no desea perder tiempo. No la clase de hombre que dejaría todo lo que tiene que hacer para coger un avión e ir a conocer a alguien que quizá sea su hija.

La información sobre él es general; Desai no ha tenido tiempo para averiguar sus peculiaridades o intimidades. Lacey se graduó en San Francisco el año en que yo nací y se trasladó a Texas al año siguiente. Ha permanecido en la misma universidad todos estos años. Ha escrito un par de libros y varios artículos sobre las civilizaciones antiguas. Está casado —se me encoge un poco el corazón— y tiene tres hijos. Su esposa, también afroamericana, es enfermera en un hospital local. Participan en las actividades de su iglesia y están bien considerados en la comunidad.

En suma, se ha forjado una vida plena y productiva. Lo último que necesita es una hija adulta, una chica india que aparece de no se sabe dónde.

Me digo que no tengo nada que perder. Pero no es cierto. Ahora tengo algo frágil y precioso: esperanza. Me preguntó cómo será mi vida si pierdo también eso. Marco su número.

Si no lo coge, es posible que no vuelva a tener valor para volver a llamarlo.

Una voz ronca y profunda contesta:



—Rob Lacey.

No tengo ni el deseo ni la energía para subterfugios. Digo:

—Hola. Mi madre fue Anu Roy, de Calcuta. Estoy buscando a mi padre, Rob Lacey. ¿Es usted?

Silencio al otro lado de la línea. Una respiración irregular, como cuando alguien sube una escalera empinada.

—Mi nombre es Korobi, que significa adelfa —añado.

Emite un sonido que podría ser una palabrota mascullada. Luego dice:

—Mi hija murió.

—Pues no —respondo absurdamente.

—Yo vi sus cenizas cuando fui a la India. Aún conservo el certificado de defunción.

Estoy a la vez desconcertada y jubilosa. Entonces mi padre no siguió tranquilamente haciendo su vida cuando le comunicaron las muertes de su esposa y su hija. Hizo un esfuerzo por averiguar lo que había ocurrido. Es un regalo inesperado, aunque me desconcierta lo del certificado de defunción y las cenizas. Contemplo el mar al atardecer con la voz de mi padre en el oído y por fin siento que algo se ha cumplido. De pronto, me doy cuenta de que este es el paisaje que mi madre me había mostrado en mi sueño, la noche antes de mi compromiso.

—¿Usted fue a la India? ¿Cuándo?

—No lo sabía, ¿eh?, señorita. ¿Esto cambia su guion? ¿Qué clase de juego es este? —Su tono suena hostil—. ¿Está tratando de iniciar una demanda de paternidad? Déjeme decirle que se ha equivocado...

Me siento súbitamente exhausta. ¿Por qué, en América, están todos convencidos de que pretendo engañarlos? Después de tanto buscar, ¿es mucho pedir un poco de entusiasmo en la voz de mi padre? ¿Una chispa de cauta alegría ante la posibilidad de que yo no hubiese muerto?

—Lo único que quiero es conocer al hombre que mi madre amó. En una carta que nunca llegó a enviarle, y que yo encontré por casualidad, escribió que con usted ella se sentía plena. Yo quería preguntarle a usted acerca de eso, de ella. Hay tantas cosas que no sé...

—¿Cómo me ha encontrado? —me interrumpe en un tono hosco.

Me quedo muda, trato de encontrar las palabras para describir el golpe que recibí cuando descubrí que mi querido abuelo me había mentado toda la vida. El triste relato que me hizo mi abuela de los últimos días de mi madre. La resistencia de Rajat en dejarme marchar. El enfado de mamá ante lo que ella consideró inconstancia de mi parte. Mi odisea americana, con todos sus gastos, insultos y vejaciones. Mi compromiso, y mi futuro, a punto de romperse.

—Está tratando de montar una historia convincente, ¿no? —me agravia Lacey.

¿Qué sentido tiene que yo le abra mi corazón? Las decepciones que ha podido sufrir en los últimos dieciocho años, además de la muerte de su esposa y su hija, lo

han convertido en un hombre receloso. Se ha encerrado en sí mismo. Ya no es el mismo que mi madre amó con locura. No tengo futuro con un padre como este.

Es increíble la liberación que se siente cuando ya no hay nada que perder.

—No se preocupe —digo, y me sorprende a mí misma al oírme—. Quédese con su esposa, sus hijos y su empleo confortable. No volverá a saber de mí. He malgastado suficiente tiempo de mi vida en usted.

Cuelgo y caigo de rodillas. Ha cambiado el viento; el sol ha desaparecido detrás de las nubes. Hace frío y me castañetean los dientes. El océano ruge y ruge dentro de mi cabeza. Dejo caer el móvil al suelo y cierro los ojos con fuerza. Entonces siento un brazo sobre mis hombros y me revuelvo instintivamente.

Es Vic; ha venido a ver cómo estoy. Lo comprende sin necesidad de que se lo explique y se sienta a mi lado en la arena. Me deja llorar, pues a veces es lo mejor que un amigo puede hacer. Es él quien oye mi teléfono cuando empieza a sonar, lo recoge y me lo alcanza.

En El Jadida, la comida es soberbia, tal como decían los comentaristas, y ha valido la pena la larga espera por una mesa. Pero es más caro de lo que Rajat había imaginado. Disimula su preocupación y le pasa su tarjeta de crédito a la camarera, con un gesto tan elegante que Pia se ríe. Solo tiene una hermana y ella cumple años una sola vez al año. Practicará la frugalidad en otra parte. Pero ¿para qué? La huelga ha hincado el diente tan hondo en la cuenta bancaria de los Bose que la herida no se restañará por mucho que él modere los gastos.

Es tarde cuando abandonan el restaurante. Más de la mitad del aparcamiento está vacío. Pia está de muy buen humor. Acuna una bolsita de pastas que ha comprado para llevarse a casa. Le está contando un chiste. Le encanta verla cómo se ríe de su propio chiste, tanto que no puede acabar de contárselo. De pronto, se para en seco.

—Dada, Asif sigue allí. Mira, de pie junto a ese coche negro.

—No hagas caso. Si no se molestó en avisarnos con un día de antelación al menos, no merece nuestra atención. Ya sabes los problemas que nos ha ocasionado desapareciendo de la noche a la mañana. Si no estuviera yo en casa porque el depósito está cerrado, ¿cómo harías tú para ir al colegio?

—No es propio de Asif comportarse así. Lo sabes. Ha estado con nosotros desde... —cuenta con los dedos— desde que yo estaba en cuarto curso. Tengo que averiguar lo que ha pasado.

—¡Pia! Te lo prohíbo. Mamá me ha pedido que te cuide más que nunca. Ya sabes lo que le sucedió a ella el otro día en la calle, cuando iba a la galería. Esos hombres...

—¡Este es nuestro Asif! A mí nunca me haría daño. Por favor, ¿por mi cumpleaños?

Aprovecha la vacilación de su hermano para cruzar el aparcamiento a todo correr. Rajat la sigue de cerca. Mamá le hizo una descripción gráfica, con todo detalle, del

secuestro del nieto de los Deorah, y, aunque no quiera reconocerlo, lo puso nervioso.

—¡A.A.!

Pia sonrío y una gran sonrisa inunda el rostro de Asif. Están absolutamente concentrados el uno en el otro, olvidando la presencia de Rajat.

Se acerca al ex chófer y le pregunta con voz lastimera:

—A.A. ¿por qué nos dejaste? Es horrible sin ti. Dada está de mal humor por la mañana, cuando me lleva al colegio. Se enfada si abro la boca, no puedo decir ni dos palabras. Y detesta mi música.

—Lo siento, señorita Pia. No tuve opción.

—Mamá dijo que es porque alguien te ofreció más dinero.

Asif traga saliva. La pena se refleja en su rostro.

—No fue por el dinero, señorita. Nunca la dejaría a usted por dinero. Usted lo sabe. Pero no podía quedarme.

—¿Por qué no?

—Es... complicado.

—Es porque Shikha iba con nosotros en el coche, ¿verdad?

Él no contesta.

—Lo lamento, Asif. ¡Lo lamento tanto! Mamá en eso no estuvo bien.

—¡Pia!

La voz de Rajat suena a advertencia. Tendría que saber que no debe hablar mal de un miembro de la familia con un criado.

—Por favor, señorita Pia, usted no ha hecho nada que tenga que lamentar. Nunca en todos estos años. Usted siempre fue amable.

—Mamá está muy angustiada, con papá en América y los problemas que hay en el depósito. No puedes reprochárselo.

A Rajat no le agrada el rumbo que toma la conversación, como si estuvieran hablando entre iguales.

—¡Ya basta, Pia! —dice con tono severo—. Es casi medianoche. Es hora de marcharnos. Tienes colegio mañana.

—Ya voy, Dada.

Abre la bolsa y le da una pasta a Asif.

—Feliz cumpleaños, señorita Pia —dice el ex chófer, sofocado por la emoción.

—¡No lo has olvidado!

—¿Olvidarme? Nunca. Tengo un regalo para usted, pero no sé cómo...

Esta comedia ha durado demasiado. Rajat pone en marcha el coche. Toca la bocina y abre la puerta del pasajero.

—¡Pia, sube! ¡Ahora!

Pia obedece lanzándole una mirada insumisa. Saluda a Asif con la mano mientras Rajat gira en redondo con el coche.

—No tenías por qué ser tan mal educado. Medio minuto más para dejar que terminara la frase no te habría matado.

Rajat escucha sorprendido su tono de persona adulta. Siente un poco de culpa. Para dominarse, dice:

—Tú no conoces los límites. Es un criado, y ya no es nuestro. Nos ha dejado por un musulmán ambicioso y pretencioso. Tú eres una niña de buena familia y te estás haciendo mayor. Tienes que aprender a comportarte en sociedad.

—Puede que él sea un criado, pero antes es una persona. Una buena persona. Mejor que mucha gente de la sociedad que yo conozco.

—Eso no importa. No es de nuestra clase. —Ella lo fulmina con la mirada, su hermanita que siempre lo ha adorado. Eso lo incita a agregar—: Y darle ese pastelillo caro era completamente innecesario.

—Me importa un cuerno la clase. Es mi amigo. Le daré todas las pastas que quiera.

Él está a punto de recordarle que Asif nunca podrá ser su amigo. Pero advierte que ella está al borde de las lágrimas. Ha sido una noche muy bonita, no desea arruinarla discutiendo a causa de un maldito chófer. De todos modos, no sirve de nada cuando ella se pone terca. Suspira. ¿Por qué habrá elegido llenar su vida con mujeres testarudas? Enciende la radio y sintoniza la emisora favorita de su hermana, aunque a él no le agrada esa música pop.

—Estás muy cansada, dulce Pia. Duerme un poco. Te despertaré cuando lleguemos a casa.

Asif prueba con deleite el pastelillo, solo un bocado. Luego lo envuelve otra vez en el crujiente papel dorado y se lo guarda delicadamente en el bolsillo. Capas de una masa crocante, fina como papel, rellena con miel y nueces. Es delicioso y diferente, el mejor que ha probado en su vida, sobre todo porque fue Pia quien se lo dio. Probablemente la han regañado por su generosidad; los ha visto discutir en el coche cuando Rajat arrancaba, haciendo chirriar los neumáticos, a más velocidad que de costumbre. Ese pastelillo no parece que se vaya a estropear enseguida. No como esos dulces hechos con leche que te regalan los bengalíes. Asif tiene una pequeña nevera en su habitación, vacía, pues come en la cocina con los demás criados. Lo guardará allí y lo comerá a trocitos.

El resto de sabor dulce se disuelve en su lengua. Sigue distraídamente con la mirada una furgoneta Maruti marrón que circula por el aparcamiento, también a velocidad excesiva y haciendo chirriar los neumáticos. ¿Qué les pasa hoy a estos ricos? Parece que la medianoche los vuelve locos. La furgoneta desaparece en la misma dirección que el coche de los Bose. Se oyen risotadas y cantos desafinados de un grupo de juerguistas que sale del restaurante. Asif los observa. No es Rehman. Está haciendo frío; una bruma que viene del río oculta las estrellas. Sube al coche. Entonces se le ocurre pensar que los pijos que frecuentan este restaurante preferirían morir en la hoguera antes de que alguien los viera al volante de esa Maruti de clase

media.

El corazón le palpita con fuerza. «¡Basta, Asif!» Es una coincidencia que la furgoneta haya salido del aparcamiento detrás del Mercedes y que haya girado en la misma dirección. Mucha gente vive en el sur de Calcuta. Podría ser el vehículo de reserva de algún famoso, que lo usa cuando su Jaguar está en el taller. Pero Asif ya se ha secado las manos sudorosas en el pantalón y ha encendido el motor, y ya se ha puesto en camino, a la misma velocidad, aunque él es muy diestro al volante como para que sus neumáticos chirrien. Seguirá la camioneta durante unos minutos, solo para asegurarse de que está equivocado. Luego regresará a toda prisa al restaurante. Rehman nunca lo sabrá.

Dos minutos después ve la furgoneta y, delante, el Mercedes, que ya no va tan rápido. Rajat debe de haberse calmado. La furgoneta podría adelantarlo fácilmente si quisiera. La carretera está despejada, no hay otros vehículos a la vista. Pero, por alguna razón, también ha aminorado la velocidad. Hay algo más que no está bien. Asif tarda un momento en darse cuenta: los faros de la furgoneta están apagados. ¿Se ha percatado Rajat? Probablemente no. No es muy observador que digamos. A Asif la escena le recuerda la secuencia de una película sobre una aventura bajo el agua: un tiburón se acerca silenciosamente por detrás de un buceador desprevenido.

Tal vez los ocupantes de la furgoneta —dos, Asif alcanza a ver sus siluetas— desistan de sus propósitos si saben que alguien los ha visto. Acelera hasta colocarse detrás de la furgoneta, enciende las luces largas y toca la bocina. Eso quizás alerte también a Rajat. El hombre que ocupa el asiento del pasajero se vuelve a mirar. Asif trata de distinguir su rostro. ¿Lo conoce? ¿Es un tipo del depósito? Pero está demasiado oscuro. El conductor baja la ventanilla y hace señas con impaciencia para que Asif los adelante. Pero Asif se queda donde está, dándole a la bocina.

La maniobra ha dado un resultado positivo: Rajat se da cuenta de que hay un problema detrás de él y acelera. Pero la furgoneta también acelera. Entonces, sin previo aviso, embiste al Mercedes por detrás. Asif oye el golpe y el estruendo metálico, ve al coche dar una sacudida y hace una mueca de dolor. ¡Ese coche, nada menos, que él cuidaba como si fuera su propio cuerpo! No, mejor que su propio cuerpo. Rajat también está tocando la bocina, con el brazo fuera de la ventanilla agita el puño mientras trata de acelerar. Mala idea. El coche zigzaguea peligrosamente y casi se sale de la carretera. La furgoneta vuelve a embestir al Mercedes, ahora del lado del conductor. Asif espera que Rajat haya entrado su brazo a tiempo. Esos bastardos están empujándolo a la zanja. Asif imagina a Pia sujetándose aferrada al salpicadero, con la boca abierta, gritando.

Tiene que hacer algo cuanto antes. Si llama a la policía, sabe que no llegarán a tiempo aunque se den prisa. Y no es seguro que vayan a tomarse la molestia, pues Asif no es nadie. Piensa fugazmente en llamar al jeque Rehman —el número está programado en su móvil, que lleva en el bolsillo de la camisa— y pedirle que envíe ayuda. La furgoneta embiste nuevamente el Mercedes. Se oye un chirrido metálico

horrible. Un parachoques se ha soltado y el coche lo arrastra por el asfalto. Saltan chispas. Una de las ruedas del coche se sale de la carretera. Rajat hace denodados esfuerzos por enderezarlo, pero está por volcar. La furgoneta se prepara para embestirlo por última vez.

Asif aferra el volante del Rolls tan fuerte como puede. Está bañado en sudor. Desquiciado, pisa el acelerador y choca la furgoneta por detrás, propulsándola lejos del Mercedes. Otra vez. «Perdóneme, jeque.» El morro del Rolls resulta abollado sin remedio; el capó medio se levanta y los faros están hechos añicos, de manera que Asif no puede ver bien. ¿O el problema son sus ojos? La nuca le quema. Algo da en el parabrisas y lo resquebraja con una explosión que le nubla la visión. Ahora la furgoneta también se tambalea. El pasajero se asoma por la ventanilla, tiene la boca abierta, aúlla, apunta con un revólver. Dispara contra el Rolls. Se oye un ruido, como una detonación. Asif intenta maniobrar, pero el Rolls se bambolea sin control. Debe de haber reventado una rueda.

Ahora la furgoneta se ha puesto a su altura, se dispone a embestirlo. «Os llevaré conmigo, cerdos.» Se lanza contra la Maruti estrellándose con tal fuerza que siente el impacto en su columna vertebral. Un segundo más tarde está en el aire, ingrávido. Es como volar; no, como estar muerto. Busca el móvil a tientas. «Vamos, A.A., puedes hacerlo.»

Sus dedos intentan marcar el 1.

Su cabeza choca contra el salpicadero. Todo se vuelve negro.

—Ese asiento de delante, en el extremo de la izquierda —señala Rob Lacey—, era, por algún motivo que nunca entendí, el preferido de tu madre. Llegaba muy temprano para poder sentarse ahí. Y aquí donde estamos ahora, en el pasillo, es donde yo solía esperar a que ella acabara su clase. Me temo que fui una terrible distracción para ella. Luego se quejaba, pues se perdía la mitad de la clase al tratar de verme cada poco, tratando de no sonreír. Pero ella también fue una distracción terrible para mí. Había días en los que yo ni siquiera acudía a mis clases (mi universidad quedaba en el extremo opuesto de la bahía, en San Francisco), porque no soportaba estar lejos de ella tanto tiempo.

Escruto el interior del aula a través del rectángulo de cristal. Están en clase. Las sillas de pala, de madera, son viejas y están llenas de marcas y rayaduras. Deseo sentarme en la que mi padre ha señalado. Poner mis manos donde las puso mi madre, aprender por ósmosis lo que me habría enseñado si hubiera vivido. Ironías del destino, hace unos días entré en este mismo edificio. Pero no tuvo más significado para mí que si me hubiera puesto a hojear un libro escrito en un idioma desconocido, intrigada pero mayormente frustrada. Ahora es distinto: tengo a mi lado a un traductor. Quiero decírselo a mi padre, pero aún soy tímida con él, aunque empieza a agradarme mucho. Tal vez demasiado, considerando que aún no hemos hablado del futuro.

Cuando volvió a llamarme, en la playa, me dijo con calma:

—No deberías colgar de esa manera. Tu madre solía hacer lo mismo cuando se enfadaba conmigo. ¿Dónde estás? Cogeré un vuelo mañana para ir a verte.

Ayer, a última hora de la tarde, Vic y yo fuimos a buscarlo al aeropuerto y lo llevamos a nuestro motel —fue su decisión, aunque estoy segura de que podía pagarse un alojamiento mejor—, y después al Mystic City. Sid, un hombre alto y delgado, con un pendiente en la oreja y la cabeza rapada, estrechó la mano de mi padre y me dio la bienvenida con un abrazo y una sonrisa cómplice, como diciendo: «¡Así que eres tú!» Nos ubicó en un rincón tranquilo con las bebidas y se llevó consigo a Vic, que no paraba de protestar.

Sola con ese hombre, mi padre, me sentía horriblemente rara, como una adolescente flacucha otra vez. Cuando bebía de mi vaso, aprovechaba para mirarlo discretamente. Parecía más viejo que en la foto, con el pelo más gris. Se mesó el cabello y dijo:

—¡Demonios! ¡Si alguien me hubiera dicho ayer por la mañana que hoy estaría sentado con una hija mía que no conocía!

Su piel era, en efecto, clara. Tenía nudillos grandes, estropeados. ¿Significaba que le gustaba trabajar con las manos? Había tantas cosas que yo necesitaba saber de él, y disponía de tan poco tiempo... Solo dos días, pues debía regresar a su otra vida, donde había personas que seguían con sus actividades ignorando alegremente mi

existencia.

Hablamos afectadamente, queriendo ser simpáticos, mostrando la parte más agradable de cada uno y dilatando el momento de hacernos las preguntas difíciles, de revelarnos nuestras complicadas verdades subterráneas. Por tácito consentimiento, apagamos nuestros móviles. No deseábamos que nada invadiera el breve momento que estaríamos juntos. Me entregó un sobre lleno de fotos viejas. Mi madre delante de un edificio alto con una cúpula, vestida con una falda con volantes de vivos colores y haciendo una reverencia burlona; riéndose, con un delantal puesto, en una cocina diminuta, con harina en la mejilla; dubitativa bajo un cartel que le deseaba un feliz cumpleaños; y, por último, más flaca y más triste, ojerosa, sujetando su barriga curvada.

—Puedes quedártelas. Hice copias.

Quería reír y llorar, todo a la vez. Me acordé de la casa de Mariner, de mi avidez por ver un destello de la vida de mi madre, que casi me conduce al desastre. ¡Y ahora, sin haberlo buscado, el hallazgo de este tesoro! El universo tenía un extraño sentido del humor.

Fuimos andando por el campus hasta el edificio con la cúpula que aparecía en una de las fotos.

—Esta es la Casa Internacional, donde nos conocimos, en esta sala, en una clase de danza folclórica. Ella estaba de pie aquí mismo.

Me la imagino con un vestido rojo, con volantes, un mundo de expectativas en sus ojos.

—Era un período difícil de mi vida. Acababa de cambiar de carrera, había pasado de ingeniería a historia, lo cual hizo enfadar a mi familia. Habían trabajado muy duro para enviarme a la facultad y sintieron que yo estaba incumpliendo un contrato tácito. Estaban muy disgustados con mi disciplina, las civilizaciones antiguas, que no era algo importante como la historia afroamericana. Estaba en un momento de intenso examen de conciencia, lleno de culpas. Nunca habría venido aquí (soy muy torpe bailando) si una amiga no me hubiera obligado, convencida de que necesitaba animarme un poco. Tu madre tampoco era una gran bailarina, gracias a Dios, porque de lo contrario me hubiera sentido demasiado cohibido para acercarme a ella. Lo primero que me gustó de ella fue su entusiasmo y que no tenía miedo a equivocarse; se reía cada vez que fallaba. Tenía un cabello hermoso que le caía por toda la espalda. Más tarde me contó que nunca se lo había cortado, que era una tradición familiar. Me imaginé que tú también tendrías el cabello largo.

Me mira un instante y yo le sostengo la mirada. Deseo contarle todas las cosas a las que renuncié para encontrarlo, pero esa historia la reservo para otra ocasión.

—Seguí yendo a esa clase por ella. Me las había ingeniado para ser su pareja. Empezamos a conversar. Quiso saber de dónde venía, me preguntó qué me gustaba hacer, qué libros leía. Tu madre tenía un auténtico interés por la gente. Y era honesta y recatada. Cuando la invité a salir, me dijo que solo podríamos ser amigos. Me



explicó la promesa que había hecho. Cuando el amor la pilló por sorpresa, luchó con todas sus fuerzas. Pero al final no pudo más y llamó a tu abuelo. Para entonces ambos sabíamos que era imposible que ella fuera a casarse con otra persona.

Mi padre se interrumpe, no desea entrar aún en esa selva oscura. En su lugar, me lleva al edificio donde ellos vivieron.

Bajamos por Telegraph, dejamos atrás el mercadillo, los sin techo y los hippies reliquia de otra época, pasamos por las tiendas de ropa de segunda mano que pugnan por convivir con los restaurantes de categoría, y enfilamos una calle estrecha. El edificio está deteriorado, el estuco desconchado y gris resulta deprimente.

—Feo como un pecado, ¿no? En aquella época también presentaba este aspecto. Teníamos un estudio minúsculo, en el último piso, el de la esquina, ¿lo ves? Era barato porque el ascensor no funcionaba. Éramos pobres de solemnidad. Tu abuelo le había cortado los víveres a tu madre. Su beca cubría los gastos universitarios, pero no mucho más. Y yo no podía pedir ayuda a mi familia. Ellos no estaban en una buena situación y, por otra parte, tampoco les gustaba que nosotros viviéramos juntos. Pensaban que...

Hace una pausa y la tristeza asoma a su rostro.

—Yo tenía dos empleos a tiempo parcial y Anu daba clases particulares. De esa manera nos arreglábamos para llegar a fin de mes. Teníamos un colchón de segunda mano y una mesa de comedor, con sillas que no pegaban y que usábamos tanto para comer como para estudiar. Aunque no disponíamos de un cuarto para ti, estábamos muy ilusionados con tu próximo nacimiento. Nunca había sido tan feliz como lo fui allí. O tan triste, como cuando recibí la noticia de tu abuelo diciéndome que ella había muerto, que las dos habíais muerto. Me parecía imposible que tanta dicha pudiera desvanecerse tan rápido.

Me pregunto cómo habrá sido su viaje del dolor a la aceptación, a su vida actual con su nueva familia, de la cual estoy celosa. Me pregunto si mi madre fue tan feliz como él en ese apartamento. Sobre la balanza de la dicha, el peso del mejor de los maridos ¿podía ser equivalente al de tus seres queridos de toda la vida? Pero el abismo entre el 26 de Tarak Prasad Roy Road y este edificio es tan grande que tal vez la dicha, aquí, significaba otra cosa.

Me viene a la memoria la carta que encontré. Mi madre había sido tan feliz como él, aun si esa felicidad estaba teñida de pérdida. A veces, valoramos mejor algo debido al precio que hemos tenido que pagar por ello. Considero la posibilidad de enseñarle la carta, pero no estoy preparada, aún no, para compartir lo único que tengo de ella.

—Tu madre era una pésima cocinera. Era yo quien preparaba la comida. Llegué incluso a aprender algunos platos de la India que ella añoraba. Pero ella hacía el mejor té del mundo. Lo bebíamos en la cama mientras nos leíamos mutuamente fragmentos de lo que estábamos estudiando. Anu tenía una forma de mirarte, de prestarte toda su atención, que sacaba lo mejor de ti. Fue ella quien me abrió los ojos

a la poesía. He conservado un par de sus antologías preferidas. Cuando leo algunos de esos poemas, oigo su voz. A veces nos sentábamos en silencio a contemplar este jacarandá. Es el mejor de los silencios, cuando estás con alguien que quieres tanto que no necesitas hablar. Ella amaba las flores. Le fastidiaba estar encerrada en un apartamento pequeño. Su sueño era mudarse a una casita con un patio —era lo máximo a lo que podíamos aspirar en aquella época— y tener algunas adelfas en macetas. Ahora tengo una hectárea donde he plantado hileras de adelfas. Tuve que reñir con mi esposa para plantarlas. Le daba miedo que los niños, que entonces eran pequeños, pudieran llevarse a la boca las hojas venenosas.

—¿Sabía ella por qué las plantabas?

Baja la cabeza.

—Selena no sabe nada acerca de tu madre. Cuando la conocí, a los dos años de la muerte de Anu, yo no estaba preparado aún para evocar aquellos dolorosos recuerdos. Pensé: «Tengo que dejar pasar más tiempo; después se lo contaré.» Y un día fue demasiado tarde.

¿Le hablará de mí? Es otra pregunta que no puedo hacerle.

Dice que debe mostrarme un último lugar. Cogemos, pues, un bus que sube a la colina. En el trayecto me cuenta su viaje a la India. Quedó sorprendido y exasperado por el caos reinante en Calcuta. Bimal Roy lo esperaba en el vestíbulo del hotel con los dos certificados de defunción y una urna con cenizas. Cuando Lacey le preguntó cómo había muerto mi madre, Bimal descargó en él toda su furia. Es por su culpa que ellas dos estén muertas, le dijo. Y le exigió que jamás volviera a comunicarse con ellos.

Estoy esperando que la ira que siento contra mi abuelo se encienda, pero no, solo siento tristeza. Lo que hizo fue por amor. ¿No es por amor que la mayoría de las personas hacen lo que hacen? ¿Por esas ideas equivocadas que tienen del amor, por el miedo que tienen de perderlo?

Nos apeamos del autobús y de repente nos encontramos en medio de rosas, un anfiteatro de flores multicolores en la ladera de la colina. Mi padre me toma del brazo cuando descendemos a las espalderas cargadas de pimpollos amarillos. Es la primera vez que me toca. Aprieta su mano como haría una niña. ¡Cuántas veces he anhelado este gesto! Cojea un poco. ¿Conoceremos alguna vez las heridas que yacen en nuestros respectivos pasados?

—La Rosaleda era especial para Anu. Aquí fue donde nos hicimos votos de amarnos el uno al otro.

—¿Os casasteis aquí?

Vacila. Se ruboriza y enseguida se pone pálido. Yergue los hombros y dice:

—Tu madre y yo nunca nos casamos.

Sus palabras planean en el aire un instante, entre ambos, carentes de significado. Luego lo miro horrorizada.

—¿Soy ilegítima? —murmuro con voz apenas audible. Ahora entiendo por qué

Desai tuvo tantas dificultades para encontrar un acta de matrimonio—. ¿Soy una... bastarda?

Se estremece al oír la palabra, pero hace un esfuerzo por mirarme a los ojos.

—Se lo supliqué una y otra vez. Especialmente cuando quedó embarazada, algo que no habíamos planeado. Pero mi petición la alteraba aún más. Se tomaba muy en serio la promesa que había hecho en el templo de que no se casaría contra la voluntad de su padre. Yo no lo entendía, pero así era. Fue una de las razones por las que viajó a la India, para pedirle a su padre que la liberara de esa promesa y así podernos casar antes de que tú nacieras.

El aire, saturado con el aroma de tantas rosas, se ha puesto pegajoso. No puedo aceptarlo, es humillante, me llena de vergüenza. La ira que siento por el comportamiento de mis padres, por el hecho de que me hayan dejado esta mancha, es tan intensa que me da vértigo. No conozco a una sola persona entre todos mis amigos, parientes, conocidos, incluso criados, que sea un paria por este motivo. Me veo contándoselo a Rajat. Imagino a papá y mamá cuando reciban la noticia de mi estigma. A Bhattacharya cuando se entere. No quiero ni pensar en las consecuencias.

—Lo siento —dice compungido.

Se acerca a mí, pero me aparto.

—Por favor, necesito estar sola.

El horror que siento debe de estar escrito en mi rostro, porque se para en seco.

En mi habitación del motel soy incapaz de quedarme quieta. Enciendo el móvil. Dos mensajes de los Bose. Pero ¿cómo puedo hablar con Rajat cuando esto que acabo de saber me quema por dentro como una enfermedad? Vic me ha llamado. Tampoco hago caso, pero insiste en seguir llamando. Marco su número y por suerte salta el contestador. Le dejo un mensaje diciéndole que mi padre y yo tuvimos una larga conversación y que estoy tratando de asimilar todo lo que me ha contado. «Por favor —digo para terminar—, no vuelvas a llamarme esta noche. Necesito pensar.»

Me estoy ahogando, necesito aire. En el vestíbulo, la prima de Desai me informa, a regañadientes, que yendo por una calle lateral hay una escuela primaria que tiene un parque de juegos, pero no es la mejor zona de la ciudad y debo darme prisa en regresar antes del anochecer.

Doy una vuelta por el parque y llego al edificio de la escuela. Apoyo la frente contra la superficie rugosa y áspera de la pared descolorida. Ciertos éxitos son peores que un fracaso. Antes que tener que vivir con esta profunda vergüenza hubiera sido mejor no haber encontrado a mi padre. Estoy furiosa con todos: mi madre, mi padre, mi abuelo.

Cuando oigo pasos a mis espaldas, no me vuelvo. Que suceda lo que tenga que suceder.

Una mano me fuerza a volverme. Es Vic, más enfadado que nunca.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué pasa contigo? ¿No te ha dicho Nayna que volvieras antes de que oscurezca? ¿No te ha dicho que no es un lugar seguro? ¡Sube

al coche!

En el coche me asedia a preguntas, hasta que le cuento mi bochornoso secreto. Aparto la mirada, no soporto ver la decepción —acaso también repugnancia— en su rostro. Pero él me toma por los hombros y me obliga a mirarlo.

—Sé que el golpe es tremendo, pero deja de actuar como si hubieras cometido un crimen. No es tan terrible como lo quieres ver, no en esta época.

—Allá de donde vengo sí lo es.

—La gente no te juzgará por algo que tú no podías controlar. Al menos, las personas que te quieren no lo harán.

Está pensando en Rajat, lo sé. Lo que no sé es si puedo contar con Rajat. Se quedaría a mi lado —es demasiado decente como para abandonarme—, pero ¿qué sentiría en el fondo de su corazón?

—Y si te culpan, entonces significa que no te quieren como debe ser. Mejor que lo sepas ahora y no cuando sea demasiado tarde. Llama a Rajat y cuéntaselo. Y recuerda que mi oferta sigue en pie.

Le agradezco que, como una red extendida sobre el suelo, me reciba en mi caída. Pero no puedo decirle a Rajat algo tan fuerte por teléfono. Desde que vine a América, todos mis esfuerzos por contarle mis cosas, aun las más nimias, han dado lugar a malentendidos y suspicacias. Cuando le dé esta información tan desconcertante, necesito estar con él cara a cara. La verdad de como lo encaje estará en sus ojos, no en sus palabras. Y esa es la verdad que yo necesito saber.

—Ahora hablemos de tu padre —dice Vic.

—No hay nada que decir.

—¿No estás siendo demasiado dura?

Clavo tercamente los ojos en la guantera del coche, pero Vic sigue hablando con su tono razonable y relajado, recordándome que Lacey puso su vida entre paréntesis y, con todo el riesgo que eso implicaba, vino a California para conocerme. No tenía por qué hacerlo. Podía haberme mentado con lo del matrimonio, pero confió en mí y me dijo la verdad. En cualquier caso, fue mi madre quien decidió no casarse con él. Eso, probablemente, le hirió mucho. Vic habla hasta que ve en mis ojos que la ira remite. Que admito que tiene razón.

—Está esperando en el motel. ¿Seguirás haciendo pucheros o irás a hablar con él?

Tengo un día más, una oportunidad más. No la voy a malgastar con resentimientos. No voy a añadir otra equivocación a las ya cometidas por mi familia.

—Llévame al motel —decido.

Sarojini desconfía del atardecer, cuando el día se acaba y la noche cae sobre el 26 de Tarak Prasad Roy Road. Para conjurar esa melancolía enciende la lámpara. Debe rezar por Korobi, pero ¿qué pedirá a la diosa? ¿Que la muchacha tenga un feliz reencuentro? ¿O que sea un desastre y ella vuelva a casa curada de una vez para

siempre de esta insensatez?

El teléfono suena y ella se pega tal susto que casi se le cae la lámpara. Coge el auricular con recelo. No recuerda cuándo fue la última vez que le dieron una buena noticia por teléfono.

Es la señora Bose. A Sarojini le lleva un momento reconocer su voz, entrecortada por el llanto. La señora Bose, siempre tan compuesta y segura de sí misma, le ruega por favor que vaya a hacerle compañía en el hospital. Los dos chicos tuvieron un accidente anoche. Está desesperada de miedo porque Rajat sigue inconsciente.

—¡Por supuesto, hija! Voy ahora mismo. Debió llamarme enseguida. ¿En qué hospital está?

Pero Sarojini ya lo sabe pues la piel se le ha erizado. Es el Pantheon, un lugar nefasto para su familia.

El hospital es un laberinto de pasillos. El personal corre de un lado a otro, dándose importancia con sus instrumentos que relucen bajo las luces cegadoras, demasiado ocupados para atender a una anciana desorientada. Finalmente, un bedel se apiada de ella, apoya su fregona contra la pared y la conduce al pabellón donde Pia y Rajat han sido ingresados. Sarojini se sobrecoge al ver a la señora Bose, desaliñada, demacrada y ojerosa. Se ha puesto la *kurta* de cualquier manera. Tiene lágrimas secas en la mejilla. Sarojini se las quita suavemente con un dedo.

Han puesto a los chicos en habitaciones separadas. Pia, que ya está despierta, no se pondrá nerviosa viendo el estado en que se encuentra Rajat. La mano izquierda de Rajat tiene una doble fractura. Cuando lo ingresaron tenía conmoción cerebral y está con oxígeno. A ratos recupera el conocimiento, atontado por los calmantes. Afortunadamente, las heridas de Pia son menores: cardenales y un hombro dislocado. Le darán el alta mañana, pero los médicos quieren tener a Rajat en observación más tiempo. La conmoción cerebral es mala. La señora Bose está agotada de tanto ir de una a otra habitación, informar al señor Bose y mantener alejada a la policía, que quiere tomarles declaración. ¿Qué hará cuando den el alta a Pia y Rajat se quede en el hospital?

—¡Deje de preocuparse, Jayashree! Pia vendrá a casa conmigo. Le encanta mi casa y muchas veces me ha pedido quedarse a dormir. Dormirá conmigo. Me aseguraré de que coma bien y descanse... No, no tiene nada que agradecerme. ¿A qué vienen estas formalidades occidentales? ¿No somos una familia? Ahora permítame que vaya a ver a los chicos.

Pia tiene un chichón morado en la frente y el brazo en cabestrillo, pero da la impresión de haberse recuperado. Se queja amargamente a Sarojini de que no la dejen ver a su hermano, ni a Asif. Un auxiliar comentó que el chófer también había sido admitido allí —en el pabellón común, por supuesto— y que estaba muy malherido. Desde entonces Pia ha estado suplicando que la lleven a verlo.

—Nos salvó, abuela. Volvíamos del restaurante cuando de pronto esa horrible furgoneta nos embistió sin motivo alguno. Al principio pensé que se trataba de un

accidente, pero siguió embistiéndonos. Casi volcamos. Fue escalofriante. Yo gritaba y gritaba pidiendo ayuda, pero la carretera estaba desierta. Entonces, A.A. surgió de la nada, como un superhéroe, y chocó su coche contra la furgoneta para apartarla de nosotros. Eso los enfureció y empezaron a embestirlo a él. No vi lo que sucedió después (nosotros ya habíamos caído en una zanja), pero estoy segura de que oí disparos. No sabes lo horrible que fue, atrapada en ese coche con Dada gimiendo y medio muerto. Si A.A. no los hubiera espantado, esos hombres nos habrían rematado. A.A. debió de haber llamado a la policía, porque aparecieron al poco rato. ¡Abuela, dile a mamá que me deje ir a verlo!

Sarojini le promete que hará todo lo que pueda. Una vez fuera de la habitación, pide detalles de lo ocurrido. Entonces ¿no se trató de un simple accidente? La señora Bose niega con la cabeza. La policía ha confirmado lo que dijo Pia. Pero, cuando ellos llegaron al lugar, solo había dos coches, el Mercedes y el Rolls, ambos en la zanja. Los cristales rotos y las marcas de las ruedas indicaban la presencia de un tercer vehículo, más grande. Aún no había pistas.

La señora Bose se retuerce las manos.

—Nunca debí permitir que salieran. Pero era el cumpleaños de Pia y lo había pedido tantas veces que terminé cediendo. Debí de suponer que planeaban algo.

—¿Quiénes?

—Algunos de los que trabajan en el depósito son nexalitas. Deben de haber sido ellos. Dos hombres me amenazaron en la calle, llegando a la galería, hace un par de días. ¿Por qué fui tan estúpida? Las señales estaban claras. Mis niños, mis hijitos... ¿Por qué no presté más atención? —chilla la señora Bose con voz aguda.

Sarojini intenta calmarla. Las personas más seguras de sí mismas, las que parecen más sólidas, cuando tienen una desgracia, a veces se desmoronan. Bimal había sido así. Al fin logra ver a Rajat, que está dormido y tiene el brazo enyesado. Tiene un bulto encima del ojo izquierdo y la frente llena de morados. Asustada, Sarojini le toca el brazo sano y murmura una plegaria.

Rajat se mueve. Abre los ojos, mira de un lado a otro sin ver.

—¿Korobi? —murmura—. ¿Cara?

Pero los sedantes hacen que vuelva a dormirse.

La señora Bose se muerde el labio tratando de contener las lágrimas.

—Pregunta por ella todo el tiempo. Ojalá estuviera aquí, a su lado. Este es su sitio. La llamé dos veces pero no respondió, y yo estaba demasiado angustiada como para dejar un mensaje.

—La llamaré en cuanto llegue a casa —dice Sarojini. Se inclina sobre Rajat y susurra—: Me ocuparé de que vuelva a casa, a tu lado.

Espera no haber prometido más de lo que pueda cumplir.

Rajat mueve los ojos debajo de los párpados, pero no los abre.

Sarojini suspira y pregunta a la señora Bose:

—¿Puedo ver a su chófer?

Asif está al final del pasillo, en una habitación doble. Lo habían puesto en otro pabellón, en el ala más económica, en una habitación llena de pacientes, pero cuando la señora Bose oyó el relato de Pia, lo trasladó aquí. Dentro del cuarto, la señora Bose se queda detrás de Sarojini, como si no quisiera que él la vea. Sarojini se desespera al verlo. Está inconsciente, con una venda ensangrentada en la cabeza. Su rostro está lleno de morados, peor que el de Rajat, y tiene un brazo escayolado. Le han colocado sujeciones. La señora Bose le explica en voz baja que tiene un par de costillas rotas y que no debe moverse. Respira trabajosamente, de manera irregular, y tiene un tubo de oxígeno conectado a la nariz. No ha recobrado el conocimiento desde que lo ingresaron.

—¡Gracias a Dios que la policía llegó a tiempo! —dice Sarojini—. ¿Otro automovilista avisó del accidente?

La señora Bose niega con la cabeza. El nuevo patrón de Asif había telefoneado a la policía. Aparentemente, Asif había pulsado su número en el icono de marcación rápida antes de que el coche volcara.

—¿Patrón nuevo? ¿Asif ya no trabaja para ustedes?

—Se marchó hace un par de días —responde la señora Bose, bajando la mirada.

Hay algo raro aquí, pero Sarojini no se siente autorizada para indagar.

—Vaya a su casa, Jayashree, y duerma un poco. Bahadur está abajo, él la llevará. Yo me quedaré aquí con los tres hasta que usted regrese.

Por la mañana, cuando salgo de la ducha, observo que hay más mensajes en mi móvil. Esta vez los escucho. Los mensajes de ayer, de la residencia de los Bose, no eran de Rajat sino de su madre. El aparato ha distorsionado la voz de mamá, que suena como si temblara. «¿Korobi? —dice—. ¿Korobi?» Pero no deja mensaje. Me pregunto por qué habrá llamado. Desde que me marché de la India, solo hemos hablado dos veces, conversaciones bastante frías en las que me preguntaba cómo me iba con mi búsqueda, puntuadas de extraños silencios. Es probable que quiera hablar conmigo sobre los preparativos de la boda.

El mensaje siguiente es de mi abuela. Solo me pide que la llame. Su voz también suena distorsionada. Anegada. Suspiro. La boda, que en la India había sido como una caja de regalo atada con una cinta de satén para que yo la abriera, ya no me parece real. Y no le veo sentido a todo este ajetreo. Especialmente desde que existe la posibilidad de no haya boda cuando les revele mi doble secreto.

Apago el móvil. Las llamaré, pero no ahora. Este último día es para mi padre.

Anoche, muy emocionados, nos reconciamos con disculpas de ambos lados. Ahora nos hacemos muchas preguntas, ansiosos por saber todo lo posible en las pocas horas que nos quedan. Me entero de que mi padre es un aficionado a la carpintería. Ha construido tres comederos en su jardín para los colibríes y tímidamente me da una pluma que ha hecho con madera de cedro, con mi nombre

tallado. Debe de haberse quedado hasta muy tarde para terminarla antes de partir.

Me pregunta por nuestra casa, que siempre quiso visitar.

—Tu madre hablaba de ella todo el tiempo. Cuando fui a la India, le pedí permiso a tu abuelo para ver la habitación donde Anu se había criado.

—¿Qué te dijo? —Pero me lo imagino.

—Dijo: «Usted solo entrará en mi casa pasando por encima de mi cadáver.»

Me enfado por mi padre, pero, inesperadamente, también siento simpatía por mi abuelo. Mientras mi padre había anhelado algo que lo uniese a su amada, el abuelo había querido proteger el último rastro de su hija que le quedaba a él.

Porque tiene el derecho de saberlo, le cuento a mi padre lo que me refirió mi abuela acerca de la última visita de mi madre. Después, mientras él se sienta sujetándose la cabeza con las manos, le digo en voz baja:

—Debes de odiar a mi abuelo, lo único que puedo decirte es que él también sufrió.

Lacey suspira.

—Lo odié al principio, con un odio tan profundo y corrosivo que me hizo mal. Lo odié por lo que le hizo a Anu obligándola a elegir entre su familia y su amor, frustrando la vida que pudimos haber hecho juntos. Malogró a una mujer hermosa e inteligente. No creo que pueda perdonarlo nunca, por haberle hecho eso a ella y por habernos separado a ti y a mí. Pero con los años he llegado a comprender que Anu también tuvo su parte de culpa. Ella sabía que lo que su padre hacía estaba mal, pero no podía escapar a su control, no sabía rebelarse. La educación recibida en su infancia la había condicionado profundamente.

Nos quedamos en silencio, pensando en muchas cosas. Empiezo, con titubeos, a contarle el sueño que despertó en mí toda esta búsqueda: la aparición de mi madre. No lo he hecho hasta ahora por miedo al ridículo, pero él asiente con la cabeza y dice:

—Te creo. Tuviste suerte. Lo que daría yo por verla una vez más, aunque fuera en sueños...

Es tan triste ver sus hombros caídos que, presa de un impulso, abro el bolso y extraigo la carta de amor de mi madre. Se la acerco deslizándola por la mesa. Mientras la lee, una expresión de dicha trémula llena su rostro. La lee varias veces, acariciando reverentemente la hoja desgastada con su dedo índice. Por un momento se ha olvidado de mí. Cuando por fin levanta la cabeza, veo en él una mirada lejana, aturdida, como si la carta lo hubiera hecho retroceder en el tiempo.

—Gracias —dice con voz algo temblorosa, devolviéndome la hoja.

La cojo, es el talismán que me ha traído hasta aquí, tan lejos, la única cosa de mi madre que poseo. Pero entonces, rápido, antes de que pueda arrepentirme, se la tiendo a mi padre.

—Ella querría que tú la conservaras.

Una vez en el aeropuerto, pregunto:

—¿Irás a mi boda? Si es que me caso, claro. Podrías quedarte en casa y dormir en



la cama de mi madre.

Niega con la cabeza.

—No sería lo mismo sin Anu. Por otra parte, solo te causaría problemas. Con tu familia política y ese político del que me has hablado. Sé lo que la gente piensa de las relaciones interraciales. Anu y yo lo padecemos un poco, incluso aquí, en California. Tú me has visto y yo te he visto. Hemos tenido este momento para estar juntos y hemos hablado, nos hemos dicho lo que necesitábamos decirnos. Y nos hemos prometido seguir en contacto. Es suficiente por ahora.

Mientras nos dirigimos a la zona de los controles de seguridad, me asalta una pregunta que no pensaba hacer:

—¿Y si me quedase aquí? ¿Con Vic? ¿Qué opinas?

Se detiene en seco. Me toma la cara en sus manos y me mira a los ojos.

—Me encantaría tenerte más cerca, lo sabes. Que formes parte de mi vida, recuperar algo de los años perdidos, será toda una dicha. Le hablaré de ti a Selena en cuanto llegue a casa. Pero aún no te conozco lo suficiente como para saber si quedarte aquí sería lo mejor para ti. Solo puedo aconsejarte una cosa: nunca elijas algo porque sea más fácil. Fue lo que yo hice cuando Bimal Roy me entregó esos certificados de defunción. Debí haber investigado más en vez de coger el siguiente vuelo de regreso. Una parte de mí quería hacerlo, pero la acallé porque hubiera sido demasiado doloroso quedarme y averiguarlo.

En la fila, antes de pasar los controles, lo abrazo y contengo la respiración para quedarme un poco más con la fragancia de su colonia. Luego él enciende su móvil. Pronto yo tendré que hacer lo mismo. No podemos eludir por más tiempo al mundo celoso.

La cola lo hace avanzar. Dentro de poco lo perderé de vista. Levanto la voz para hacerle la pregunta que me ha atormentado toda la vida, aunque no creo que él tenga la respuesta. Después de todo, tampoco mi abuela lo sabía.

—¿Te dijo mi madre alguna vez por qué quiso llamarme Korobi?

—¡Sí, claro que sí! —me grita por encima de las cabezas—. Porque la adelfa es hermosa, pero también resistente. Sabe cómo defenderse de los depredadores. Anu quería que tuvieras esa fuerza, pues ella no tenía toda la que precisaba.

Esta vez, cuando suena el teléfono, Sarojini atiende en el acto. De hecho, ha estado esperando toda la mañana junto al aparato, esperando e impacientándose, y a veces cabeceando porque ha pasado la noche en el hospital.

—¡Abuela! Siento la tardanza en llamarte. Apagué el móvil porque estaba con mi padre. ¡Oh, tengo tantas cosas que contarte, buenas y malas, que no sé por dónde empezar!

La muchacha se lanza a contarle el día que pasaron juntos en Berkeley visitando los lugares donde Anu había vivido; por donde había caminado, donde había comido

y estudiado. Todas las cosas nuevas que ha sabido de Anu. Una parte de Sarojini está ávida por escucharlas. ¿Qué clase de persona es este Lacey? ¿Cómo era su vida con Anu? ¿Qué piensa hacer ahora que ha encontrado a su hija? Pero tiene algo más urgente que comunicar.

—Korobi, yo también debo decirte algo... algo realmente importante. —Intenta no sollozar, pero es como tratar de detener una avalancha.

—Lo quiero, abuela. Me niego a perderlo otra vez. Necesito contarle todo esto a Rajat. Pero tú tenías razón, esperaré a estar ahí. Me he enterado de algo más sobre mí misma, algo... terrible. Bueno, al menos para los demás sería terrible. No sé ni cómo decírtelo a ti.

Sarojini siente ascender una náusea. Se pregunta si le habrá bajado el azúcar. ¿Y ahora qué, diosa? ¿Qué más?

—He intentado llamar a Rajat varias veces, pero no logro comunicarme con él. ¿Dónde está?

La tensión acumulada de la noche anterior estalla y Sarojini espeta:

—Si hubieras pensado un instante en algo más aparte de tus planes y tu satisfacción y me hubieras devuelto la llamada (o llamado a Jayashree), sabrías que Rajat está en el hospital. Y Pia también.

Tras un prolongado silencio, la voz de Korobi suena tan avergonzada que su abuela siente una punzada de remordimiento.

—¿Qué pasó?

Sarojini le explica lo poco que sabe. Le cuenta que Rajat pregunta por ella todo el tiempo.

—Llamaré a mamá ahora mismo —dice Korobi—. Voy a cambiar mi billete y llegaré lo antes posible.

Solo después de colgar Sarojini se da cuenta de que no ha llegado a escuchar eso tan terrible que Korobi quería contarle.

La señora Bose también está esperando que suene su móvil mientras se pasea nerviosa por el pasillo del hospital. No ha hablado con su marido desde ayer. Repasa mentalmente las últimas noticias que tiene que darle. Por una vez, son buenas.

Se alegrará cuando oiga que a Pia le darán el alta dentro de un par de horas y que se quedará en casa de Sarojini. Pia estaba tan feliz con la idea que no se angustió demasiado cuando vio a Rajat. Escribió su nombre con grandes letras moradas en su yeso. Sigue insistiendo en visitar a Asif, pero la señora Bose le ha dicho al médico que eso sería traumático para su hija, que es una niña muy sensible. El médico se ha manifestado de acuerdo y lo ha prohibido.

Las noticias de Rajat también son buenas. Esta mañana ha podido sentarse en su cama y ha tomado un desayuno ligero. Le han reducido los sedantes. No habla mucho, pero la señora Bose no tiene necesidad de eso ahora. Subroto, el capataz, ha

venido al hospital esta mañana. Le ha informado que los dirigentes sindicales están muy afectados con lo ocurrido y que van a investigar el asunto. El lamentable accidente ha despertado entre los trabajadores mucha compasión por la familia de los patronos, y Subroto cree que esto ayudará en las negociaciones.

Confía en que el señor Bose también pueda darle buenas noticias.

¿Quién dice que el teléfono nunca suena cuando uno está pendiente de una llamada? Su móvil vibra en su mano.

—¿Shanto? —dice con ansiedad—. ¿Mi amor?

Una mujer carraspea.

—¿Mamá? Soy Korobi.

—¡Ah, eres tú!

La decepción cambia su tono de voz. Inmediatamente se da cuenta de lo antipáticas que han sonado sus palabras, aunque no era esa su intención. Sabe, por experiencia propia, lo que puede ocurrir cuando uno no se lleva bien con la prometida de su hijo. Pero no puede evitar sentirse resentida con esta muchacha por no haber respondido antes a su inarticulado grito de ayuda.

—Mamá, no sabes cuánto lamento no haberte respondido enseguida a tu llamada.

—La voz de Korobi suena atormentada—. Mi teléfono se apagó. La abuela me ha contado lo de Rajat y Pia. ¡Lo siento tanto! Quiero estar allí contigo para apoyarte.

El cansancio y la tensión hacen que la señora Bose tenga ganas de decirle: «Pero no estás. Aun cuando mi pobre niño clama por ti.» Cierra los ojos e imagina lo que diría su marido: «Vamos, Joyu, tú vales más que eso.» Se obliga a sonreír para que su voz suene más dulce:

—Están bien. Tu abuela nos ha ayudado mucho.

—¿Cómo está Rajat? La abuela me ha dicho que... preguntó por mí —dice Korobi y el llanto quiebra su voz.

Debe de ser contagioso, porque la señora Bose también se echa a llorar.

—Dile que lo amo. Que lamento muchísimo no estar a su lado. Dile que voy a cambiar mi billete y que regresaré lo antes posible. Nunca más volveré a irme a ninguna parte sin él.

—Se lo diré —responde la señora Bose, secándose los ojos.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero.

Son palabras que nunca antes habían pronunciado.

Después de colgar, la señora Bose se acuerda de que no le ha preguntado por los resultados de su búsqueda. Es probable que no haya encontrado nada o lo habría mencionado. Pobre criatura, debe de estar descorazonada.

Pero no tiene tiempo para pensar en su descuido pues el teléfono suena de nuevo. Esta vez, ah, diosa bendita, es el señor Bose, quien pregunta por los chicos y, sobre todo, quiere saber cómo se encuentra ella. ¿Cómo se las arregla en esta difícil situación? Si es demasiado para ella, él dejará todo y volverá a casa, no tiene más que

decírselo.

Ella se deja envolver por la ternura que siente.

—No, Shanto. Tú termina con lo que has ido a hacer. De lo contrario, habrás malgastado tu viaje. Puedo arreglarme. Yo sé que estás conmigo, en mi corazón.

Con orgullo, lo pone al corriente de las últimas novedades, y él le cuenta las suyas, que son también mejores de lo que esperaban. Las reuniones con la compañía de seguros han sido muy positivas. Han aceptado pagar un porcentaje de los daños e incluso el robo. Solo resta negociar la cantidad. Desai le ha prestado una gran ayuda organizando una subasta por mudanza. Con ello deberían obtener algo más de dinero. Una vez terminada la subasta, enviará por barco a Calcuta el resto de los objetos inventariados.

—¿Y Mitra?

—No hay señales de él. La policía descubrió que estaba metido en un asunto de apuestas ilegales. Ahí debe de haber ido todo el dinero que le enviamos. Desai y yo fuimos con la policía a su apartamento. Quedamos horrorizados al ver los destrozos, los platos hechos añicos en el suelo, el sofá desgarrado y rajado con un cuchillo. Al principio pensamos que era obra de ladrones, pero la policía cree que fue él quien lo hizo.

—¡Qué extraño es todo esto! ¿Y se sabe algo de su esposa?

—La policía preguntó a los vecinos. Una vecina dijo que se marchó hace unos días a la India sin decirle nada a Mitra. Mitra se puso furioso cuando lo supo. Fue a casa de la vecina y se puso a gritarle por conspirar contra él y a amenazarla hasta que llegó el marido y lo echó. Desde entonces no han vuelto a verlo. La policía cree que ha abandonado la ciudad.

—Eso espero. Pero ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. Sobre el accidente de Rajat, ¿la policía ha descubierto algo?

—No; están esperando para interrogar a Asif. El médico ha dicho que ya ha recobrado el conocimiento, pero aún está muy débil.

—¿Has ido a verlo?

La señora Bose guarda silencio.

—Debes ir, Joyu. Es probable que él haya salvado a la vida de nuestros hijos ahuyentando a esos *goondas*.

—Estoy muy avergonzada, Shanto, por haber desconfiado de él y pensado que podía hacerle mal a Pia.

—No puedes cambiar eso. Pero al menos puedes darle las gracias, tranquilizarlo y decirle que nos haremos cargo de todos sus gastos médicos y que hablaremos con su nuevo patrón. Si pierde su empleo por lo que hizo, dile que puede volver a trabajar con nosotros. Si, Dios no lo permita, queda discapacitado, nosotros lo cuidaremos.

—¿Cómo pagaremos todo eso?

—No nos queda más remedio. Y, Joyu, no puedes mantener a Pia alejada de él. Lo que hizo, arriesgando su vida, lo hizo por ella, estoy seguro. Pia necesita verlo y a

él le hará mucho bien verla. Llévala contigo la próxima vez.

Habla con suavidad, pero su mujer oye el temple en su voz. Aguarda hasta que ella, dócilmente, dice:

—Está bien, Shanto. Haré lo que dices.

El sonido insistente del teléfono me arranca del sueño en plena noche. Me había quedado despierta hasta tarde pensando en Rajat y acababa de dormirme. ¿Quién puede llamar a estas horas?

—Lamento despertarla —dice Desai—, pero es urgente. Entraron en mi despacho cuando yo estaba ayudando al señor Bose con la venta de obras de arte. Para cuando regresé, después de cenar, ya habían destrozado la mayor parte de mis archivos. Encontré mi ordenador hecho pedazos y dañados los discos con información sobre mis clientes. Quienquiera que haya sido, fue lo bastante inteligente como para desconectar la alarma.

Estoy tan estupefacta que por unos segundos no atino a hablar.

—Lo siento muchísimo —baluceo. No puedo ni imaginarme cómo debe de sentirse Desai. Cientos de horas de trabajo destruidas. Probablemente también su profesión. ¿Qué hará?

Él se ríe con una especie de ladrido triste.

—No es tan grave como parece, aunque debo confesar que me di un buen susto. Es la primera vez que me han hecho tanto destrozo. Afortunadamente, había tomado mis precauciones. Tengo copias de seguridad de las informaciones sobre mis clientes almacenadas en un disco externo fuera de aquí, y un seguro que cubrirá la mayor parte de los daños. La razón por la que llamo es porque me he dado cuenta de algo hace unos minutos, después de revisar los destrozos. Su archivo y el disco no están.

Me siento aún peor. Yo soy la causa de sus problemas.

—¿Mitra? —pregunto con un hilo de voz.

—Sin la menor duda. Está desesperado. Apuesto a que en un par de días intentará chantajear a su familia política con la información que ha robado. Y ahora tiene más munición: sabe que su padre es negro y que sus padres no estaban casados.

Estoy desconcertada. Suponía que Mitra era peligroso. Yo le había dicho a Rajat que ese hombre podía hacer daño a la galería, incluso a papá. Pero nunca imaginé que me escogería a mí como vehículo de su venganza.

—Es preciso que usted se adelante a Mitra. Por eso la he molestado tan tarde. Llame inmediatamente a su prometido y cuénteles lo de su padre.

—¡No puedo! Rajat está en el hospital con una conmoción cerebral. He cambiado mi billete para regresar a su lado lo antes posible.

—Puede que sea demasiado tarde cuando usted llegue a Calcuta. Si Mitra se acerca a los Bose con esa información antes que usted, puede convencerlos de que usted se proponía engañarlos. Si no puede hablar con Rajat, hable con el señor Bose. Es un hombre justo...

—¡No! —exclamo—. Rajat tiene que ser el primero en saberlo. No puedo permitir que otra persona se lo diga. Le debo esto y más. Debo decírselo en persona. Si tiene dudas, lo veré en sus ojos y sabré que no puedo casarme con él.

—Korobi, perdóneme, pero está cometiendo un grave error. Y siendo demasiado idealista. Cualquier hombre se horrorizaría con estas noticias, incluso el que la quiera de verdad. Si la ama, lo superará. Pero usted debe darle esa oportunidad. — Permanezco callada hasta que Desai suelta un suspiro y añade—: Ese cabezota de Vic ha sido una mala influencia para usted, se lo aseguro.

En su cama, Rajat reflexiona con la cabeza apoyada en la suave almohada, aspirando el aroma fresco y limpio de las sábanas. Es maravilloso estar en su propia habitación, solo, con los compases del jazz flotando en el aire con la levedad de las plumas. Oye a Pia en la cocina pidiendo que la dejen faltar al colegio hoy en honor de Rajat, que ha salido del hospital. Él no cree que mamá dé el brazo a torcer; quizás intente mostrar firmeza por haber sido demasiado indulgente con Rajat. Pero, para su sorpresa, oye que dice que sí con aire distraído y va a coger el teléfono, que está sonando. Probablemente sea el capataz de nuevo. Las negociaciones con el sindicato han tomado un rumbo favorable. Después del incidente en la carretera y a la luz de las heridas de Rajat, han modificado sus exigencias. ¡Al fin, piensa con ironía, ha sido de alguna utilidad a su familia!

Una Pia triunfal se planta al pie de la cama de su hermano. Se ha impuesto como tarea que Rajat beba el zumo de granadas que le ha recetado el médico. Le dice con tono severo que no se entretenga con el vaso en la mano. ¿Por qué está tan callado? ¿Sigue atontado por los calmantes?

Él asiente moviendo la cabeza, porque es difícil de explicar. Los calmantes, que han sido reducidos, tienen poco que ver con su estado mental. Experimenta una calma extraña y desconocida. A través de su filtro, ve el mundo moteado, como la luz del sol a través de las hojas. La voz de Pia semeja un árbol lleno de pájaros, con más música que significados. Los diversos dramas en su vida —la huelga, la lejanía de Korobi, la agresión nocturna— le parecen parte de un intrincado dibujo, no muy comprensible pero sumamente interesante.

Esta calma descendió sobre él en el momento mismo en que el coche volcó, aun cuando una parte de él estaba gritando de agonía y terror. Los sedantes la velaron, pero ahora se ha extendido sobre este hermoso día, este cielo turquesa que ve por la ventana, punteada con posibilidades. Recuerda la frase de una canción que oyó por la radio cuando visitó a Sarojini: *Anondo dhara bohiche bhubonay*. Un río de dicha fluye por el mundo. Tiene que preguntarle cómo sigue esa canción.

—No importa —dice Pia—. No tienes que hablar. Descansa. Te contaré lo que te has perdido estos últimos días.

Y se lanza a un relato truculento de sus horas en el hospital, el apestoso olor a desinfectante, la aterradora vacuna antitetánica, la comida asquerosa que las enfermeras la obligaban a ingerir. Eran unas mujeres espantosas, especialmente la supervisora, que, con sus ojos grotescos y sus dientes torcidos, parecía la diablesa de

los libros de *Amar Chitra Katha* que a Pia le fascinaban de pequeña.

La policía había ido a verla, añade haciéndose la importante. Un inspector, un hombre con cara de ratón que lo que menos parecía era oficial de policía. Le hizo un montón de preguntas. Parecía tan contrariado porque ella no había visto las caras de los hombres o el número de la matrícula, que Pia había pensado en inventarse algo.

—¡Pia! Espero que no lo hayas hecho.

—No, no lo hice —responde con pesar—. Además, habían quitado la matrícula; eso les dijo Asif, y él seguro que lo vio porque es muy observador.

El cuerpo de Rajat es de cristal y está lleno de colores. El nombre de Asif los mezcla hasta que forman un arcoíris.

—¿Has visto a Asif?

—Oh, sí, he ido a verlo dos veces, y también mamá. La primera vez le llevamos flores y la segunda una cesta con fruta, porque ahora puede comer comida normal, siempre y cuando esté cortada en trocitos pequeños. La próxima vez le llevaré unos Cadbury's. Le chifla la barra de chocolate con naranja. Mamá me hizo esperar fuera mientras ella hablaba con él. No sé lo que le dijo. Casi me pongo a escuchar detrás de la puerta, pero me pareció que no estaba bien. Además, yo sabía que A.A. me lo iba a decir si se lo preguntaba. Creo que mamá dijo lo siento y gracias. Lloraba cuando salió de la habitación. Nunca he visto llorar a mamá. ¿Y tú? Después me dejó entrar sola, lo cual estuvo bien, ya que A.A. no hablaría delante de ella. Me di cuenta de que A.A. ya no estaba enfadado con ella. Me quedé con él hasta que se acabó la hora de las visitas y a mamá no le pareció mal.

—¿Cómo está? Yo también quiero ir a verlo.

—Podemos ir juntos en cuanto te recuperes un poco. Bahadur nos llevará; la abuela nos lo ha prestado de momento. A.A. no está precisamente guapo. Todavía tiene la cabeza vendada y los cardenales se le han oscurecido. Le han puesto un gran collarín negro en el cuello. Pero su enfermera, que fue muy simpática conmigo (creo que te tratan mejor cuando no eres paciente), me dijo que se veía peor de lo que en realidad está. Dijo que tuvo mucha suerte. Cuando A.A. la oyó, me hizo una mueca sin que ella lo viera. Tiene dos costillas rotas, pero están soldando bien y no le perforaron el pulmón, cosa que pudo ocurrirle al golpearse contra el volante. Y tiene un brazo en escayola, como tú. También escribí en su yeso.

»Luego, los mismos policías entraron para interrogarlo mientras yo me encontraba allí. Me pidieron que saliera de la habitación, pero no lo hice, pues ya sabes como es a veces la policía con la gente humilde. Además, A.A. dijo que yo podía oír todo lo que él decía. Le preguntaron si sabía quiénes podían ser esos hombres. Si eran obreros del depósito. A.A. dijo que no pudo reconocerlos, que estaba muy oscuro y todo fue caótico. Entonces... —Pia vacila.

—¿Qué?

—Nada.

—Vamos, Pia. Nunca has sido buena para guardar secretos.



—¡Lo soy! —Pero baja la voz—: A.A. les dijo que vio a Sonia en el aparcamiento esa noche.

—¿Sonia?

Los colores interiores de Rajat coagulan al marrón barro.

—¡Sí! Al principio, el inspector dijo que podía ser una coincidencia, que podía haberse encontrado allí porque pensaba cenar en el restaurante. Pero A.A. explicó que ella no entró, que paró su coche cerca del nuestro, hizo una llamada con su móvil y se marchó. Los agentes asintieron cuando oyeron esto, pero el inspector dijo que iba a ser difícil probarlo. Me dijeron que yo no debía mencionarlo a nadie, porque las palabras viajan solas y no desean ponerla sobre aviso. Además, podría ser peligroso para Asif si alguien averigua que habló. De manera que no se lo he dicho a nadie, ni a mamá. Tampoco te lo iba a decir a ti, pero me alegro de que hayas insistido. Era mucho para guardarlo yo sola. ¿Qué crees que pasa?

Rajat mueve la cabeza indicando que no lo sabe, no es capaz de hacer conjeturas. Sabe que, en algún momento, la indignación se apoderará de él. Pero no desea que Sonia arruine este silencio, esta serena felicidad que lo envuelve.

Pia prosigue con su historia.

—Apenas tuve un minuto para hablar con Asif, porque, justo después, llegó su patrón, que es un jeque muy poderoso, según me dijo A.A. más tarde. Era un hombre enorme de grande, llevaba un traje blanco caro y vino con dos guardaespaldas. Estaba muy enfadado, tenía la cara enrojecida y resoplaba por la nariz. Hablaba en voz baja, pero daba más miedo que si gritara. Preguntó qué demonios había hecho A.A., si sabía cuánto costaba el coche que él había destrozado. Aun si trabajaba gratis toda su vida para el jeque, A.A. no podría pagarlo. A.A. le decía: «Lo siento, Huzoor.» Se agitó tanto que la máquina de la presión arterial empezó a pitar. Entonces yo le cogí una mano y le dije al jeque que por favor no lo pusiera nervioso, si no veía que A.A. estaba convaleciente. Le expliqué que A.A. había salvado mi vida y la tuya. Como seguía furioso, le dije que le pediría a mis padres que le pagasen el coche.

—¡Por Dios, Pia! Ese coche es astronómicamente caro. No tenemos dinero para...

—¡Pero no podía dejar de ofrecérselo! Era lo correcto. A.A. casi pierde la vida por nosotros, ¿o no? De todos modos, el jeque me miró con el ceño fruncido y preguntó con una especie de voz estruendosa de genio que sale de la botella: «¿Quién es esta jovencita?» A.A. y yo contestamos al mismo tiempo. A.A. dijo: «Es la señorita Pia, de la familia de mis antiguos patronos», y yo dije: «Soy su amiga.» Entonces el jeque preguntó por qué, si éramos tan buenos amigos, Asif ya no trabajaba para nosotros. Le conté que había habido un malentendido, pero que ahora todo estaba aclarado y nosotros queríamos que A.A. regresara, si el jeque lo permitía, por supuesto. Quiero que sepas que fui muy educada.

—Has prometido demasiado. ¿Qué van a decir mamá y papá?

—Creo que podré convencerlos. El jeque piensa que soy muy persuasiva.

—¿En serio?

—Claro. Después de hacerme varias preguntas más, me dijo: «Eres una jovencita que no tiene pelos en la lengua, y muy persuasiva además de testaruda. Puedo afirmar que tu esposo va a sudar la gota gorda.» No estoy segura de si fue un cumplido, pero le di las gracias por su amabilidad y él se rio. Luego anotó nuestros nombres y nuestra dirección y dijo que se pondría en contacto con nosotros.

Rajat espera que Pia, con su temperamento impulsivo, no los haya metido en más problemas. Está orgulloso de lo valiente que ha sido su hermana. Su rostro, a contraluz junto a la ventana, parece haber adquirido un brillo dorado. Pero está cansado.

—Tú eres todas esas cosas, pero también eres leal. Estoy seguro de que A.A. ha apreciado tu vigorosa defensa. Bien, ahora me gustaría echarme una siesta.

—¡Excelente idea! —aprueba con voz de mujer madura—. Te despertaré a la hora de comer y te ayudaré a llegar a la mesa. El médico dice que es importante que camines un poco. —Y enseguida vuelve a ser Pia—: ¡Me muero de ganas de contarte mis aventuras en casa de la abuela! ¿Sabes que me quedé a dormir con ella mientras tú estabas en el hospital? Fue divertidísimo. Estoy feliz de que heredemos una abuela de Korobi-didi. Como las tuberías no iban bien, Bahadur y Cocinera nos traían cubos con agua del grifo de fuera y yo los ayudaba. De noche, la abuela y yo dormíamos juntas en una cama grande y alta con barrotes y un peldaño para subir. Y me contó un montón de historias. ¿Sabías que la casa tiene un cuarto secreto detrás de una estantería, donde se escondían los revolucionarios durante la guerra de la independencia? Me dijo que podía buscarlo la próxima vez que vaya. Ese templo también tiene un montón de historias. Una noche, el señor Bhattacharya acudió para el servicio del *puyá*, y estuvo muy amable, como si fuera otra persona. Te lo contaré todo a la hora de almorzar.

Desde el umbral de la puerta, añade:

—Korobi-didi ha llamado dos veces, pero estabas durmiendo y le dijo a mamá que no te despertara. Ha cambiado el billete. Debe de estar en camino. Con todas las conexiones que tiene que hacer, llegará a Calcuta mañana.

El nombre de Korobi es como la brisa marina. Recuerda haberla llamado. ¿Fue en el hospital o durante el accidente? Es bueno de su parte interrumpir su búsqueda y regresar por él. La brisa que sopla lo purifica. Sal y lejanía, olor a profundidades. Se da cuenta de que él nunca ha visto el océano, salvo ese mar domado para turistas, en Digha. Cuando Korobi regrese, le propondrá viajar con él a un verdadero océano. Quizá cuando esté allí, podrá describir lo que sintió cuando pensó que se iba a morir, y, después, esta calma. En el océano, hablarán de verdad y se escucharán.

—Llamó a casa de la abuela cuando yo me encontraba allí. Y también habló conmigo. Me preguntó por tus heridas. ¡Ah, me olvidaba! Me ha dicho que te dé un abrazo enorme en su nombre. —Y se lo da—. Y que te diga que tiene algo muy importante que compartir contigo y que te lo dirá en persona en cuanto llegue.

La señora Bose se ha encerrado en su dormitorio con el teléfono, pues no desea que sus hijos la vean en ese estado de gran agitación.

—¿Qué quieres decir con que Mitra nos quiere extorsionar con lo del padre de Korobi? —pregunta a su marido—. ¿Se ha vuelto loco? Sabe que iré a la cárcel si la policía lo encuentra. ¿Por eso ahora está dando palos de ciego?

—Tienes razón en decir que está desesperado. Pero no está loco. Todo lo contrario. Parece tener todo muy bien planeado. Me ha enviado un fax con toda la información pertinente. Dice que si no le damos una respuesta en el plazo de una semana, lo enviará a Bhattacharya. Hablé con Desai. Al principio fue reacio a violar la confidencialidad, pero cuando le expliqué lo que Mitra estaba tratando de hacer, admitió que la información era auténtica. Mitra se coló en el despacho de Desai y robó el archivo. El padre de Korobi es un profesor de historia llamado Rob Lacey. Pero, Joyu, escucha: es negro.

—¿Negro?... Pero eso no es posible. No tienes más que ver a Korobi para saber...

—Fue lo que le dije, pero Desai me explicó que el hombre tiene una piel muy clara. Y hay más. Aparentemente, los padres de Korobi nunca se casaron.

—¿Qué estás diciendo? ¿Korobi es ilegítima? ¡La madre de Korobi nunca habría hecho algo tan... tan espantosamente inmoral! Viene de una de las más antiguas...

—Pues lamentablemente es verdad —confirma el señor Bose—. Desai mencionó algo acerca de una promesa que Anu había hecho a su padre en el templo. No tuve tiempo de entrar en detalles.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué haremos, Shanto? Ni en mis peores pesadillas podía haber imaginado algo tan terrible. ¿Cómo vamos a permitir que nuestro hijo se case con una chica mestiza y que, además, arrastra semejante escándalo de su pasado? Estábamos muy contentos con la idea de emparentarnos con una de las familias más respetadas de Calcuta, y ¿ahora descubrimos... esto?

—Los tiempos han cambiado, Joyu. A mí tampoco me agrada. Pero ahora estas cosas tienen menos importancia.

—¡Todavía importan! ¡Y mucho! —Entonces a la señora Bose se le cruza otro pensamiento—. ¿Desai ha llegado a contarle esto a esa pobre chica antes de que subiera al avión?

Tras una pausa, su marido explica:

—Mitra me ha confirmado que Korobi se vio con su padre. Todo estaba en esa carpeta. Lacey viajó en avión a California y se encontró con Korobi hace dos días.

—¿Hace dos días? ¡Mitra está mintiendo!

El señor Bose vacila.

—No lo creo —dice.

—¿Korobi vio a su padre hace dos días? Pero si ella y yo nos hemos hablado desde entonces. Dos veces. No me dijo una palabra de todo esto. ¿A ti tampoco? ¿O

te dijo algo?

El señor Bose permanece callado.

—¡Nos ha dejado suponer que fracasó en su búsqueda! ¿Cómo puede ser tan... hipócrita?

—¡Cálmate, Joyu!

Pero no puede calmarse.

—¿Cómo voy a confiar en ella otra vez? Ya tenemos bastante con que tenga toda esa... mugre en sus genes para que encima nos mienta, nos engañe...

—A mí también me cayó muy mal. Pero trata de ponerte en su lugar. A lo mejor está asustada, no sabe cómo vamos a reaccionar.

—¿Y piensa ocultarnos una enormidad semejante? ¿Engañar a su propio esposo?

—No hablemos ahora de Korobi, tenemos qué decidir qué hacer con Mitra. Exige que retiremos los cargos y que la policía deje de perseguirlo. Pide dinero, mucho dinero. Y una buena carta de recomendación para que pueda encontrar otro empleo. Si algo de lo que aquí ha sucedido llega a divulgarse (ahora o más tarde), él filtrará la historia a la prensa. Siempre están interesados en los cadáveres que se ocultan en los armarios de los nuevos ricos... ¡Aunque nosotros quizá ya no entremos en esa categoría!

—¿Cómo puedes hacer bromas en un momento como este? Si Bhattacharya o los miembros de su partido se enteran de esto, será el final de cualquier tipo de sociedad con él, ya no habrá posibilidad de salvar la empresa. No entiendo por qué Mitra nos guarda tanto rencor. Lo ayudamos en todo lo que pudimos, a pesar de las pérdidas que sufrimos.

—Él lo ve de otro modo. Insistió mucho en que no le permitimos regresar a la India después del 11-S, ni siquiera después de que la policía lo hubiese detenido y su esposa estuviera tan atemorizada. Tuvieron que mudarse a un apartamento diminuto en un mal barrio, porque él no tenía dinero suficiente para nada mejor. Su mujer se deprimió mucho. Nuestro comportamiento lo empujó al juego para tratar de conseguir el dinero necesario para enviarla a la India, y eso tampoco salió bien. Pero lo peor es que acusa a Korobi de destruir su matrimonio. Dice que ella logró que su esposa, que tanto lo amaba, se pusiera en contra de él. Le llenó la cabeza y la alentó para que se marchara y lo abandonara. Mitra dice que ella, Korobi, le arruinó la vida.

—¿Korobi? ¿Y por culpa de ella se lanza contra nosotros?

—No puedes tomarlo en serio, Joyu. No tiene un comportamiento racional en este momento. Pero es sumamente astuto y, por eso mismo, peligroso. Le he dicho que no puedo hacer nada hasta que no obtenga dinero de la venta de los cuadros, y él sabe que es cierto. De manera que eso nos da algunos días para que tú y yo tomemos una decisión.

—Hay que romper este compromiso. Esta es mi decisión. Eso resolverá todos nuestros problemas.

—Tesoro, esa decisión no depende de nosotros. Depende de Rajat.

—¡Pobre hijo mío! No quiero ni imaginar cómo se pondrá cuando se entere de que Korobi trata de engañarlo.

—¡Jayashree, escúchame! No puedes decirle algo así ahora. En primer lugar, porque él está empezando a recuperarse y sería un golpe tremendo. Recuerda que la quiere. Y, en segundo lugar, tienes que dar a Korobi la oportunidad de verlo. Quién sabe, acaso esté esperando el momento adecuado para comunicarle la noticia, que seguramente a ella la impactó tanto como a nosotros.

La señora Bose no está de acuerdo. Esa muchacha no tenía pensado hablar con ellos de todo esto, lo sabe, lo siente en sus entrañas. Si Korobi confiesa ahora, es porque Mitra ya se ha ido de la lengua. Ella ama a su marido más que a nadie en el mundo, pero ¿cuándo aprenderá él que es una locura confiar tanto en la gente?

—No sé, Shanto, si podré quedarme con algo tan doloroso dentro de mí cuando estoy tan agobiada por otras cuestiones. No obstante, lo intentaré. Por Rajat.

Y cumple. Cada vez que ve a Rajat y las palabras asoman a sus labios, se las traga. Cada vez que él expresa lo contento que está por el regreso de Korobi, ella se aparta para no caer en la tentación de decírselo. No puede dejar de preguntarse si Sarojini también es cómplice de esta estafa. La mera posibilidad la enferma todavía más. En el momento del accidente, Sarojini fue el pilar en que ella pudo apoyarse y desde entonces considera a la anciana una especie de madre. Durante todo el día, todas esas frases que no puede pronunciar se acumulan en su pecho como el vapor. Le palpitan las sienes, le duele todo el cuerpo. Se ducha; tal vez así se afloje la tensión de los hombros. Pero el agua caliente la pone más febril aún. Casi estalla cuando sale del baño y descubre que Bhattacharya ha dejado otro mensaje pidiéndole que lo llame, que tienen que hablar urgentemente.

Cuando están por servir la cena, Pia dice:

—¡Mejor volvamos a poner la foto en su sitio! Si Korobi ve que la hemos quitado podríamos herir sus sentimientos.

—Lo harás luego —dice la señora Bose—. Ahora ven a comer.

—¡No tenemos mucho tiempo! Me dijo que piensa venir directamente aquí desde el aeropuerto.

No termina de decirlo que ya se ha ido. Rebusca en el cuarto de invitados hasta que encuentra la foto en un cajón, donde su madre la ha metido. Teatral como de costumbre, Pia arma un jaleo tremendo, llama a Pushpa para que le alcance un martillo y le pide a Rajat que retroceda un poco para ver si la foto está torcida. La señora Bose tiene que morderse la lengua para no gritarle. Pero la niña no tiene la culpa de todos estos problemas, piensa, y debería estar agradecida de que se haya recuperado tan pronto del trauma del accidente.

Una vez colocada la foto, Pia se vuelve hacia su hermano en busca de su aprobación.

—Es un retrato increíble —alaba él—. Me pregunto quién es el fotógrafo.

La señora Bose no lo encuentra divertido. Les dice que vayan a la mesa, que la

comida se enfría. Pero ellos siguen entretenidos con la foto.

—Qué hermoso cabello tiene Korobi-didi —comenta Pia, tocando delicadamente la foto con el dedo—. ¿Crees que mamá me dejará que me lo haga rizar como el de ella para la boda? El mío, por supuesto, no será tan bonito, porque el de ella es mucho más largo.

—Ya no —dice Rajat.

Su madre deja de seguir poniendo *dal* en sus boles.

—¿Qué quieres decir?

Rajat parece desconcertado. Es evidente que se le escapó porque estaba distraído.

—Respóndeme —insiste la señora Bose, cruzándose de brazos como si él fuera un adolescente culpable.

Tal vez es por el accidente, o porque la insistencia de su madre lo desconcierta, pero no se siente capaz de oponerle resistencia. Le cuenta lo que hizo Mitra, la foto que le envió por correo electrónico.

—¿Mitra estuvo metido en eso también? —Levanta el tono de voz, aunque sabe que debe controlarse; a Rajat no le gusta que la gente grite. «Calma, Joyu, calma», le diría Shanto. «El chico no está bien. No le grites»—. Evidentemente, este hombre hace tiempo que planea arruinarnos. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Habríamos tomado la iniciativa e impedido cosas peores.

—No te lo dije porque es asunto mío —responde fríamente—. Mío y de Cara.

Su madre se echa a temblar. El tono, las palabras, ese nombre ridículo que le ha puesto a Korobi, la empujan al límite. Esa chica tramposa y manipuladora... ¿Y ahora la defiende a ella en contra de su propia madre?

Las palabras han esperado todo el día. Brotan de ella como una explosión, como salta la gaseosa de una lata que ha sido violentamente sacudida.

—¿Ah, sí? Pues si sois tan íntimos, ya debes de saber lo que tu padre me contó hoy, cuando llamó. La verdad acerca del padre de tu querida Cara. También es asunto vuestro lo que está usando Mitra para chantajearnos, ¿verdad? ¿No? Por lo visto, ella se ha olvidado de mencionar un par de cosillas.

Salgo de la terminal del aeropuerto cuando el cielo empieza a clarear. Sin duda es un buen presagio. Bahadur está esperando con el coche. Me mira y aparta la mirada. Veo, con pena, que no me ha reconocido. ¿Es solo mi cabello? ¿O un cambio más profundo se ha operado en mí? Le toco un brazo y sonrío. Su rostro curtido se ilumina con una sonrisa de asombro.

—¡Niña Korobi! ¡Bienvenida a casa! ¡Estábamos todos esperando su regreso! La casa sin usted es como un cementerio. ¡Pero si parece una criatura! —Levanta mi maleta, haciendo un poco de esfuerzo, y se escandaliza cuando se la quito de la mano—. No debe hacer eso, niña, es mi trabajo.

Sonrío, coloco la maleta en el maletero y lo ayudo a cerrarlo.

Mientras el Bentley circula por las calles aún dormidas, me sorprende al comprobar lo distinta que me parece la ciudad. Yo tomaba esta carretera cada año, cuando regresaba del internado, y siempre veía el mismo paisaje. Pero hoy es como si le hubieran quitado el manto que lo cubría. Las pilas de basura me saltan a la vista; los sin techo, que encienden fogatas con estiércol junto a relucientes edificios de apartamentos, me parecen patéticos y a la vez valientes; en el exterior de los templos, cubiertos de hollín, los vendedores de flores cuelgan sus brillantes guirnaldas de esperanza. Y el olor de la ciudad, siendo como es tan temprano todavía, me abruma. Huele a incienso que encienden los tenderos antes de empezar la jornada; a aceite hirviendo en los *woks* colocados en la calle para freír las *samosas*; a polvo y fenol, que desparraman los barrenderos que limpian las entradas de los bancos. ¿Acaso sentí olores tan portentosos e inolvidables en algún lugar de América?

Esta ciudad compleja, hecha de capas invisibles, unas sobre otras, me atrapa. Para bien o para mal, la he elegido a ella entre todas las ciudades de América. He decidido cumplir las promesas que he hecho aquí. El amor me colma cuando lo pienso, pero también siento temor. No estoy segura de que a esta ciudad le agrade mi regreso. Que acepte los secretos que traigo conmigo. En el aeropuerto, Vic me cogió las manos y me dijo: «Vuelve si tienes problemas. Te estaré esperando.» Pero sé que a ciertas cosas no se vuelve.

Durante el vuelo no estuve quieta ni un minuto, incapaz de dormir. Me imaginaba la mirada de Rajat cuando le diga quién soy realmente. Pero las facciones de su rostro eran cambiantes, como el agua rozada por el viento. Deseo que este juicio acabe cuanto antes. Llamo a mi abuela desde el coche para informarle que, antes de ir a casa, visitaré a Rajat.

—Por supuesto. Tu primera responsabilidad es tu marido y tu familia.

No estoy de acuerdo. Mi primera responsabilidad es con el ser querido que más me necesite. Hoy es Rajat, mañana podría ser la abuela. Si en algún momento es mi padre, espero, también, poder acudir a su lado.

Pero no es momento de discutir. Me limito a contestarle:

—¡Pero si aún no estoy casada! Y después de que hable con Rajat, ¿quién sabe lo que pasará?

—¡No hables así, que trae mala suerte! —me amonesta la abuela, que parece nerviosa. La llamé antes de partir de América y le conté que soy ilegítima. Creo que sigue perturbada—. Llamaré a Jayashree y le diré que vas en camino.

Me reclino en el asiento y cierro los ojos. Preparo mi discurso una y otra vez, pero no acaba de satisfacerme. Voy a decirle la verdad, sin rodeos. Es mejor que ahora solo me dedique a pensar en él, recordando lo mucho que lo quiero. Cuando la abuela me contó acerca del accidente, sentí como si yo también me fuera a morir. Fue cuando supe, al fin, que nos complementábamos el uno al otro. Y me di cuenta de dónde tenía que estar.

La abuela vuelve a llamar.

—¡Algo va mal, muy mal! Cuando le dije a Jayashree que ibas de camino a su casa, pensé que chillaría de contenta. Pero, en cambio, me dijo que no desean verte. Me quedé tan sorprendida que apenas podía hablar. Cuando le pregunté por el motivo, respondió: pregúntele a la mentirosa de su nieta. Y me colgó.

El coche es como un barco atravesando una tempestad, se mueve como un balancín y me provoca náuseas. Ha ocurrido lo que Desai había temido. Mitra se me ha adelantado y ha llamado a los Bose.

—¡Ay, niña tonta! —exclama la abuela cuando se lo explico—. ¿Y ahora qué vamos a hacer? Deberías haber escuchado al señor Desai. Gracias a tu testarudez, es posible que hayas arruinado tu futuro. Una vez que se ha roto la confianza, es casi imposible de reparar... ¡bien que lo sabes! Dile a Bahadur que te traiga a casa. De momento, lo único que podemos hacer es aguardar a que los Bose se tranquilicen.

Pienso con añoranza en la intimidad hogareña del 26 de Tarak Prasad Roy Road, la vieja casa que me espera para guarecerme de la ira injusta del mundo. Deseo tanto estar allí. He sido durante mucho tiempo una extranjera en lugares hostiles. Sería un alivio arrojarme a los brazos de mi abuela, volver a mi infancia. Pero sé que debo ver a Rajat ahora mismo, enfurecido como debe de estar. Si no quiere escucharme cuando le diga la verdad, si su amor no puede apagar la llama de desconfianza que Mitra ha encendido en él, si es incapaz de aceptarme como soy, entonces no habrá futuro para nosotros.



Llamo a la puerta del apartamento de los Bose, dos veces antes de que Pushpa me abra. En lugar de saludarme efusivamente como en otros tiempos y hacerme pasar al salón, me pide que aguarde un momento en la puerta, como si yo fuera una vendedora indeseable. Trato de no enfadarme. En este juego lo que vale es la estrategia y no puedo dejar que mamá me derrote antes de haber puesto un pie en el ruedo.

Después de esperar largo rato, oigo la voz de mamá pidiendo a Pushpa que me haga pasar. Entro en el frío silencio de la sala y la veo, sentada en el sofá, ataviada con un elegante vestido de seda que me hace tomar conciencia de mi ropa arrugada. Pero no veo a Rajat. Así pues, mamá se ha arrogado el papel de guardiana. Qué triste. Como respuesta a mi «hola», apenas me mira, aunque demora un segundo los ojos en mi cabello, que, evidentemente, no aprueba. No hay tazas de té, ni bocadillos, ni un vaso de agua siquiera, a pesar de mi largo viaje. Un tribunal compuesto por una sola jueza, quien ya me ha juzgado culpable.

Me da rabia, pero veo las ojeras de mamá y nuevas arrugas en su cutis. Parece haber envejecido mucho desde la última vez que la vi. Y en parte es por mi culpa.

—Sé que no deseabas verme, pero debo hablar contigo, y especialmente con Rajat, para explicaros algunas cosas. Después, si queréis que me vaya, me iré.

—Rajat no se encuentra bien. El golpe que recibió al descubrir tu hipocresía fue demasiado para él. Ha tenido una recaída y una aguda migraña toda la noche.

—Mamá, lamento que Mitra os haya dado la noticia antes que yo. Sé que estás disgustada...

—No me llames mamá. Ya no tienes derecho.

La dureza de sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Me cuesta armarme de valor para seguir.

—Descubrí la identidad de mi padre hace pocos días. Y fue él quien me dijo que mi madre y él nunca se casaron. Por favor, trata de imaginarte lo devastador que fue para mí saber eso. He tenido que replantearme completamente quién soy. Me sentí traicionada, indigna. No sabía cómo decirle a Rajat semejante enormidad por teléfono. —Hasta a mí esas palabras me suenan impostadas. No transmiten la complejidad de mi desesperación.

—Y entonces decidiste no decírselo, ni ahora ni nunca.

—Eso no es verdad. Pensaba contárselo todo a mi regreso. Por eso vine aquí directamente del aeropuerto.

—¿Por qué debería creerte? Lo dices únicamente porque ya estamos enterados de tu secreto. ¿Dónde está la prueba de que no te proponías ocultarnos esta información... estas cosas que podrían afectar a las futuras generaciones de nuestra familia? —Su voz suena estridente—. Yo creo que esperabas atrapar a Rajat y casarte con él antes de que la verdad saliera a la luz.

Eso me hiere.

—No soy esa clase de persona. ¡Y tú lo sabes!

—No me consta.

Hay movimientos en el pasillo. Es Rajat, sosteniéndose en la pared, pálido y macilento; la enorme L blanca de su escayola le cruza el cuerpo.

—¿Qué es todo este barullo? —pregunta con voz temblorosa. Entonces abre desmesuradamente los ojos, no sé si de alegría por verme o de asombro por mi descaro.

—Soy yo, Rajat. He venido lo más pronto que he podido.

Deseo correr hacia él y abrazarlo, acariciar los cardenales que tiene en la frente, su dura escayola. Regresé porque pensé que me necesitaba. Ahora compruebo que yo lo necesito tanto como él a mí. Pero han levantado una valla electrificada entre nosotros.

Mamá se apresura hacia su hijo y lo ayuda a sentarse en el sofá. Llama a Pushpa para que traiga un vaso de agua y una manta.

—No debes salir de la cama, hijo. ¿No recuerdas lo mareado que te sentiste anoche? Y débil; hasta vomitaste. —Me lanza una mirada que es como un puñal—. Como puedes ver, ya nos has hecho bastante daño. Por favor, márchate.

Lucho contra la culpa que, cual bloques de cemento, se va apilando en mi pecho. A continuación, me dirijo a Rajat:

—Iba a contártelo todo, Rajat. Debes creerme. Pero necesitaba hacerlo en persona. Necesitaba coger tus manos y mirarte a los ojos para estar segura de que nada había cambiado entre nosotros a causa de mi raza y mi condición de hija ilegítima...

—Es lo que te conviene decir ahora que Mitra te ha delatado —espeta la señora Bose—. Lo repito: no puedes probarlo.

No le hago caso y centro mi atención en Rajat.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que te conté que mi padre era americano? Dije que me negaba a vivir con un secreto entre nosotros. ¿Crees que te mentiría ahora sobre algo tan enorme que podría aplastar nuestro amor? Pues si lo crees, entonces no ha servido de nada que haya dejado a mi padre para acudir a tu lado.

Rajat se agarra la cabeza. Veo sus ojos atormentados.

—¡No sé qué pensar! Korobi, ¿te das cuenta de que, por culpa de todo esto, ahora Mitra pretende chantajearnos?

—Si ella tenía la intención de decírnoslo —repite mamá—, ha de tener una prueba. Pídesela.

La cabeza está a punto de estallarme. Tengo la garganta tan seca que apenas puedo hablar.

—Si no confías en mí, Rajat, si lo que necesitas es una prueba, entonces lo nuestro se ha acabado.

—Te está amenazando, dándote un ultimátum porque no tiene otra cosa —asevera

mamá.

Rajat desvía la mirada.

—Mamá tiene razón. Si no te proponías engañarnos, debes tener alguna prueba de ello. Y si la tienes, ¿qué más te da mostrarla?

Oigo un ruido, como de olas rompiendo dentro de mi cabeza. Me agarro del respaldo de la silla. No me voy a desvanecer aquí. Conseguiré llegar al coche. Yo soy Korobi, Adelfa, capaz de sobrevivir a la sequía, a la helada y a la pérdida del amor. Me quito la alianza de compromiso y la dejo sobre la mesa. «Adios, Rajat», pienso. Camino lentamente hasta la puerta y, sin volverme, digo:

—Telefonea a Desai. Él te lo explicará.

En la cocina del 26 de Tarak Prasad Roy Road, Sarojini está enseñando a Korobi a preparar *singaras*. La coliflor ha sido picada y salteada, junto con las patatas cortadas en dados y los guisantes frescos. Mientras este relleno se enfría en una gran fuente de acero inoxidable, Korobi anota en un cuaderno azul lo que ha comprado expresamente para esto, la combinación exacta de las especias —clavos de olor, cilantro, pimienta negra, canela— que han sido asadas, molidas y añadidas al relleno a medio cocinar. A continuación, su abuela le enseña a estirar la masa con el rodillo; preparar luego unos finos conos de harina y rellenarlos, después freírlos en aceite caliente y escurrirlos sobre papel de periódico. Cuando el aceite chisporrotea, Korobi retrocede de un salto y ambas ríen.

—Ya te acostumbrarás —dice Cocinera—. Mira todas las quemaduras que tengo en los brazos. Es la única manera de llegar a ser una buena cocinera. Mira, esta ha salido perfecta, bien gorda y dorada. Rápido, escúrrela con la espumadera. ¡Vaya, yo no lo habría hecho mejor!

Las lecciones de cocina forman parte del régimen de superación personal que Korobi se ha autoimpuesto desde que volvió de casa de los Bose y pronunció estas palabras fatales:

—No me caso.

Sarojini la reconvino: Rajat estaba enfermo y se encontraba en estado de *shock*. Ambos lo estaban. Korobi no debió haber reaccionado con esa precipitación.

—Deja que le pida que venga a casa, para hablar y aclarar los malentendidos. Estoy segura de que las cosas se resolverían si tú...

Korobi levantó la cara, manchada por las lágrimas que había derramado en el coche, y repuso con voz firme:

—Si lo llamas, me marchó.

Y podría hacerlo. Sarojini sabe que Korobi tiene opciones. Rob Lacey la llama por teléfono cada dos días. Tras conocer lo sucedido con Rajat, la ha invitado a ir a América a estudiar. Sus notas son lo suficientemente buenas para que la admitan en la universidad donde él enseña. Le conseguirá un empleo en el campus y la ayudará con

los gastos. Vic también ha llamado varias veces. Korobi no le cuenta a Sarojini el contenido de esas llamadas, pero la anciana puede suponerlo.

Amor y terquedad es lo único que retiene a Korobi aquí. Eso cree Sarojini. Amor por su abuela y un deseo terco de triunfar a pesar de los Bose. Con tal fin, se ha puesto en contacto con la directora de su centro de estudios. Sarojini escuchó la conversación desde la otra habitación, maravillada por el tono de Korobi —ni sumiso ni soberbio— cuando explicaba su situación. La muchacha que Sarojini había despedido en el aeropuerto jamás habría podido hablar así.

Esta nueva Korobi debió de haber impresionado a la directora, pues le dijo que haría una excepción por ella, teniendo en cuenta sus buenas notas y la repentina tragedia acaecida en su familia. Si Korobi es capaz de estudiar por su cuenta y ponerse al día con las asignaturas que no ha cursado, ella la autorizará a rendir exámenes a mitad de curso. Si los aprueba podrá volver a clase después de las vacaciones estivales. Así pues, Korobi se ha puesto a estudiar y ha telefoneado a sus compañeros para pedirles prestados los apuntes. Si mientras está estudiando Sarojini la descubre con la mirada perdida en la lejanía, si de noche la oye sollozar en su dormitorio, la deja sola y no interfiere. A veces —lo sabe por experiencia propia—, para llegar al otro lado tienes que viajar a través de tu dolor. No hay atajo posible.

Un visitante inesperado llega al atardecer. Bueno, quizá no tan inesperado, pues es Bhattacharya, quien ahora viene al templo cada semana. Si no está demasiado ocupado con sus reuniones políticas de cara a las elecciones, se queda a cenar. Siempre trae regalos —chocolate relleno con *sandesh* de la casa Ganguram, o grandes ramos de nardos, suficientes para el templo y el dormitorio de Sarojini, así ella se duerme envuelta en su fragancia—. La anciana ha protestado diciéndole que no debe hacer gastos innecesarios, pero él responde: «Permítame hacerle estos regalos, Ma. Mi madre murió antes de que yo tuviera la posibilidad de comprarlos para ella.»

Esta noche come con ellas berenjenas fritas, *dal* de garbanzos, arroz *basmati* fino y las *singaras* que hace un rato ha preparado Korobi.

—¡Una exquisitez digna de un banquete de bodas! —exclama, volviéndose hacia Korobi—. ¡Qué *singaras* tan deliciosas! Debo decir que su maestra es excelente. Me conmueve ver a una joven moderna tomarse la molestia de aprender nuestra cocina bengalí tradicional. Dígame, ¿para cuándo es el día feliz?

Sarojini se pone tensa. La muchacha es obstinada con sus ideas sobre la honestidad, pero, quizá por consideración a los sentimientos de su abuela, o por un resto de lealtad a los Bose, se limita a responder:

—No hemos fijado la fecha aún.

—¿Podría hacer algo por mí? —pregunta Bhattacharya a Sarojini—. He estado toda la semana tratando de comunicarme con la señora Bose. Seguramente está muy preocupada por el terrible accidente. Desde luego, esta ciudad es cada vez más insegura. Y eso es algo que, si soy elegido, voy a cambiar. ¿Podría usted decirle que

he decidido no entrar como socio en su galería? Demasiadas complicaciones. Les prestaré a los Bose el dinero que necesiten, un préstamo a título personal, con usted como testigo. Nadie más lo sabrá. Tendrán cinco años para devolverlo. ¿Esto la hace feliz, Ma?

Por unos instantes, Sarojini se queda sin palabras. Realmente, la ha pillado por sorpresa. Hasta que al fin atina a decir:

—Sí, hijo. Me hace feliz.

Y es verdad. A pesar de esa última reunión desastrosa entre Korobi y Rajat, y del silencio del muchacho desde entonces, Sarojini todavía lo quiere mucho. Lo echa de menos, especialmente por las tardes, cuando él se pasaba a ver cómo estaba. O cuando suena el teléfono y su corazón se pone a palpar sin motivo, esperando que sea él quien llama. No puede llamarlo, ni siquiera para comunicarle estas buenas noticias, a causa de la promesa que ha hecho a Korobi. Pero mañana por la mañana enviará una carta a los Bose.

—Ahora debe usted dejar que yo haga algo por mi propia felicidad —dice Bhattacharya—. Permítame pagar los gastos anuales del templo, como ya se lo mencioné. Y los arreglos de esta casa. Por favor, no diga que no. Lo hago por mí, de verdad, porque pienso visitarla con regularidad y estoy un poco cansado de tener que usar un cubo de agua para lavar.

Sarojini lo mira con tal asombro —como si él fuera un genio de los deseos— que Bhattacharya se echa a reír. Es una risa tan contagiosa que ambas mujeres no pueden evitarlo y ríen con él.

Al parecer, la diosa por fin ha prestado atención a los inconvenientes de Sarojini y ha puesto en ellos sus ojos llenos de gracia, pues, a la mañana siguiente, mientras Korobi se encuentra en la biblioteca y Sarojini está escribiendo la carta a los Bose, suena el teléfono. Es Rajat. La saluda con un formal *namaskar*, como poniéndose a la defensiva, pero Sarojini no se muerde la lengua y lo regaña por haberse olvidado de ella todo este tiempo.

—No me importa lo que pasa entre tú y Korobi, no es motivo para que no vengas a verme. ¿Eso es lo que yo soy para ti, nada más que la abuela de Korobi?

—No —dice él, sorprendido—. Tú eres también mi abuela.

—Pues será mejor que no lo olvides y vengas a verme, ¿me has oído? No te he visto desde la noche que pasamos en el hospital. Si lo prefieres, puedes venir cuando Korobi esté en la facultad.

—De hecho, llamaba para preguntar si puedo ir esta tarde, a última hora, a visitaros a las dos. ¿Crees que aceptará recibirme? ¿Se lo preguntarás?

—Tú ven, luego veremos. Esa niña es demasiado terca para decir que sí, aunque sé que sufre por ti.

—Yo también sufro por ella, abuela.

Son las palabras más dulces que ha escuchado en mucho tiempo.

Cuando llaman a la puerta mi abuela está en el templo, para el *puyá* vespertino, y Cocinera ha ido al mercado, de manera que debo interrumpir mis estudios y acudir a abrir. Cuando veo a Rajat, mi primer impulso es cerrarle la puerta en las narices, pero ya ha pasado su brazo escayolado, decorado ahora con un dibujo de Pia.

—Por favor, vete —musito, pero no oigo mis palabras. Tal vez solo las he imaginado, porque él entra.

Observo que ha perdido peso. Una barba incipiente ensombrece sus mejillas chupadas. Su mirada es la de un nadador novato al borde de un acantilado abrupto.

—He venido a disculparme.

—No es necesario —me obligo a decir—. Hemos terminado.

Traga saliva. No deja de mirarme.

—Aun así, debo disculparme por mi mal comportamiento. Fuiste muy valiente al ir a casa, especialmente después de que mamá pidiese que no fueras. Y también se requiere mucho valor para querer darme en persona una noticia tan difícil para ti, para decírmelo de frente. Por teléfono habría sido más fácil. O por correo electrónico.

Aprecio el hecho de que no se disculpe por él, y eso que razones no le faltan: su salud quebrantada, el duro golpe recibido al enterarse, el hostigamiento de Mitra, la presión de mamá. Acepto sus disculpas con un leve movimiento de la cabeza, sin saber qué decir. Una parte de mí desea echarle los brazos al cuello, pero otra me advierte de que mi herida aún no ha cicatrizado del todo, y no quiero que vuelva a abrirse.

—Quiero que sepas —añade— que confío en ti. No importa lo que salió de mi boca el otro día o lo que haya podido decirte, de puros celos, por teléfono cuando estabas en América; yo confío en ti. Lamento haberte dado la impresión de que no iba a aceptar la cuestión de tu filiación, que para mí eso fuera más importante que el amor que siento por ti.

—Es importante aceptarlo —musito—. Incluso yo me siento a veces muy mal cuando pienso quién soy realmente. Es tan diferente de lo que creía ser... La ilegitimidad. Una ascendencia mestiza que podría resurgir en nuestros hijos. Muchas familias indias habrían tenido serias dificultades para aceptar estos problemas. ¿Cómo podría exigírtelo a ti?

—Por amor. ¿No es lo que hacemos por las personas que queremos? Aceptar sus problemas, porque esas personas tienen otras cosas maravillosas que amamos. No son más que las circunstancias que te tocaron en suerte.

Baja la vista y me doy cuenta de que le resulta difícil continuar.

—Yo... he venido a preguntarte si... si me perdonarás por haber sido tan bruto. ¿Me aceptarás con mis propios problemas, los que te he ocultado todo este tiempo, porque tenía miedo de no ser digno de ti? ¿Estarías dispuesta a que volvamos a intentar construir una vida juntos?

A modo de respuesta, acaricio la barba de su mentón, tal como deseo hacerlo desde que ha llegado. Cuando me las arreglo para besarlo a pesar del yeso, su boca

tiene un sabor agridulce, como a almendras y menta.

—Esto fue lo que más me dolió ese día —me dice—, pero me di cuenta de ello cuando te marchaste: no sabía si aún me amabas, o si habías regresado por deber, o, peor, por piedad, a causa del accidente. Me parecías tan distante cuando estabas en América... Sé lo atractiva que puede ser la vida de allá. Tu madre cedió a la tentación.

Siento un poco de remordimiento. No puedo negar que el canto de sirena de América me había atraído. Pero regresé por propia elección. Y eso cuenta.

—Quiero a mi madre, pero no soy ella. Mi viaje me enseñó precisamente eso.

—Además, estaba celoso de Vic.

Vic. Su nombre me entibia el corazón. No puedo negar la atracción que existió brevemente entre nosotros. Le estaré siempre agradecida por haber sido mi amigo cuando no tenía a nadie, por las veces que evitó que me arrojara al abismo. Un día, espero, le hablaré de él a Rajat. Pero, por ahora, basta de tristezas. Le doy un golpecito burlón en su yeso.

—¡Otra vez Vic! ¿Y si yo te chinchara con Sonia?

Una oscura vergüenza cubre su rostro.

—Tengo algunas cosas que contarte.

—Dejemos nuestras confesiones para otro momento. Salvo esta: debí haber confiado en ti, saber que podía contarte la noticia que había recibido. Tienes razón.

Sus labios encuentran los míos. Por un instante, ya no es necesario seguir hablando.

Más tarde, cuando estamos sentados en el sofá y yo apoyo mi cabeza en su hombro, le digo:

—Tu madre ahora me odia. ¿Cómo lo haremos?

—Mamá ladra pero no muerde. Sin embargo, estoy dispuesto a plantarle cara. Pia y papá me apoyarán.

—¿Y si la gente descubre mi condición?

—Tendremos que vivir con el cotilleo, ten la seguridad de que alguno habrá. Si no les hacemos caso, perderán interés y dejarán de importunarnos. Afortunadamente, no tenemos que preocuparnos por Bhattacharya. La abuela me contó, cuando llamé, lo de su generosa oferta. ¡Quién lo hubiera pensado! Hablando de la abuela, deberíamos ir a rescatarla del templo, los mosquitos deben de estar devorándola. Está allí a la espera de nuestras noticias.

—¿Ella está metida en esto? ¿Y Cocinera? Se ha ido al mercado, y de eso hace ya un tiempo sospechosamente largo.

—En realidad, se ha quedado con Bahadur, en la entrada. La abuela le dijo que no se moviera de allí hasta que ella la llamara. Se lo podríamos anunciar nosotros. A lo mejor, para celebrarlo, nos prepara su *mihidana* especial de postre.

—¿O sea que he sido víctima de una conspiración?

—Pues sí. —Se ríe—. Una conspiración de amor.

Lo miro muy seria.

—Creo que me precipité cuando dije que debería haber confiado en ti.



Asif va sentado en el asiento del pasajero del nuevo Toyota de los Bose, ataviado con un *kurta* color crema con ribetes dorados. No está acostumbrado a vestirse con ropa india para trabajar (aunque no tiene claro que el día de hoy pueda calificarse como día de trabajo), y, medio avergonzado, se tira del cuello del *kurta*. La tela es muy fina. La escogió Memsaab con ayuda de la señorita Pia.

Cuando se la trajeron, él protestó diciendo que era demasiado cara.

—Tonterías, A.A. —dijo Pia—. Recuerda que tienes que salir en la foto de la boda.

Es extraño ir sentado en el asiento del pasajero, como un chófer principiante o un patrón. No viajaba así desde que era un crío, recién llegado a Calcuta y comportándose como si lo supiera todo, pese a que la gran ciudad le daba mucho miedo. Cuánto ha aprendido desde entonces. Cuando se ven en medio de un atasco y Ram Mohan, el joven chófer que los Bose han contratado temporalmente, se asusta, Asif, sin necesidad de mirar alrededor, le aconseja que vaya por la tercera a la izquierda y luego la segunda a la derecha. Mejor que no necesite mirar porque, de todos modos, no puede girar la cabeza. Todavía lleva un collarín —color crema, a juego con el *kurta*—, aunque el yeso se lo quitaron al comienzo de la semana, igual que a Rajat.

—Gracias a Dios —dice Pia—. Esas cosas horribles me habrían arruinado la foto.

Pia no sabe que en el cuarto de Asif, en el baúl que tiene debajo de la cama, guarda un pedazo de la escayola, la parte donde ella escribió con letras moradas: «Asif es mi amigo.»

Atrás va el resto de los participantes de la boda: Memsaab en el medio, resplandeciente con su tradicional seda bengalí roja y crema, Rajat-saab y Bara-saab a los lados. Pia está en el 26 de Tarak Prasad Roy Road desde anoche, para ayudar a Sarojini-ma a vestir a Korobi para la ceremonia. En el coche, le ha enseñado a Asif sus nuevos rizos.

—¿Te agradan, A.A.?

La hermana del viejo chófer solía ladear la cabeza de la misma forma y esperaba, confiada, su aprobación. Sorprendido, descubre que por primera vez no le lastima su recuerdo.

—Le sientan muy bien, señorita.

—Mamá no quiso que me lo rizara de verdad, de manera que estos durarán hasta el próximo lavado. Pero no pienso lavarme el pelo durante mucho tiempo.

Asif disimula una sonrisa. Teme que su plan esté destinado a fracasar, aunque quién sabe. Últimamente, la señorita Pia ha logrado salirse con la suya en situaciones nada sencillas. Ella es el motivo por el cual él ha vuelto a trabajar para los Bose.

Cuando iban a darle el alta en hospital, el jeque Rehman mandó a un hombre a casa de los Bose con una carta para la señorita Pia. Le escribió que, gracias a ella, él

se había dado cuenta de que algunos vínculos eran más fuertes que la religión. Si ella deseaba que Asif volviera a ser su chófer, no se interpondría en su camino. Pero, como Asif aún seguía a su servicio, esperaba que a ella no le importara si él se hacía cargo de los gastos médicos de su chófer. Era lo que correspondía. Escribió una posdata en la que le decía que sus padres no tenían que preocuparse por el Rolls. Durante años, el jeque llevaba pagando sumas colosales a la compañía de seguros. Ya era hora de que le reembolsaran una parte.

Pia le respondió también con una carta. Asif se enteró, por los demás chóferes, que, cuando el jeque la leyó, se rio a carcajadas, luego la dobló con sumo cuidado y se la guardó. Nadie sabe lo que ponía la carta. Asif piensa si no podría preguntárselo a Pia un día de estos.

Bien, han llegado al 26 de Tarak Prasad Roy Road con unos minutos de retraso, pero a nadie le importa. Aquí está la entrada, sombreada por los tamarindos y salpicada de cacas de pájaros, que él pensó que jamás volvería a ver. Aquí está el anciano Bahadur, que, con una amplia sonrisa, abre con esfuerzo el portal.

—¡Baja y ayúdalo! —le dice Asif a Ram Mohan—. Date prisa, ¿no ves el esfuerzo que hace? Luego ven deprisa y corriendo y le abres la portezuela a Rajat-saab.

Asif se ocupa él mismo de abrir la puerta a Bara-saab y Memsaab, quienes le dan las gracias y el resto de la mañana libre.

—Pero no llegues tarde para la foto de la boda. Ya sabes que Pia es muy especial.

—Sí, Memsaab, llegaré a tiempo.

Y llegará, pues no piensa alejarse mucho. Bahadur y él tienen muchas cosas que contarse. Las historias que le desgranará Asif le pondrán la piel de gallina al anciano. Ya puede oler el *masala chai* que Bahadur cuece a fuego lento en su porche.

El sacerdote le ha pedido a Sarojini que se siente a su diestra, pues es ella quien entregará a la novia, pero se ha negado porque es el lugar de Bimal. Desenrolla la esterilla de su marido en ese sitio, que deja libre, y ella se sienta al lado. Durante toda la ceremonia, siente su presencia junto a ella, articulando los mantras mucho mejor que el sacerdote y, si es necesario, corrigiéndolo. El templo está lleno de olor a incienso de sándalo y al aroma silvestre de los ramos de adelfas —idea de Pia— dispuestos en enormes jarrones. Ya se han intercambiado las guirnaldas, han repetido los mantras, la frente de la novia está marcada con bermellón, el arroz inflado ha sido arrojado al fuego. La familia política ha bendecido a los recién casados. Las vecinas ululan para ahuyentar a los demonios. Un viento se alza entre los bambúes. La madre de Sarojini se seca los ojos, pues dentro de poco su hija se habrá ido, no solo de su hogar, sino también de esa pequeña ciudad de plantaciones de coco y estanques llenos de nenúfares rojos rodeada de campos de cañas de azúcar. Se habrá ido a Calcuta, con sus aterradores edificios altos y apiñados, sus ruidosos tranvías, sus hombres y

mujeres siempre corriendo. No volverán a verse.

Sarojini da un respingo. Las cosas que tiene la mente, nos transporta en un instante a otro lugar, a otra época de nuestras vidas.

«Bimal, ¿recuerdas la forma en que me tomaste la mano aquella noche, en nuestra cama cubierta de flores, mientras los primos y primas pequeños se reían y escuchaban detrás de la puerta, la forma como tocaste mi cara? Nos mostramos uno al otro una parte por vez de nuestros cuerpos. Llovía tanto esa noche que el patio estaba inundado; las ancianas dijeron que eso era buena señal, que nuestra vida desbordaría felicidad.

»Mira ahora a nuestra nieta, fuerte y hermosa. Ha viajado por el mundo y ha optado por regresar a casa. Quizá su madre habría hecho lo mismo si la hubiéramos dejado. Mira su mano en la mano de su esposo. Él también ha viajado, se ha extraviado y ha sabido volver. Ha pisado y conocido esa senda oscura que ella conocerá pronto, solo que a él le ha sido dado regresar. Ellos, Korobi y Rajat, se han elegido nuevamente después de haber reconocido cada uno sus propios errores. Han decidido vivir conmigo en esta casa, que al final no tendremos que vender. Al atardecer, nos sentaremos en la galería. El antiguo mármol resonará con los cuentos y los chistes de los jóvenes. Bimal, ¿nos estás viendo? Korobi me dijo que tu última palabra fue una disculpa, una confesión del mal. ¿Estás de acuerdo en que lo hemos expiado?»

La señora Bose está sentada al lado de su esposo, en las mismas sillas de mimbre donde se sentaron hace una eternidad, y observa la ceremonia nupcial. Durante años soñó que la boda de Rajat se celebraría en el salón más suntuoso de Calcuta. Tenía una gruesa y elegante carpeta de anillas con la lista de todas las personas que pensaba invitar: todos sus amigos y varios enemigos, a quienes haría entrega de obsequios tan espléndidos que jamás olvidarían aquel acontecimiento. ¡Y los trajes de la novia y el novio! ¡Tela de oro incrustada de falsos diamantes Swarovski, *sherwanis* y blusas adornadas con *cutdana* y pendientes de perlas! En cambio, por deseo de la pareja, aquí están, en este templo derruido, ataviados con sencillos trajes de seda, no confeccionados por ningún diseñador. La novia luce únicamente los diamantes que los Bose le regalaron para el compromiso. Las magníficas alhajas de la dote de Sarojini, que la señora Bose admiró tanto en la ceremonia del compromiso, han desaparecido. Vendidas. Cuando la señora Bose lo supo, aquella noche no pudo dormir. ¡Toda esa historia y esos diseños clásicos que los orfebres actuales no sabrían hacer! Pero Korobi se encogió de hombros. «Eran muy pesadas», dijo.

Es un alma buena, piensa la señora Bose ahora, mientras la observa. «Un poco simple, quizá, pero honesta y generosa.» Aquel día, después de que Korobi se hubo marchado, ella había telefoneado a Desai. Cuando él confirmó la historia de la muchacha, la señora Bose se arrepintió de todas las cosas que le había dicho. La

siguiente vez que se vieron, llevó a Korobi a un aparte y, aunque le resultó muy difícil, se disculpó. La muchacha podía haberle respondido con dureza —tenía todo el derecho—, pero en cambio se arrojó en sus brazos y le pidió que lo olvidara. «Hace falta tener un gran corazón para decir eso», admitió para sus adentros la señora Bose. La muchacha, además, era valiente. «¡Haber viajado por América de esa manera! Por los pocos detalles que Korobi ha mencionado de su viaje, está claro que no se dejó intimidar por nadie.» En ese sentido, es como la señora Bose. Es posible que lleguen a entenderse mejor de lo que la señora suponía.

Después de un rato, este templo se apodera de uno, piensa ahora: el arrullo apacible de las palomas en el porche; las ráfagas de aroma a sana comida casera bengalí (¿a pescado frito apenas quemado?); un *flash* de vez en cuando, cuando Pia toma una foto. Como no hay nada que la distraiga, escucha los mantras en sánscrito y, de hecho, comprende algunos. «Que tu corazón sea mío, que mi corazón sea tuyo. Que tus tristezas sean mías, que mis alegrías sean tuyas.» Sí, eso está muy bien. Coge las manos de Shanto entre las suyas y la dicha la inunda. Hay mucho que agradecer. Perdieron dinero con la operación de Nueva York, pero no tanto como habían temido. El depósito ha vuelto a abrir, con prudencia, y se han hecho algunos cambios. Rajat sigue ocupándose de la contabilidad, pero en su despacho de la galería de Park Street. Los Bose han reducido su nivel de vida. Han comprado un Toyota —¡un Toyota!— para reemplazar el Mercedes, que resultó destruido, y han renunciado a esos clubes por los que antes tanto suspiraban. A Shanto no parece importarle. Dice que ya estaba cansado de esas veladas hasta las tantas de la noche. No han vuelto a saber de Mitra desde que Shanto le informó que no le pagarían. En cambio, sí han tenido noticias de su esposa, que ha dado a luz a una niña muy saludable. Shanto dice que deben permanecer vigilantes y no ser indulgentes con Mitra, pero la señora Bose es optimista.

El piso de Rajat ha sido vendido. Él y Korobi insistieron en ello, diciendo que preferían vivir con Sarojini. No deseaban que ella estuviera sola en esa casa tan grande. El dinero de la venta ha servido para sacar del pozo a Barua & Bose, así como el inesperado préstamo que les hizo Bhattacharya, sin condiciones. La señora Bose no puede entender el cambio producido en el corazón de este hombre, pero está ciertamente agradecida. El mundo, como dice Shanto, es muy misterioso.

Por encima de todo, se siente agradecida al observar a sus hijos, que podrían estar muertos. Por su mente pasa fugazmente la imagen de Sonia, quien casi los destruye, y por un segundo siente subir la espiral de la ira. «Olvídalo, no hagas caso», se tranquiliza. Ha oído rumores de que ahora Sonia está en Europa. Estaba dispuesta a seguir con la investigación, pero Shanto la persuadió de que lo dejara. Había muy pocas pruebas de la implicación de Sonia. La palabra de la hija de un multimillonario contra la de un chófer: en eso hubiera acabado el asunto.

La ceremonia ha llegado a su fin. El novio besa a la novia en la mejilla y entonces, por supuesto, Pia debe hacer lo mismo. «¡Tómanos una foto, mamá!» A

través del objetivo, la señora Bose ve a sus hijos besando a Korobi en cada mejilla como si fuera una reina. La película capta la suave dicha en los ojos de la muchacha... «Vale ya», refunfuña la señora Bose con algo de celos: es una suegra, no una santa.

La recepción tendrá lugar esta noche en un pequeño restaurante elegante, en la zona sur de Calcuta; la novia y el novio han rehusado una celebración pomposa. Pero al menos es un establecimiento de cinco estrellas. La señora Bose, con ayuda de la atenta Shikha, lo ha supervisado todo personalmente: el decorado es de lo más elegante; el menú, muy apropiado; la música de fondo, sutil y original... El gerente del restaurante estaba al borde del ataque de nervios. Será un evento muy exclusivo, solo han invitado a cincuenta amigos, los más íntimos. La señora Bose se sorprendió al comprobar lo encantados que se mostraron cada uno de ellos al saber que estaban entre los elegidos. Si los que no han sido invitados cotillean, ¡a ella le da igual! No hay espectáculos previstos, tampoco discursos. La anfitriona tendrá, pues, tiempo para hablar con los invitados y los recién casados podrán charlar distendidamente con sus amigos. Una idea novedosa. Quién sabe, ¡a lo mejor hasta se pone de moda! Por otro lado, está el año próximo. Si gracias a la página web que Rajat y Korobi están diseñando se obtienen los resultados esperados, la señora Bose tiene pensado dar la fiesta de primer aniversario más extraordinaria de todos los tiempos.

Para la foto de la boda, nos encontramos una vez más en la galería que domina el jardín. Muchas cosas han cambiado desde que nos reunimos aquí la última vez, hace menos de tres meses. Esta vez, Pia nos ubica a Rajat y a mí en el centro, con la abuela de un lado y mamá del otro. Papá, de pie al lado de mamá, mientras que los criados forman un medio círculo a nuestro alrededor. Junto a la abuela hay un vacío. Nadie ha mencionado al abuelo, pero cada uno de nosotros está pensando en él. ¡Cuán satisfecho habría estado con este festejo! ¡Con qué vozarrón se habría quejado! ¡Con qué grandeza regia habría inclinado la cabeza ante Cocinera, Asif y Bahadur cuando se acercaron con sus regalos y recibieron sobres con dinero a cambio!

A lo largo del brazo con que Rajat me abraza, el brazo que había estado enyesado, corre una cicatriz. Está tapada por la manga de su *kurta*, pero sé perfectamente que está allí. ¡Cuán frágil es la felicidad que nos forjamos! Esta mañana, la abuela me vistió con un sari celeste que compró hace veinticinco años, con la esperanza de que mi madre se lo pusiera para su boda. Al ver esta prenda, sentí una pizca de decepción. No se lo he dicho a nadie, pero yo había anhelado otra aparición. Acaso ahora que su secreto se sabía, mi madre ya no permanecería muda. Acaso me diría que estaba orgullosa de mi viaje. Acaso me daría un consejo y una bendición para mi vida de mujer casada.

Pia complicó gratamente el momento de arreglarme y vestirme para la boda. Insistió en fotografiar cada una de las etapas, y Cocinera no paraba de traer bebidas

varias —leche, té, agua de cebada con limón y miel— para que yo tuviera energía durante la ceremonia. En medio de todo ese alboroto, entró Bahadur con un paquete urgente recién llegado de ultramar. Era de mi padre y contenía un cheque sustancioso, lo cual no me sorprendió, y un libro, que sí me sorprendió. Era una antología de poesía, con las páginas muy desgastadas por el uso. Cuando lo tuve en mis manos, se abrió por una página que estaba marcada y contenía un poema breve. Me incliné y aspiré el olor del papel viejo, como anís. Los dedos de mi madre habían doblado la esquina de la hoja a fin de encontrar el poema fácilmente. Toda la mañana mis pensamientos volvieron a ese poema, a sus cuatro versos cortos. En las cosas que amamos está la clave de quién somos. Lo que deseamos para aquellos que amamos.

Pia me ordena con severidad que deje de soñar y mire a la cámara. Dispara el *flash* una y otra vez.

—¡Sonreíd, todos, no dejéis de sonreír! —Me pide que me vuelva y mire a Rajat. Quiere hacer un retrato de los dos solos—. Korobi-didi, míralo a lo ojos. Pon una mano sobre su hombro. Dada, anda, abrázala. No seas tímido. ¡Venga, más románticos, por favor!

Pulsa el obturador, iluminándonos.

Más tarde, viendo la foto en la pantalla de la cámara, descubro dos pequeños óvalos de luz sobre nuestras cabezas. ¿Un reflejo del *flash*? Prefiero creer otra cosa.

Esta noche, cuando nos hallamos al fin solos en nuestro dormitorio engalanado con flores, saco el libro que he guardado debajo de nuestra almohada nupcial. Leo a Rajat el poema que mi madre nos ha enviado:

*Quien se ata a una alegría  
la vida alada destruye.  
Pero quien besa la alegría que vuela  
vive en el alba de la eternidad.*<sup>[1]</sup>

# Notas

[1] «Eternidad», de William Blake. <<



## Agradecimientos

Mi más profunda gratitud a:

Sandra Dijkstra, mi agente, por su apoyo entusiasta desde el comienzo.

Millicent Bennett, mi corrector, por su visión sagaz.

Martha Levin, mi editora, por su fe en mi trabajo.

Robert Boswell, Alex Parsons, Gabrielle Burton y Kerry Creelman, mis amigos, por sus valiosas sugerencias.

Tatini Banerjee, mi madre, y Sita Divakaruni, mi suegra, cuyo aliento perdura en mí aun cuando ya se han ido.

Swami Vidyadhishananda, Swami Chinmayananda, Swami Tejomayananda y Baba Muktananda, por sus bendiciones.

Y, sobre todo, a mi familia: Murthy, Anand, Abhay y Juno, por su amor y paciencia (porque no siempre es fácil convivir con una escritora).